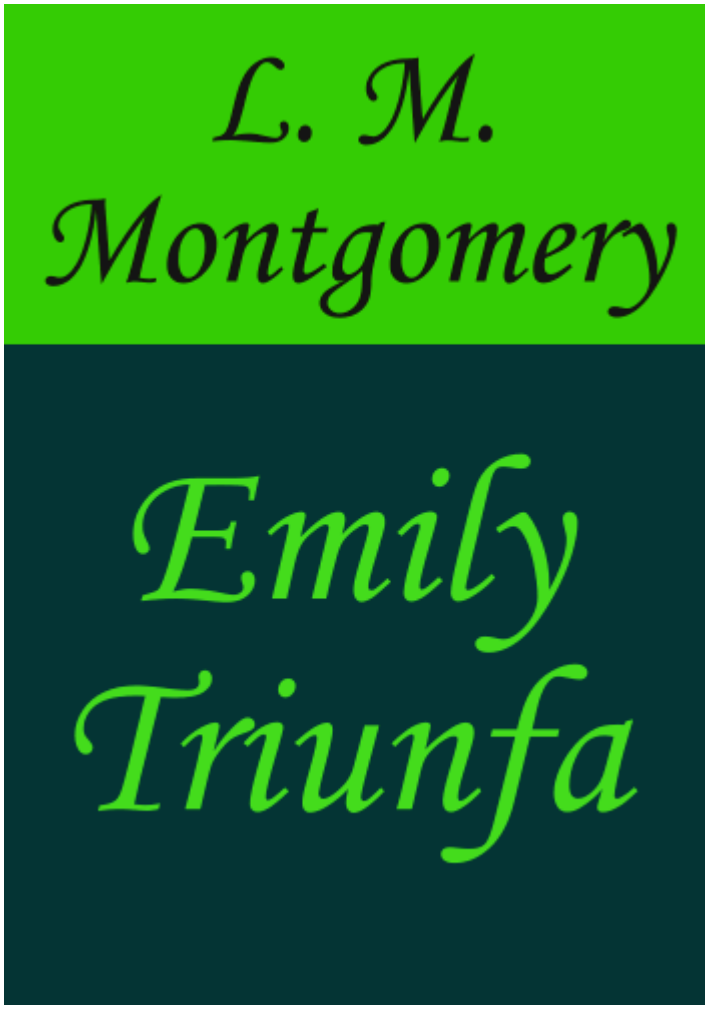
LIBRO dot.com

EMILY TRIUNFA

L. M. MONTGOMERY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1

I

"Ya basta de leche con té", había escrito Emily Byrd Starr en su diario cuando había venido a Luna Nueva desde Shrewsbury, dejando atrás sus días de estudiante y teniendo por delante la inmortalidad.

Lo cual era un símbolo. Cuando la tía Elizabeth Murray le permitió a Emily tomar té de verdad -como algo normal y no como una concesión especial- consintió así tácitamente en dejarla crecer. Hacía ya un tiempo que otras personas la consideraban una persona adulta, en especial su primo Andrew Murray y su amigo Perry Miller, que le propusieron matrimonio y fueron ambos desdeñosamente rechazados en su empeño. Cuando la tía Elizabeth se enteró, comprendió que no tenía sentido seguir obligándola a tomar leche con té. Aunque, incluso entonces, Emily no tuvo muchas esperanzas de que alguna vez le permitieran usar medias de seda. Podían tolerarle una enagua de seda porque, a pesar de ese ruido seductor, no se veía, pero las medias de seda eran una inmoralidad.

De modo que Emily, de quien aquellos que la conocían comentaban con aire misterioso a aquellos que no la conocían que ella escribía, fue aceptada como una de las damas de Luna Nueva, donde no había cambiado absolutamente nada desde que ella había llegado siete años atrás y donde el adorno tallado del aparador seguía arrojando la misma extraña sombra de una silueta etíope en el mismo lugar de la pared donde ella, fascinada, lo vio la primera noche que pasó en la casa. Una vieja casa que había vivido su vida hacía ya tiempo y era por lo tanto muy calma, sabia y algo misteriosa. También un poquito austera, pero muy bondadosa. Había quienes en Blair Water y en Shrewsbury la consideraban un lugar y una perspectiva aburrida para una muchacha joven y decían que Emily había sido muy tonta al rechazar el ofrecimiento de la señorita Royal de "un puesto en una revista" en Nueva York. ¡Echar por la borda una oportunidad tan buena de hacer algo de sí misma! Pero Emily, que tenía ideas muy definidas sobre lo que iba a hacer de sí misma, no pensaba que la vida en Luna Nueva sería aburrida ni que había perdido su oportunidad de subir el Sendero Alpino por haber elegido quedarse allí.

Por derecho divino pertenecía a la Antigua y Noble Orden de los Contadores de Historias. De haber nacido miles de años antes, se habría sentado en el círculo, alrededor de los fuegos de la tribu, y habría encantado a su público. Habiendo nacido en tiempos tan recientes, debía llegar a él por muchos medios artificiales.

Pero el material con que se tejen los cuentos es el mismo en todos los tiempos y en todos los lugares: nacimientos, muertes, bodas, escándalos, ésas son las únicas cosas interesantes del mundo. De modo que ella se dispuso muy resuelta y alegremente a perseguir la fama y la fortuna, y algo que no era ninguna de las dos cosas. Porque escribir, para Emily Byrd Starr no era principalmente asunto de lucro material o corona de laureles. Era algo que ella tenía que hacer. Algo, una idea, ya fuera bella o espantosa, la torturaba hasta que la escribía. Humorística y dramática por instinto, la comedia y la tragedia de la vida la subyugaban y exigían expresión a través de su pluma. Un mundo de sueños perdidos pero inmortales, que se escondían justo del otro lado del telón de lo real, la llamaba en busca de corporización e interpretación, la llamaba con una voz que ella no podía, ni osaba, desobedecer.

Se sentía plena de ese gozo juvenil de la pura existencia. La vida la llamaba y la instaba a avanzar. Ella sabía que la esperaba una lucha difícil; que constantemente

ofendería a los vecinos de Blair Water que querrían que les escribiera notas necrológicas y que, si ella utilizaba una palabra poco común, dirían despectivamente que "hablaba a lo grande"; sabía que habría montones de esquelas de rechazo; sabía que habría días en los que sentiría, desolada, que no era capaz de escribir y que era inútil intentarlo; días en los cuales la frase de las editoriales "lo cual no implica necesariamente negar sus méritos" le destrozaría tanto los nervios que le vendrían ganas de imitar a Marie Bashkirtseff y arrojar el atormentador, aturdidor, despiadado reloj de la sala por la ventana; días en los que todo lo que había hecho o intentado hacer se desmoronaría, se volvería mediocre y despreciable; días en los que se sentiría arrastrada a una amarga falta de confianza en su convicción fundamental de que había tanta verdad en la poesía de la vida como en la prosa; días en los que el eco de aquella "palabra al azar" de los dioses, que la llevaba a escuchar con tanta atención, esperando oírla, parecería atormentarla con sus insinuaciones de una perfección y una belleza inalcanzables más allá del alcance del oído o la pluma de un mortal.

Sabía que la tía Elizabeth toleraba aunque jamás había aprobado su manía de escribir. Para el asombro casi incrédulo de la tía Elizabeth, en los últimos dos años, en el Colegio de Shrewsbury, Emily había llegado a ganar dinero con sus poemas y sus cuentos. De ahí la tolerancia. Pero ningún Murray había hecho nunca nada por el estilo. Y siempre estaba la sensación que a la Dama Elizabeth Murray no le gustaba nada quedar apartada de algo. La tía Elizabeth resentía el hecho de que Emily tuviera otro mundo, apartado del mundo de Luna Nueva y de Blair Water, un reino estrellado y sin límites, en el cual podía entrar a voluntad y en donde ni siquiera la más decidida y recelosa de las tías podía seguirla. Yo creo firmemente que si no hubiera parecido tan a menudo que los ojos de Emily estaban mirando algo hermoso, secreto y encantado, la tía Elizabeth habría sido más comprensiva con sus ambiciones. A ninguno de nosotros, ni siquiera a las autosuficientes Murray de Luna Nueva, nos gusta que nos dejen afuera.

II

Aquellos de entre ustedes que ya han seguido a Emily a lo largo de sus años en Luna Nueva y en Shrewsbury[1] tendrán seguramente una idea general de su aspecto físico. Para aquellos para quienes es una desconocida, permítaseme dibujar un retrato de ella como la vería el ojo extraño en el encantado portal de los diecisiete, caminando donde los crisantemos dorados iluminaban un viejo jardín otoñal y marítimo. Un lugar lleno de paz, aquel jardín de Luna Nueva. Un jardín de las delicias, encantado, pleno de colores ricos y sensuales y de unas maravillosas sombras espirituales. Lo inundaban aromas a pino y a rosas; ruido de abejas, lamentos del viento, murmullos del azul golfo del Atlántico, y siempre el suspiro suave de los abetos blancos en el bosque de John Sullivan el Altivo, hacia el norte. Emily quería cada flor y cada sonido, cada hermoso árbol viejo dentro del jardín y en su entorno, en especial aquellos a los que amaba íntimamente: un grupo de cerezos silvestres en la esquina del sudoeste, Tres Princesas de Lombardía, un cierto ciruelo semejante a una doncella en el sendero del arroyo, el gran abeto rojo en el medio del jardín, un arce plateado y un pino más allá, un álamo en otra esquina que siempre coqueteaba con alegres vientecitos, y toda una hilera de majestuosos abedules blancos en el bosque de John el Altivo.

Emily siempre se alegraba de vivir en un lugar donde había tantos árboles, viejos árboles ancestrales, plantados y cuidados por manos que habían muerto hacía ya mucho,

[1] V. Emily, la de Luna Nueva y Emily lejos de casa

cargados de todo lo que de alegría y de tristeza había llenado las vidas a sus sombras.

Era una personita esbelta y virginal. Cabellos como seda negra. Ojos verdes con un toque de púrpura, con sombras violetas debajo que siempre parecían más oscuras y más atractivas cuando Emily se había quedado levantada hasta quién sabe qué hora anti-Elizabethina, terminando un cuento o esbozando un argumento. Labios escarlata con el pliegue de los Murray en las comisuras; orejas con las puntas apenas puntiagudas, estilo duende. Tal vez fuera el pliegue de la boca y las orejas lo que hacía creer a algunas personas que Emily era una especie de gatita. Una exquisita línea de mentón y de cuello. Una sonrisa con un truco: era una sonrisa que florecía muy lentamente, con un súbito resplandor al completarse. Y tobillos que la escandalosa tía Nancy Priest, de Priest Pond, elogiaba. Un ligero toque de rosa en las mejillas llenas, que a veces parecía subir hasta el rojo. Muy pocas cosas podían convocar ese rubor transformador: un viento proveniente del mar, la visión repentina de las azules tierras altas, una amapola color llamarada, velas blancas saliendo del puerto en medio de la magia de la mañana, las aguas del golfo plateadas bajo la luna, una colombina color azul Wedgwood en el huerto viejo. O cierto silbido en el bosque de John el Altivo.

Con todo esto, ¿era bonita? Yo no podría decirlo. Nadie mencionaba nunca a Emily cuando se contabilizaban las bellezas de Blair Water. Pero nadie que hubiera visto su rostro la olvidaría. Nadie, al ver a Emily por segunda vez, tuvo que decir jamás: "Este... su rostro me resulta conocido, pero..." La respaldaban generaciones de mujeres fascinantes. Todas le habían dado algo de su personalidad. Tenía la gracia del agua que corre. Y también algo de su brillo y su limpieza. Un pensamiento la agitaba como un viento fuerte. Una emoción la sacudía como sacude la tempestad a una rosa. Era una de esas criaturas vitales de quienes, cuando mueren, decimos que es imposible que estén muertas. Contra el entorno de su clan pragmático y sensato brillaba como la llama de un diamante. Muchos le tenían simpatía; muchos, antipatía. Nadie fue jamás indiferente hacia ella.

Una vez, cuando era muy pequeña y vivía con su padre en la vieja casita de Maywood, donde él murió, Emily había empezado a buscar el fin del arco iris. Corrió por largos campos y colinas húmedas, esperanzada, expectante. Pero mientras ella corría el arco maravilloso se disolvió, se perdió en la nada, se fue. Emily quedó sola en un valle desconocido, sin saber en qué dirección quedaba su casa. Por un momento le temblaron los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero entonces levantó la cara y sonrió gallardamente hacia el cielo vacío.

-Ya habrá otros arco iris -dijo. Emily era una cazadora de arco iris.

III

La vida en Luna Nueva había cambiado. Emily debía ajustarse a los cambios. Debía aceptar una cierta soledad. Ilse Burnley, su alocada compañera de siete leales años, se había ido a la Escuela de Literatura y Expresión, en Montreal. Las dos muchachas se separaron con las lágrimas y las promesas de la infancia, para no volver a encontrarse en el mismo terreno. Pues, por más que queramos disfrazar esta verdad sucede que, cuando somos amigos, aun los más íntimos -y tal vez más en razón de esa misma intimidad- al volver a encontrarnos después de una separación hay siempre la frialdad, menor o mayor, del cambio. Ninguno de los dos encuentra al otro igual. Esto es natural e inevitable. La naturaleza humana crece o retrocede siempre, nunca se queda estacionaria. Y sin embargo, a pesar de toda nuestra filosofía, ¿cuál de nosotros puede

reprimir un leve sentimiento de asombrada decepción cuando nos damos cuenta de que nuestro amigo no es y no puede ser ya nunca más igual que antes, incluso cuando el cambio pudo haber sido para mejor? Emily, con la extraña intuición que ocupaba el lugar de la experiencia, sintió esto, que Ilse no sentía, y lo sintió en el sentido de estar diciéndole adiós para siempre a la Ilse de los días de Luna Nueva y de los años de Shrewsbury.

Perry Miller, antiguo "muchacho empleado" de Luna Nueva, condecorado en el Colegio de Shrewsbury, candidato matrimonial de Emily rechazado pero no desesperanzado y receptor de las iras de Ilse, también se había ido. Perry estudiaba derecho en una oficina de Charlottetown y había puesto la mira en varias metas legales resplandecientes. Nada de finales de arco iris ni míticos cántaros de oro para Perry. Él sabía que lo que él quería no se movería de su lugar y él iría en su búsqueda. La gente comenzaba a creer que lo conseguiría. Después de todo, el abismo entre el empleado en el estudio jurídico del señor Abel y el asiento de la Suprema Corte del Canadá no era mayor que el abismo entre ese mismo empleado y el rapazuelo descalzo de Stovepipe Town-by-the-Harbour.

En quien había más del buscador de arco iris era en Teddy Kent, de Tansy Patch. Él también se iba. A la Escuela de Diseño de Montreal. Él también había conocido -lo había conocido durante años- el deleite, la atracción, la desesperanza y la angustia de buscar el arco iris.

-Aunque nosotros no lo encontremos nunca -le dijo a Emily estando los dos en el jardín de Luna Nueva bajo el cielo violeta de un crepúsculo del norte, largo y prodigioso, la última tarde antes de su partida-, hay algo en la búsqueda que es mejor aún que encontrarlo.

-Pero vamos a encontrarlo -dijo Emily, levantando los ojos hacia una estrella que brillaba sobre la punta de una de las Tres Princesas. Algo en el "nosotros" de Teddy la había emocionado por lo que implicaba. Emily era siempre muy honesta consigo misma y nunca había tratado de cerrar los ojos a la certeza de que Teddy Kent significaba más para ella que cualquier otra persona en el mundo. Pero ella... ¿qué significaba ella para él? ¿Poco? ¿Mucho? ¿O nada?

Tenía la cabeza descubierta y se había puesto un ramito de diminutos crisantemos amarillos, que parecían un manojo de estrellas, en el pelo. Había pensado mucho en el vestido antes de decidirse por uno de seda rosada. Pensaba que se veía muy bien, pero, ¿qué diferencia hacía si Teddy ni se fijaba? Él siempre la trataba como dándola por descontada, pensó, con algo de rebeldía. Dean Priest, en cambio, lo habría notado y le habría dicho algún sutil cumplido al respecto.

-No lo sé -dijo Teddy, concentrado en mirar con el entrecejo fruncido al gato de ojos topacio de Emily, Flor, que se imaginaba un tigre agazapado en el arbusto de espireas-. No lo sé. Ahora que hago flamear la bandera de despedida me siento... chato. Después de todo, tal vez nunca pueda hacer nada valioso. Un poquito de talento para dibujar, ¿qué significa? En especial, cuando uno se desvela a las tres de la madrugada.

-Sí, yo conozco esa sensación -dijo Emily-. Anoche estuve horas dándole vueltas a un cuento y llegué a la desoladora conclusión de que nunca podré escribir, que es inútil intentarlo, que no puedo hacer nada de veras valioso. Me acosté con ese convencimiento y empapé la almohada de lágrimas. A las tres me desperté y no podía ni siquiera llorar. Las lágrimas me parecían tan tontas como la risa, o como la ambición. Estaba en bancarrota en cuanto a esperanza y fe. Pero me levanté en medio del gris y el frío del amanecer y empecé un cuento nuevo. No permitas que un sentimiento tres-de-la-mañana te llene el alma de neblina.

-Por desgracia, hay un tres-de-la-mañana todas las noches -dijo Teddy-. A esa hora atroz siempre me convenzo de que si uno quiere algo demasiado lo probable es que no llegue a conseguirlo jamás. Y hay dos cosas que yo quiero con toda el alma. Una es, por supuesto, ser un gran pintor. Nunca me he creído cobarde, Emily, pero ahora tengo miedo. ¡Si no me va bien! Todo el mundo se reirá de mí. Mamá dirá que ella lo sabía. Odia que me vaya, ¿sabes? ¡Y si me voy y fracaso! Sería mejor no irme.

-No, no lo sería -dijo Emily, con apasionamiento, preguntándose, al mismo tiempo, en lo más profundo de sí, cuál era la otra cosa que Teddy quería con toda el alma-. No tienes que tener miedo. Papá me dijo, cuando hablamos la noche que murió, que no debía tenerle miedo a nada. ¿Y no fue Emerson el que dijo: "Haz siempre lo que temas hacer"?

-Seguro que Emerson lo dijo cuando ya había dejado de tenerle miedo a las cosas. Es fácil ser valiente cuando la batalla terminó.

-Tú sabes que creo en ti, Teddy -dijo Emily, con suavidad.

-Sí, lo sé. Tú y el señor Carpenter. Ustedes son los únicos que de veras creen en mí. Hasta Ilse piensa que Perry tiene muchas más posibilidades de ganarse el sustento.

-Pero tu objetivo no es ganarte el sustento. Tú vas en busca del oro del arco iris.

-Y si fracaso... y te decepciono... eso sería lo peor.

-Tú no vas a fracasar. Mira esa estrella, Teddy, la que está justo encima de la más joven de las Princesas. Es Vega de la Lira. Siempre me ha gustado. Es la que más quiero de todas las estrellas. ¿Recuerdas cuando, hace años, tú, Ilse y yo nos sentábamos en el huerto al atardecer, mientras el primo Jimmy hervía las papas para los cerdos y tú nos contabas cuentos maravillosos sobre esa estrella, de la vida que habías vivido en ella antes de venir a este mundo? No había nada de tres-de la-mañana en esa estrella.

-Qué criaturas felices y libres de preocupaciones éramos en esos tiempos -dijo Teddy, con la voz llena de reminiscencias de un hombre de edad madura y lleno de preocupaciones que evoca con nostalgia las irresponsabilidades de la juventud.

-Quiero que me prometas -dijo Emily- que cada vez que veas esa estrella recordarás que yo creo en ti, y mucho.

-¿Me prometes que cada vez que tú veas esa estrella pensarás en mí? -dijo Teddy-. O mejor, prometámonos que cada vez que veamos esa estrella siempre pensaremos el uno en el otro, siempre. En cualquier lugar y para toda la vida.

-Lo prometo -dijo Emily, emocionada. Le encantaba que Teddy la mirara de esa forma.

Un pacto romántico. ¿Qué significaba? Emily no lo sabía. Sólo sabía que Teddy se iba, que la vida de pronto se veía muy vacía y muy fría, que el viento del golfo, suspirando entre los árboles en el bosque de John el Altivo, sonaba muy melancólico, que el verano se había ido y había venido el otoño. Y que el cántaro de oro al final del arco iris estaba en una colina muy lejana.

¿Por qué había dicho eso de la estrella? ¿Por qué el crepúsculo, el aroma de los abetos blancos y la luminosidad de las puestas de sol otoñales hacen que la gente diga cosas absurdas?

CAPÍTULO 2
I

"Luna Nueva "
18 de noviembre de 19...

"Hoy el número de diciembre de Marchwood incluyó mi poema Redil en vuelo. Considero que la ocasión es digna de mención en mi diario porque le dieron al poema una página entera con ilustración y todo. Es la primera vez que un poema es tan honrado. Creo que es bastante malo; el señor Carpenter se limitó a carraspear cuando se lo leí y se negó a hacer ningún tipo de comentario. El señor Carpenter nunca `condena con un débil elogio' aunque con el silencio puede condenar de una manera aplastante. Pero mi poema se ve tan digno que un lector inadvertido puede suponerlo bueno. Bendito sea el bondadoso editor que tuvo la inspiración de hacer que lo ilustraran. Ha aumentado considerablemente mi autoestima.

"Pero la ilustración no me gustó mucho. El artista no entendió para nada lo que yo quise decir. Teddy lo habría hecho mucho mejor.

"A Teddy le va muy bien en la Escuela de Diseño. Y Vega brilla con un gran resplandor todas las noches. Me pregunto si él pensará en mí cuando la ve. O si la ve. Tal vez las luces eléctricas de Montreal la borren. Parece que Teddy se ve bastante con Ilse. Es una suerte para los dos conocerse, en esa gran ciudad llena de extraños.

II

"26 de noviembre 19...

"Hoy fue una esplendorosa tarde de noviembre, con la suavidad del verano y la dulzura del otoño. Me senté a leer un rato larguísimo en el cementerio, junto al estanque. A la tía Elizabeth le parece un lugar muy grotesco para sentarse y le dice a la tía Laura que teme que haya una tendencia morbosa en mí. Yo no le veo nada de morboso. Es un lugar hermoso donde siempre los vientos vagabundos que cruzan el lago de Blair Water traen dulces aromas silvestres. Y es tan tranquilo y apacible, con todas las viejas tumbas a mi alrededor, pequeñas elevaciones verdes con pequeños helechos nevados que las salpican. Hombres y mujeres de mi casa yacen allí. Hombres y mujeres que han sido victoriosos; hombres y mujeres que han sido vencidos, y sus victorias y sus derrotas son ahora una sola cosa. Nunca puedo sentirme ni muy exultante ni muy deprimida ahí. Todas las cosas pierden tanto los sabores como los sinsabores. Me gustan las viejísimas losas de arenisca roja, en especial la de Mary Murray, con su `Aquí me quedo', la inscripción en la que su esposo puso todo el encono escondido durante toda su vida. La tumba de él está junto a la de ella y estoy segura de que hace mucho que se han perdonado. Y tal vez a veces vuelvan, en medio de la oscuridad lunar, miren la inscripción y se rían. Se está borrando con los líquenes. El primo Jimmy ha dejado de limpiarla. Algún día la van a cubrir del todo y no quedará más que una mancha roja, verde y plateada sobre la vieja losa roja.

"20 de diciembre de 19...

"Hoy pasó algo lindo. Me siento agradablemente exaltada. ¡¡¡¡¡Madison aceptó mi cuento Una falla en el proceso!!!!! Sí, merece los signos de admiración, por supuesto. De no ser por el señor Carpenter lo escribiría todo subrayado. ¡Subrayado! No, usaría mayúsculas. Es muy difícil entrar en Madison. ¡Si lo sabré! Cuántas veces lo intenté sin conseguir más que una parva de `lo lamentamos' a cambio de mis penurias. Pero al fin me han abierto las puertas. Aparecer en Madison es una señal clara e

inequívoca de que se está llegando a alguna parte en el Sendero Alpino. El querido editor tuvo la bondad de decir que era un cuento encantador.

"¡Qué hombre agradable!

"Me mandó un cheque por cincuenta dólares. Pronto podré empezar a devolverles a la tía Ruth y al tío Wallace lo que gastaron en mí en Shrewsbury. Como siempre, la tía Elizabeth miró el cheque con desconfianza pero, por primera vez, omitió preguntarse si el Banco de verdad me lo pagaría. Los hermosos ojos azules de la tía Laura resplandecieron de orgullo. Los ojos de la tía Laura resplandecen. Ella es victoriana. A mí me gustan los ojos que resplandecen, en especial cuando resplandecen por un éxito mío.

"El primo Jimmy dice que Madison vale más que todas las demás revistas yanquis juntas, en su opinión.

"Me pregunto si a Dean Priest le gustará Una falla en el proceso. Y si me lo dirá. Ahora nunca elogia nada de lo que escribo. Y yo siento un ansia tan grande por obligarlo a que lo haga. Siento que el suyo es el único elogio, aparte del señor Carpenter, que vale la pena.

"Es raro lo de Dean. Parecería que, misteriosamente, se ha vuelto más joven. Hace unos años yo lo veía como bastante viejo. Ahora me parece apenas un hombre maduro. Si seguimos así pronto será un muchacho. Supongo que la verdad es que mi mente ha empezado a madurar un poco y lo estoy alcanzando. A la tía Elizabeth no le gusta mi amistad con él, como no le gustó nunca. La tía Elizabeth siente una marcada antipatía por cualquier Priest. Pero yo no sé qué haría sin la amistad de Dean. Es la sal de la vida.

"15 de enero de 19...

"Hoy estuvo tormentoso. Anoche pasé la noche en vela después de recibir cuatro rechazos de manuscritos míos que me parecían especialmente buenos. Como predijo la señorita Royal, creo que fui muy idiota al decidir no irme con ella a Nueva York cuando tuve la oportunidad. Ah, no me llama la atención que los niños pequeños lloren cuando se despiertan en la mitad de la noche. Tantas veces yo quisiera poder hacerlo. Entonces todo me presiona el alma y no le veo el lado bueno a nada. Toda la mañana estuve triste y malhumorada y esperaba la llegada del correo como lo único que podía rescatarme de la depresión. Hay siempre una expectativa y una incertidumbre tan fascinantes en la llegada de la correspondencia. ¿Qué me traería? ¿Una carta de Teddy? Teddy escribe cartas preciosas. ¿Un lindo sobre delgadito con un cheque? ¿Un sobre gordo, penosamente elocuente de más manuscritos rechazados? ¿Una de las fascinantes cartas garabateadas de Ilse? Nada por el estilo. Simplemente una airada epístola de la prima segunda Beulah Grant, de Derry Pond, que está furiosa porque piensa que `la puse a ella' en mi cuento Tontos por costumbre, que acaba de aparecer en un periódico rural canadiense de amplia circulación. Me escribió una carta dura y llena de reproches que recibí hoy. Supone que yo `podría haber exceptuado a una vieja amiga que siempre me ha deseado el bien'. Ella `no está acostumbrada a verse ridiculizada en los diarios' y tendría yo la gentileza, en el futuro, de abstenerme de convertirla en el blanco de mi supuesto ingenio en la prensa pública. La prima segunda Beulah esgrime una pluma fácil, a decir verdad y si bien algunas partes de su carta me dolieron, otras me pusieron furiosa. A mí ni por un momento se me ocurrió pensar en la prima Beulah cuando escribí ese cuento. Y, aunque lo hubiera pensado, ciertamente no la habría incluido a ella en un cuento. Es demasiado estúpida y común. Y no se parece en nada a la tía Kate que es, me precio de decirlo, una anciana señora vívida, chispeante y llena de humor.

"Pero la prima Beulah también le escribió a la tía Elizabeth y hemos tenido una trifulca familiar. La tía Elizabeth no cree en mi inocencia, afirma que la tía Kate es un retrato exacto de la prima Beulah y me solicita amablemente -las solicitudes amables de la tía Elizabeth son de temer- que no caricaturice a mis parientes en mis futuras obras.

`Es', dijo la tía Elizabeth en su estilo majestuoso `algo que ningún Murray haría: ganar dinero a costa de las particularidades de sus amigos'.

"Otra de las predicciones de la señorita Royal que se ha cumplido. Ay, ¿tenía razón con todas las demás? Si fuera así...

"Pero el golpe mayor provino del primo Jimmy, que se había reído mucho con Tontos por costumbre.

"` No te preocupes por la vieja Beulah, gatita', me susurró. `Está bien. La dejaste calcada en la tía Kate. Yo la reconocí antes de terminar la primera página. Me di cuenta por su nariz'. ¡Era eso! Desafortunadamente, doté a la tía Kate con una `nariz larga y ganchuda'. No puede negarse que la nariz de la prima Beulah es larga y ganchuda. Se ha condenado a muchos con evidencia circunstancial no mucho más clara. De nada sirvió que me desgañitara, desolada, explicando que ni se me había ocurrido pensar en la prima Beulah. El primo Jimmy asintió y volvió a reír.

`Claro. Mejor no decir nada. Mejor no decir nada de esas cosas'.

"Lo peor de todo esto es que si la tía Kate es de verdad como la prima Beulah Grant, entonces fracasé ostentosamente en lo que intenté hacer.

"Sin embargo, me siento mucho mejor ahora, que cuando empecé a escribir esto. Me saqué de adentro bastante resentimiento, rebelión y desaliento.

"Ésa es la principal función de un diario íntimo, creo.

III

"3 de febrero 19...

"Hoy fue un gran día. Recibí tres aceptaciones. Y un editor me pidió que le enviara algunos cuentos. Claro que no me gusta que un editor me pida que le mande un cuento. Es mucho peor que mandarlo si no me lo piden. La humillación de que me lo devuelvan después es mucho mayor que si uno envía un manuscrito a una oscura personalidad detrás de un escritorio en una editorial a miles de kilómetros de distancia.

"Y he decidido que no puedo escribir un cuento por encargo. `Es una tarea diabólica'.Lo he intentado últimamente. El editor de Gente joven me pidió que escribiera un cuento con determinados parámetros. Lo escribí. Me lo devolvió, señalando algunas fallas y pidiéndome que lo reescribiera. Lo intenté. Escribí y reescribí y cambié y agregué hasta que el manuscrito parecía un loco mosaico en negro, azul y rojo. Por fin levanté una de las tapas de la cocina y tiré el cuento original y todas sus variantes.

"Después de esto voy a escribir lo que yo quiera. ¡Que los editores se vayan al... cielo!

"Esta noche hay luces en el norte y una nublada luna nueva.

IV

"16 de febrero de 19...

"Mi cuento Lo que valía la broma apareció hoy en El mensuario del hogar. Pero yo fui sólo una de los `otros' en la portada. Sin embargo, para compensar, en Días de la

niñez me incluyeron en el índice como `nuestra reconocida y apreciada colaboradora de este año'. El primo Jimmy leyó el prólogo de ese editor más de una docena de veces y lo oí murmurar `reconocida y apreciada' mientras cortaba leña pequeña. Después fue al negocio de la esquina y me trajo otro cuaderno. Cada vez que paso un nuevo hito en el Sendero Alpino el primo Jimmy lo celebra regalándome un cuaderno nuevo. Yo nunca me compro cuadernos. -Él se ofendería. Siempre mira la pila de cuadernos que hay sobre mi escritorio con admiración y reverencia, creyendo firmemente que la mezcolanza de descripciones, personajes y `cositas' que contienen encierra una literatura maravillosa.

"Siempre le doy mis cuentos a Dean para que los lea. No puedo evitarlo, aunque siempre me los devuelve sin un comentario o, peor que sin un comentario, con un débil elogio. Ya se me ha hecho una obsesión esto de obligar a Dean a admitir que puedo escribir algo valioso. Eso sería triunfar. Pero, a menos que lo haga, y si es que lo hace, todo será polvo y cenizas. Porque... él sabe.

V

"2 de abril de 19...

"La primavera ha afectado a cierto jovencito de Shrewsbury que viene de vez en cuando a Luna Nueva. No es un candidato que cuente con la aprobación de la Casa de los Murray. Ni, lo que es más importante, que apruebe tampoco E. B. Starr. La tía Elizabeth se puso de muy mal humor porque fui a un concierto con él. Cuando volví a casa estaba levantada.

`Como ves, no me fugué, tía Elizabeth', le dije. `Te prometo que no me fugaré. Si alguna vez quiero casarme con alguien te lo diré y me casaré con él, a pesar de cualquier cosa'.

"No sé si la tía Elizabeth se fue a acostar más tranquila o no. Mi madre se fugó (¡gracias al cielo!) y la tía Elizabeth cree a pie juntillas en la herencia.

VI

"15 de abril de 19...

"Esta nochecita subí la colina y merodeé a la luz de la luna por la Casa Desilusionada. La Casa Desilusionada fue construida hace treinta y siete años, al menos construida en parte, para una novia que nunca llegó. Y ahí ha estado desde entonces, tapiada, sin terminar, con el corazón deshecho, atormentada por los fantasmas tímidos y abandonados de cosas que tendrían que haber sucedido, pero nunca sucedieron. Siempre siento pena por ella. Por sus pobres ojos ciegos que nunca han visto, que ni siquiera tienen recuerdos. Ninguna luz doméstica brilló a través de ellos, sólo una vez, hace mucho, un resplandor del fuego del hogar. Podría haber sido una casita tan bonita, acurrucada contra esa colina boscosa, rodeándose de pequeños abetos rojos para que la cubrieran. Una casita cálida, amistosa. No como la nueva que está construyendo Tom Semple en el Comer. Esa casa es una casa de mal carácter. Parece una zorra, con ojos pequeños y codos agudos. Es raro cuánta personalidad puede tener una casa, incluso antes de que se haya vivido en ella. Una vez, hace muchísimo tiempo, cuando Teddy y yo éramos niños, arrancamos una madera de la ventana, nos trepamos, entramos e

hicimos un fueguito en el hogar. Entonces nos sentamos allí y planeamos nuestras vidas. Queríamos pasarlas juntos en esa misma casa. Supongo que Teddy se ha olvidado de todas esas tonterías infantiles. A menudo me escribe y sus cartas son vitales y alegres y tan típicas de Teddy. Y me cuenta todas las pequeñas cosas que quiero saber de su vida. Pero en los últimos tiempos se han vuelto algo impersonales, me parece. Tanto podrían haber sido escritas para Ilse como para mí.

"Pobre Casita Desilusionada. Supongo que siempre estarás desilusionada.

VII

"1 de mayo de 19...

"¡Primavera otra vez! Álamos jóvenes con blancas hojas etéreas. Leguas de golfo rizado más allá de las dunas color plata y lila.

"El invierno se ha ido con increíble velocidad, a pesar de algunas terribles, negras tres-de-la-mañana y de algunos desalentados crepúsculos solitarios. Pronto Dean vuelve a casa de Florida. Pero este verano no vendrá ni Teddy ni Ilse. Esto me provocó una o dos noches de insomnio. Ilse va a la costa a visitar a una tía, una hermana de la madre que nunca antes se preocupó por ella. A Teddy le surgió la oportunidad de ilustrar una serie de historias sobre la Policía Montada del Norte para una firma de Nueva York y tiene que pasar las vacaciones haciendo bosquejos para ellas en el lejano norte. Claro que es una oportunidad espléndida para él y yo no tendría que apenarme en lo más mínimo... si él pareciera algo apenado por no venir a Blair Water. Pero no está apenado.

"Bien, supongo que Blair Water y la antigua vida aquí son para él como un cuento que terminó.

"No me había dado cuenta de cuánta expectativa había depositado en el hecho de que Ilse y Teddy iban a estar aquí para el verano ni de hasta qué punto la esperanza de su venida me había ayudado a pasar algunos malos momentos del invierno. Cuando me permito recordar que ni una sola vez oiré este verano el silbido de Teddy en el bosque de John el Altivo, que ni una vez voy a encontrármelo en ninguno de esos lugares secretos y hermosos, sendero o costa del arroyo, que ni una vez intercambiaré con él una mirada significativa en medio de una multitud cuando hubiera ocurrido algo que tuviera alguna importancia para nosotros, parece que la vida pierde todo su color y deja sólo una cosa desteñida, descolorida, hecha de hilachas y harapos.

"Ayer me encontré con la señora Kent en el correo, y ella se detuvo a hablar conmigo, algo que casi nunca hace. Me odia tanto como de costumbre.

`Supongo que te enteraste de que este verano Teddy no viene a casa'.

"`Sí', dije, brevemente.

"Hubo una especie de extraño triunfo en sus ojos en el momento en que se dio vuelta para irse, un triunfo que yo entendí. Está muy triste por ella porque Teddy no viene a casa, pero está exultante porque tampoco va a estar en casa para mí. Esto demuestra, y ella está completamente segura, que a él yo no le importo nada.

"Bueno, yo diría que tiene razón. Sin embargo, uno no puede ponerse del todo triste en primavera.

"¡Y Andrew está comprometido! Con una chica que cuenta con la absoluta aprobación de la tía Addie. `No podría estar más satisfecha con la elección de Andrew ni que la hubiera elegido yo misma', le dijo esta tarde a la tía Elizabeth. A la tía Elizabeth y para mí. La tía Elizabeth se alegró -o dijo que se alegraba- con frialdad. La

tía Laura lloró un poquito: la tía Laura siempre llora un poquito cuando alguien a quien ella conoce nace, muere, se casa, se compromete, viene, se va o vota por primera vez. No pudo evitar sentirse algo decepcionada. Andrew habría sido un esposo tan seguro para mí. Por supuesto que no hay dinamita en Andrew.

CAPÍTULO 3
I

Al principio nadie consideró que la enfermedad del señor Carpenter fuera seria. En los últimos años había sufrido varios ataques de reumatismo que lo habían postrado días en la cama. Luego volvía renqueando al trabajo, tan adusto y sarcástico como siempre, con la lengua más filosa que nunca. En opinión del señor Carpenter, enseñar en la escuela de Blair Water ya no era lo que había sido. No había nada allí, decía, más que jóvenes nulidades escandalosas y sin espíritu. No había ni un alma en toda la escuela que pudiera pronunciar las palabras septiembre o miércoles.

`Estoy cansado de hacer sopa en un colador', decía, enfurruñado.

Teddy, Ilse, Perry y Emily se habían ido, esos cuatro alumnos que le habían puesto levadura a la escuela con su inspiración salvadora. Tal vez el señor Carpenter estuviera un poco cansado de todo. No era demasiado viejo, considerando sus años, pero había agotado su organismo en una juventud disipada. La mujercita tímida e insulsa que había sido su esposa había muerto calladamente el otoño anterior. Nunca había parecido demasiado importante en la vida del señor Carpenter pero, después del entierro, él había desmejorado mucho. Los escolares tenían terror de su lengua filosa y de sus más frecuentes ataques de mal genio. Los encargados del colegio comenzaban a sacudir las cabezas y a hablar de un nuevo maestro cuando terminara el año lectivo.

La enfermedad del señor Carpenter comenzó como de costumbre con un ataque de reuma. Luego tuvo complicaciones cardíacas. El doctor Burnley, que fue a verlo a pesar de su obstinada negativa a que lo viera un médico, se puso serio y habló misteriosamente de falta de "voluntad de vivir". La tía Louisa Drummond, de Derry Pond, vino a cuidarlo. El señor Carpenter se sometió a esto con una resignación que era mal síntoma, como si ya nada le importara.

`Hagan lo que quieran. Que esa mujer de vueltas a mi alrededor, si eso les tranquiliza las conciencias. Mientras me deje en paz, que haga lo que quiera. Me niego a que me dé de comer y me niego a que me quiera mimar y me niego a que me cambie las sábanas. No le soporto el pelo. Demasiado lacio y demasiado brilloso. Díganle que se haga algo. ¿Y por qué parece que tuviera siempre la nariz fría?'

Emily iba todas las tardes a sentarse un rato con él. Era la única persona a la que el anciano quería ver. Él no hablaba mucho, pero le gustaba abrir los ojos cada pocos minutos e intercambiar con ella una pícara sonrisa de entendimiento, como si los dos se rieran juntos de una broma excelente de la cual sólo pudieran mostrar el resultado. La tía Louisa no sabía qué pensar de este tráfico de sonrisas y, por consiguiente, le parecía mal. Era una persona de buen corazón, con un gran instinto maternal de verdad en su agostado pecho de doncella, pero se sentía completamente perdida con las sonrisas alegres, pícaras, de un paciente en su lecho de muerte. Pensaba que habría sido mejor para él pensar en su alma inmortal. Él no era miembro de la iglesia, ¿no? Ni siquiera aceptaba que fuera a verlo el ministro. Pero Emily Starr era bienvenida cada vez que iba. La tía Louisa tenía sus secretas sospechas de la tal Emily Starr. ¿No escribía? ¿No había puesto a la prima segunda de su madre, su propia sangre, en uno de sus cuentos?

Probablemente buscaba un "personaje" en el lecho de muerte de este viejo pagano. Eso explicaba su interés, sin ninguna duda. La tía Louisa miró con curiosidad a esta joven vampiro. Esperaba que Emily no la pusiera a ella en un cuento.

Durante mucho tiempo, Emily se había negado a creer que fuera el lecho de muerte del señor Carpenter. No podía estar tan enfermo. No sufría, no se quejaba. Estaría recuperado apenas llegara el tiempo cálido. Se lo dijo a sí misma tantas veces que se forzó a creerlo. No podía imaginar la vida en Blair Water sin el señor Carpenter.

Una noche de mayo, el señor Carpenter pareció estar mucho mejor. Le relampagueaban los ojos con el fuego satírico de antaño, la voz resonaba con el eco de antes. Bromeó a costillas de la pobre Louisa, que jamás entendía sus bromas, pero las soportaba con paciencia cristiana. A los enfermos hay que seguirles la corriente. Le contó a Emily una historia muy graciosa y rió con ella hasta hacer estremecer la pequeña habitación de vigas bajas. La tía Louisa sacudió la cabeza. Había algunas cosas que no sabía, pobre señora, pero sí sabía de su modesto oficio leal de enfermera no profesional, y sabía que este súbito rejuvenecimiento no era buena señal. Como diría un escocés, estaba moribundo. En su inexperiencia, Emily no lo sabía. Se fue a su casa contenta por la mejoría del señor Carpenter. Pronto estaría curado, de regreso en la escuela, rezongando a sus alumnos, caminando abstraído por la calle, leyendo algún clásico con las hojas marcadas, criticando sus manuscritos con todo su antiguo humor y su mordacidad. Emily estaba contenta. El señor Carpenter era un amigo que ella no podía darse el lujo de perder.

II

La tía Elizabeth la despertó a las dos. La mandaban llamar. El señor Carpenter preguntaba por ella.

-¿Está... peor? -preguntó Emily, bajándose de su alta cama negra con las columnas talladas.

-Se muere -dijo la tía Elizabeth, brevemente-. El doctor Burnley dice que no llega a mañana.

Algo en la cara de Emily conmovió a la tía Elizabeth.

-¿No es mejor para él, Emily? -dijo, con desacostumbrada suavidad-. Está viejo y cansado. Su esposa se ha ido y no le van a dar otro año en la escuela. Tendría una vejez muy solitaria. La muerte es su mejor amiga.

-Estoy pensando en mí -dijo Emily, ahogada.

Fue a la casa del señor Carpenter, en medio de la noche hermosa y negra de primavera. La tía Louisa lloraba, pero Emily no lloró. El señor Carpenter abrió los ojos y le sonrió, la misma sonrisa pícara de antes.

-Nada de lágrimas -murmuró-. Prohíbo las lágrimas en mi lecho de muerte. Que Louisa Drummond se vaya a llorar a la cocina. Que se gane el sueldo de esa manera, si quiere. No puede hacer nada más por mí.

-¿Hay algo que yo pueda hacer? -preguntó Emily.

-Siéntate aquí, donde pueda verte hasta que me vaya, eso es todo. No quiero irme... solo. Nunca me gustó la idea de morirme solo. ¿Cuántas viejas arpías hay en la cocina esperando que me muera?

-Están solo la tía Louisa y la tía Elizabeth -dijo Emily, sin poder reprimir una sonrisa.

-No te ofendas si no... si no hablo mucho. Me he pasado la vida hablando. Se acabó. No me queda... aliento. Pero si se me ocurre algo... quiero que estés a mano.

El señor Carpenter cerró los ojos y se sumió en el silencio. Emily permaneció quieta. Su cabeza era un suave borrón oscuro contra la ventana que comenzaba a blanquearse con el alba. Las manos fantasmales de un viento juguetón jugaban con sus cabellos. El perfume de los lirios de junio penetraba desde el cantero que había debajo de la ventana abierta, un aroma persistente, más dulce que la música, como todos los perfumes perdidos de los viejos años queridos hasta lo indecible. A lo lejos, dos hermosos abetos esbeltos y negros, de exactamente la misma altura, se recortaban contra el cielo iluminado por el alba de plata, como las agujas gemelas de alguna catedral gótica que se levantaban de entre un banco de bruma plateada. Justo entre ellos pendía una pálida luna vieja, tan hermosa como la luna creciente de la noche. Esa belleza era un consuelo y un estímulo para Emily bajo la tensión de esta extraña vigilia. Sucediera lo que sucediese, viniera lo que viniese, una belleza como ésa era eterna.

De cuando en cuando, la tía Louisa entraba a mirar al anciano. El señor Carpenter parecía no tener conciencia de estas visitas pero siempre, después de que ella se iba, abría los ojos y le hacía una guiñada a Emily. Emily se sorprendió devolviéndole la guiñada, para su horror, pues tenía suficiente de los Murray como para escandalizarse con las guiñadas en los lechos de muerte. Lo que diría la tía Elizabeth.

-Buena compañera -murmuró el señor Carpenter después del segundo intercambio de guiñadas-. Me alegro... de que estés aquí.

A las tres de la madrugada se puso inquieto. La tía Louisa volvió a venir.

-No puede morirse hasta que se retire la marea, ¿sabes? -le explicó a Emily con un susurro solemne.

-Salga de aquí con su charlatanería supersticiosa -dijo el señor Carpenter en voz alta y clara-. Me voy a morir cuando mier... quiera, con marea o sin marea.

Espantada, la tía Louisa le pidió perdón a Emily en nombre del señor Carpenter aduciendo que estaba delirando.

-Perdóname el vocabulario, por favor -dijo el señor Carpenter-. Tenía que espantarla para que se fuera. No puedo permitir... que esa... criatura del sexo femenino... me mire morir. Le di... una buena anécdota para... contar el resto de... sus días. Espantosa... advertencia. Y, sin embargo, es una buena mujer. Tan buena que... me aburre. No tiene maldad. Uno...necesita el condimento de... un poco de maldad... en todas las personalidades. Es la sal... que hace resaltar... los demás sabores.

Otro silencio. Luego agregó, muy serio.

-El problema es que... en la mayoría de... los casos... el Cocinero... pone una pizca... excesiva. Cocinero... sin experiencia... Será más sabio... después de algunas... eternidades.

-No -dijo Emily.

-Cuando una Murray... dice que no... es no.

Después de otro silencio, el señor Carpenter siguió hablando, ahora más para sí mismo, al parecer, que para ella.

-Salgo... salgo más allá del amanecer. Más allá de la estrella de la mañana. Pensaba que tendría miedo. No tengo. Qué gracioso. Piensa en cuántas cosas voy a saber... dentro de pocos minutos más, Emily. Seré más sabio que cualquier hombre vivo. Siempre quise saber... saber. Nunca me gustaron las adivinanzas. Terminé con la curiosidad... sobre la vida. Ahora sólo me da curiosidad... la muerte. Sabré la verdad, Emily... unos minutos más y sabré... la verdad. No más adivinanzas. Y si... si es como yo creo... seré... otra vez joven. Tú no sabes... lo que eso significa. Tú ... que eres joven... no puedes... tener la menor... idea... de lo que... significa... ser joven... otra vez.

Su voz volvió a convertirse en un balbuceo inquieto por un rato hasta volver a elevarse, con claridad.

-Emily... prométeme... que nunca escribirás... para agradarle a nadie... sólo a ti... a ti misma.

Emily vaciló un momento. ¿Qué significaba esa promesa?

-Prométemelo -susurró con insistencia el señor Carpenter.

Emily se lo prometió.

-Ahora sí -dijo el señor Carpenter, con un suspiro de alivio-. Mantén... esa promesa... y todo estará... bien. Es inútil... tratar de agradar a... todo el mundo. Inútil... tratar de... agradar a los... críticos. Vive... con... tu propio... sombrero.

No te dejes... arrastrar... por esos... aullidos sobre el... realismo. Recuerda que... los bosques de pinos son... tan reales... como los chiqueros... y mucho más... agradables. Llegarás... algún día... tienes... la semilla... en ti. Y no le digas... al mundo... todo. Eso.... eso es lo... malo... con nuestra... literatura. Perdió... el encanto... del misterio... y de la reserva. Había otra cosa que... quería decirte... una advertencia... pero... no me acuerdo.

-No se esfuerce -dijo Emily, con suavidad-. No se canse.

-No estoy... cansado. Ya se acabó-la historia de... cansarse. Me muero... me muero fracasado... pobre como... como una rata. Pero, después de todo... Emily... he vivido... una vida muy interesante, mierda.

El señor Carpenter cerró los ojos y parecía tan muerto que Emily hizo un gesto involuntario de alarma. Él levantó una mano blanquísima.

-No... No la llames. No llames a esa... llorona. Sólo tú... pequeña Emily... de la Luna Nueva... Pequeña... niña... inteligente, Emily. ¿Qué era lo que... lo que quería decir?

Un momento después abrió los ojos y dijo, en voz alta y clara:

-Abre la puerta... abre la puerta. No hay que hacer esperar a la muerte.

Emily corrió hacia la pequeña puerta y la abrió de par en par. Entró un fuerte viento proveniente del mar gris. La tía Louisa vino corriendo desde la cocina.

-Cambió la marea... se va con ella... se ha ido.

No todavía. Cuando Emily se inclinó sobre él, los ojos agudos se abrieron, debajo de las espesas cejas, por última vez. El señor Carpenter ensayó un guiño pero no pudo completarlo.

-Me... me acordé-susurró--. Cuídate del... subrayado. ¿Hubo una especie de risita después de las palabras? La tía Louisa siempre sostuvo que sí. El desangelado señor Carpenter había muerto riéndose, diciendo algo sobre los rayos. Claro que deliraba, pero la tía Louisa siempre consideró que había sido un lecho de muerte muy poco edificante. Agradecía que no le habían tocado muchos como ése en su experiencia.

III

Emily se fue a casa como ciega y lloró por su amigo en la habitación de sus sueños. Qué alma gentil era... alma que se iba hacia las sombras -¿o hacia la luz del sol?- con risas y bromas. Fueran cuales fuesen sus defectos, no había nada de cobarde en el viejo señor Carpenter. Ella sabía que su propio mundo sería un lugar mucho más frío ahora que él se había ido. Parecía que había pasado años desde que había salido de Luna Nueva, en plena noche. Sintió una especie de premonición íntima que le decía que había llegado a una encrucijada de la vida. La muerte del señor Carpenter no haría ninguna diferencia externa para ella. Sin embargo, era un hito al cual recurriría en años posteriores, diciendo:

"Después de que pasé ese punto ya todo fue diferente".

Al parecer, durante toda su vida había crecido como a tirones. Vivía serena e inalterada durante meses y años, hasta que súbitamente se daba cuenta de que había

dejado un "pasado de cúpula baja" y emergía en un "nuevo templo" del alma, más espacioso que todo lo que había habido antes. Aunque siempre, al principio, experimentaba un estremecimiento ante el cambio y una sensación de pérdida.

CAPÍTULO 4
I

El año que siguió a la muerte del señor Carpenter transcurrió sereno para Emily, sereno, agradable y, aunque ella intentaba sofocar este pensamiento, algo monótono. No estaba Ilse, no estaba Teddy y no estaba el señor Carpenter. Perry sí, pero sólo de vez en cuando. Claro que en el verano tenía a Dean. Ninguna muchacha podía sentirse demasiado sola con Dean Priest de amigo. Siempre habían sido tan buenos amigos, desde aquel día, hacía tantísimo tiempo, cuando ella cayó por el borde rocoso en la Bahía de Malvern y Dean la rescató.[2] ¡No importaba en lo más mínimo que él cojeara un poco y tuviera un hombro más alto que el otro, o que el brillo soñador de sus ojos a veces le diera a su cara un aspecto extraño. En general, no había nadie en el mundo entero que a ella le gustara tanto como Dean. Cuando pensaba esto, Emily siempre subrayaba el gustar. Había algunas cosas que el señor Carpenter no sabía.

A la tía Elizabeth, Dean nunca le había caído del todo bien. Pero la tía Elizabeth no quería a ninguno de los Priest. Parecía haber una incompatibilidad temperamental entre los Murray y los Priest que jamás podía salvarse, ni siquiera con los esporádicos matrimonios entre los dos clanes.

"Caramba con los Priest", solía decir la tía Elizabeth, desdeñosa, relegando a todo el clan, del primero al último, al limbo, con un ademán de su mano típicamente Murray, delgada y nada bonita. "¡Caramba con los Priest!"

-Los Murray son Murray y los Priest son Priest y jamás habrán de juntarse -dijo una vez Emily, en una traviesa y desvergonzada alteración de la cita de Kipling cuando Dean le preguntó, simulando desesperación, por qué sus tías no lo querían.

-Tu vieja tía abuela Nancy, de Priest Pond, me detesta -dijo, con la sonrisita caprichosa que a veces le daba un aire de gnomo divertido-. Y las Damas Laura y Elizabeth me tratan con esa cortesía gélida que los Murray reservan para sus más amados enemigos. Ay, creo saber por qué.

Emily se ruborizó. Ella también comenzaba a tener una desagradable sospecha de por qué las tías Elizabeth y Laura eran aún más fríamente corteses con Dean que antes. No quena pensarlo, arrojaba la sospecha lejos con rabia y le cerraba las puertas del pensamiento cada vez que ésta se entrometía. Pero el pensamiento gimoteaba ante su puerta y se negaba a ser desterrado. Dean, como todas las demás cosas y todas las demás personas, parecía haber cambiado de la noche a la mañana. ¿Y qué implicaba, qué sugería el cambio? Emily se negaba a responder a esta pregunta. La única respuesta era demasiado absurda. Y desagradable.

¿Dean Priest estaba dejando de ser amigo para convertirse en enamorado? Qué tontería. Qué redomada tontería. Qué desagradable tontería. Porque ella no lo quería de enamorado y sí lo quería, locamente, de amigo. No podía perder su amistad. Era demasiado querida, demasiado delicioso, estimulante, maravilloso. ¿Por qué pasaban

[2] Emily, la de Luna Nueva.

esas cosas diabólicas? Cuando Emily llegaba a este punto de sus desconectadas divagaciones siempre se detenía y volvía atrás, furiosa, en sus pasos mentales, aterrada al darse cuenta de que estaba a punto de admitir que "esa cosa diabólica" ya había sucedido o estaba en pleno proceso.

En cierto sentido, para ella fue casi un alivio cuando, una noche de noviembre, Dean le dijo, como al pasar:

-Supongo que pronto tendré que pensar en mi migración anual.

-¿Adónde vas este año? -preguntó Emily.

-A Japón. No estuve nunca. Ahora no tengo ganas especiales de ir pero, ¿para qué voy a quedarme? ¿Tú vas a querer charlar conmigo en la sala de estar todo el invierno, en presencia de tus tías?

-No -dijo Emily, entre una risa y un estremecimiento. Recordó una feísima noche de otoño, de lluvia torrencial y mucho viento, en la que no pudieron caminar por el jardín y tuvieron que sentarse en la habitación donde la tía Elizabeth tejía y la tía Laura hacía crochet junto a la mesa. Había sido espantoso. ¿Pero por qué? ¿Por qué no podían hablar con la misma libertad, ligereza e intimidad con que hablaban en el jardín? La respuesta a esto al menos no tenía nada que ver con el sexo. ¿Era porque hablaban de tantas cosas que la tía Elizabeth no entendía y, por consiguiente, no aprobaba? Tal vez. Pero, fuera cual fuese la causa, habría sido lo mismo que Dean estuviera del otro lado del universo a los efectos de mantener una conversación real.

-De manera que me voy -dijo Dean, esperando que esta muchacha exquisita, alta, blanca dijera, en este viejo jardín, que lo extrañaría terriblemente. Lo había dicho en todos y cada uno de los fugaces otoños de muchos años. Pero esta vez no lo dijo. Se dio cuenta de que no se animaba.

Otra vez... ¿por qué?

Dean la miraba con ojos que podían ser tiernos, tristes o apasionados, según él deseara, y que ahora parecían una mezcla de las tres expresiones. Debía oírla decir que lo extrañaría. Su verdadero motivo para irse este invierno era que ella se diera cuenta de cuánto lo extrañaba, que ella sintiera que no podía vivir sin él.

-¿Me vas a extrañar, Emily?

-Por supuesto -respondió Emily con ligereza, con demasiada ligereza. En otros años había sido muy franca y seria sobre este tema. Dean no lamentaba del todo el cambio. Pero no pudo adivinar nada de la actitud mental detrás de éste. Seguramente ella había cambiado porque sentía algo, sospechaba algo, de lo que él había luchado durante años por ocultar y sofocar como una completa locura. ¿Y entonces? ¿Era esta nueva ligereza un indicio de que ella no quería darle demasiada importancia a admitir que lo extrañaría? ¿O era sólo la defensa instintiva de una mujer contra algo que implica o evoca demasiado?

-Va a ser tan terrible este invierno aquí sin ti, sin Teddy y sin Ilse, que no quiero ni pensarlo -prosiguió Emily-. El invierno pasado fue malo. Y éste va a ser peor, lo sé. Pero tengo mi trabajo.

-Ah, sí, claro, tu trabajo -asintió Dean con una inflexión tolerante, algo divertida en la voz, que ahora siempre aparecía cuando hablaba del "trabajo" de ella, como si le pareciera divertidísimo que ella llamara "trabajo" a su manía de llenar cuadernos. Bueno, hay que seguirle la corriente a esta niña encantadora. En palabras no lo habría dicho con más claridad. Sus implicancias golpearon el alma sensible de Emily como un latigazo. Y de un solo golpe todo su trabajo y sus ambiciones se volvieron, momentáneamente, al menos, tan infantiles y sin importancia como él los consideraba. Ella no podía defender sus convicciones ante él. Él tenía que saber. Era tan inteligente, tan educado. El tenía que saber. Eso era lo angustioso. Ella no podía hacer caso omiso

de su opinión. Emily sabía en lo más profundo de su corazón que jamás podría creer del todo en sí misma hasta que Dean Priest no admitiera que ella podía hacer algo de veras valioso en ese sentido. Y él nunca lo admitía.

-Llevaré imágenes tuyas a todos los lados donde vaya, Estrella-decía Dean. Estrella era el viejo apodo que le había dado, no un juego de palabras con su apellido[3] sino que decía que ella le recordaba a una estrella. -Te veré sentada en tu habitación junto a esa vieja ventana, tejiendo tus bonitas telas de araña, caminando por este viejo jardín, paseándote por el Camino del Ayer, mirando el mar. Cada vez que recuerde algo de la belleza de Blair Water te veré. Después de todo, toda esa belleza no es más que el marco para una mujer hermosa.

"Sus bonitas telas de araña", ah, ahí estaba. Eso fue todo lo que Emily oyó. Ni siquiera se dio cuenta de que él le decía que la consideraba, a ella, una mujer hermosa.

-Tú piensas que lo que escribo no son más que telas de araña, Dean? -preguntó, ahogada.

Dean pareció convincentemente sorprendido.

-Estrella, ¿qué otra cosa es? ¿Tú qué piensas que es? Yo me alegro de que puedas divertirte escribiendo. Es espléndido tener un pasatiempo así. Y si puedes ganar algunas monedas con él, pues, bienvenidas, también, en el mundo en que vivimos. Pero no me gustaría que soñaras con ser una Brontë o una Austen y que cuando despiertes te des cuenta de que desperdiciaste tu juventud en un sueño.

-No me creo una Brontë ni una Austen -dijo Emily-. Pero hace tiempo no pensabas lo mismo, Dean. Antes pensabas que algún día yo iba a poder hacer algo.

-Uno no aplasta los sueños lindos de una criatura -dijo Dean-. Pero sería una tontería llevar los sueños de la infancia a la madurez. Es mejor enfrentarse a los hechos. Tú escribes cosas encantadoras, a tu manera, Emily. Conténtate con eso y no desperdicies tus mejores años ansiando lo inalcanzable ni luchando por llegar a alturas que están lejos de tus posibilidades.

II

Dean no miraba a Emily. Estaba apoyado contra el viejo reloj de sol y lo miraba con el entrecejo fruncido, con el aire de quien se obliga a decir algo desagradable porque lo considera su deber.

-No quiero ser apenas una escritora de historias agradables -exclamó Emily, con rebeldía. Él la miró a la cara. Ella era de su misma altura, milímetros más alta incluso, aunque él se negaba a admitirlo.

-No tienes que ser sino lo que eres -dijo él impetuosamente-. Una mujer como no se ha visto antes en esta Luna Nueva. Puedes hacer más con esos ojos, con esa sonrisa, de lo que podrías hacer jamás con tu pluma.

-Me haces acordar a la tía abuela Nancy -dijo Emily, cruel y desdeñosa.

¿Pero no había estado él cruel y despectivo con ella? Las tres de la madrugada la encontraron con los ojos muy abiertos y angustiada. Había pasado horas sin dormir, enfrentada a dos convicciones terribles. Una era que jamás haría nada valioso con su pluma. La otra era que iba a perder la amistad de Dean. Pues amistad era todo lo que ella podía darle y eso a él no le alcanzaba. Debía lastimarlo. Y, ay, ¿cómo podía lastimar a Dean, a quien la vida había tratado con tanta crueldad? Emily le había dicho

[3] El apellido de Emily es Star, que significa "estrella".

"no" a Andrew Murray y se había reído sin el menor remordimiento al rechazar a Perry Miller. Pero esto era completamente diferente.

Emily se sentó en la cama, a oscuras, y gimió en una desolación que no era menos real ni menos dolorosa por el hecho incuestionable de que treinta años después se preguntaría por qué caramba había gemido.

-Ojalá no existieran los enamorados ni el amor en el mundo -dijo, con feroz intensidad, creyendo honestamente que creía lo que decía.

III

Como todo el mundo, a la luz del día Emily vio las cosas mucho menos trágicas y tolerables que en la oscuridad. Un lindo cheque abultado y una gentil carta de reconocimiento que lo acompañaba le devolvieron buena parte de su respeto por sí misma y de su ambición. Lo más probable, también, era que hubiera imaginado implicancias en las palabras y las miradas de Dean que estaban lejos de las intenciones de él. No pensaba convertirse en una tonta de esas que creen que cualquier hombre, joven o viejo, al que le gustaba hablar con ella o incluso hacerle un cumplido en un jardín en sombras e iluminado por la luna, estaba enamorado de ella. Dean tenía edad suficiente como para ser su padre.

La despedida poco sentimental de Dean cuando se fue le confirmó a Emily esta reconfortante seguridad y la dejó libre de extrañarlo sin reservas. Y extrañarlo lo extrañó, con creces. Ese año, la lluvia en los campos otoñales fue algo muy triste, al igual que las fantasmales brumas grises que venían lentamente desde el golfo. Emily se alegró cuando llegó la nieve y su brillo. Estuvo tan ocupada, escribiendo largas horas, a menudo bien entrada la noche, que la tía Laura comenzó a preocuparse por su salud y la tía Elizabeth dijo una o dos veces, protestando, que el precio del aceite de carbón había subido. Como Emily pagaba el aceite que consumía, la indirecta no surtió efecto sobre ella. Estaba muy empeñada en ganar dinero suficiente para devolverle al tío Wallace y a la tía Ruth lo que habían gastado en ella en sus años de secundaria. A la tía Elizabeth le parecía una ambición digna de elogio. Los Murray eran una raza independiente. Era el refrán del clan que los Murray habían tenido su propio bote en el Diluvio. Nada de arcas promiscuas para ellos.

Claro que había aún muchos rechazos, que el primo Jimmy llevaba a casa desde el correo mudo de la indignación. Pero el porcentaje de aceptaciones aumentaba firmemente. Cada nueva revista conquistada significaba un escalón más en el Sendero Alpino. Ella sabía que paso a paso estaba obteniendo el oficio de su arte. Hasta "los diálogos amorosos" que tanto la habían preocupado en el pasado ahora le resultaban fáciles. ¿Tanto le habían enseñado los ojos de Teddy Kent? Si Emily se hubiera tomado tiempo para pensar, se habría sentido muy sola. Había, algunas horas tristes. En especial, después de la llegada de una carta de Ilse llena de historias sobre sus divertidos días en Montreal, sus éxitos en la Escuela de Oratoria y sus preciosos vestidos nuevos. En los largos crepúsculos, cuando miraba estremecida por las ventanas de la vieja casona y pensaba qué blancos, fríos y solitarios se veían los campos nevados sobre la colina, qué oscuras, remotas y trágicas las Tres Princesas, Emily perdía confianza en su estrella. Quería verano, campos de margaritas, mares neblinosos con la salida de la luna o púrpura con la puesta del sol, amigos, Teddy. En esos momentos, siempre sabía que quería a Teddy.

Teddy parecía tan lejano. Seguían manteniendo una fiel correspondencia, pero ya no era lo que había sido. De pronto, en el otoño las cartas de Teddy se habían vuelto más frías y formales. Y ante este primer síntoma de enfriamiento, la temperatura de Emily bajó considerablemente.

IV

Pero tuvo horas de éxtasis e introspección que inundaban de gloria lo anterior y lo posterior. Horas en las que sentía gracias a tidentro de ella la facultad creadora que ardía como una llama inmortal. Momentos escasos y sublimes en los cuales se sentía como una diosa, perfectamente feliz y satisfecha. Y siempre tenía su mundo de ensueño en el que podía escaparse de la monotonía y la soledad, y saborear una felicidad dulce y extraña que no empañaba ninguna nube ni ninguna sombra. A veces volvía con los recuerdos a su infancia y vivía deliciosas aventuras que le habría avergonzado admitir en su mundo de adulta.

Le gustaba mucho merodear sola, en especial en el crepúsculo o en las noches de luna, sola con las estrellas y los árboles, compañeros muy escasos.

-No puedo quedarme tranquila adentro cuando hay luna, tengo que estar al aire libre -le dijo a la tía Elizabeth, a la que los merodeos no le parecían bien. La tía Elizabeth nunca perdía la inquietante obsesión de que la madre de Emily se había fugado para casarse. Y, de todas maneras, merodear era un hábito extraño. Ninguna de las otras muchachas de Blair Water merodeaba.

Hubo caminatas por las colinas a la media luz del atardecer, cuando las estrellas se levantaban, una después de la otra, la gran constelación de mito y leyenda. Hubo noches frías con la salida de la luna, que lastimaba de tan hermosa; agujas de abetos blancos que se clavaban en los crepúsculos de fuego; bosques de abetos rojos de misteriosa penumbra; paseos por el Camino del Mañana. No el Camino del Mañana de junio, con aroma a pimpollos, tierno en los vegetales jóvenes. Tampoco el Camino del Mañana de octubre, espléndido en sus rojos y sus dorados. Sino el Camino del Mañana de un sereno atardecer nevado de invierno, un lugar blanco, misterioso, silencioso, lleno de hechizos. A Emily le gustaba más que cualquiera de los otros lugares. La felicidad espiritual de esa soledad atestada de sueños nunca empalagaba, su remoto encanto nunca saciaba.

¡Si sólo tuviera un amigo con quien hablar! Una noche se despertó y se sorprendió llorando, con una luna tardía que brillaba, azul y fría, sobre ella, a través de los cristales escarchados de la ventana. Había soñado que Teddy le silbaba desde el bosque de John el Altivo, el antiguo silbido tan querido de los días de la infancia; y ella había salido corriendo, atravesando el jardín, hasta el bosque. Pero no pudo encontrar a Teddy.

-¡Emily Byrd Starr, que no vuelva a sorprenderte llorando por un sueño! -dijo, con pasión.

CAPÍTULO 5
I

Sólo tres hechos dinámicos sucedieron ese año para alterar el tenor silencioso de la vida de Emily. En otoño vivió un romance, como lo dijo 'victorianamente" la tía Laura. El reverendo James Wallace, el joven ministro nuevo de Derry Pond, bien intencionado y delicado como una señorita, comenzó a hallar excusas para i- de visita a la diócesis de Blair Water con bastante frecuencia y desde allí se iba a Luna Nueva. Pronto todo el mundo en Elair Water y Derry Pond supo que Emily Byrd Starr tenía un novio pastor. Los chismes abundaban. Se daba por sentado que Emily no dejaría escapar la oportunidad. ¡Un ministro! La gente sacudía la cabeza. Ella nunca llegaría a ser una esposa apropiada para un ministro. Jamás de los jamases. Pero, ¿no era así siempre? Los ministros siempre eligen a quien no deben.

En Luna Nueva las opiniones se dividían. La tía Laura, que debía a un tal doctor Fell una cierta susceptibilidad contra el señor Wallace, esperaba que Emily no lo "aceptara". La tía Elizabeth, en lo más profundo de su alma, no lo quería mucho tampoco, pero la impresionaba la idea de un ministro. Un enamorado tan seguro… un ministro jamás se le ocurriría fugarse para casarse. Pensaba que Emily podía considerarse una muchacha muy afortunada si podía "pescarlo".

Cuando fue tristemente obvio que las visitas del señor Wallace a Luna Nueva habían cesado, la tía Elizabeth adustamente le preguntó la razón a Emily y se horrorizó al enterarse de que la desagradecida coqueta le había dicho al señor Wallace que no podía casarse con él.

-¿Por qué? -quiso saber la tía Elizabeth, con un tono de helada desaprobación.

-Por las orejas, tía Elizabeth, por las orejas -dijo Emily, con petulancia-. No puedo arriesgarme a que mis hijos hereden orejas como las suyas.

La falta de delicadeza de semejante respuesta hizo trastabillar a la tía Elizabeth, y probablemente esa fuera la razón por la cual Emily respondió así. Sabía que la tía Elizabeth tendría miedo de volver a hacer la menor referencia al tema.

El reverendo James Wallace consideró que era "su deber" irse al oeste la primavera siguiente. Y eso fue todo.

II

Luego vino el episodio de las funciones de actores aficionados de Shrewsbury, sobre las cuales apareció una crítica demoledora en uno de los diarios de Charlottetown. Los de Shrewsbury culparon a Emily Byrd Starr. ¿Quién más, se preguntaban, podría haber escrito con esa agudeza diabólica y ese sarcasmo? Todos sabían que Emily Byrd Star nunca había perdonado a Shrewsbury por haber creído aquellas patrañas sobre ella en la vieja Casa de John. Ésta era su venganza. ¿No era típico de los Murray? Llevar durante años un encono oculto, hasta que se presentara una oportunidad apropiada para la venganza. Emily declaró su inocencia en vano. Nunca se averiguó quién había escrito la crítica y durante toda su vida la gente siguió esgrimiendo este asunto en su contra.

Pero, en cierto sentido, le resultó beneficioso. Después del incidente, la invitaron a todas las actividades sociales de Shrewsbury. La gente tenía miedo de dejarla afuera por temor a que "lo escribiera". No podía ir a todos lados: Shrewsbury quedaba a once kilómetros de Blair Water. Pero fue a la cena danzante de la esposa de Tom Nickle y

Librodot

durante seis semanas creyó que dicha cena había cambiado el curso de toda su existencia.

Emily, la del espejo, se veía muy bien esa noche. Tenía el vestido que había deseado durante años; gastó en él todo lo que había ganado con un cuento, para espanto de su tía. Seda tornasolada, azul bajo una luz, plateado bajo otra, con algo de encaje delicadísimo. Recordó que Teddy había dicho que, cuando ella tuviera ese vestido, él iba a pintarla como "La doncella de hielo".

Su vecino de la derecha era un hombre que no dejó de hacer "discursos divertidos" durante toda la comida y la hizo preguntarse, una y otra vez, con qué propósito lo habría traído Dios al mundo. ¡Pero su vecino de la izquierda! Hablaba poco pero... ¡su aspecto! Emily decidió que le gustaba un hombre cuyos ojos dijeran más que sus labios. Pero sí le dijo que ella parecía "el rayo de luna de una azul noche de verano" con ese vestido. Creo que fue la frase que terminó con Emily, que le traspasó el corazón de lado a lado, como el desafortunado patito de la canción de cuna. Emily no tenía salvación ante el encanto de una frase bien armada. Antes de que terminara la velada, Emily, por primera vez en su vida, estaba perdida y románticamente enamorada con el más perdido y romántico de los enamoramientos, con "el amor con que soñaron los poetas", como escribió en su diario. El joven -creo que su hermoso y romántico nombre era Aylmer Vincent- estaba tan locamente enamorado como ella. Literalmente se instalaba en Luna Nueva. La cortejaba de una manera hermosa. A Emily le encantaba su manera de decir "querida dama". Cuando le dijo que "las manos hermosas son uno de los principales encantos de una mujer hermosa" y miró las de Emily con devoción, ella, cuando se fue a su habitación esa noche se besó las manos porque los ojos de él las habían acariciado. Cuando él, extasiado, la llamó "una criatura de niebla y llamarada", ella neblinó y llameó por la adusta Luna Nueva hasta que la tía Elizabeth la aplastó desconsideradamente al pedirle que friera algunas roscas para el primo Jimmy. Cuando él le dijo que era como un ópalo: de un blanco níveo por fuera, pero con un corazón de fuego granate, ella se preguntó si la vida seria siempre así.

"Y pensar que en un tiempo creí que me gustaba Teddy Kent", pensó, asombrada de sí misma.

Dejó de escribir y le pidió a la tía Elizabeth si no le regalaba la vieja caja azul del altillo para guardar su ajuar. La tía Elizabeth accedió gentilmente. Se habían investigado los antecedentes del nuevo candidato y éstos resultaron impecables. Buena familia, buena posición social, buen negocio. Todos los augurios eran auspiciosos.

III

Y entonces ocurrió algo realmente espantoso.

Emily se desenamoró con la misma rapidez con que se había enamorado. Un día estaba enamorada y al siguiente ya no. Así de sencillo.

Estaba alelada. No podía creerlo. Intentó simular que aún existía el antiguo encantamiento. Intentó emocionarse, soñar y ruborizarse. Nada de emoción, nada de rubor. Su enamorado de los ojos negros -¿cómo no se había dado cuenta antes de que tenía los ojos idénticos a los de una vaca?- la aburría. Ah, cómo la aburría. Una noche bostezó justo en medio de uno de sus mejores discursos. No había nada que agregar.

Le dio tanta vergüenza que casi se enfermó. La gente de Blair pensó que él la había dejado y le tuvo pena. Las tías, que sabían la verdad, estaban desilusionadas y molestas.

-Voluble, voluble, como todas las Starr -dijo la tía Elizabeth, con amargura.

Emily no tenía fuerzas para defenderse. Suponía que se lo tenía bien merecido. Tal vez fuera voluble. Seguramente era voluble. Cuando un fuego tan glorioso se apagaba tan rápida y completamente y se convertía en cenizas, no quedaba ni un rescoldo. Ni siquiera un recuerdo romántico. Emily tachó con rabia lo que había escrito en su diario sobre "el amor con que soñaron los poetas".

De verdad fue muy desdichada por este tema durante largo tiempo. ¿No tenía nada de profundidad? ¿Era una persona tan superficial que hasta el amor era para ella como las semillas que caen en la tierra yerma en la parábola inmortal? Sabía que otras muchachas tenían estos romances tontos, tempestuosos, efímeros, pero nunca pensó que ella fuera a vivir uno, nunca pensó que pudiera vivirlo. ¡Perder la razón por un rostro hermoso, una voz seductora, un par de grandes ojos oscuros y el truco de lindos discursos! En resumen, Emily sentía que había hecho de tonta rematada y el orgullo de los Murray no podía soportarlo.

Para empeorar las cosas, él se casó a los seis meses con una muchacha de Shrewsbury. No era que a Emily le importara con quién se casara ni en cuánto tiempo. Pero eso significaba que los ardores románticos de él no eran tampoco más que hijos de la superficialidad y le dieron un toque más de humillación a todo ese tonto asunto. Andrew se había consolado con tanta facilidad, además. Perry Miller no la esperaba desolado. Teddy se había olvidado de ella. ¿Era incapaz de inspirar en un hombre una pasión profunda y duradera? Claro que estaba Dean. Pero hasta Dean se iba todos los inviernos y la dejaba a que la cortejara y la conquistara cualquier enamorado que apareciera.

-¿Soy básicamente superficial? -se preguntó la pobre Emily con terrible intensidad.

Volvió a tomar la pluma con secreta alegría. Pero, por un tiempo considerable, las escenas amorosas de sus cuentos tenían un dejo cínico y misantrópico.

CAPÍTULO 6
I

Teddy Kent e Ilse Burnley fueron a casa en el verano, a pasar unas breves vacaciones. Teddy había ganado una beca de arte que significaba dos años en París y a las dos semanas zarpaba hacia Europa. Le había escrito a Emily contándole la novedad como al pasar y ella había respondido con las felicitaciones de una amiga y hermana. En ninguna de las dos cartas se hizo la menor referencia al oro del arco iris o a Vega de la Lira. Sin embargo, Emily esperó su llegada con una esperanza anhelante y avergonzada, que no podía negar. Tal vez... ¿podía osar esperar eso?... cuando volvieran a estar frente a frente, en sus viejos bosques y lugares encantados, esa frialdad que tan inexplicablemente había surgido entre ambos se desvanecería como se desvanece la niebla del mar cuando el sol se levanta sobre el golfo. Sin duda, Teddy había tenido sus imitaciones de romances, como ella. Pero cuando viniera, cuando volvieran a mirarse a los ojos, cuando ella oyera en el bosque de John el Altivo ese silbido que era su contraseña...

Pero no llegó a oírlo. La tarde del día cuando sabía que Teddy venía se puso a caminar por el jardín entre mariposas de brocato, vestida con un nuevo vestido de gasa "polvo azul", prestando atención. Cada canto de petirrojo le ruborizaba las mejillas y le

Librodot

hacía latir el corazón con fuerza. Entonces apareció la tía Laura a través del crepúsculo y el rocío.

-Llegaron Teddy e Ilse dijo.

Emily entró en la sala majestuosa, severa y digna de Luna Nueva pálida, altiva, reservada. Ilse se arrojó en sus brazos con todo su tempestuoso afecto de antes, pero Teddy le tendió la mano con una frialdad indiferente que casi igualaba a la de Emily. ¿Teddy? Bueno, no. Frederick Kent, futuro egresado de la Academia Real. ¿Qué quedaba del Teddy de antes en este joven delgado y elegante con este aire sofisticado, esos ojos fríos e impersonales y ese aspecto generalizado de haber dejado atrás para siempre toda niñería, incluyendo los viejos sueños tontos y las insignificantes muchachas del campo con las que había jugado de niño?

En esta conclusión, Emily era terriblemente injusta con Teddy. Pero no estaba de humor para ser justa con nadie. Nadie puede estarlo cuando siente que se ha portado como una tonta. Y Emily sentía que eso era exactamente lo que había hecho... otra vez. Soñar sueños románticos en un jardín crepuscular, haberse puesto con toda intención un vestido de gasa azul, esperar la señal amante de un enamorado que se había olvidado de ella por completo, o que sólo la recordaba como una antigua compañera de clase a quien venía a ver, correcta y gentil y educadamente. Bueno, gracias a Dios que Teddy no sabía lo tonta que había estado. Se cuidaría muchísimo de que nunca lo sospechara. ¿Quién podía comportarse con más amabilidad y frialdad que una Murray de Luna Nueva? Emily se felicitó que sus modales fueron impecables. Tan gentil e impersonal como ante un absoluto desconocido. Renovadas felicitaciones por su maravilloso éxito, acompañadas por una absoluta falta de interés real en él. De parte de ella: frases cuidadosas, preguntas amables sobre el trabajo de él; de parte de él: frases cuidadosas, preguntas amables sobre el trabajo de ella. Ella había visto algunos de los dibujos de él en las revistas. Él había leído algunos de los cuentos de ella. Y así siguieron, con un abismo cada vez más insalvable entre los dos a cada minuto. Emily jamás se había sentido tan lejos de Teddy. Reconocía, con un sentimiento que era casi terror, todo lo que había cambiado él en esos dos años de ausencia. En verdad, habría sido una reunión penosa de no haber sido por Ilse, que parloteaba con su frescura y su encanto de antes, planeando dos semanas de diversiones para sus vacaciones en casa, haciendo mil preguntas; la misma chiflada de risas y bromas, vestida con su proverbial y graciosa trasgresión de todos los cánones aceptados del buen gusto. Tenía un vestido extraordinario, una cosa de un color verde amarillento. Se había puesto una gran peonía rosada en la cintura y otra en el hombro. Llevaba un sombrero verde brillante con una coronita de florcitas rosadas. Grandes cascadas de perlas le colgaban de las orejas. Era un ropaje extraño. Nadie que no fuera Ilse podría haberlo llevado con éxito. Y se la veía como la corporización de mil primaveras tropicales vestida así: exótica, provocativa, hermosa. ¡Tan hermosa! Otra vez, Emily tomó conciencia de la hermosura de su amiga con una punzada, no de envidia sino de amarga humillación. Junto al resplandor dorado de los cabellos de Ilse, el brillo de sus ojos color ámbar y la frescura de rosas rojas de sus mejillas, ella se vería seguramente pálida, oscura e insignificante. Se descontaba que Teddy estaba enamorado de Ilse. Había ido a verla a ella primero, había estado con ella mientras Emily lo esperaba en el jardín. Bueno, no hacía la menor diferencia. ¿Por qué iba a hacerla? Ella sería tan amigable como siempre. Y lo fue. Con creces. Pero cuando Teddy e Ilse se fueron, juntos, riendo y bromeando entre ellos, por el viejo Camino del Mañana, Emily subió a su dormitorio y cerró la puerta con llave. Nadie volvió a verla hasta la mañana siguiente.

II

Siguieron las dos alegres semanas planeadas por Ilse. Pic-nics, bailes y jolgorio a granel. La sociedad de Shrewsbury decidió que un joven artista en ascenso merecía ser considerado y, en consecuencia, lo consideraron. Fue un verdadero remolino de alegría, y Emily giró junto con los otros. Nadie con paso más ligero en el baile, nadie con voz más rápida en las bromas, y sintiéndose todo el tiempo como el espíritu desdichado en una historia de fantasmas que había leído una vez que tenía un carbón encendido en el pecho, en lugar de corazón. Todo el tiempo sintiendo, además, en lo más hondo de sí, por debajo del orgullo y del dolor escondido, esa sensación de realización, de cosa completa, que siempre sentía cuando Teddy estaba cerca. Pero se cuidó bien de no estar nunca a solas con Teddy, a quien por cierto nadie podía haber acusado de ningún intento de inducirla a reuniones de a dos. El nombre de él se ligaba libremente al de Ilse y los dos tomaron la broma con tanta compostura que se hizo carne la impresión de que "los dos se entendían". Emily pensaba que, de ser así, Ilse se lo habría contado. Pero Ilse, si bien contó muchas historias. de enamorados abandonados cuyos sufrimientos parecían pesarle poco a su conciencia, jamás mencionó el nombre de Teddy, lo cual a Emily le pareció de una significación atormentadora. Preguntó por Perry Miller; quería saber si seguía siendo tan patán como siempre y se rió ante la indignada defensa de Emily.

-Sin duda que algún día será Primer Ministro, claro -asintió Ilse, despectiva-. Trabajará como el diablo y nunca se va a quedar sin algo por no haberlo pedido, pero, ¿tú no sentirás siempre el olor a los barriles de arenques de Stovepipe Town?

Perry fue a ver a Ilse, alardeó en exceso sobre su progreso y se vio tan desdeñado y maltratado que no volvió. En resumen, las dos semanas fueron como una pesadilla para Emily, que se sintió agradecida de verdad cuando llegó el momento de la partida de Teddy. Él iba en barco a Halifax, pues quería hacer unos bosquejos con tema marino para una revista y, una hora antes de pleamar, mientras el Mira Lee estaba anclando en el puerto de Stovepipe Town, fue a despedirse. No fue con Ilse, sin duda, pensó Emily, sólo porque Ilse estaba haciendo visitas en Charlottetown, pero Dean Priest estaba con ella, de modo que no hubo la temida soledad "de a dos". Dean volvía por sus fueros, después de dos semanas de fiestas de las cuales se había visto excluido. Dean no iba a bailes ni reuniones, pero siempre rondaba entre bambalinas, según sentían todos los involucrados. Estaba con Emily en el jardín y había en él un cierto aire de victoria y posesión que no escapó a la percepción de Teddy. Dean, que nunca cometía el error de confundir la alegría con la felicidad, había visto más que los otros el pequeño drama representado en Blair Water durante esas dos semanas y cuando bajó el telón se sintió un hombre satisfecho. El viejo asunto infantil e impreciso entre Teddy Kent, el de Tansy Patch y Emily, la de Luna Nueva, por fin había terminado. Cualquiera hubiera sido su importancia o su falta de importancia, Dean ya no contaba a Teddy entre sus rivales.

Emily y Teddy se separaron con el caluroso apretón de manos y los mutuos buenos deseos de viejos compañeros de estudios que de verdad se desean el bien, pero que no tienen ningún interés vital en el asunto.

"Prospera y véte al infierno", como se decía que había dicho uno de los viejos Murray.

Teddy se fue airosamente. Tuvo el don de hacer una salida artística, pero no miró para atrás ni una vez. Emily se volvió de inmediato a Dean y retomó la

Librodot

conversación interrumpida por la llegada de Teddy. Sus pestañas ocultaron a buen recaudo sus ojos. Dean, con esa extraña habilidad para leerle los pensamientos, no tenía que... no debía... darse cuenta ¿de qué?

¿Qué era eso de lo que no debía darse cuenta? Nada... nada en absoluto. No obstante, Emily mantuvo las pestañas bajas.

Cuando Dean, que tenía otro compromiso esa noche, se fue media hora después, ella se paseó, serena, entre el oro de las prímulas durante un ratito, la imagen más acabada, en apariencia, de las meditaciones fantasiosas y libres de una doncella.

"Seguro que está ideando un argumento", pensó el primo Jimmy, orgulloso, cuando la vio por la ventana de la cocina. "No entiendo cómo hace".

III

Tal vez Emily estuviera ideando un argumento. Pero, a medida que se acentuaron las sombras, dejó el jardín, atravesó la paz soñadora del viejo huerto de columbinas, recorrió el Camino del Ayer, subió la pradera, cruzó el lago de Blair Water, trepó la colina del otro lado, pasó junto a la Casa Desilusionada y atravesó el espeso bosque de abetos. Allí, desde un bosquecito de abedules plateados, se tenía una visión clara del puerto, llameando en colores lilas y rosados. Emily llegó sin aliento; había hecho el último trecho casi corriendo. ¿Habría llegado tarde? ¡Ah, que no fuera tarde!

El Mira Lee dejaba el puerto; era un buque de ensueño en el esplendor del crepúsculo, pasaría por cabos púrpura y distantes costas fantasmagóricas, envueltas en niebla. Emily se quedó mirándolo, hasta que cruzó el banco y se metió en el golfo del otro lado. Siguió mirando hasta que se perdió de vista en la penumbra azul de la noche que caía, consciente sólo de un ansia terrible de ver a Teddy una vez más, sólo una vez más. De decirle adiós como tendría que haberle dicho adiós.

Teddy se había ido. A otro mundo. No había arco iris a la vista. ¿Y qué era Vega de la Lira, sino un sol vertiginoso, llameante, increíblemente lejano?

Se dejó caer sobre el pasto a sus pies y se quedó allí, llorando, bajo la fría luz de la luna que, de pronto, se había apoderado del crepúsculo amigo.

La incredulidad se confundía con su intensa angustia. Esto no podía haber sucedido. No podía ser que Teddy se hubiera ido con sólo ese adiós helado, amable, sin alma. Después de tantos años de amistad, aunque más no fuera. ¿Ay, cómo haría para soportar las tres de la madrugada, esa noche?

-Soy una reverenda imbécil -susurró con violencia-. Él se ha olvidado de todo. No significo nada para él. Y me lo merezco. ¿Yo no lo olvidé durante esas locas semanas en las que me imaginé enamorada de Aylmer Vincent? Claro que alguien se lo contó. He perdido mi oportunidad de alcanzar la felicidad verdadera por culpa de ese romance absurdo. ¿Dónde está mi orgullo? Llorar así por un hombre que se ha olvidado de mí. Pero... pero... es tan lindo llorar después de haber tenido que reír durante estas dos espantosas semanas.

IV

Después de la partida de Teddy, Emily se lanzó de lleno al trabajo. Durante los largos días y noches de verano escribió, mientras las manchas púrpura debajo de sus ojos se acentuaban y el rosado de las mejillas desaparecía. La tía Elizabeth pensaba que Emily se estaba matando y por primera vez se reconcilió con la amistad entre Emily y el Giboso Priest, pues él la sacaba de su escritorio, al menos por las tardes, para llevarla a

caminar y hablar al aire libre. Ese verano, Emily terminó de pagar su deuda con el tío Wallace y con la tía Ruth, con su pluma.

Pero había más cosas en el horizonte que escribir. En su primera angustiosa soledad, cuando yacía despierta a las tres de la madrugada, Emily recordó una cierta cruda noche de invierno cuando ella, Ilse, Perry y Teddy, huyendo de la tormenta, se refugiaron en la vieja Casa de John, en la Carretera a Derry Pond; recordó el escándalo y el sufrimiento que provocó ese incidente, y recordó también que aquella noche de delicioso éxtasis ella había pensado una historia provocada en su mente por un comentario gracioso y significativo dicho al pasar por Teddy. Al menos en ese momento a ella le había parecido significativo. Bueno, eso había pasado. Pero, ¿estaría por algún lugar la historia? Al día siguiente, había escrito el boceto de aquella fascinante historia en uno de sus cuadernos. Emily se bajó de la cama de un salto en la serena noche de verano, encendió una de las famosas velas de Luna Nueva y se puso a hurgar entre una pila de cuadernos. Sí, aquí estaba. El vendedor de sueños. Emily se sentó en cuclillas y lo leyó. Era bueno. Volvió a atrapar su imaginación y convocó a todo su impulso creativo. Lo escribiría, comenzaría en ese mismo momento. Se echó una bata sobre los blancos hombros para protegerse del fresco aire del golfo, se sentó ante la ventana abierta y se puso a escribir. Olvidó todo lo demás, al menos por un rato, en la sutil dicha de la creación, que todo lo abarca. Teddy no era más que un recuerdo borroso; el amor era una vela apagada. Nada que no fuera su historia importaba. Los personajes cobraban vida bajo su mano y le inundaban la conciencia, vitales, atrayentes, fuertes. El humor, las lágrimas, la risa, todo fluía de su pluma. Vivió y respiró en otro mundo y volvió a Luna Nueva sólo al amanecer, cuando se dio cuenta de que se le había terminado la vela y de que tenía la mesa cubierta de hojas escritas: los primeros cuatro capítulos de su libro. ¡Su libro! Qué magia, qué deleite, qué devoción, que incredulidad le provocaba el pensamiento.

Durante semanas, Emily pareció vivir de verdad sólo cuando escribía. Dean la encontraba extrañamente abstraída y absorta, ausente e impersonal. Su conversación era todo lo aburrida que podía ser la conversación de Emily y, mientras que su cuerpo se sentaba o caminaba al lado de él, su alma estaba ¿dónde? En alguna región donde él no podía seguirla, eso seguro. Se había escapado de él.

V

Emily terminó su libro en seis semanas, lo terminó una mañana, al amanecer. Arrojó la lapicera, se acercó a la ventana y levantó la carita pálida, cansada, triunfante, hacia el cielo matinal.

Desde el frondoso silencio del bosque de John el Altivo fluía música. Más allá había prados rosáceos bajo el alba y el jardín de Luna Nueva, instalado en una calma hechizada. La danza del viento sobre las colinas parecía una encantadora respuesta a la música y el ritmo que bullían dentro de su ser. Colinas, mar, sombras, todo la llamaba con mil voces de duendes, voces de comprensión y aplauso. El viejo golfo cantaba. Sus ojos se llenaron de unas lágrimas exquisitas. ¡Lo había escrito, ay, y qué feliz era! Este momento lo compensaba todo.

¡Terminado, completo! Ahí estaba, El vendedor de sueños, su primer libro. No era un gran libro, no, no, pero era suyo. Era algo a lo que ella había dado el ser, algo que no habría existido si ella no lo hubiera creado. Y era bueno. Lo sabía, lo sentía. Era una historia apasionada y delicada, instinto con romance, con emoción, con humor. El éxtasis de la creación seguía iluminándola. Pasó las páginas, leyó salpicado,

preguntándose si eso lo había escrito de verdad ella. Estaba justo debajo de la punta del arco iris. ¿No podía tocar esa cosa mágica, prismática? Sus dedos ya casi se aferraban al caldero de oro.

La tía Elizabeth entró con su acostumbrada actitud indiferente hacia una formalidad tan inútil como la de golpear a la puerta.

-Emily -dijo, severa-, ¿estuviste otra vez levantada toda la noche?

Emily volvió a la tierra con ese abominable sobresalto mental que sólo puede describirse correctamente como un porrazo, y un porrazo traidor. Muy traidor. Se sintió una escolar culpable. Y El vendedor de sueños se volvió al instante un mero montón de papeles garabateados.

-No... no me di cuenta y se me pasó la hora, tía Elizabeth -tartamudeó.

-Ya eres bastante mayorcita como para tener un poco de sentido común -dijo la tía Elizabeth-. No me importa que escribas, ahora no. Al parecer eres capaz de ganarte la vida de una manera muy honrada con eso. Pero te vas a arruinar la salud si sigues así. ¿Te olvidas de que tu madre murió de tuberculosis? Por lo menos, recuerda que hoy tienes que recoger las habas. Ya es tiempo de recogerlas.

Emily tomó su manuscrito sin sentir ya todo aquel extasiado deleite. La creación había terminado, ahora sólo quedaba el sórdido asunto de hacer publicar el libro. Emily lo escribió a máquina en la pequeña máquina de escribir de tercera mano que Perry le había conseguido en un remate, una máquina que escribía sólo la mitad de las mayúsculas y que no tenía emes. Después ella puso las mayúsculas y las emes con una lapicera y envió el manuscrito a una editorial. La editorial lo devolvió con una perorata impresa que decía que "nuestros lectores han encontrado méritos en su historia, pero no los suficientes como para justificar una aceptación".

Estos "odiosos elogios tibios" aplastaban a Emily más que los rechazos impresos. ¡Ay, las tres de la madrugada, ese día! No, es un acto de piedad no hablar de esa noche, ni de las muchas tres-de-la-madrugada que siguieron.

"¡La ambición!", escribió Emily amargamente en su diario. ¡Me da risa! ¿Dónde está ahora mi ambición? ¿Cómo es ser ambicioso? ¿Sentir que la vida está ante uno, que es una hermosa página en blanco donde uno puede inscribir el propio nombre en letras de éxito? ¿Sentir que uno tiene el deseo y la fuerza para ganar la corona? ¿Sentir que los años futuros se amontonan para salir a nuestro encuentro y desparramar sus generosidades a nuestros pies? Yo una vez supe lo que era sentir eso.

Todo lo cual viene a demostrar cuán joven era Emily todavía. Pero el sufrimiento no es menor porque en años posteriores, cuando ya hemos aprendido que tildo pasa, nos preguntemos por qué sufríamos. Ella pasó tres semanas muy duras. Luego se recuperó lo suficiente como para enviar otra vez su novela. Esta vez el editor le escribió que podría considerar la publicación si le hacía ciertos cambios. Era demasiado "tranquilo". Tendría que "hacerlo más movido". Y tenía que cambiar el final por completo. Este no servía.

Emily rompió la carta en pedacitos. ¿Mutilar y degradar su novela? ¡Jamás! La mera sugerencia era un insulto.

Cuando un tercer editor se la envió de regreso con un rechazo impreso, la fe de Emily en su novela murió. La guardó y tomó la pluma, con pena.

-Bueno, al menos sé escribir cuentos. Continuaré con eso.

No obstante, la novela la atormentaba. Después de algunas semanas, la tomó y la releyó, fría, críticamente, desprovista por igual del esplendor engañoso del principio y de la igualmente engañosa depresión de las cartas de rechazo. Y siguió pareciéndole buena. No la maravilla que le había parecido al principio, tal vez, pero sí un buen trabajo. ¿Y entonces? Ningún escritor, se decía, era capaz de juzgar correctamente su

propia obra. ¡Si viviera el señor Carpenter! Él le diría la verdad. Emily tomó de pronto una resolución drástica. Se la mostraría a Dean. Le pediría su opinión ecuánime y serena y se ajustaría a ella. Sería difícil. Siempre era difícil mostrarle sus cuentos a cualquiera, más que a nadie a Dean, que sabía tanto y había leído todo lo que había para leer en el mundo. Pero ella debía saber. Y sabía que Dean le diría la verdad, para bien o para mal. A él sus cuentos no le gustaban. Pero esto era diferente. ¿Vería algo valioso en la novela? Si no era así...

VI

-Dean, quiero tu opinión sincera sobre esta novela. ¿Querrías leerla con cuidado y decirme exactamente lo que piensas? No quiero halagos ni falsos estímulos, quiero la verdad, la pura verdad.

-¿Estás segura? -preguntó Dean, secamente-. Muy pocas personas pueden soportar la pura verdad. Tiene que tener algún harapo encima que la haga presentable.

-Yo sí quiero la verdad -dijo Emily, empecinada-. Este libro fue...-se ahogó un poco con la confesión- rechazado tres veces. Si encuentras algo valioso en él, seguiré intentando encontrarle editor. Si lo condenas, lo quemaré.

Dean miró con mirada inescrutable el paquetito que ella le tendía. De modo que era esto lo que la había apartado de él durante todo el verano, lo que la había absorbido, poseído. La única gota negra en sus venas, los celos de los Priest por ser los primeros, de pronto hizo sentir su veneno.

Miró la cara fresca y dulce, los ojos esplendorosos, de ese gris púrpura como un lago al amanecer, y odió lo que fuese que estaba en el paquete, pero se lo llevó a su casa y lo trajo de vuelta tres noches después. Emily lo esperaba en el jardín, pálida y tensa.

-¿Y? -dijo.

Dean la miró, sintiéndose culpable. ¡Qué blancura de marfil, que exquisita se veía en medio de este fresco crepúsculo!

-"Fieles son las heridas infligidas por un amigo". No sería tu amigo si te mintiera sobre esto, Emily.

-Así que... no es bueno.

-Es una historia bonita, Emily. Bonita, liviana y efímera como una nube rosada. Telas de araña, sólo telas de araña. La idea general es demasiado rebuscada. Los cuentos de hadas están fuera de moda. Y este cuento tuyo le exige mucho a la credulidad del lector. Y tus personajes son títeres. ¿Cómo drías escribir una novela de verdad? Tú no has vivido. Emily apretó las manos y se mordió los labios. No confiaba en que su voz pudiera pronunciar una palabra sin traicionarse. No se sentía así desde la noche en que Ellen Greene le dijo que su padre iba a morirse. Su corazón, que hacía unos minutos latía tumultuosamente, parecía de plomo, pesado y frío. Se volvió y se alejó de él. Él la siguió, cojeando, y la tocó en el hombro.

-Perdóname, Estrella. ¿No es mejor saber la verdad? Deja de aspirar a alcanzar la luna. No la alcanzarás. ¿Para qué quieres escribir, además? Ya se ha escrito todo.

-Algún día -dijo Emily, haciendo un esfuerzo por hablar con firmeza-, tal vez pueda agradecértelo. Esta noche te odio.

--¿Te parece justo? -preguntó Dean, en voz baja.

-No, claro que no -dijo Emily, convulsionada-. ¿Puedes esperar que sea justa cuando acabas de matarme? Ah, ya sé que yo me lo busqué, ya sé que es bueno para mí. Supongo que siempre las cosas horribles son buenas para uno. Después de que a uno lo han matado unas cuantas veces, ya nada duele. Pero la primera vez... uno se resiste.

Véte, Dean. No vuelvas por lo menos por una semana. Para entonces habrá terminado el funeral.

¿Crees que no sé lo que esto significa para ti, Estrella? -preguntó Dean, compadecido.

-No puedes, no del todo. Ah, ya sé que te condueles de mí. No necesito condolencias. Sólo necesito tiempo para enterrarme decentemente.

Dean, sabiendo que sería mejor irse, se fue. Emily lo vio perderse de vista. Luego tomó el pequeño manuscrito marcado, desacreditado que él había dejado sobre el banco de piedra y subió a su habitación. Lo miró, junto a la ventana, a la luz vespertina. Una frase y otra y otra le saltaban a los ojos: ingeniosas, intensas, hermosas. No, era sólo un engaño tonto. No había nada de eso en su libro. Lo había dicho Dean. Y las personas de su libro. Cómo los quería. Qué reales le parecían. Era espantoso pensar en destruirlos. Pero no eran reales. Sólo "títeres". A los títeres no va a importarles que los quemen. Miró el cielo iluminado por las estrellas de la noche de otoño. Vega de la Lira brillaba, azul, sobre ella. ¡Ay, la vida era un espanto, una crueldad, un desperdicio!

Emily se acercó a su pequeño hogar y puso El vendedor de sueños dentro. Encendió un fósforo, se arrodilló y con mano firme lo acercó a una de las esquinas del manuscrito. La llama tomó las hojas sueltas con avidez, con salvajismo. Emily se llevó las manos al corazón y la miró con ojos dilatados, recordando la vez en que prefirió quemar su primer cuaderno antes que permitir que la tía Elizabeth lo leyera. En pocos momentos, el manuscrito fue una masa de fuego que se retorcía; en segundos más fue un montón de cenizas arrugadas, con una palabra fantasma que aparecía aquí y allí, blanca contra un entorno ennegrecido, acusadora, como reprochándole.

El arrepentimiento se apoderó de ella. ¿Ay, por qué lo había quemado? ¿Por qué había quemado su libro? Supongamos que no era bueno. Igual, era suyo. Era una maldad haberlo quemado. Había destruido algo incalculablemente precioso para ella. ¿Qué sentían las madres de la antigüedad cuando sus hijos eran entregados a Moloch a través del fuego, cuando había pasado el impulso y la excitación del sacrificio? Emily creyó saberlo.

Nada de su libro, de su querido libro, que le había parecido tan maravilloso, nada sino cenizas, un lastimero montoncito de cenizas negras. ¿Podía ser? ¿Dónde estaba todo el ingenio, toda la risa, todo el encanto que parecía brillar en sus páginas, todos los amados personajes que en él habían vivido, todo el secreto deleite que tejió en ellos como se teje la luz de la luna entre los pinos? Nada sino cenizas. Emily se puso de pie de un salto, angustiada, lamentando no poder soportarlo. Debía salir, irse, a cualquier lado. Su pequeño cuarto, siempre tan querido y cálido, le parecía una prisión. Fuera, a algún lado, a la noche fría y libre con sus fantasmas grises de niebla, lejos de las paredes y los límites, lejos de ese montoncito de restos negros en el hogar, lejos de los fantasmas llenos de reproche de sus personajes asesinados. Abrió con violencia la puerta de su dormitorio y salió, enceguecida, a la escalera.

VII

Hasta el día de su muerte la tía Laura no pudo perdonarse nunca el haber dejado la canasta de la costura en el escalón superior de la escalera. Nunca en toda su vida había hecho algo así. La llevaba a su habitación cuando Elizabeth la llamó, perentoriamente, desde la cocina, preguntándole dónde estaba no sé qué cosa. Laura dejó la canasta en el descanso y corrió abajo. Fue sólo un momento. Pero ese momento

fue suficiente para el destino y para Emily. La muchachita, con los ojos enceguecidos por las lágrimas, tropezó en la canasta y cayó, rodando por la empinada escalera de Luna Nueva. Hubo un momento de miedo, un momento de sorpresa, sintió que se hundía en un frío mortal, en seguida que se hundía en un calor abrasador, sintió que se elevaba, que caía en una profundidad insondable, sintió un dolor agudo en el pie y luego nada más. Cuando Laura y Elizabeth llegaron corriendo, al pie de la escalera no había más que un cuerpo encogido envuelto en seda y rodeado de medias y ovillos de lana y las tijeras de la tía Laura dobladas y retorcidas bajo el pie que habían atravesado.

CAPÍTULO 7
I

Desde octubre hasta abril Emily Starr estuvo en la cama o en el diván de la sala de estar, observando el interminable viaje de las nubes arrastradas por el viento por encima de las largas colinas blancas o la belleza desapasionada de los árboles en invierno, alrededor de los serenos campos nevados, preguntándose si volvería a caminar, o si volvería a caminar como una desdichada tullida. Tenía una herida en la espalda sobre la cual los médicos no lograban ponerse de acuerdo. Uno decía que no tenía importancia y que con -el tiempo desaparecería. Otros dos sacudían la cabeza y tenían miedo. Pero todos estuvieron de acuerdo con respecto al pie. Las tijeras habían dejado dos heridas crueles, una junto al tobillo y una en la planta del pie. Hicieron gangrena. Durante días Emily luchó entre la vida y la muerte y luego entre la apenas menos terrible alternativa de muerte o amputación. La tía Elizabeth lo impidió. Cuando todos los médicos estuvieron de acuerdo en que era la única manera de salvarle la vida a Emily, ella dijo, adusta, que no era la voluntad del Señor, según la entendían los Murray, que se les cortaran los miembros a los seres humanos. No pudieran moverla de esa posición. Las lágrimas de Laura, los ruegos del primo Jiminy, las maldiciones del doctor Burnley y el consenso de Dean Priest no la movieron ni un milímetro. No iban a cortarle el pie a Emily. Y no se lo ¡tetaron. Cuando Emily se recuperó, entera, la tía Elizabeth M sintió triunfadora y el doctor Burnley confundido.

El peligro de la amputación había pasado, pero permanecía el peligro de una cojera permanente. Emily se enfrentó a ese panorama durante todo el invierno.

--Si sólo supiera lo que me va a pasar -le dijo a Dean-. Si lo supiera, podría decidirme a soportarlo... o no. Pero estar aquí, pensando, preguntándome si me curaré algún día.

—Vas a curarte -dijo Dean, con ímpetu.

Emily no sabía qué habría hecho sin Dean ese invierno. Él renunció a su invariable viaje de todos los inviernos y se quedó en Blair Water para estar cerca de ella. Pasaba los días con ella, leyéndole, hablándole, alentándola, sentados en medio del silencio de una compañía perfecta. Cuando él estaba, Emily se sentía capaz de enfrentarse a toda una vida de invalidez. Pero en las largas noches, cuando el dolor lo borraba todo, no podía soportarlo. Incluso, aunque no tuviera dolores, por lo general pasaba las noches sin dormir, noches terribles, cuando el viento gemía lúgubre entre los gabletes de la vieja casa o perseguía ligeros fantasmas de nieve por las colinas. Cuando dormía, soñaba, y en sus sueños siempre subía escaleras sin poder llegar nunca arriba, desde donde la llamaba un extraño silbido -dos notas altas y una baja- que retrocedía a medida que ella avanzaba. Era mejor quedarse despierta que tener ese espantoso sueño recurrente. ¡Ah, noches amargas! En un tiempo Emily había pensado que el versículo de la Biblia que dice que no había noche en el cielo no era una promesa atractiva. ¿No

había noche? ¿No habría la suave penumbra iluminada por las estrellas? ¿Ni el blanco sacramento de la luna? ¿Ni el misterio de las sombras aterciopeladas y la oscuridad? ¿Ni el siempre maravilloso milagro del amanecer? La noche era tan hermosa como el día y el cielo no podía ser perfecto sin ella.

Pero ahora, durante esas horribles semanas de dolor y de miedo, compartía la esperanza del profeta de Patmos. La noche era algo terrible.

La gente decía que Emily Starr era muy valiente, muy paciente y muy heroica. Pero ella no pensaba lo mismo. Ellos no sabían de la agonía de la rebeldía, de la desesperación, de la cobardía que se ocultaban detrás de su calma exterior, hecha del orgullo y la reserva de los Murray. Ni siquiera Dean lo sabía, aunque tal vez lo sospechara.

Ella sonreía, graciosamente, cuando la sonrisa era lo indicado, pero no reía nunca. Ni siquiera Dean podía hacerla reír, aunque lo intentaba con toda la fuerza y el sentido del humor de que era capaz.

"Mis días de risas han pasado", se decía Emily. Y sus días de creación también. No pudo volver a escribir. El "destello" no volvió. Ningún arco iris atravesaba la tristeza de ese invierno terrible. La gente iba continuamente a verla. Ella deseaba que no fueran. En especial el tío Wallace y la tía Ruth, que estaban seguros de que no volvería a caminar y lo decían cada vez que iban. Pero ellos no eran tan terribles como las visitas que se mostraban tan contentas en su certeza de que con el tiempo se curaría del todo, pero que no creían ni una palabra de lo que decían. Ella no había tenido ningún amigo fuera de Dean, Ilse y Teddy. Ilse le escribía todas las semanas y en sus cartas trataba, siendo demasiado obvia, de darle aliento. Teddy le escribió una vez, cuando se enteró del accidente. La carta era muy amable, con mucho tacto y sinceramente condolida. A Emily le pareció la carta que podría haberle escrito cualquier conocido que la estimara y, en consecuencia, no le respondió, aunque él le pedía que le contara cómo seguía. No hubo más cartas. No había nadie más que Dean. Él no le había fallado nunca; nunca le fallaría. Más y más, a medida que pasaban esos interminables días de tormentas y de tristeza, ella se volvía a él. En ese invierno de dolor, sintió que se volvía tan vieja y tan sabia que al fin los dos se encontraron en igualdad de condiciones. Sin él la vida era sombría, un desierto gris sin colores ni música. Cuando él venía, el desierto, por lo menos por un rato, florecía como la rosa de la dicha, y mil florcitas de fantasía, de esperanza y de ilusión, desparramaban sus guirnaldas.

II

Cuando llegó la primavera, Emily mejoró, mejoró tanto, tan rápida y súbitamente que hasta el más optimista de los tres médicos se asombró. Cierto que en las primeras semanas caminaba renqueando, apoyada en una muleta, pero llegó el momento en que pudo caminar sin ella, que pudo caminar sola en el jardín y contemplar la hermosura del mundo con ojos que no se cansaban de mirar. ¡Ah, la vida volvía a ser hermosa! ¡Qué bueno era sentir el pasto verde bajo los pies! Emily había dejado atrás el dolor y el miedo como un traje que uno se quita y sintió la alegría... no, no exactamente la alegría, pero sí la posibilidad de poder llegar algún día a sentirse alegre.

Había valido la pena estar enferma para darse cuenta del sabor de volver a tener salud y bienestar en una mañana como ésta, cuando el viento marino soplaba por los largos campos verdes. No había sobre la tierra nada como el viento marino. La vida podía, en cierto sentido, ser una cosa de jirones y harapos, todo podía cambiar o irse,

pero las violetas y las nubes del crepúsculo seguían siendo hermosas. Emily volvió a sentir su vieja alegría por la sola existencia.

"En verdad que la luz es dulce y agradable cosa es para el ojo contemplar el sol", citó, soñadora.

Volvieron las viejas risas. El primer día que en Luna Nueva se oyó la risa de Emily, Laura Murray, cuyos cabellos en ese invierno habían pasado del color ceniza al color de la nieve, fue a su habitación y se arrodilló junto a la cama para dar gracias a Dios. Y mientras ella estaba allí arrodillada, Emily le hablaba a Dean sobre Dios, en el jardín, en uno de los crepúsculos primaverales más hermosos que pueda imaginarse, con una pequeña luna creciente en medio.

-Este invierno hubo momentos en los que sentí que Dios me odiaba. Pero ahora vuelvo a estar segura de que Él me ama -dijo, con suavidad.

-¿Muy segura? -preguntó Dean, con sequedad-. Yo creo que Dios está interesado en nosotros, pero que no nos ama. Le gusta mirarnos a ver qué hacemos. Tal vez le divierta ver cómo nos retorcemos.

-¡Qué concepto tan espantoso de Dios! -dijo Emily, estremeciéndose-. No puedes creer en serio eso de Dios, Dean. -¿Por qué no?

-Porque entonces Dios seria peor que el diablo, un Dios que sólo pensara en su propia diversión, sin siquiera la justificación del diablo de odiarnos.

-¿Quién te torturó todo el invierno con dolores físicos y angustias mentales? -preguntó Dean.

-No fue Dios. Y Él fue quien te envió a ti -dijo Emily, con firmeza. No lo miró; levantó la cara hacia las Tres Princesas, con su belleza de mayo, y la suya era una cara de rosa blanca, pálida tras los sufrimientos del invierno. Junto a ella, la gran espirea, que era el orgullo del corazón del primo Jimmy, cubierta con su blancura de junio, le daba un hermoso marco. -Dean, ¿cómo podré agradecerte algún día lo que has hecho por mí, lo que has sido para mí, desde octubre? No puedo expresarlo con palabras. Pero quiero que sepas lo que siento.

-No he hecho más que aferrarme a la felicidad. ¿Sabes la felicidad que fue para mí hacer algo por ti, Estrella, ayudarte, de alguna manera, ver cómo recurrías a mí en medio de tu sufrimiento, en busca de algo que sólo yo podía darte, algo que aprendí en mis propios años de soledad? Y permitirme soñar algo que podía convertirse en realidad, que yo sabía que no debía convertirse en realidad...

Emily tembló y se estremeció apenas. Pero, ¿por qué vacilar? ¿Por qué posponer algo sobre lo cual ya había tomado una decisión?

-¿Estás seguro, Dean --dijo, en voz baja-, de que tu sueño... no puede convertirse en realidad?

CAPÍTULO 8
I

Hubo un tremendo revuelo en el clan Murray cuando Emily anunció que iba a casarse con Dean Priest. En Luna Nueva la situación durante un tiempo fue muy tensa. La tía Laura lloraba, el primo Jimmy andaba todo el día sacudiendo la cabeza y la tía Elizabeth estaba excesivamente parca. Pero, al fin, decidieron aceptarlo. ¿Qué más

podían hacer? Para entonces, hasta la tía Elizabeth se había dado cuenta de que cuando Emily decía que iba a hacer algo lo hacía.

-Habrías hecho un escándalo mayor si te hubiera dicho que me casaba con Perry, de Stovepipe Town -dijo Emily después de escuchar todo lo que la tía Elizabeth tuvo para decir.

-Claro que sí, es muy cierto -admitió la tía Elizabeth cuando Emily se había ido-. Y, después de todo, Dean tiene dinero, y los Priest son una buena familia.

-Pero son tan...priestianos -suspiró Laura-. Y Dean es demasiado mayor para Emily. Además, su tatarabuelo se volvió loco.

-Dean no se va a volver loco.

-Pero podría pasarle la locura a sus hijos.

-Laura ---dijo Elizabeth, con tono de reproche, y abandonó el tema.

-¿Estás muy segura de que lo amas, Emily? -preguntó la tía Laura esa noche.

-Sí... en cierta forma -dijo Emily.

La tía Laura levantó los brazos y habló con un súbito apasionamiento absolutamente extraño en ella.

-¡Hay una sola forma de amar!

-Ay, no, mi queridísima tía victoriana -respondió Emily, vivamente-. Hay una docena de formas diferentes. Tú sabes que yo ya intenté una o dos. Y me fallaron. No te preocupes por Dean y por mí. Nos entendemos perfectamente.

-Sólo quiero que seas feliz, querida.

-Y seré feliz, soy feliz. Ya no soy una soñadora romántica. El invierno pasado me quitó todo rastro. Voy a casarme con un hombre cuya compañía me satisface completamente y él se contenta con lo que puedo darle: afecto verdadero y camaradería. Estoy segura de que ésa es la mejor base para un matrimonio feliz. Además, Dean me necesita. Yo puedo hacerlo feliz. Él nunca ha sido feliz. Ah, es hermoso sentir que uno tiene la felicidad en la palma de la mano y que puede darla, como una perla de valor incalculable, a alguien que la necesita.

-Eres demasiado joven -insistió la tía Laura.

-Sólo mi cuerpo es joven, tía Laura. Mi alma tiene cien años. El invierno pasado me hizo sentir tan vieja y tan sabia. Tú lo sabes.

-Sí, lo sé. -Pero Laura también sabía que precisamente el hecho de que se sintiera vieja y sabia probaba la juventud de Emily. Las personas que son viejas y sabias nunca se sienten ninguna de las dos cosas. Y toda esa charla de almas avejentadas no anulaba el hecho de que Emily, esbelta, radiante, con esos ojos llenos de misterio, no tenía aún veinte años, mientras que Dean Priest tenía cuarenta y dos. Dentro de quince años... pero Laura no quería ni pensarlo.

Y, después de todo, Dean no se la llevaría lejos. Y había casos de matrimonios felices con la misma diferencia de edades.

II

Hay que admitir que nadie parecía ver el noviazgo con buenos ojos. Emily pasó varias semanas bastante mal con ese tema. El doctor Burnley rezongó e insultó a Dean. La tía Ruth vino a hacer una escena.

-Es un infiel, Emily.

-¡No lo es! -dijo Emily, indignada.

-Bueno, pero no cree en lo que creemos nosotros --declaró la tía Ruth como si eso dilucidara el asunto para cualquier Murray que se preciara de tal.

La tía Addie, que jamás había perdonado a Emily por rechazar a su hijo, aunque Andrew estaba feliz y apropiadamente, muy apropiadamente, casado, fue difícil de soportar. Consiguió hacer sentir a Emily su más condescendiente lástima. Había perdido a Andrew, de modo que debía conformarse con el tullido del Giboso Priest. Claro que la tía Addie no lo dijo con esas rudas palabras, pero lo mismo daba. Emily comprendió sus implicancias a la perfección.

-Claro que es más rico de lo que puede serlo ningún joven -admitió la tía Addie.

-E interesante -dijo Emily-. La mayoría de los jóvenes son tan aburridos. No han vivido lo suficiente como para aprender que no son las maravillas del mundo que sus madres creen que son.

De modo que hasta allí hubo honores.

A los Priest tampoco les gustaba mucho. Tal vez porque no les hacía gracia ver que las posesiones de un tío rico se escurrieran así de entre los dedos de la esperanza. Decían que Emily Starr se casaba con Dean sólo por su dinero y los Murray se ocuparon de que ella se enterara de lo que decían. Emily sentía que los Priest continua y maliciosamente hablaban de ella a sus espaldas.

76

- Jamás me voy a sentir cómoda con tu familia- le dijo a Dean, rebelándose.

- Nadie va a pedirte que lo hagas. Tú y yo, Estrella, vamos a vivir para nosotros dos. No vamos a caminar, hablar, pensar ni respirar según el patrón de ninguna familia, ni la Priest ni 1a Murray. Si a los Priest no les gustas como mi esposa, los hay están todavía más contrariados conmigo como esposo tuyo. No importa. Claro que a los Priest les resulta difícil Creer que te casas conmigo porque sientes algo por mí. ¿Cómo podría ser posible? A mí mismo me es difícil creerlo.

-Pero tú lo crees, ¿verdad, Dean? De verdad, te quiero más que a nadie en el mundo. Claro que, ya te lo dije, no te amo como una tonta muchacha romántica.

-¿Amas a otra persona? -preguntó Dean, en voz queda. Éra la primera vez que se animaba a hacer esa pregunta.

-No. Claro que no. Tú sabes que he tenido uno o dos romances fallidos, tontas fantasías de muchacha. Es como si hubiera sucedido hace siglos. El invierno pasado me parece que ha sido` toda una vida, que me separa de esas tonterías como si hubieran pasado siglos. Te pertenezco por completo, Dean.

. - Dean levantó la mano que sostenía y la besó. Todavía nunca la había besado en los labios.

-Yo puedo hacerte feliz, Estrella. Sé que sí. Viejo y rengo, igual puedo hacerte feliz. Te he esperado toda la vida, estrella mía. Eso es lo que has sido siempre para mí, Emily. Una estrella exquisita, inalcanzable. Ahora te tengo, te sostengo, te llevo en mi corazón. Y ya me amarás, algún día me vas a dar más que afecto.

La pasión de la voz de él sorprendió un poco a Emily. En cierto sentido, parecía exigirle más de lo que ella tenía para dar. E Ilse, que se había graduado de la Escuela de Oratoria y había ido a casa a pasar una semana antes de iniciar una gira estival de conciertos, puso otra nota de advertencia que por un tiempo inquietó a Emily.

-En cierto sentido, querida, Dean es el hombre perfecto para ti. Es inteligente, fascinante y no tiene una exagerada conciencia de su propia importancia como la mayoría de los Priest. Pero pertenecerás a él en cuerpo y alma. Dean no soporta que nadie tenga ningún interés que no sea él. Debe poseer en exclusividad. Si eso no te molesta...

-Creo que no.

-Tu literatura...

-Ah, con eso terminé. Parece que no me interesa más después del accidente. Vi, entonces, lo poco que en realidad me interesaba, cuántas más cosas importantes había...

-Mientras sigas pensando lo mismo, serás feliz con Dean. Ay, ay, ay. -Ilse deshizo con los dedos la rosa rojo sangre que llevaba pinchada a la cintura. -Me hace sentir terriblemente vieja y sabia hablar así de tu casamiento, Emily. Me parece tan... absurdo. Ayer éramos escolares. Hoy estás comprometida. Mañana... serás abuela.

-Tú no... no hay nadie en tu vida, Ilse?

-Claro, miren a la zorra que perdió la cola. No, gracias. Además, voy a ser franca. Siento un terrible impulso a la confesión. Para mí nunca existió nadie más que Perry Miller. Y tú le habías clavado las garras.

Perry Miller. Emily no podía creer lo que oía.

-¡Ilse Burnley! Toda la vida te reíste de él... lo peleabas...

-Por supuesto. Me gustaba tanto que me daba rabia verlo pasar por tonto. Quería estar orgullosa de él y él siempre me avergonzaba. Ah, hubo momentos en que me ponía tan furiosa que me hubiera trepado a las paredes. Si no me hubiera interesado, ¿te crees que me habría importado que pasara por burro? No puedo superarlo. Es el lado flaco de los Burnley, supongo. No cambiamos nunca. Ah, me habría echado en sus brazos, todavía lo haría, con los barriles de arenques de Stovepipe Town, con lo que fuera. Ya te lo dije. Pero no te preocupes. La vida es muy buena igual, sin él.

-Tal vez... algún día...

-Ni soñarlo. Emily, no se te ocurra hacer de celestina conmigo. A Perry jamás se le ha cruzado por la cabeza siquiera, ni se le va a cruzar. No voy a pensar en él. ¿Cómo era aquel viejo poema con el que nos reímos tanto el último año del Colegio, porque nos parecía una tontería?

"Desde que el mundo gira
Y hasta que deje de girar
Una tiene su hombre al principio
O lo tiene sobre el final.
Pero tenerlo del principio al fin
Sin pedirlo prestado ni quererlo prestar
Es a lo que todas las mujeres aspiran
Y lo que los dioses no pueden otorgar."

"Bueno, el año que viene me gradúo. Durante muchos años después: mi carrera. Ah, supongo que algún día me casaré.

-¿Y Teddy? -dijo Emily, sin poder evitarlo. Se habría mordido la lengua en el momento en que se le escapó la pregunta.

llse le dirigió una mirada larga e inquisitiva, que Emily contrarrestó exitosamente con todo el orgullo de los Murray. Tal vez demasiado exitosamente.

-No, Teddy no. Teddy nunca pensó en mí. Dudo que piense en alguien que no sea él mismo. Teddy es encantador pero es egoísta, Emily, en serio.

-No, no -dijo Emily, indignada. No podía escuchar esto.

-Bueno, no vamos a discutir por eso. ¿Qué nos importa que lo sea o no? Ya se fue de nuestras vidas. Que se lo coma el gato. Va a llegar a la cima, en Montreal lo adoran. Va a ser un estupendo retratista, si puede, claro, curarse de esa manía de ponerte a ti en todas las caras que pinta.

-Qué tontería. No me pinta a mí.

-Claro que sí. Se lo he recriminado mil veces. Él lo niega, por supuesto. Yo creo que para él es bastante inconsciente. Es la lastra de alguna vieja emoción inconsciente,

supongo, para utilizar la jerga de los psicólogos modernos. No importa. Como te decía, algún día voy a casarme. Cuando me canse de tener una carrera. Ahora es muy divertido, pero, algún día... Y haré un matrimonio sensato, como tú, con un hombre de corazón de oro y bolsa de plata. ¿No es gracioso hablar de casarse con un hombre al que una no ha visto en su vida? ¿Qué estará haciendo en este preciso momento? ¿Afeitándose, maldiciendo, sufriendo por otra mujer? Sin embargo, se va a casar conmigo. Ah, y seremos felices. Y vamos a visitarnos, tú y yo, y a comparar a nuestros hijos, a tu primera hija tienes que ponerle Ilse, ¿eh, amiga del alma? y... y.. ¡qué complicado es ser mujer, Emily!

El viejo Kelly, el vendedor ambulante de ollas que era desde hacía años amigo de Emily, también tuvo algo que decir sobre el tema. No se podía hacer callar al viejo Kelly.

-Niña querida, ¿es cierto que vamos a casarnos con el Giboso Priest?

-Absolutamente cierto. -Emily sabía que sería inútil esperar que el viejo Kelly llamara a Dean de otra manera que no fuera "Giboso". Pero siempre se encogía al oírlo.

El viejo Kelly arrugó la cara.

-Eres demasiado joven en este asunto de vivir para casarte, y mucho menos con un Priest.

-¿No hace años que me reprende por mi lentitud en conseguir novio? -preguntó Emily, arteramente.

-Niña querida, una broma es una broma. Pero esto no es una broma. No seas testaruda, pórtate bien. Para un momento y piénsalo. Algunos nudos se atan con mucha facilidad, pero desatarlos es harina de otro costal. Siempre te advertí que no te casaras con un Priest. Fue una gran estupidez, tendría que haberme dado cuenta. Tendría que haberte dicho que tenías

-Dean no es como los otros Priest, señor Kelly. Voy a ser muy feliz.

El viejo Kelly sacudió su cabeza de abundantes cabellos rojos grisáceos, con incredulidad.

-Entonces serás la primera esposa de un Priest que haya sido feliz, sin dejar afuera ni siquiera a la vieja señora de la Grange. Pero a ella le encantaba pelear todos los días. Para ti sería mortal.

-Dean y yo no nos vamos a pelear, por lo menos no todos los días. -Emily estaba divirtiéndose. Las sombrías predicciones del viejo Kelly no la preocupaban. Más bien se divertía acicateándolo.

-No si haces siempre lo que él quiera. Se pondrá taciturno si no lo haces. Todos los Priest se ponen taciturnos si no consiguen lo que quieren. Y va a ser muy celoso, no podrás ni dirigirle la palabra a otro hombre. Ah, los Priest dominan a sus mujeres. El viejo Aaron Priest hacía que su esposa se pusiera de rodillas cuando quería pedirle algún pequeño favor. Mi padre lo vio con sus propios ojos.

-Señor Kelly, ¿de verdad cree que hay algún hombre que pueda obligarme a mí a arrodillarme?

Al viejo Kelly le brillaron los ojos, a su pesar.

-La rodilla de una Murray es un poquito rígida para eso -admitió-. Pero hay otras cosas. ¿Sabías que su tío Jim no hablaba si podía gruñir y que siempre le decía "Eh, tonta" a la esposa cuando ella lo contradecía?

-Pero tal vez ella era tonta, señor Kelly.

-Puede ser. Pero, ¿era amable? Lo dejo en tus manos. Y su padre le tiraba los platos a la esposa cuando ella lo hacía enojar. Es un hecho, te lo digo. Aunque el viejo demonio era muy divertido cuando estaba contento.

-Esas cosas siempre se saltean una generación -dijo Emily-. Y si no es así, aprenderé a esquivar.

-Querida niña, hay cosas peores que a uno le tiren uno o dos platos. Los platos uno puede esquivarlos. Pero hay una cosa que no puedes esquivar. Díme una cosa -El viejo Kelly bajó la voz, con aire misterioso-: ¿tú sabías que se dice que con frecuencia los Priest se cansan de estar casados con la misma mujer?

Emily fue culpable de dedicarle al viejo Kelly una de esas sonrisas que tanto desaprobaba la tía Elizabeth.

-¿De verdad cree que Dean puede cansarse de mí? No soy hermosa, mi querido señor Kelly, pero soy muy interesante.

El viejo Kelly recogió las líneas con el aire de quien se rinde.

-Bueno, querida niña, lo que sí tienes es una buena boca para el beso. Veo que estás decidida. Pero yo hubiera pensado que el Señor te tenía destinada para algo diferente. Bueno, esperemos llegar a buen puerto. Pero sabe demasiado, ese Giboso Priest, sabe demasiado.

El viejo Kelly se fue y esperó estar a prudente distancia para murmurar:

-Esto desafía al infierno. ¡Y él es más feo que un gato bizco!

Emily permaneció quieta unos minutos, mirando alejarse la carreta del viejo Kelly. El anciano había encontrado la única fisura en su armadura y la estocada había llegado a fondo. Un estremecimiento la sacudió como si una brisa de la tumba hubiera soplado a través de su espíritu. De inmediato, le vino a la memoria una vieja, viejísima historia susurrada hacía tiempo por la tía abuela Nancy a Caroline Priest. Dean, se decía, había visto la celebración de una Misa Negra.

Emily apartó el recuerdo. Aquello era una tontería, un chisme tonto, malicioso y envidioso de gente que no tenía nada que hacer. Pero Dean sí sabía demasiado. Tenía ojos que habían visto muchas cosas. En cierto sentido, ésa había sido parte de la clara fascinación que siempre había ejercido sobre Emily. ¿No había sentido ella siempre, no sentía aún, que él siempre parecía reírse del mundo desde un misterioso lugar de conocimiento interior, un conocimiento que ella no compartía, que no podía compartir, que no quería -para llegar al fondo de la verdad- compartir? Él había perdido el placer intangible, pero real, de la fe y el idealismo. Estaba en lo más hondo de su corazón: una convicción ineludible, por más que quisiera apartarla de sí. Por un momento sintió, junto con Ilse, que ser mujer era decididamente muy difícil.

"Me lo tengo merecido por ponerme a argumentar con el viejo Kelly sobre un tema así", pensó, enojada.

Nunca se le dio consentimiento, en términos formales, al compromiso de Emily. Pero se convirtió en un hecho tácitamente aceptado. Dean estaba en una buena posición económica. Los Priest tenían todas las tradiciones necesarias, incluyendo la de una abuela que había bailado con el Príncipe de Gales en el famoso baile de Charlottetown. Después de todo, habría cierto alivio al ver a Emily bien casada.

-Él no se la va a llevar lejos de nosotros -dijo la tía Laura, que se habría reconciliado casi con cualquier cosa, en aras de eso. ¿Cómo podían perder lo único alegre y vivaz en esa casa desvaída?

-Dile a Emily -escribió la vieja tía abuela Nancy- que en la familia Priest hay antecedentes de mellizos.

Pero la tía Elizabeth no se lo dijo.

El doctor Burnley, que era el que mayor escándalo había hecho, se rindió al enterarse de que Elizabeth estaba acondicionando la cómoda de colchas en el altillo de Luna Nueva y de que Laura dobladillaba manteles.

-Que aquellos a los que Elizabeth Murray ha unido no los separe un hombre -dijo, resignado.

La tía Laura tomó la cara de Emily en sus dos suaves manos y la miró en lo más profundo de los ojos.

-Dios te bendiga, Emily, querida niña.

-Muy victoriano -le comentó Emily a Dean-. Pero a mí me gustó

CAPÍTULO 9
I

Hubo un punto en el cual la tía Elizabeth fue inflexible. Emily no se casaría antes de cumplir los veinte. Dean, que había soñado con una boda en otoño y un invierno pasado en un jardín japonés de ensueño del otro lado del mar occidental, cedió de mal grado. Emily también habría preferido casarse en seguida. En lo más profundo de sí, donde no quería ni siquiera mirar, tenía la sensación de que cuanto antes terminara y fuera irrevocable, mejor.

Pero era feliz, como se dijo a sí misma muy a menudo y muy sinceramente. Tal vez sí había momentos oscuros cuando un pensamiento inquietante la miraba a la cara: era una felicidad tullida, de alas rotas, no la felicidad salvaje y libre con la que había soñado. Pero, se recordaba a sí misma, eso se había perdido para siempre.

Un día, Dean apareció ante ella con un rubor de entusiasmo infantil en la cara.

-Emily, hice una cosa. ¿Estarás de acuerdo? Ay, Señor, ¿qué voy a hacer si no estás de acuerdo?

-¿Qué hiciste?

-Compré una casa.

-¡Una casa!

-Una casa. Yo, Dean Priest, soy propietario de un bien raíz, que consiste en una casa, un jardín y un bosque de dos hectáreas. Yo, que esta mañana no tenía ni un centímetro cuadrado de tierra que pudiera llamar mía. Yo, que toda mi vida he querido tener un pedacito de tierra.

-¿*Qué* casa compraste, Dean?

-La de Fred Clifford, o al menos la que fue siempre suya por un equívoco legal. En realidad, *nuestra* casa, predestinada a nosotros desde la fundación del mundo.

-¿La Casa Desilusionada?

-Ah, sí, así era como la llamabas. Pero ya no va a estar desilusionada. Es decir, si... Emily, ¿estás de acuerdo con lo que hice?

-¿Si estoy de acuerdo? Eres maravilloso, Dean. Siempre adoré esa casa. Es una de esas casas que se quieren apenas se las ve. Algunas casas son así, llenas de magia. Y otras no tienen nada de nada. Siempre quise ver esa casa *realizada. Ay, y* alguien me dijo que ibas a comprar esa espantosa casona de Shrewsbury. Tenía miedo de preguntarte si era cierto.

-Emily, retira esas palabras. Tú sabes que no era cierto. Me conoces. Claro que todos los Priest querían que comprara esa casa. Mi querida hermana casi se puso a llorar porque no quise comprarla. La vendían barata, y era una casa *tan* elegante.

-Es elegante, con todo lo que esa palabra implica -concedió Emily-. Pero es una casa imposible, no por el tamaño o la elegancia, sino simplemente porque es imposible.

-E-xac-ta-men-te. Cualquier mujer que se precie de tal opinaría lo mismo. Me

alegro tanto de que estés contenta, Emily. Tuve que comprar la casa de Fred ayer, en Charlottetown, sin esperar a consultarte, porque había otro interesado a punto de comprarla, así que le mandé un telegrama a Fred de inmediato. Claro que si a ti no te hubiera gustado la hubiera vendido. Pero *yo sabía* que te gustaría. La convertiremos en un verdadero hogar, querida. Yo necesito un hogar. He tenido muchas moradas, pero nunca un hogar. La haré terminar y equipar maravillosamente, como tú te mereces, Estrella, mi Estrella que está hecha para brillar en los palacios de los reyes.

-Vamos a verla ya mismo -dijo Emily-. Quiero contarle lo que va a ser de ella. Quiero contarle que *por fin* va a vivir.

-Iremos a mirarla por dentro y por fuera. Tengo la llave. Me la dio la hermana de Fred. Emily, siento que estiré la mano y alcancé la luna.

-Ah, yo acabo de alcanzar un montoncito de estrellas -exclamó Emily, contenta.

II

Fueron a la Casa Desilusionada a través del viejo huerto lleno de columbinas, por el Camino del Mañana, cruzando un prado, subiendo una pequeña cuesta de helechos dorados y más allá de un viejo cerco serpenteante cuya madera se había blanqueado hasta tomar una coloración gris plateado, con ramilletes de siemprevivas silvestres y ásteres azules en las esquinas, luego subiendo el senderito serpenteante y caprichoso de la larga colina de abetos, tan estrecho que tenían que ir de a uno, un lugar donde el aire siempre parecía tan lleno de hermosos sonidos susurrantes.

Cuando al fin llegaron, había un campo empinado frente a ellos, salpicado de pequeños abetos puntiagudos, barrido por la brisa, verde, encantador. Y en la cima, rodeada por la belleza de las colinas y el hechizo de las tierras altas, con grandes nubes crepusculares arracimadas sobre ella, estaba la casa, *su* casa.

Una casa con el misterio de los bosques atrás y alrededor, excepto por el lado sur, donde el terreno caía en una larga colina que miraba al lago de Blair Water, que era ahora como un recipiente de oro apagado, y, por el otro lado, a praderas de reposo estrellado y a las Colinas de Derry Pond, que eran tan azules y románticas como las Montañas Alsacianas. Entre la casa y la vista, pero no ocultándola, había una hilera de magníficos álamos de Lombardía.

Subieron la colina hasta el portón del pequeño jardín cerrado, un jardín mucho más viejo que la casa y que había sido construido en el lugar de una pequeña cabaña de madera en los tiempos de los pioneros.

-Quisiera vivir toda la vida con esta vista --dijo Dean, entusiasmado-. Ah, qué lugar tan hermoso. La colina está llena de ardillas, Emily. Y hay conejos también. ¿No te encantan las ardillas y los conejos? Además, en primavera, hay cualquier cantidad de violetas. Detrás de esos abetos jóvenes hay una depresión llena de musgo que se cubre de violetas en mayo, violetas...

"Más dulces que los párpados en los ojos de Emily, Más dulces que el aliento de Emily".

A mí Emily me parece un nombre más lindo que Citerea o Juno. Quiero que mires especialmente aquel portoncito. En realidad, no sirve para nada. Se abre sólo a ese pantano lleno de ranas, del otro lado del bosque. Pero, ¿no es un portón? Me encantan los portones como ése, los portones sin razón de ser. Está lleno de promesas. Puede

haber algo hermoso del otro lado. Un portón es siempre un misterio, siempre: atrae, es un símbolo. Y escucha esa campana que suena en algún lugar a través del crepúsculo y a través del puerto. Una campana en el crepúsculo siempre tiene un sonido mágico, como si proviniera de algún "lejano lugar en el país de las hadas". En aquel rincón hay rosas, rosas antiguas como dulces canciones viejas prontas a florecer. Rosas lo suficientemente blancas como para adornar tu blanco pecho, dulce mía, rosas lo suficientemente rojas como para adornar esa nube oscura de tus cabellos. Emily, ¿sabes que estoy un poquito borracho esta noche? Con el vino de la vida. No te preocupes si digo locuras.

Emily era muy feliz. El jardín, viejo y dulce, parecía hablarle como un amigo bajo esa luz adormilada y esquiva. Se rindió por completo al encanto del lugar. Miraba la Casa Desilusionada con adoración. Una casita tan pensativa. No era una casa vieja, le gustaba por eso, pues una casa vieja sabía demasiado, estaba frecuentada por demasiados pies que habían cruzado su umbral, demasiados ojos angustiados o apasionados habían mirado por sus ventanas. Esta casa era ignorante e inocente como ella misma. Ansiando la felicidad. La tendría. Ella y Dean alejarían los fantasmas de las cosas que no habían sucedido nunca. Qué dulce sería tener un hogar propio.

-Esa casa nos necesita tanto como nosotros la necesitamos a ella -dijo.

-Me gusta tanto cuando hablas en ese tono suave y quedo, Estrella -dijo Dean-. Nunca le hables así a ningún otro hombre, Emily.

Emily le dirigió una mirada coqueta que casi llevó a Dean a besarla. Todavía no la había besado. Algo le decía que aún no debía besarla. Se habría animado a besarla en ese momento, en esa hora de esplendor que había teñido todo de romanticismo y embrujo, podría haberla conquistado por completo entonces. Pero vaciló, y el momento mágico pasó. Desde algún lugar más bajo, por el camino, detrás de los abetos rojos, se, oyeron risas. Risas inocentes, inofensivas, de niñas, pero que quebraron un sutil hechizo.

-Vamos a entrar a ver nuestra casa -dijo Dean. Guió el camino a través de los pastos silvestres hasta la puerta que se abría a la sala. La llave giró con dureza en la cerradura herrumbrada. Dean tomó a Emily de la mano y entraron jun tos.

-El umbral de tu casa, mi dulce.

Levantó la linterna y arrojó un círculo de luz movediza alrededor de la habitación sin terminar, con sus paredes desnudas, expectantes, de listones, el hogar vacío... no, no estaba vacío del todo. Emily vio un montoncito de cenizas blancas, las cenizas del fuego que ella y Teddy habían encendido hacía años, aquel atardecer venturoso de su infancia, el fuego junto al cual se habían sentado a planear sus vidas juntos. Se volvió hacia la puerta con un estremecimiento.

-Dean, esto está demasiado solitario y desolado. Será mejor que lo exploremos a la luz del día. Los fantasmas de las cosas que nunca sucedieron son peores que los fantasmas de las cosas que sucedieron.

III

A sugerencia de Dean, pasaron el verano terminando y equipando la casa, haciendo todo lo posible ellos mismos y arreglándola exactamente como la querían.

-Entonces podemos casarnos en primavera, pasar el verano escuchando las campanas de los templos que repican en las arenas de Oriente, mirar a File a la luz de la luna, oír el gemido del Nilo junto a Memfis, regresar en el otoño, hacer girar la llave de nuestra puerta y estar en casa.

A Emily el plan le parecía hermoso. Sus tías no estaban muy seguras, no parecía muy apropiado ni respetable, en realidad, la gente hablaría a mares. Y a la tía Laura la preocupaba una antigua superstición según la cual traía mala suerte amueblar una casa antes de una boda. A Dean y a Emily no les importaba si era respetable o si daba buena o mala suerte. Querían hacerlo y lo hicieron.

Claro que se vieron abrumados con consejos de cada uno de los miembros de las familias Priest y Murray, y no siguieron ninguno. Por ejemplo, no iban a pintar la Casa Desilusionada, sólo la revistieron de madera y dejaron que ésta adquiriera ese gris de la madera que provocó el horror de la tía Elizabeth.

-Sólo las casas de Stovepipe Town no están pintadas

-dijo.

Sacaron los viejos escalones de tablas, que los carpinteros colocado temporariamente hacía treinta años, y los reemplazaron por anchos escalones de arenisca roja traída de lo costa. Dean hizo colocar ventanas verticales con paneles en forma de diamante que, según le advirtió la tía Elizabeth a Emily, sería muy agotador mantener limpios. Y le agregó una preciosa ventanita sobre la puerta del frente con un techito encima, como una espesa ceja, y en la sala pusieron una puerta ventana desde la cual se podía pasar directamente al bosque de abetos.

Y Dean hizo colocar armarios por todos lados.

-No soy tan tonto como para suponer que una muchacha puede seguir amando a un hombre que no le provee de armarios suficientes -declaró.

A la tía Elizabeth le parecieron bien los armarios, pero pensó que estaban locos con respecto al empapelado. En especial el de la sala. Tendrían que haber puesto algo más alegre en la sala, flores o franjas doradas o incluso, como una vasta concesión al modernismo, uno de esos papeles "con paisajes" que se estaban usando. Pero Emily insistió en poner un papel de un gris sombreado con un dibujo de níveas ramas de pinos. La tía Elizabeth declaró que era lo mismo vivir en un bosque que en una sala con un empapelado como ése. Pero en este tema, como en todos los demás relativos a su querida casa, Emily estuvo "terca como una mula", como dijo exasperada la tía Elizabeth, sin sospechar que una Murray estaba utilizando una de las expresiones del viejo Kelly.

Pero la tía Elizabeth fue muy buena con ellos. Sacó, de cajas y cajones que hacía tiempo nadie abría, loza y platería perteneciente a su madrastra, las cosas que hubiera heredado Juliet Murray de haberse casado de una manera ortodoxa con un esposo aprobado por la familia, y se las dio a Emily. Entre ellas había cosas hermosas, en especial una preciosa jarra rosada barnizada y un hermoso juego de loza inglesa de verdad, con diseño chinesco, que había sido el juego de loza de su abuela. No faltaba ni una pieza. Y tenía delicadas tazas no muy hondas, amplios platillos, platos festoneados y soperas redondas y regordetas. Emily llenó el armario empotrado de la sala con el juego y se regodeó en él. Había otras cosas que también le encantaban: un espejito oval con marco dorado y un gato negro en la parte superior, un espejo que muy a menudo había reflejado a mujeres hermosas, pero que le daba un cierto encanto a cualquier rostro y un viejo reloj con la parte superior terminada en punta y dos agujitas doradas a ambos lados, un reloj que avisaba diez minutos antes de dar la hora, un reloj caballeresco que nunca tomaba a la gente de sorpresa. Dean lo colocó pero no quiso ponerlo en funcionamiento.

-Cuando regresemos a casa, cuando te traiga a esta casa como mi esposa y mi reina, tú lo harás funcionar -dijo.

Resultó también que el aparador Chippendale y la mesa de caoba de patas como garras que había en Luna Nueva eran de Emily. Y Dean tenía infinidad de cosas

delicadas y hermosas traídas de todo el mundo: un sofá cubierto con seda rayada que había estado en el salón de una marquesa del Viejo Régimen; una linterna de hierro forjado, trabajado como encaje, de un viejo palacio veneciano, para colgar en la sala; una alfombra Shiraz; una alfombra de oraciones de Damasco; un morrillo de Italia; jades y marfiles de China; vasijas de laca de Japón; un lindísimo búho verde de porcelana china; un perfumero chino de ágata pintada que había encontrado en un extraño lugar de Mongolia, con el perfume de oriente, que no puede ser jamás el perfume de occidente, todavía adherido a él; una tetera china con unos aterradores dragones dorados enroscados alrededor, dragones con garras de cinco uñas, lo cual revelaba al entendido que había pertenecido a la casa Imperial. Era parte del botín del Palacio de Verano en la Rebelión Boxer, le dijo Dean a Emily, pero no quiso decirle cómo había llegado a su poder.

-Todavía no. Algún día. Hay una historia sobre casi cada cosa que he puesto en esta casa.

IV

Pasaron momentos espléndidos poniendo los muebles en la sala. Probaban mil ángulos diferentes y no se contentaban hasta no encontrar el que les gustaba. A veces no se ponían de acuerdo y entonces se sentaban en el piso y lo hablaban. Y si no llegaban a un acuerdo, hacían que Flor sacara pajitas con los dientes y así se decidía. Flor andaba siempre cerca. Saucy Sal se había muerto de vieja y Flor se estaba poniendo viejo y loco y roncaba horriblemente cuando dormía, pero Emily lo adoraba y no iba a la Casa Desilusionada sin él. Flor siempre subía el sendero de la colina junto a ella, como una sombra gris manchada de oscuro.

-Quieres a ese gato viejo más que a mí, Emily -le dijo una vez Dean, en broma pero, sin embargo, con un dejo de seriedad.

-Tengo que quererlo -se defendió Emily-. Se está poniendo viejo. Tú tienes todos los años que tenemos por delante. Y yo necesito siempre un gato cerca. Una casa no es un hogar sin la dicha inefable de un gato con la cola arrollada alrededor de las patas. Un gato da misterio, hechizo, sugestión. Y tú tienes que tener un perro.

-Nunca quise tener otro perro después de la muerte de Tweed. Pero tal vez me consiga uno, uno bien diferente. Necesitaremos un perro para que mantenga a raya a tus gatos. Ah, ¿no es lindo sentir que un lugar le pertenece a uno?

-Es más lindo sentir que uno pertenece a un lugar -dijo Emily, mirando afectuosamente a su alrededor.

-Nuestra casa y nosotros nos vamos a llevar muy bien -dijo Dean.

V

Un día colgaron los cuadros. Emily trajo sus preferidos, que incluían a la Dama Giovanna y a la Mona Lisa. Colgaron éstos en el rincón entre las ventanas.

-Aquí va a estar tu escritorio -dijo Dean-. Y la Mona Lisa te susurrará el secreto inmemorial de su sonrisa y tú lo pondrás en un cuento.

-Creí que no querías que siguiera escribiendo cuentos -dijo Emily-. Me parecía que nunca te había gustado que escribiera.

-Eso era cuando tenía miedo de que escribir te apartara de mí. Ahora no importa. Quiero que hagas lo que desees.

Emily no opinaba lo mismo. No había sentido deseos de tomar la pluma después de su enfermedad. A medida que pasaban los días, sentía un creciente disgusto ante la mera idea de retomar la escritura. Pensar en escribir significaba pensar en el libro que había quemado, y eso dolía a más no poder. Había dejado de tratar de escuchar la "palabra al azar"; era una exiliada de su antiguo reino estrellado.

-Voy a poner a la anciana Elizabeth Bas junto al hogar -dijo Dean-. Grabado de un retrato de Rembrandt. ¿No es una anciana deliciosa, Emily, con esa cofia blanca y esa impresionante gorguera blanca? ¿Viste alguna vez una cara tan astuta, traviesa, complaciente y hasta apenas desdeñosa?

-Creo que no me gustaría discutir con esa Elizabeth -reflexionó Emily-. Me parece que tiene las manos entrelazadas a la fuerza, y que es capaz de tirarte de las orejas si no estás de acuerdo con ella.

-Hace más de un siglo que no es más que polvo -dijo Dean, soñador-. Y, sin embargo, está tan viva en esta reproducción barata del cuadro de Rembrandt. Parece que fuera a hablar. Y a mí también me da la impresión de que no soportaría ninguna tontería.

-Pero, además, probablemente tenga un confite escondido en un bolsillo del vestido para dárselo a alguien. Esa anciana delicada, sonrosada, saludable. Ella era la que mandaba en la familia, no hay duda. El marido hacía lo que ella decía, aunque sin saberlo.

¿Tendría marido? -preguntó Dean, dubitativo-. No tiene anillo de casada.

-Entonces ha de haber sido una encantadora solterona -admitió Emily.

-Qué diferencia entre su sonrisa y la de la Mona Lisa --dijo Dean, mirando de una a la otra-. Elizabeth tolera las cosas, con un algo de gata artera y meditativa. Pero la cara de la Mona Lisa tiene esa atracción, esa provocación eterna que vuelve locos a los hombres y escribe páginas escarlatas en las oscuras crónicas de la historia. La Gioconda ha de haber sido una novia más estimulante. Pero Elizabeth habría sido mejor para tener de tía.

Dean colgó una vieja miniatura de su madre sobre la repisa del hogar. Emily no la había visto antes. La madre de Dean Priest había sido una hermosa. mujer.

-Pero, ¿por qué se la ve tan triste?

-Porque se casó con un Priest -dijo Dean.

-¿Yo también voy a verme triste? -bromeó Emily.

-No si depende de mí -dijo Dean.

Pero, ¿dependería de él? A veces la pregunta se le aparecía a Emily sin pedir permiso: ella no la respondía. Fue muy feliz dos tercios de ese verano y se dijo a sí misma que era un promedio bastante alto. Pero durante el otro tercio hubo momentos en los que no hablaba con nadie, momentos en los que su alma se sentía presa en una trampa, momentos en los que la gran esmeralda verde que relucía en su dedo le parecía una mancha. Y una vez hasta se la quitó para sentirse libre un rato: un escape temporario del que se avergonzó y se arrepintió al día siguiente, cuando recuperó la cordura y la normalidad, y se sintió satisfecha de su destino y más interesada que nunca en su casita gris, que tanto significaba para ella, "más de lo que significa Dean", se dijo una vez, a la tres de la madrugada, en un momento de una honestidad despojada y desolada, pero al día siguiente se negó a creerlo.

VI

La vieja tía abuela Nancy, de Priest Pond, murió ese verano, muy inesperadamente. "Estoy cansada de vivir. Creo que voy a parar", dijo un día, y paró. Ninguno de los Murray fue beneficiario de su testamento; le dejó todo lo que tenía a Caroline Priest; pero Emily heredó la "bola que mira", el llamador de bronce en forma de gato de Cheshire, los aretes de oro y el dibujo en acuarela que Teddy había hecho de ella hacía años. Emily puso el gato de Cheshire en la puerta del frente de la Casa Desilusionada, colgó la gran bola plateada que mira de la lámpara veneciana y usó los preciosos aretes antiguos para varias recepciones y pompas bastante divertidas. Pero el dibujo lo guardó en el altillo de Luna Nueva, en una caja que contenía ciertas cartas viejas, tontas y dulces, llenas de sueños y planes.

VII

Pasaron minutos gloriosos de diversión cuando, de vez en cuando, se detenían a descansar. Había un nido de petirrojo en el abeto del rincón norte que los dos miraban y protegían de Flor.

-Piensa en la música contenida en esta cáscara frágil y celeste -dijo Dean, tocando un huevo, un día-. Tal vez no sea la música de la luna, sino una música más terrenal, más doméstica, llena de saludable dulzura y de la alegría de vivir. Algún día este huevo será un petirrojo, Estrella, y nos va a llamar a casa, alegremente, al atardecer.

Se hicieron amigos de un viejo conejo que a menudo venía al jardín, saltando desde los bosques. Jugaban a ver quién de los dos podía contar más ardillas durante el día y más murciélagos durante la noche. Pues no siempre se volvían a sus casas cuando estaba demasiado oscuro para trabajar. A veces se sentaban en los escalones de arenisca a escuchar la deliciosa melancolía del viento nocturno en el mar, a ver cómo el crepúsculo subía desde el antiguo valle y las sombras se mecían y se estremecían bajo los abetos y cómo el lago de Blair Water se volvía un gran charco gris trémulo de estrellas tempraneras. Flor se sentaba junto a ellos, y lo miraba todo con sus grandes ojos lunares y, de tanto en tanto, Emily le acariciaba las orejas.

-Ahora entiendo mejor a mi gato. En cualquier otro momento es inescrutable, pero a la hora del crepúsculo y del rocío puedo captar un atisbo del exasperante secreto de su personalidad.

-Uno tiene atisbos de todo tipo de secretos a esta hora -dijo Dean-. En noches como ésta siempre pienso en "las colinas donde crecen las especias". Ese verso del antiguo himno que cantaba mamá siempre me ha intrigado, aunque yo no puedo "volar como un venado o un ciervo joven". Emily, veo que pusiste la boca en la forma más adecuada para hablar del color de que pintaremos la leñera. No lo hagas. Nadie puede hablar de pintura cuando está esperando que salga la luna. Va a ser un espectáculo maravilloso, lo mandé preparar especialmente. Pero, si tenemos que hablar de muebles, planeemos algunas cosas que todavía no tenemos y que debemos tener: una canoa para nuestros paseos por la Vía Láctea, por ejemplo, un telar para tejer sueños y una jarra de brebaje preparado por los duendes para las horas de fiesta. ¿Y no podemos traer la fuente de Ponce de León para poner en ese rincón? ¿O preferirías la fuente de Castalia? En cuanto a tu ajuar, elige lo que quieras, pero debes tener un traje de crepúsculo gris

con una estrella vespertina para el pelo. Y que tenga adornos de claro de luna y una chalina de nube del ocaso.

Ay, a Emily le gustaba Dean. Cómo le gustaba. ¡Si pudiera también amarlo!

Una noche, Emily fue sola a ver su casita a la luz de la luna. Qué lugar tan precioso. Se vio a sí misma allí, en el futuro, yendo rauda de una habitación a otra, riendo bajo los abetos, sentada de la mano de Teddy junto al hogar... Emily volvió de su ensoñación sobresaltada. De la mano de Dean, por supuesto, de la mano de Dean. Había sido nada más que un truco de la memoria.

VIII

Llegó una noche, en septiembre, en la cual tenían todo hecho, desde la herradura sobre la puerta para mantener alejadas a las brujas, hasta las velas que Emily había colocado en toda la sala: una graciosa velita amarilla; una gran vela roja, beligerante; una soñadora vela celeste; una vela sin gracia con ases de corazones y diamantes; una vela esbelta y coqueta.

Y el resultado era bueno. Había armonía en la casa. Las cosas que había en ella no tenían que tratar de conocerse, sino que fueron buenos amigos desde el principio. No se gritaban entre sí. No había ni una habitación ruidosa en la casa.

-No hay absolutamente nada más que podamos hacer -suspiró Emily-. Ni siquiera podemos inventar nada para hacer.

-Supongo que no -se lamentó Dean. Pero entonces miró el hogar, donde habían puesto ramitas y leña.

-Sí, claro que hay -exclamó-. ¿Cómo pudimos olvidarnos? Tenemos que ver si la chimenea tira bien. Voy a encender el fuego.

Emily se sentó en el diván de la esquina y, cuando el fuego comenzó a arder, Dean se sentó junto a ella. Flor estaba estirado a sus pies; sus flancos rayados subían y bajaban pacíficamente.

Las llamas se elevaban alegres. Temblaban sobre el viejo piano, jugaban irreverentes a las escondidas con el adorable rostro avejentado de Elizabeth Bas, bailaban sobre las puertas de vidrio del armario donde estaban los platos de diseño chino, recorrían la puerta de la cocina y la hilera de recipientes pardos y azules que Emily había arreglado sobre la mesada les devolvía una guiñada.

-Esto es un hogar -dijo Dean, con suavidad-. Es más hermoso de lo que jamás soñé. Así estaremos, sentados, las noches de otoño de toda nuestra vida, dejando afuera las noches frías y la neblina que viene del mar, tú y yo, solos, con la luz del fuego y la dulzura. Pero a veces dejaremos que algún amigo venga a compartir con nosotros, a beber de nuestra alegría y alimentarse de nuestra risa. Nos quedaremos sentados aquí, pensando en eso, hasta que se extinga el fuego.

El fuego chisporroteaba y crujía. Flor ronroneaba. La luna brilló a través de la danza de las ramas de los abetos, atravesándolas, entrando por las ventanas. Y Emily pensaba, no podía evitar pensar, en la vez que había estado sentada allí con Teddy. Lo extraño era que no pensaba en él con amor o extrañándolo. Sólo pensaba en él. Se preguntó, con una mezcla de exasperación y miedo, si pensaría en Teddy cuando estuviera frente al altar casándose con Dean.

Cuando el fuego quedó convertido en cenizas blancas, Dean se puso de pie.

-Valió la pena haber vivido tantos años de soledad para esto. Volvería a vivirlos, si fuera necesario --dijo, tendiéndole la mano. La acercó a sí. ¿Qué fantasma se

interpuso entre los labios que podrían haberse encontrado? Emily se apartó con un suspiro.

-Nuestro verano de felicidad ha terminado, Dean.

-Nuestro primer verano -la corrigió Dean. Pero su voz pareció de pronto cansada.

CAPÍTULO 10
I

Una noche de noviembre, cerraron la puerta de la Casa Desilusionada y Dean le dio la llave a Emily.

-Guárdala hasta la primavera -dijo, mirando hacia los campos grises, fríos y quietos, sobre los que soplaba un viento helado-. No volveremos hasta entonces.

En el tormentoso invierno que siguió, en el camino vecinal que llevaba a la casita, se habían amontonado tantas ramas que Emily no fue. Pero a menudo pensaba, feliz, en su casita, esperando en medio de la nieve la llegada de la primavera, de la vida y de la concreción. Ese invierno fue, en términos generales, una época feliz. Dean no se fue de viaje y estuvo tan encantador con las ancianas señoras de Luna Nueva que ellas casi lo perdonaron por ser el Giboso Priest. Claro que la tía Elizabeth no entendía ni la mitad de las cosas que decía y la tía Laura ponía en la lista de débitos de él el cambio efectuado en Emily. Porque Emily había cambiado. El primo Jimmy y la tía Laura lo sabían, si bien nadie más parecía haberse dado cuenta. A menudo, tenía una extraña inquietud en los ojos. Y a su risa le faltaba algo. No era tan rápida, tan espontánea como antes. Era una mujer prematuramente, pensó la tía Laura con un suspiro. ¿Había sido la espantosa caída por la escalera de Luna Nueva la única causa? ¿Era feliz Emily? La tía Laura no se animaba a preguntar. ¿Amaba a Dean Priest, con quien se casaría en junio? Laura no lo sabía, pero sí sabía que el amor no es algo que pueda generarse con un gesto del pulgar del intelecto. También sabía que una muchacha tan feliz como debería estarlo una muchacha comprometida no pasa tantas horas, cuando tendría que estar durmiendo, paseándose por su dormitorio. Esto no se explicaba por el hecho de que Emily pensaba argumentos para sus cuentos. Emily había dejado de escribir. En vano la señorita Royal escribía cartas con súplicas o reconvenciones desde Nueva York. En vano el primo Jimmy dejaba, a intervalos y sin ser visto, nuevos cuadernos sobre su escritorio. En vano Laura sugería, tímidamente, que era una lástima no seguir con algo cuando uno ha comenzado tan bien. Ni siquiera la desdeñosa afirmación de la tía Elizabeth de que ella siempre había sabido que Emily se cansaría de escribir -"la volubilidad de los Starr, te das cuenta"- logró que Emily retomara la pluma. No podía escribir; nunca intentaría volver a escribir.

-Ya pagué mis deudas y tengo suficiente en el banco para darme lo que Dean llama mis caprichitos. Y tú ya me has tejido dos colchas al crochet -le dijo a la tía Laura algo hastiada y amargamente-. De modo que, ¿qué importa?

-¿Fue... fue la caída la que te quitó... la ambición? -preguntó, titubeando, la pobre tía Laura, poniendo en palabras lo que había estado atormentándola durante todo el invierno.

Emily sonrió y le dio un beso.

-No, querida. No tuvo nada que ver. ¿Por qué te preocupas por algo tan sencillo y natural? Aquí estoy, pronta para casarme, con una futura casa y un futuro esposo en quienes pensar. ¿No explica eso por qué he dejado de interesarme en... otras cosas?

Podría haberlo explicado, pero esa noche Emily salió de la casa después de la puesta del sol. Su alma ansiaba libertad y salió a sacudirse un poquito el yugo. Había sido un día de abril, cálido al sol, frío a la sombra. Se sentía el fresco, incluso en medio del calor del sol. La noche era fría. El cielo estaba tapado de nubes grises arrugadas, excepto contra el oeste, donde una franja de cielo amarillo brillaba pálido y, en él, triste y clara, una luna nueva se ponía detrás de una colina oscura. Parecía no haber criatura viviente, salvo Emily a la intemperie, y las frías sombras que caían sobre los campos mustios le daban al paisaje de principios de primavera un aspecto indeciblemente triste y taciturno. Hizo que Emily se sintiera desvalida, como si lo mejor de la vida perteneciera ya al pasado. La naturaleza siempre tenía gran influencia sobre ella, quizá demasiada. Sin embargo, se alegraba de que la noche fuera melancólica. Cualquier otra cosa habría sido un insulto para su estado de ánimo. Oyó el mar que se estremecía del otro lado de las dunas. Le vinieron a la cabeza unos viejos versos de Roberts.

"Rocas grises y aún más gris el mar
En la costa, la espuma.
Y en mi corazón un nombre
Que mis labios ya no han de pronunciar".

¡Tonterías! Tonterías sentimentales, débiles, ridículas. ¡Basta!

II

Pero... aquella carta de Ilse. Teddy venía a casa. Zarpaba en el Flavian. Pasaría en casa casi todo el verano.

-Si todo hubiera pasado... para cuando él viniera -murmuró Emily.

¿Siempre le temería al mañana? Contenta, incluso feliz, con el presente, pero siempre temiéndole al mañana. ¿Así sería su vida? ¿Y por qué ese miedo al mañana?

Tenía consigo la llave de la Casa Desilusionada. No había ido desde noviembre y quería verla, quería ver su casa hermosa, deseable, expectante. Su casa. En medio de su encanto y su cordura, las dudas y los miedos vagos, horribles, se desvanecerían. Volvería el espíritu de aquel verano feliz. Se detuvo ante el portón del jardín para mirarla con amor, a esa casita querida, cobijada por los viejos árboles que suspiraban suavemente como habían suspirado ante sus ensueños infantiles. Más allá, el lago de Blair Water estaba gris y enfurruñado. Emily amaba el lago en todos sus cambios: su brillo en el verano, su plata a la hora del crepúsculo, su milagro a la luz de la luna, sus hoyuelos en época de lluvia. Y lo amaba ahora, oscuro y pensativo. Había una especie de aguda tristeza en ese paisaje enfurruñado y expectante que la rodeaba como si... la vieja fantasía se le cruzó por la cabeza... como si le tuviera miedo a la primavera. ¡Cómo la atormentaba esta idea del miedo! Levantó la mirada más allá de las agujas de los álamos de Lombardía de la colina. Y, descubierta por una súbita brisa que separó las nubes, brilló una estrella: Vega de la Lira.

Con un estremecimiento, Emily abrió la puerta y entró. La casa parecía vacía, esperándola. Tanteó su camino en la oscuridad hasta los fósforos que sabía que estaban sobre la repisa del hogar y encendió la alta vela verde claro, colocada junto al reloj. La hermosa habitación resplandeció sobre ella a la luz temblorosa, igual a como la habían dejado aquella última noche. Allí estaba Elizabeth Bas, que no pudo haber conocido el

significado de la palabra miedo; la Mona Lisa, que se reía de él. Pero la Dama Giovanna, que nunca giraba su virtuoso perfil para mirar de frente. ¿Habría conocido ese miedo sutil, secreto, que no se puede poner en palabras, que sería tan ridículo puesto en palabras? La hermosa madre de Dean Priest, tan triste. Sí, ella había conocido el miedo; a la luz furtiva y escasa, el miedo miraba desde sus ojos en el cuadro.

Emily cerró la puerta y se sentó en el sillón, debajo de la pintura de Elizabeth Bas. Oía las hojas secas, muertas, del muerto verano, susurrando fantasmagóricas del otro lado de la ventana. Y el viento que se levantaba, más y más. Pero a ella le gustaba. "El viento es libre, no es un prisionero como yo." Sofocó con severidad el pensamiento no deseado. No pensaría esas cosas. Sus cadenas eran de su propia hechura.

Se las había puesto de buen grado, incluso deseándolas. No quedaba más que llevarlas con gracia.

¡Cómo gemía el viento allá abajo, en los campos! Pero, ¡qué silencio había en la casita! Tenía algo extraño y sobrenatural ese silencio. Parecía guardar un significado profundo. Emily no osaba hablar por temor a que algo le respondiera. Pero, de pronto, el miedo la abandonó. Se sintió en medio de una ensoñación, feliz, muy lejos de la vida y de la realidad. Las paredes de la habitación en sombras parecieron desaparecer lentamente ante sus ojos. Parecía no haber nada ante ella más que la bola que mira de la tía abuela Nancy, colgada de la vieja lámpara de hierro, un globo grande, plateado, reluciente. En él, Emily vio la habitación reflejada, como una resplandeciente casita de muñecas, y a ella misma, sentada en el viejo sillón bajo y la vela en la repisa del hogar, como una diminuta estrella traviesa. Emily la miró mientras se reclinaba en el asiento y siguió mirándola hasta que no vio nada más que ese puntito de luz en un gran universo envuelto en nieblas.

III

¿Se quedó dormida? ¿Soñó? ¿Quién lo sabe? Emily misma no lo supo nunca. Dos veces antes en su vida, una vez en un delirios y otra vez en sueños,2 había apartado el velo de la cordura y del tiempo y había visto más allá. A Emily no le gustaba recordar esas experiencias. Las olvidaba deliberadamente. No las había recordado en años. Un sueño, una fantasía provocada por la fiebre. Pero, ¿y esto?

Una nube pequeña pareció formarse dentro de la bola que mira. Se dispersó, se desvaneció. Pero la casita de muñecas dentro de la bola tampoco estaba ya. Emily vio una escena por completo diferente, un recinto largo y alto lleno de mucha gente que se movía de prisa, y entre esta gente un rostro conocido.

La bola que mira no estaba, la sala de la Casa Desilusionada tampoco. Emily ya no estaba sentada en el sillón, mirando. Emily estaba en ese gran recinto extraño, entre esa multitud de gente, parada junto al hombre que esperaba, impaciente, ante una ventanilla de pasajes. Cuando él volvió la cabeza y los ojos de ambos se encontraron ella vio que era Teddy, vio el asombro en los ojos de él, al reconocerla. Y supo, sin el menor lugar a dudas, que él se encontraba en un peligro terrible, y que ella tenía que salvarlo.

-Teddy. Ven.

Le pareció que lo tomaba de la mano y lo apartaba de la ventanilla. Y entonces ella comenzó a alejarse de él, retrocediendo de él, más y más, y él la seguía, corría tras ella, sin prestarle atención a la gente con la que se chocaba en su camino, la seguía, la seguía, y ella estuvo de pronto de vuelta en el sillón, afuera de la bola que mira, en ésta seguía viendo el vestíbulo de la estación que se reducía al tamaño de una estación de juguete, y esa figura corriendo, todavía corriendo, y otra vez la nube, llenando la bola,

aclarándose, oscilando, adelgazándose, desvaneciéndose. Emily estaba recostada contra el respaldo del sillón mirando fijo la bola que mira de la tía Nancy, donde se reflejaba la sala, serena y plateada, con un punto blanco como la cera, que era su propio rostro, y una vela solitaria que parpadeaba como una estrella traviesa.

Sintiéndose como si se hubiera muerto y hubiera vuelto a la vida, Emily salió, sin saber bien cómo, de la Casa Desilusionada, y cerró la puerta. Las nubes se habían disipado y el mundo se veía penumbroso e irreal a la luz de las estrellas. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, tomó el camino hacia el mar, a través del bosque de abetos rojos, a través del largo prado barrido por el viento, a través de las dunas y hasta la costa, y a lo largo de la costa, como una criatura atormentada, poseída, en un reino extraño, sobrenatural, iluminado a medias. A lo lejos, el mar parecía de satén gris semioculto por una niebla que estaba levantándose pero lavaba la arena, al paso de Emily, con remolinos rápidos y burlones. Estaba encerrada entre el mar brumoso y las altas dunas oscuras. Si pudiera seguir caminando por siempre, si no tuviera que volver a enfrentarse con la pregunta sin respuesta que le había presentado la noche.

Supo, sin espacio para ningún tipo de duda, cavilación o burla, que había visto a Teddy, que lo había salvado o tratado de salvarlo, de un peligro desconocido. Y supo, igual de simple y certeramente, que lo amaba, que lo había amado siempre, con un amor que surgía de la base misma de su ser.

Y dentro de dos meses se casaría con Dean Priest.

¿Qué podía hacer? Casarse ahora con Dean era inconcebible. No podía vivir así una mentira semejante. Pero destrozarle el corazón, arrancarle toda la felicidad posible en su vida de desdichas... eso también era inconcebible.

Sí, como había dicho Ilse, ser mujer era muy difícil.

-En especial -dijo Emily, llena de un amargo desprecio por sí misma-, una mujer que al parecer no sabe lo que quiere y cambia de idea una vez por mes. El verano pasado estaba tan segura de que Teddy ya no significaba nada para mí, tan segura de que de verdad quería a Dean lo suficiente como para casarme con él. Y ahora, esta noche, esa espantosa fuerza, o don, o maldición que vuelve, cuando pensé que se me había pasado, que había quedado atrás para siempre.

Emily caminó a lo largo de la costa fantasmal durante la mitad de la noche y se deslizó, sigilosa y culpable, en Luna Nueva casi al alba para arrojarse sobre la cama y caer al fin en el sueño profundo del agotamiento.

V

Siguieron días aciagos. Por fortuna, Dean no estaba, pues había ido a Montreal por negocios. Fue durante su ausencia que el mundo se horrorizó con la tragedia del choque fatal del Flavian con un iceberg. Los titulares golpearon a Emily en la cara como una bofetada. Teddy tenía que viajar en el Flavian. ¿Había zarpado? ¿Había zarpado? ¿Quién podría decírselo? Tal vez su madre, esa madre extraña y solitaria que la odiaba con un odio que Emily siempre sentía como algo tangible entre las dos. Hasta ese momento Emily hubiera sentido un rechazo inexpresable ante la idea de buscar a la señora Kent. Ahora nada importaba, salvo averiguar si Teddy estaba en el Flavian. Fue corriendo a Tansy Patch. La señora Kent vino a la puerta, idéntica en todos los años desde que Emily la había visto por primera vez, frágil, furtiva, con esa boca amarga y esa cicatriz roja que le desfiguraba la cara encima de su palidez. La expresión le cambió

como siempre que veía a Emily. La hostilidad y el miedo se unieron en sus ojos oscuros y melancólicos.

-¿Venía Teddy en el Flavian? -preguntó Emily, sin vueltas.

La señora Kent sonrió con una sonrisita hostil.

-¿A ti te interesa? -preguntó.

-Sí. -Emily fue brusca. Tenía la mirada "Murray" en los ojos, la mirada que pocos podían sostener sin ser derrotados. -Si lo sabe, dígamelo.

La señora Kent se lo dijo, en contra de su voluntad, odiándola, temblando como una hojita seca que se estremece con un simulacro de vida bajo un viento cruel.

-No, no viajó. Hoy recibí un telegrama suyo. A último momento no pudo zarpar.

-Gracias. -Emily se volvió, pero no antes de que la señora Kent viera la alegría y el triunfo que le aparecieron en los ojos sombreados. Dio un salto hacia adelante y agarró a Emily de un brazo.

-A ti no te interesa -exclamó, fuera de sí-. A ti no te interesa si está a salvo o no. Tú vas a casarte con otro hombre. ¿Cómo te atreves a venir aquí, exigiendo noticias de mi hijo, como si tuvieras algún derecho?

Emily la miró compadeciéndola, comprendiéndola. Esta pobre mujer cuyos celos, enroscados en su alma como una serpiente, habían hecho que para ella la vida fuera un valle de tortura.

-Tal vez no tenga derecho, excepto el de amarlo -dijo. La señora Kent juntó las manos.

- Tú... tú osas decir eso... tú, que vas a casarte con otro hombre?

-No voy a casarme con otro hombre -dijo Emily, para su propio asombro. Era cierto. Durante días había estado sin saber qué hacer, pero ahora lo sabía, a ciencia cierta. Por terrible que fuera, algo había que hacer. De pronto, todo fue claro, amargo e inevitable a sus ojos.

-No puedo casarme con otro hombre, señora Kent, porque amo a Teddy. Pero él no me ama. De manera que usted ya no tiene razones para seguir odiándome.

Se volvió y se alejó a paso rápido de Tansy Patch. Se preguntó dónde estaba su orgullo, el orgullo de "los orgullosos Murray", que podía con tanta calma confesar un amor no buscado, no querido. Pero en esos momentos no había lugar en ella para el orgullo.

CAPÍTULO 11
I

Cuando llegó la carta de Teddy, la primera en tanto tiempo, a Emily le temblaban tanto las manos que le fue difícil abrirla.

"Tengo que contarte algo muy extraño que ha sucedido", escribía él. "Tal vez ya lo sepas. Y tal vez no sepas nada y pienses que me volví loco. Yo no sé qué pensar al respecto. Sólo sé lo que vi, o creí ver.

"Estaba esperando para comprar el pasaje para el tren que hace la conexión con el buque, en Liverpool, iba a zarpar en el Flavian. De pronto sentí que me tocaban el brazo, me volví y te vi a ti. Te lo juro. Tú me dijiste: 'Teddy, ven'. Quedé tan sorprendido que no pude ni pensar ni decir nada. Sólo podía seguirte. Tú corriste, no... no corriste. No sé cómo avanzabas, sólo sé que te alejabas. Qué raro suena todo esto. ¿Estuve loco? Y de repente desapareciste, aunque ya estábamos lejos de la multitud, en un espacio abierto donde no había nada que pudiera impedirme verte. Sin embargo, te busqué por todas partes y cuando recuperé el sentido de la realidad el tren se había ido y

yo había perdido el pasaje para el Flavian. Me puse furioso, estaba avergonzado, hasta que se supo la noticia. Entonces me dio un escalofrío en la espalda.

"Emily, no estás en Inglaterra, ¿verdad? Es imposible que estés en Inglaterra. Pero entonces, ¿a quién vi en la estación?

"Lo que haya sido, creo que me salvó la vida. Si hubiera zarpado en el Flavian... pero no zarpé. Gracias a... ¿a qué?

"Pronto estaré en casa. Zarpo en el Moravian, si tú no vuelves a impedírmelo. Emily, hace tiempo oí una extraña historia relacionada contigo, algo que tenía que ver con la madre de Ilse. Casi la había olvidado. Cuídate. En la actualidad ya no queman a las brujas, pero...

No, no queman a las brujas. Pero... Emily sintió que podría haberse enfrentado con más facilidad a la hoguera que a lo que la esperaba.

II

Emily subió por el sendero de la colina para encontrarse con Dean en la Casa Desilusionada. Ese día había recibido una nota de él, escrita a su regreso de Montreal, en la cual le pedía que lo esperara allí al atardecer. Estaba esperándola frente a la puerta, ansioso y feliz. Los petirrojos silbaban con suavidad en el bosque de abetos rojos y la noche olía a bálsamo. Pero el aire alrededor de los dos estaba cargado con el sonido más extraño, más triste, más inolvidable de la naturaleza: el ruido suave e incesante en una playa lejana, en la quietud del anochecer de las olas, después de una tormenta. Un ruido que se oía pocas veces y se recordaba para siempre. Aún más triste que el viento y la lluvia en medio de la noche, en él está todo el dolor y toda la desolación de la creación. Dean dio un rápido paso adelante para recibirla, pero se paró en seco. La cara de Emily, sus ojos, ¿qué había pasado en su ausencia? Ésta no era Emily, esta muchacha extraña, blanca, remota, en el crepúsculo pálido.

-Emily, ¿qué pasa? -preguntó Dean, sabiéndolo antes de que ella se lo dijera.

Emily lo miró. Si uno tiene que asestar un golpe mortal, ¿para qué intentar suavizarlo?

-Después de todo, Dean, no puedo casarme contigo -dijo—. No te amo.

Era todo lo que podía decir. No había excusas, no había defensa. No existían. Pero era conmocionante ver desaparecer así toda la felicidad del rostro de una persona.

Hubo un pequeño silencio, un silencio que pareció una eternidad con esa pena insoportable del mar que palpitaba atravesándolo todo. Entonces Dean dijo, muy quedamente:

-Yo sabía que no me amabas. Pero estabas... contenta con la idea de casarte conmigo... antes. ¿Por qué ahora es imposible?

Tenía derecho a saberlo. Emily procedió a los tumbos a contar su increíble historia.

-Te das cuenta -dijo para terminar, sintiéndose muy desgraciada-, puedo llamarlo así a través del espacio, le pertenezco a él. Él no me ama, nunca me amará, pero yo le pertenezco... Ay, Dean, no me mires así. Tenía que decírtelo pero, si tú quieres, me casaré contigo. Lo que sí sé es que, si yo la sabía, tú también tenías que saber toda la verdad.

-Ah, una Murray de Luna Nueva siempre cumple con su palabra. -La cara de Dean se contorsionó, patéticamente. -Te casarás conmigo si yo quiero. Pero yo no quiero... ahora. Me doy cuenta, tanto como tú, de que es imposible. No voy a casarme con una mujer cuyo corazón pertenece a otro hombre.

-¿Podrás perdonarme algún día, Dean?

-¿Qué tengo que perdonarte? Yo no puedo evitar amarte y tú no puedes evitar amarlo a él. Dejemos las cosas como están. Ni siquiera los dioses pueden componer lo que está roto. Tendría que haber sabido que sólo la juventud llama a la juventud, y yo nunca fui joven. Si lo hubiera sido alguna vez, aunque sea viejo ahora, habría podido retenerte.

Se cubrió la cara con las manos. Emily se sorprendió pensando en lo agradable, lo buena compañera, lo dulce, que sería la muerte.

Pero cuando Dean levantó la cara, algo había cambiado en él. Tenía la expresión burlona y cínica de antes.

-No te pongas tan trágica, Emily. Un compromiso que se rompe es cosa de todos los días. Y no hay mal que por bien no venga. Tus tías darán gracias a todos los dioses conocidos y por conocer, y mi familia pensará que me escapé como un pajarito de la trampa del cazador. Sin embargo, cómo desearía que esa vieja abuela escocesa que te pasó ese peligroso cromosoma, se hubiera llevado su segunda visión a la tumba.

Emily apoyó las manos contra la columna del porche y la cabeza contra ellas. La expresión de Dean volvió a cambiar cuando la miró. Al hablar, su voz fue muy dulce, si bien fría y pálida. Todo el brillo, el color y el calor habían desaparecido.

-Emily, te devuelvo tu vida. Ha sido mía, recuerda, desde que te salvé aquel día en las rocas de Malvern. Ahora es tuya otra vez. Y finalmente tenemos que decimos adiós, a pesar de nuestro viejo pacto. Dilo brevemente, todos los adioses deberían ser rápidos y para siempre.

Emily se volvió y lo tomó del brazo.

-Ah, no, adiós no, Dean. ¿No podemos seguir siendo amigos? No puedo vivir sin tu amistad.

Dean le tomó la cara entre las manos, la carita helada de Emily que él había soñado ver ruborizada ante un beso suyo, y la miró grave y tiernamente.

-No podemos volver a ser amigos, querida mía.

-Pero, te vas a olvidar, llegará un momento en que no te va a importar...

-Un hombre tendría que morirse para olvidarte, creo. No, Estrella, no podemos ser amigos. Tú no quieres este amor y este amor ha echado a todos los demás sentimientos. Me voy. Cuando sea viejo, viejo de verdad, volveré y tal vez entonces seamos amigos otra vez.

-No podré perdonármelo nunca.

-Vuelvo a preguntarte, ¿por qué? No te hago ningún reproche, hasta te doy las gracias por este año que he vivido para mí ha sido un regalo digno de un rey. Nada podrá quitármelo nunca. Después de todo, no cambiaría ese último verano de perfección por una generación de la felicidad de otros hombres. ¡Mi Estrella, mi Estrella!

Emily lo miró y en sus ojos estaba el beso que él nunca le había dado. Qué lugar solitario sería el mundo cuando Dean se hubiera ido, ese mundo que, de pronto, se había vuelto tan viejo. ¿Podría olvidar alguna vez sus ojos, con esa expresión de un dolor terrible?

Si él se hubiera ido en ese momento, ella nunca habría sido libre del todo, siempre habría quedado encadenada a esos ojos lastimeros y a la certeza del daño que le había causado. Tal vez Dean se dio cuenta de eso, porque hubo un dejo de triunfo maligno en su sonrisa de despedida, cuando se volvió para irse. Caminó por el sendero, se detuvo con la mano sobre el portón, se volvió y regresó a ella.

III

-Emily, yo también tengo algo que confesar. Mejor me saco este peso de la conciencia. Una mentira, algo muy feo. Te gané con una mentira, creo. Tal vez por eso no pude retenerte.

-¿Una mentira?

-¿Recuerdas aquella novela tuya? Me pediste que te dijera lo que de verdad me parecía. No lo hice. Te mentí. Es una buena obra, muy buena. Ah, claro que tiene algunos errores, es un poco excesivamente emocional, un poco tensa de más. Todavía necesitas pulir algunas cosas, aprender a contenerte. Pero es buena. La encontré algo fuera de lo común tanto en la idea como en el desarrollo. Tiene encanto y tus personajes están vivos. Son naturales, humanos, deliciosos. Bueno, ahora sabes lo que me pareció.

Emily lo miró y un rubor caliente manchó de pronto la palidez de su carita torturada.

-¿Era buena? Yo la quemé -dijo, en un susurro. Dean se sobresaltó.

-¡La quemaste!

-Sí. Y nunca podré volver a escribirla. ¿Por qué... por qué me mentiste? ¡Tú!

-Porque odié esa novela. Estabas más interesada en ella que en mí. Habrías encontrado editor y habría sido un éxito. Yo te habría perdido. Qué espantosos parecen algunos motivos cuando uno los pone en palabras. ¿La quemaste? Parece superfluo decirte que lamento muchísimo todo esto. Es superfluo pedirte perdón.

Emily se recompuso. Había sucedido algo, ahora era libre de verdad, libre del remordimiento, de la vergüenza, del pesar. Era ella misma otra vez. Ahora estaban a mano.

"No debo guardarle rencor a Dean por esto, como el viejo Hugh Murray", pensó, confusamente. Y dijo en voz alta:

-Pero sí, sí te perdono, Dean.

-Gracias. -Él miró la casita gris que estaba a espaldas de Emily. -De manera que seguirá siendo la Casa Desilusionada. Parece que es su destino. Al parecer, las casas, como la gente, no pueden escapar a su sino.

Emily apartó la mirada de la casita que había amado, que seguía amando. Ahora jamás sería suya. Seguiría hechizada por los fantasmas de cosas que nunca habían ocurrido.

-Dean, aquí tienes la llave.

Dean negó con la cabeza.

-Guárdala hasta que te la pida. ¿De qué me serviría ahora? Puedo venderla, claro, pero me parece un sacrilegio.

Todavía quedaba algo. Emily tendió la mano izquierda, sin mirar. Dean tenía que quitarle la esmeralda que le había regalado. Sintió que se la quitaba del dedo, dejando un lugar frío donde antes la esmeralda había hecho un aro de calor contra su carne, como un círculo espectral. Muchas veces le había parecido una cadena, pero se sintió doblada de dolor cuando sintió que se le iba, para siempre. Pues con ella se había ido algo que había hecho hermosa la vida durante años: la maravillosa amistad y camaradería de Dean. Perder eso... para siempre. Ella no sabía lo amarga que podía ser la libertad.

Cuando Dean desapareció de su vista, cojeando, Emily se fue a casa. No había más que hacer. Se fue con el triunfo burlón de que por fin Dean había admitido que ella escribía bien.

IV

Si el compromiso de Emily con Dean había provocado una conmoción en las familias, su ruptura causó una tormenta aún mayor. Los Priest estaban encantados e indignados al mismo tiempo, pero los incoherentes de los Murray estaban furiosos. La tía Elizabeth había sido contraria al compromiso, pero era más contraria todavía a la ruptura. ¿Qué diría la gente? Y se dijeron muchas cosas sobre "la volubilidad de los Starr".

-¿Y tú esperabas -preguntó el tío Wallace, sarcástico que esa muchacha no cambiara de idea de un día para el otro?

Todos los Murray dijeron cosas, según sus idiosincrascias particulares, pero, por alguna razón, el dictamen de Andrew fue el que más veneno dejó en el espíritu herido de Emily. Andrew había aprendido una palabra en algún lado: dijo que Emily era "temperamental". La mitad de los Murray ignoraba lo que significaba, pero se abalanzaron sobre la palabrita. Emily era "temperamental", así de sencillo. Lo explicaba todo y de allí en adelante se le pegó como las espinas de un cardo. Si escribía un poema, si no le gustaba el pastel de zanahoria cuando a todo el resto de la familia sí le gustaba, si no llevaba el cabello recogido cuando todo el mundo lo llevaba así, si gustaba de las caminatas solitarias por las colinas a la luz de la luna, si algunas mañanas parecía haber pasado la noche en vela, si se le ocurría estudiar las estrellas con un largavista, si se murmuraba que la habían visto bailando sola a la luz de la luna en medio de un campo de heno en Luna Nueva, si se le llenaban los ojos de lágrimas simplemente al ver algo hermoso, si prefería estar en el "viejo huerto" en lugar de en un baile en Shrewsbury, todo era porque era temperamental. Emily se sentía sola en un mundo hostil. Nadie, ni siquiera la tía Laura, comprendía. Hasta Ilse le escribió una carta bastante extraña, en la cual cada oración contradecía alguna otra, y que dejó a Emily con una sensación desagradable y confusa de que Ilse la quería tanto como siempre, pero que ella también la consideraba "temperamental". ¿Ilse podría haber sospechado, por azar, que apenas Perry Miller se enteró de que "todo había terminado" entre Dean Priest y Emily Starr, había vuelto a Luna Nueva y había vuelto a pedirle a Emily que se casara con él? Emily lo había despachado pronto, de una manera que hizo jurar a Perry, irritado, que ya había terminado con esta mona orgullosa. Pero lo había jurado tantas veces ya.

CAPÍTULO 12
I

"4 de mayo de 19...”

"La una de la mañana no es hora de estar escribiendo un diario. La verdad es que no podía dormirme. No puedo dormir y me cansa quedarme en la cama, despierta, imaginándome cosas, cosas desagradables, así que encendí la vela y busqué mi viejo diario para `desahogarme escribiendo'.

"No he escrito este diario desde la noche en la que quemé mi novela y me caí por la escalera, y me mori. Volver a la vida y encontrar que todo ha cambiado y que todo es nuevo. Todo desconocido y espantoso. Parece que hiciera un siglo. Cuando paso las hojas y leo esas palabras alegres y ligeras me pregunto si de verdad las escribí yo, Emily Byrd Starr.

"La noche es hermosa cuando uno es feliz, un consuelo cuando uno sufre, y terrible cuando uno se siente solo y desgraciado. Y hoy me he sentido terriblemente

sola. La angustia se apoderó de mí. Creo que no puedo quedarme a medias con ninguna emoción y cuando la soledad se apodera de mí, toma posesión de mi cuerpo y de mi alma y me sofoca con su dolor blanco hasta que me quedo sin fuerzas ni coraje. Esta noche me siento sola... sola. El amor no vendrá, la amistad la he perdido y más que nada, estoy segura, tampoco puedo escribir. Lo he intentado varias veces y no puedo. El fuego creativo de antes parece haberse extinguido hasta volverse cenizas y no puedo volver a encenderlo. Toda la noche traté de escribir un cuento: una cosa de madera en el que se movían títeres de madera cuando yo movía los hilos. Al final, lo rompí en mil pedazos y sentí que había hecho una buena obra.

"Estas últimas semanas han sido muy amargas. Dean se fue, no sé adónde. No me ha escrito, y supongo que no me escribirá. No recibir cartas de Dean cuando está lejos me parece algo extraño y nada natural.

"Sin embargo, es muy lindo volver a ser libre.

"Ilse me escribe que viene a casa para julio y agosto. Y que Teddy también vendrá. Tal vez este último hecho explique mi noche en vela. Quisiera irme corriendo antes de que él llegue.

"Nunca le contesté la carta que me escribió después del hundimiento del Flavian. No pude. No puedo escribir de eso. Y si, cuando viene, habla del tema, no podré soportarlo. ¿Se dará cuenta de que es porque lo amo que pude hacer a un lado las limitaciones de tiempo y espacio para salvarlo? Me muero de vergüenza de solo pensarlo. Y de pensar lo que le dije a la señora Kent. Sin embargo, no sé por qué, nunca me arrepentí de haberlo dicho. Sentí un extraño alivio por esa honestidad tan profunda. No temo que ella llegue a decirle nada a Teddy. Jamás va a permitir que él se entere de lo que yo siento, si puede impedirlo.

"Pero me gustaría saber cómo voy a hacer para pasar el verano.

"A veces odio la vida. Otras veces la amo fervientemente, con una angustiosa conciencia de lo hermosa que es, o podría ser si...

"Antes de irse, Dean tapió las ventanas de la Casa Desilusionada. Nunca voy a ningún lugar desde donde pueda verla. Pero, a pesar de eso, la veo. Esperando en la colina, esperando, muda, ciega. Nunca saqué mis cosas, lo cual la tía Elizabeth considera una clara demostración de locura. Y no creo que Dean haya sacado las suyas, tampoco. No se tocó nada. La Mona Lisa sigue burlona en la semioscuridad y Elizabeth Bas desdeña con tolerancia a las idiotas temperamentales, mientras que la Dama Giovanna lo comprende todo. ¡Mi querida casita! Y jamás será un hogar. Me siento como me sentí aquella noche, hace años, cuando seguí el arco iris... y lo perdí. `Habrá otros arco iris', dije entonces. Pero, ¿será cierto?

II

"15 de mayo de 19...

"Hoy ha sido un lírico día de primavera y ha ocurrido un milagro. Fue al amanecer, cuando estaba acodada a la ventana, escuchando un vientito susurrante y juguetón que soplaba desde el bosque de John el Altivo. De pronto, me vino el destello, otra vez, después de tantos meses de ausencia, mi antiguo e inexpresable atisbo a la eternidad. Y en seguida supe que puedo volver a escribir. Corrí al escritorio y tomé la pluma. Todas las horas de la madrugada las pasé escribiendo y, cuando oí que el primo Jimmy bajaba, arrojé la pluma e incliné la cabeza sobre el escritorio con un profundo agradecimiento de poder volver a trabajar.

`Obtiene permiso para trabajar
Es lo mejor que en este mundo tendrás.
Pues Dios al maldecimos nos da mayores dones
Que los hombres con sus bendiciones'.

"Así escribió Elizabeth Barret Browning, y bien lo dijo. Es difícil entender por qué a trabajar se le llama maldición, hasta que uno recuerda lo amargo que es un trabajo forzado o no deseado. Pero el trabajo para el que somos aptos, ese que sentimos que hemos venido al mundo para hacer, qué bendición es y cuánta dicha encierra. Hoy lo sentí mientras la antigua fiebre me quemaba la punta de los dedos y mi pluma volvía a ser mi amiga.

"`Permiso para trabajar', se diría que no es difícil de conseguir. Pero a veces la angustia y el sufrimiento nos niegan ese permiso. Y entonces nos damos cuenta de lo que hemos perdido y sabemos que es mejor ser maldecidos por Dios que olvidados por Él. Si Él hubiera castigado a Adán y Eva mandándolos al ocio, sí que se hubieran sentido abandonados y malditos. Ni todos los sueños del Edén, `de donde fluyen los cuatro grandes ríos', serían tan dulces como los que yo sueño esta noche, porque la fuerza del trabajo ha regresado a mí.

"Ay, Dios, mientras viva, dame `permiso para trabajar'. Así ruego. Permiso y coraje.

III

"25 de mayo de 19...

"Querido sol: qué potente medicina eres. Todo el día me regodeé en la belleza del maravilloso mundo, blanco como una novia. Y esta noche lavé mi alma y la liberé del polvo, en un baño de aire de crepúsculo primaveral. Elegí el viejo camino de la colina que cruza la Montaña Deliciosa, por su soledad, y deambulé, llena de felicidad, deteniéndome a cada rato a pensar con atención en algún pensamiento o alguna fantasía que me llegaba como un espíritu alado. Luego vagabundeé por los campos hasta mucho después de oscurecer, estudiando las estrellas con mi largavista. Cuando volví me sentía como si hubiera estado a millones de kilómetros de distancia en el éter azul y como si hubiera olvidado todos mis lugares conocidos por unos momentos y me fueran extraños.

"Pero hubo una estrella que no miré. Vega de la Lira.

IV

"30 de mayo de 19...

"Esta noche, justo cuando estaba en mitad de un cuento, la tía Elizabeth me dijo que me necesitaba para desmalezar el cantero de cebollas. De modo que tuve que dejar la pluma y salir al huerto. Pero se, puede desmalezar un cantero de cebollas y pensar cosas maravillosas al mismo tiempo, gloria al cielo. Es una bendición que no siempre tengamos que poner el alma en lo que hacen nuestras manos, loados sean los dioses, pues, de lo contrario, ¿a quién le quedaría alma? Así que desmalecé el cantero de cebollas mientras, con la imaginación, paseaba por la Vía Láctea.

V

"10 de junio de 19...

"El primo Jimmy y yo nos sentimos como asesinos anoche. Y lo fuimos. ¡Y asesinos de criaturas, para más datos!

"Esta primavera hay brotes de arces. Parece que este año creció cada semilla que cayó de los árboles adultos. En todo el parque, el jardín y el huerto viejo aparecieron por cientos diminutos arcecitos. Claro que hay que arrancarlos. No se los puede dejar crecer. Así que ayer los arrancamos todos y nos sentimos muy mezquinos y culpables. Esas cositas tan preciosas. Tienen derecho a crecer, derecho a seguir creciendo y convertirse en magníficos árboles majestuosos. ¿Quiénes somos nosotros para negarles ese destino? Sorprendí al primo Jimmy con los ojos llenos de lágrimas ante esa necesidad brutal.

`A veces pienso', susurró, `que está mal impedir que crezca algo. Yo nunca crecí. En la cabeza, digo'.

"Y anoche tuve un sueño horrible en el que me perseguían miles de fantasmas de arces pequeñitos indignados. Me rodeaban, me hacían tropezar, me azotaban con sus ramas, me ahogaban con sus hojas. Y desperté sin poder respirar y medio muerta de miedo, pero con una espléndida idea para un cuento: La venganza del árbol.

VI

"15 de junio 19...

"Esta tarde recogí frutillas en la orilla del lago de Blair Water, entre los pastos de dulce aroma que sacudía el viento. Me encanta recoger frutillas. Es una tarea que tiene algo de juventud eterna. Los dioses han de haber recogido frutillas en el alto Olimpo sin herir su dignidad. Una reina, o un poeta, pueden agacharse para hacerlo; para un mendigo es un privilegio.

"Y esta noche he estado sentada aquí, en mi querida habitación, con mis queridos libros y mis queridos cuadros y mi querida ventanita con sus paneles torcidos, soñando en el crepúsculo suave y aromático del verano, cuando los petirrojos se llaman en el bosque de John el Altivo y los álamos hablan, espectralmente, de cosas antiguas y olvidadas.

"Después de todo, el mundo no es tan malo, y las personas que lo habitan tampoco son tan malas. Hasta Emily Byrd Starr es pasable de a ratos. No es completamente la perversidad falsa, voluble, desagradecida que ella cree ser a altas horas de la noche, ni tampoco la doncella olvidada y sin amigos que imagina ser en sus noches en vela, como tampoco la fracasada que amargamente supone que es cuando le rechazan tres manuscritos sucesivamente. Y tampoco la cobarde que se siente cuando piensa que en julio Frederick Kent viene a Blair Water.

CAPÍTULO 13
I

Emily leía junto a la ventana de su dormitorio cuando lo oyó; leía el extraño poema de Alice Meynell "Carta de una niña a su propia edad madura" y se entusiasmaba místicamente con sus extrañas profecías. Afuera caía el crepúsculo sobre el viejo jardín de Luna Nueva y, con toda claridad a través del crepúsculo, llegaron las dos notas altas y la nota baja del antiguo silbido de Teddy en el bosque de John el Altivo, el antiquísimo llamado con el que tantas veces la había llamado en los crepúsculos de hacía tanto tiempo.

El libro cayó al suelo sin que ella lo impidiera. Emily se puso de pie, pálida y confusa, y los ojos se le dilataron mirando la oscuridad. ¿Estaba Teddy allí afuera? No se lo esperaba hasta la semana siguiente, aunque Ilse llegaba esa noche. ¿Podía haberse equivocado? ¿Se lo había imaginado? A lo mejor era un petirrojo...

Lo oyó otra vez. Supo, como lo había sabido la primera vez, que era el silbido de Teddy. No había sonido como ése en el mundo. Y hacía tanto que no lo oía. Estaba ahí, esperándola, llamándola. ¿Debía ir? Rió para sus adentros. ¿Ir? No tenía alternativa. El orgullo no podía retenerla, el recuerdo amargo de la noche en que esperó su llamada y ésta no llegó no podía detener sus veloces pasos. El miedo, la vergüenza, todo se olvidó en el loco éxtasis de ese momento. Sin darse tiempo a reflexionar que era una Murray, sólo robándose un segundo para mirarse en el espejo y asegurarse de que el vestido de crepe color marfil era muy sentador, ¡qué suerte haberse puesto ese vestido justo esa noche!, corrió escaleras abajo y atravesó corriendo el jardín. Él estaba de pie, bajo el esplendor oscuro de los viejos abetos, donde el sendero entraba en el bosque de John el Altivo, sin sombrero, sonriendo.

-Teddy.

-Emily.

Las manos de ella en las de él, los ojos de ella brillando en los del muchacho. La juventud había regresado, todo lo que una vez creó la magia volvía a crearla. Juntos una vez más después de todos esos largos años de separación y lejanía. Ya no había timidez, ni rigidez ni miedo ni sentido del cambio. Podrían haber sido otra vez niños, juntos. Pero la niñez no había sabido de esta dulzura salvaje, insurgente, de esta rendición sin consideraciones. Ah, Emily le pertenecía. Por una palabra, una mirada, un tono de voz, él seguía siendo su dueño. ¿Qué importaba si, en un estado de ánimo más sereno, a ella podría no gustarle estar indefensa, dominada, así? ¿Qué importaba si mañana ella llegaba a desear no haber corrido tan rápido, tan ansiosa, tan sin vacilaciones, a su encuentro? Esta noche nada importaba, excepto que Teddy había regresado.

Sin embargo, en lo exterior, no se encontraron como enamorados, sólo como dos viejos amigos que se quieren. Había tanto de qué hablar, tanto sobre lo que guardar silencio mientras paseaban por los senderos del jardín, mientras las estrellas se reían de ellos a través de la oscuridad, sugiriendo... sugiriendo...

Sólo de una cosa no hablaron: de lo que Emily había temido. Teddy no hizo ninguna referencia al misterio de su visión en la estación de Londres. Fue como si no hubiera sucedido jamás. Pero Emily sentía que los había reunido luego de un largo

Librodot

tiempo de incomprensión. Era mejor no hablar de eso, era una de esas cosas místicas, uno de los secretos de los dioses, de las cuales no se debe hablar. Mejor olvidar ahora que su tarea se había cumplido. Y sin embargo -¡tan irracionales somos los mortales!- Emily sintió una ridícula decepción de que él no hablara del tema. No quería que hablara, pero, si había significado algo para él, ¿no tendría que haberlo mencionado?

-Qué bueno estar aquí otra vez -decía Teddy-. Parece que nada hubiera cambiado. El tiempo se ha detenido en este Jardín del Edén. Mira, Emily, qué brillante está Vega de la Lira. Nuestra estrella. ¿Te habías olvidado?

¿Olvidado? Ojalá la hubiera olvidado.

-Me contaron que ibas a casarte con Dean -dijo Teddy, abruptamente.

-Quise, pero no pude -dijo Emily.

-¿Por qué no? -preguntó Teddy, como si tuviera todo el derecho del mundo a saber.

-Porque no lo amaba -respondió Emily, concediéndole ese derecho.

Risas, risas doradas, deliciosas, que hacían que uno de pronto también tuviera ganas de reír. La risa era tan segura, uno puede reír sin traicionar nada. Había llegado Ilse, venía corriendo por el sendero. Ilse con un vestido de seda amarilla del mismo color que sus cabellos y un sombrero marrón y dorado del mismo color que sus ojos, dándole a uno la sensación de que una esplendorosa rosa dorada estaba suelta en el jardín.

Emily casi se alegró de verla. El momento se había vuelto muy importante. Algunas cosas eran terribles cuando uno las ponía en palabras. Se apartó de Teddy decorosamente: una Murray de Luna Nueva una vez más.

-Queridos -dijo Ilse, abrazando con un brazo a cada uno-. ¿No es delicioso, los tres juntos aquí otra vez? ¡Ay, cuánto los quiero! Olvidémonos de que somos viejos y sabios y desdichados y seamos niños locos e inconscientes otra vez, aunque sea por un bendito verano.

II

Siguió un mes maravilloso. Un mes de rosas indescriptibles, de penumbras exquisitas, de la perfección plateada del claro de luna, de inolvidables crepúsculos de amatista, de desfiles de lluvias, de llamadas de corneta de los vientos, de pimpollos de púrpura y polvo de estrellas, de misterio, de música, de magia. Un mes de risas, de bailes, de alegría, de un infinito encanto. Sin embargo, también un mes de oculta contención. Nada se decía. Ella y Teddy estuvieron rara vez solos. Pero uno sentía... uno sabía. Emily resplandecía de felicidad. Toda la reciente inquietud que había preocupado a la tía Laura se le había ido de los ojos. La vida era buena. La amistad, el amor, la alegría de los sentidos y la alegría del espíritu, penas, deleites, logros, fracasos, ansiedades, todo era parte de la vida y por lo tanto interesante y deseable.

Todas las mañanas, al despertar, sentía que el nuevo día le parecía un hada buena que le traería algún hermoso regalo de dicha. La ambición había quedado olvidada, por el momento. El éxito, el poder, la fama. Que los que se preocupan por ellos paguen el precio y se los queden. Pero el amor no se compra ni se vende. Es un don.

Hasta el recuerdo de su novela quemada dejó de dolerle. ¿Qué importaba un libro más o menos en este gran universo de vida y pasión? ¡Qué pálida y sombría era cualquier vida imaginada, comparada con esta existencia palpitante, centelleante! ¿A

quién le importaban los laureles, después de todo? Los azahares son una corona mucho más dulce. ¿Y qué estrella del destino fue alguna vez más brillante y más atractiva que Vega de la Lira? Lo cual, si se lo interpreta, significa sencillamente que nada importaba ya, ni en este mundo ni en ningún otro, que no fuera Teddy Kent.

III

-Si tuviera cola, la movería -gruñó Ilse, arrojándose sobre la cama de Emily y tirando uno de los libros más queridos de Emily, un ejemplar muy bonito de los Rubaiyat que le había regalado Teddy en la época de estudiantes, a través de la habitación. Se le salió una tapa y las hojas salieron volando. Emily se enojó.

-¿Nunca estuviste en un estado tal que no puedes ni llorar ni rezar ni maldecir? -preguntó Ilse.

-Algunas veces -respondió Emily, secamente-. Pero no me desahogo con un libro que no me ha hecho ningún daño. Sencillamente voy y le arranco la cabeza a alguien de un mordiscón.

-No tenía la cabeza de nadie a mano, pero hice algo igual de eficaz elijo Ilse, dirigiendo una mirada malévola a la fotografía de Perry Miller que estaba sobre el escritorio de Emily.

Emily también la miró y su cara se "murrayficó", como dijo Ilse. La fotografía seguía allí, pero los ojos intensos y descarados de Perry ahora eran unos agujeros sin vida.

Emily se puso furiosa. Perry estaba tan orgulloso de esas fotografías. Eran las primeras que se había sacado en su vida. "Antes nunca había podido pagar para que me sacaran una fotografía", había dicho, con franqueza. Había salido muy buen mozo, aunque la pose era algo forzada y agresiva, con los cabellos ondeados peinados muy chatos hacia atrás y la boca y el mentón firmes muy visibles y hermosos. La tía Elizabeth la había mirado, preguntándose para sus adentros cómo se había animado alguna vez a hacer comer en la cocina a un joven tan delicado como ése. Y la tía Laura se había enjugado las lágrimas, sentimental, pensando que quizás, después de todo, Emily y Perry... podía ser interesante tener un abogado en la familia, pues los abogados se merecen un tercer lugar después de los ministros y los médicos. Aunque, claro, Stovepipe Town...

Perry había estropeado el regalo cuando volvió a declarársele a Emily. A Perry le era muy difícil meterse en la cabeza que pudiera haber algo que quería que no pudiera conseguir. Y él siempre había querido a Emily.

-Ahora tengo al mundo agarrado de la cola -decía, orgulloso-. Cada año me encontrará más arriba. ¿Por qué no te decides a aceptarme, Emily?

-¿Es una cuestión de decidirse? -preguntó Emily, con sarcasmo.

-Claro. ¿Qué, si no?

-Escucha, Perry -dijo Emily, decidida-. Eres un buen amigo. Me gustas, siempre me has gustado. Pero estoy cansada de esta tontería tuya y le voy a poner punto final. Si alguna vez vuelves a pedirme que me case contigo, no volveré a dirigirte la palabra mientras viva. Ya que tienes facilidad para tomar decisiones, decide qué prefieres, mi amistad o mi no existencia.

-Está bien -dijo Perry, encogiéndose de hombros filosóficamente. De todas maneras había llegado a la conclusión de que bien podía renunciar a esa rutina de andarle atrás a Emily Starr sin otra respuesta que sus desprecios. Diez años eran mucho

Librodot

tiempo para seguir siendo un enamorado rechazado pero fiel. Después de todo, había otras muchachas. Tal vez se había equivocado. Había sido demasiado fiel y persistente. Si la hubiera cortejado ahora sí ahora no, un día encantador y al día siguiente indiferente, como Teddy Kent, habría tenido mejor suerte. Las mujeres son así. Pero Perry no dijo nada de eso. Stovepipe Town había aprendido algunas lecciones. Todo lo que dijo fue:

-Si dejas de mirarme como me miras puede que deje de buscarte. De todas maneras, yo nunca habría llegado tan lejos si no hubiera estado enamorado de ti. Seguiría siendo empleado de granja en algún lugar o pescador en el puerto. Así que no lo lamento. No me he olvidado de que creíste en mí, me ayudaste y me apoyaste ante tu tía Elizabeth. Ha sido... muy... -El hermoso rostro de Perry se ruborizó de pronto y la voz le tembló. -Muy dulce soñar contigo todos estos años. Pero ahora creo que tendré que abandonar esos sueños. Es inútil, me doy cuenta. Pero no me quites también tu amistad, Emily.

-Nunca -dijo Emily, impulsiva, tendiéndole las manos-. Eres un hombre encantador, Perry querido. Has hecho maravillas y estoy orgullosa de ti.

Y ahora encontrar arruinada la fotografía que él le había dado. Emily le dirigió a Ilse una mirada más turbulenta que una tempestad en el mar.

-¡Ilse Burnley, cómo te atreviste a hacer una cosa así!

-No tienes por qué levantarme las cejas de esa manera, amado demonio -replicó Ilse-. A mí no me hace ningún efecto. No podía soportar esa fotografía. Y atrás se ve Stovepipe Town.

-Lo que tú hiciste sería característico de Stovepipe Town.

-Bueno, él se lo buscó. Mirándome con esa sonrisita presuntuosa. "Obsérvame. Yo soy una Persona Pública." Hace tiempo que no siento una satisfacción tan grande como cuando atravesé con tu tijera esos ojos presuntuosos. Si los miraba dos segundos más, me ponía a aullar. ¡Ay, cómo odio a Perry Miller! ¡Hinchado como un perro envenenado!

-Me pareció haberte escuchado decir que lo amabas -dijo Emily, con bastante rudeza.

-Es lo mismo -dijo Ilse, de mal humor-. Emily, ¿por qué no me puedo sacar a ese hombre de la cabeza? Es demasiado victoriano decir "de mi corazón". Yo no tengo corazón. No lo amo, lo odio. Pero no puedo dejar de pensar en él. Eso no es más que un estado de ánimo. Ay, me dan ganas de aullarle a la luna. Pero la razón verdadera por la que le saqué los ojos es que se hizo Grit1 después de haber nacido y haber crecido como conservador.

-Tú eres conservadora.

-Cierto, pero no interesa. Odio a los renegados. Nunca perdoné a Enrique IV por haberse convertido al catolicismo. No porque antes fuera protestante, sino por haberse cambiado de bando. Lo juzgaría con la misma severidad si hubiera sido católico y se hubiera convertido al protestantismo. Perry cambió de ideas políticas sólo para asociarse con Leonard Abel. Eso es Stovepipe Town. ¡Ah, llegará a ser el Juez Miller, y rico como una torta de casamiento, pero...! ¡Ojalá tuviera cien ojos para poder arrancárselos todos! Ésta es una de esas ocasiones en que siento que sería útil haber sido amiga íntima de Lucrecia Borgia.

-Que era una mujer excelente y en realidad bastante estúpida, muy querida por sus buenas acciones.

-Ah, ya sé que los limpiadores modernos están decididos a robarle a la historia todo lo que era pintoresco. No importa, yo seguiré aferrándome a mi fe en Lucrecia y en Guillermo Tell. Saca esa fotografía de mi vista. Por favor, Emily.

Emily guardó la maltratada fotografía en un cajón del escritorio. Su breve enojo había desaparecido. Comprendía. Al menos, comprendía por qué Ilse había tajeado los ojos. Más difícil era comprender por qué Ilse amaba tanto y tan incurablemente a Perry Miller. Y en su corazón había también un dejo de compasión, una compasión condescendiente por Ilse, que amaba tanto a un hombre que no la amaba.

-Creo que esto me va a curar -dijo Ilse con fervor-. No puedo... no quiero amar a un renegado. ¡Murciélago ciego...rey de los idiotas! Ah, se terminó para mí. Emily, no entiendo cómo no te odio. Que rechaces con desdén lo que yo quiero tanto. Criatura de hielo, ¿alguna vez quisiste a alguna persona o una cosa que no sea esa pluma tuya?

-Perry nunca me quiso en serio -la eludió Emily-. Cree que me ama.

-Bueno, yo me conformaría con que creyera amarme a mí. Qué descarada soy, ¿no? Tú eres la única persona en el mundo con la que puedo desahogarme diciendo estas cosas. Por eso no puedo darme el lujo de odiarte, después de todo. Diría que no soy ni la mitad de lo desdichada que me creo. Una nunca puede saber lo que la espera a la vuelta de la esquina. Después de esto, pienso arrancar a Perry Miller de mi vida y de mis pensamientos, igual que como le arranqué los ojos. Emily -dijo Ilse, con un abrupto cambio de tono y de postura-, ¿sabes que este verano Teddy Kent me gusta más que nunca antes?

-Ah. -El monosílabo fue elocuente, pero Ilse estaba sorda a cualquier implicancia.

-Sí. Realmente es encantador. Esos años en Europa lo cambiaron. Tal vez sea sólo que le enseñaron a esconder mejor su egoísmo.

-Teddy Kent no es egoísta. ¿Por qué lo llamas egoísta? Mira la devoción con la que quiere a su madre.

-Porque ella lo adora a él. A Teddy le encanta que lo adoren. Por eso nunca se enamoró de nadie, ¿te das cuenta? Por eso y supongo que también porque las muchachas lo perseguían tanto. En Montreal daba asco. Se portaban como unas idiotas, lo esperaban con la lengua afuera. A mí me daban ganas de vestirme con ropa de hombre y declarar que no pertenecía al mismo sexo de esas tontas. Seguro que en Europa fue igual. No hay ningún hombre que pueda soportar seis años de esa vida sin creérselo y no volverse un presumido. Teddy es encantador con nosotras, sabe que somos viejas amigas que lo conocemos y no vamos a soportar ninguna tontería. Pero lo he visto aceptando los tributos, dedicando una sonrisa con toda su gracia, una sonrisa, una mirada o un roce de la mano, como recompensa. Lo he oído decirle a cada una lo que él creía que ella quería oír. A mí siempre me daban ganas de decirle algo que lo dejara pensando durante toda su vida, cada vez que se despertara a las tres de la mañana.

El sol se había puesto en medio de una nube púrpura detrás de la Montaña Deliciosa y el frío y las sombras cubrieron la colina y cruzaron los húmedos campos de trébol de Luna Nueva. La pequeña habitación se sumió en penumbras y el pedacito del lago de Blair Water que se veía a través del claro en el bosque de John el Altivo cambió de pronto a un gris lívido.

A Emily se le amargó la noche. Pero sentía -sabía- que IIse se equivocaba con respecto a muchas cosas. Había un consuelo también: era evidente que había guardado bien su propio secreto. Ni siquiera Ilse sospechaba. Lo cual era agradable tanto para la Murray como para la Starr.

Pero Emily se quedó un largo rato sentada junto a la ventana, mirando la noche negra que muy despacio se volvía plata pálida, a medida que la luna salía. Así que las muchachas perseguían a Teddy.

Deseó no haber ido corriendo tan rápido cuando él la llamó desde el bosque de John el Altivo. "Oh, silba y hacia ti iré, doncel mío" estaba muy bien para una canción.

Pero ella no vivía en una balada escocesa. Y el cambio en la voz de IIse, ese tono casi confidencial. ¿Ilse tendría intenciones de...? Qué linda estaba Ese esta noche. Con ese elegante vestido sin mangas, verde con unas diminutas mariposas doradas, el collar verde que le rodeaba la garganta y le caía hasta las caderas como una larga serpiente verde, con los zapatos verdes con hebillas doradas ...Ilse siempre usaba unos zapatos tan hermosos. ¿Tendría intenciones de...? ¿Y en ese caso...?

Después del desayuno, la tía Laura le comentó al primo Jimmy que estaba segura de que algo le daba vueltas en la cabeza a su querida niña.

CAPÍTULO 14
I

-A quien madruga... Dios le da el deseo de su corazón -dijo Teddy, sentándose junto a Emily sobre los largos pastos sedosos de color verde pálido, a orillas del lago de Blair Water.

Había llegado tan silenciosamente, que Emily no lo oyó hasta que lo vio, no pudo disimular la sorpresa y se ruborizó, y deseó con toda el alma que él no se hubiera dado cuenta. Se había despertado temprano y se sintió invadida por lo que su familia habría considerado, sin duda, un deseo temperamental de ver amanecer y hacerse de nuevos conocidos en el Edén. ; Así fue que bajó sin hacer ruido las escaleras de Luna Nueva, cruzó el jardín expectante y el bosque de John el Altivo para llegar al lago de Blair Water a esperar el misterio del amanecer. Nunca se le ocurrió pensar que Teddy también anduviera por allí.

-De vez en cuando me encanta venir aquí al amanecer -dijo él-. Creo que es la única oportunidad que tengo de estar solo unos pocos minutos. Las tardes y las noches están dedicadas a la diversión alocada y mamá quiere que no me aparte de ella ni por un segundo durante las mañanas. Estos seis años han sido para ella de una soledad terrible.

-Lamento haber interrumpido tu valiosa soledad -dijo Emily, secamente, poseída del terrible temor de que él pudiera pensar que ella conocía este hábito suyo y había venido a propósito para encontrarlo.

Teddy rió.

-No te des aires de la Luna Nueva conmigo, Emily Byrd Starr. Sabes perfectamente bien que para mí encontrarte aquí es la mejor manera de coronar la mañana. Siempre tuve la loca esperanza de que ocurriera. Y ha sucedido. Sentémonos aquí, a soñar juntos. Dios ha hecho esta mañana para nosotros, para nosotros dos. Hasta si hablamos la estropearíamos.

Emily estuvo de acuerdo en silencio. Qué hermoso era estar sentada aquí, con Teddy, en la orilla del lago de Blair Water, bajo el coral del cielo tempranero y soñar, sólo soñar, sueños locos, dulces, secretos, inolvidables... sueños tontos. Sola con Teddy, mientras todo el mundo alrededor dormía. ¡Ah, si este exquisito momento robado pudiera durar! Un verso de algún poema de Marjorie Picktail le tembló en la mente como una línea de pentagrama:

"Ay, mantén al mundo por siempre en el amanecer".

Lo dijo para sí, como una plegaria.

Todo era tan hermoso en ese momento mágico, antes de la salida del sol. Los azules lirios silvestres alrededor del estanque, las sombras violetas en las curvas de las dunas, la neblina blanca y delgadísima que pendía sobre el valle de botones de oro del otro lado del lago, el manto de oro y plata que se llamaba campo de margaritas, la deliciosa brisa fresca que venía del golfo, el azul de las tierras lejanas del otro lado del puerto, los mechones de humo púrpura y malva que subían en el aire quieto y dorado de las chimeneas de Stovepipe Town, donde los pescadores se levantaban temprano. Y Teddy tendido a sus pies, con las delgadas manos oscuras entrelazadas detrás de la cabeza. Emily volvió a sentir la atracción magnética de la personalidad de él. La sintió con tanta fuerza, que no se atrevió a mirarlo a los ojos. Pero admitió ante sí misma, con una franqueza secreta que habría horrorizado a la tía Elizabeth, que quería entrelazar los dedos en esos brillantes cabellos negros, sentir los brazos de él rodeándola, apretar la mejilla contra la tierna mejilla de él, sentir los labios de Teddy sobre sus labios...

Teddy sacó una mano de detrás de la cabeza y la apoyó sobre una mano de Emily.

Por un momento de abandono, ella dejó quieta la mano. Pero en seguida le vinieron como un relámpago las palabras de Ilse, y le atravesaron la conciencia como una daga de fuego: "lo he visto aceptando los tributos dedicando... un toque de la mano como recompensa"… "decir a cada una lo que él creía que ella quería oír". ¿Teddy había adivinado lo que ella estaba pensando? A Emily sus pensamientos le habían parecido tan intensos, que sintió que cualquiera presente podría verlos reflejados. Intolerable. Se puso de pie de un salto, apartando la mano de él.

-Tengo que irme.

Tan bruscamente. No pudo ser más suave. Él no debía pensar... no debía creer que... Teddy también se puso de pie. Hubo un cambio en su voz y en su mirada. El momento maravilloso había pasado.

-Yo también. Mamá estará esperándome. Siempre se levanta temprano. Pobre mamita. No ha cambiado nada. No está orgullosa de mi éxito, lo detesta. Para ella, el éxito me apartó de su lado. Los años no le han hecho las cosas más fáciles. Quiero que se venga conmigo, pero no quiere. Creo que es, en parte, porque no soporta dejar la vieja Tansy Patch y, en parte, porque no soporta verme encerrado en mi estudio trabajando, algo que la excluiría. Me pregunto cómo llegó a ser así. Desde que tengo uso de razón ha sido así, pero pienso que alguna vez tuvo que ser distinta. Es extraño que un hijo sepa tan poco de la vida de su madre como yo. Ni siquiera sé cómo se hizo esa cicatriz en la cara de mi padre no sé casi nada y absolutamente nada de mi familia paterna. Mamá no quiere hablar de los años previos a que viniéramos a Blair Water.

-En algún momento de su vida algo la lastimó, pero la lastimó de una manera tan terrible que nunca pudo recuperarse -dijo Emily.

-Tal vez la muerte de mi padre.

-No. Al menos, no si fue sólo una muerte. Hubo algo más, algo ponzoñoso. Bueno, adiós.

-¿Vas al baile de la señora Chidlaw mañana de noche?

-Sí. Me va a mandar a buscar con su auto.

-¡Ja! Entonces no tiene sentido que te invite a ir conmigo en un cochecito insignificante, y, además, prestado. Bueno, entonces invitaré a Ilse. ¿Perry va?

-No. Me dijo que no podía venir, tiene que prepararse para su primer caso. Empieza pasado mañana.

-Perry está progresando mucho, ¿no? Esa tenacidad de bulldog que tiene: no suelta un objetivo una vez que le clavó los dientes. Será millonario y nosotros

seguiremos siendo pobres como lauchas. Pero, claro, nosotros vamos en pos del oro del arco iris, ¿verdad?

Ella no quería demorarse: él podría pensar que lo hacía a propósito, que "esperaba con la lengua afuera", y le dio la espalda sin mucho miramiento. Él se había resignado muy rápidamente a "entonces llevar a Ilse". Como si en realidad no le importara demasiado. Pero ella seguía sintiendo el roce de su mano sobre la suya, seguía quemándola. En ese momento fugaz, en esa breve caricia, él se había apoderado totalmente de ella de una manera que Dean no hubiera logrado en años de matrimonio. En todo el día Emily no pudo pensar en otra cosa. Vivió y revivió ese momento de abandono. Le parecía tan impropio que todo siguiera igual en Luna Nueva y que el primo Jimmy se preocupara por las arañitas rojas en los ásteres.

II

Un clavo en la carretera de Shrewsbury hizo que Emily llegara quince minutos tarde a la cena de la señora Chidlaw. Dirigió una rápida mirada al espejo antes de bajar y quedó satisfecha. Un arco de circones en los cabellos oscuros -a sus cabellos les sentaban muy bien las piedras preciosas- le daba la nota necesaria de brillo al nuevo vestido de encaje de un verde plateado sobre un forro azul pálido que le quedaba tan bien. Se lo había elegido la señorita Royal en Nueva York y las tías Elizabeth y Laura se habían quedado mirándolo azoradas. La combinación de verde con azul era rarísima. Y era tan escaso. Pero, cuando Emily se lo probó, era otra persona. El primo Jimmy miró a la jovencita exquisita y resplandeciente, con un brillo de estrellas en los ojos, a la luz de las velas en la vieja cocina y, después de que ella se había ido, le dijo a Laura, con pesar: "Con ese vestido no nos pertenece a nosotros".

-La hace parecer una actriz -dijo la tía Elizabeth, lapidaria.

Emily no se sintió como una actriz mientras bajaba corriendo las escaleras de la señora Chidlaw y cruzaba el mirador hasta la amplia terraza donde la señora había decidido servir la cena. Se sentía real, vital, feliz, llena de expectativas. Teddy estaría allí, habría la furtiva dulzura de observarlo en secreto cuando hablara con otras personas -y pensara en ella- y luego bailarían juntos. Tal vez le dijera... lo que hacía tiempo ella quería oír.

En el umbral de la puerta se detuvo un segundo, con los ojos suaves y soñadores como una sombra púrpura, y miró la escena ante sí, una de esas escenas que se recuerdan siempre por algún sutil encanto propio que poseen.

La mesa estaba servida en un gran espacio cubierto, redondo, en un extremo de la terraza techada de enredaderas. Atrás se levantaban altos abetos y álamos de Lombardía contra un cielo crepuscular de un rosado apagado y un amarillo desvaído. Por entre los troncos se veía la bahía, como un zafiro oscuro. Grandes masas de sombra, más allá de la pequeña isla de luz... el resplandor de las perlas en el cuello blanco de Ilse. Había otros invitados: el profesor Robins, de McGill, con su rostro largo y melancólico que parecía aún más largo con su extraña barba en forma de espada; la carita redonda y cremosa de Lisette Chidlaw, con los cabellos oscuros recogidos en un peinado alto y sus ojos oscuros y redondos; Jack Glenlake, buen mozo y soñador; Annette Shaw, un personaje adormecido en oro y blanco que siempre exhibía una afectada sonrisa a lo Mona Lisa; el rollizo Tom Hallam, con su graciosa cara irlandesa; Aylmer Vincent. Bastante gordo. Con una incipiente calvicie. Aún haciéndoles bonitos discursos a las muchachas. ¡Qué absurdo recordar que en un tiempo lo había creído su Príncipe Azul! El solemne Gus Rankin, con una silla vacía al lado, evidentemente para

ella. Elise Borland, joven y regordeta, alardeando un poco de sus hermosas manos a la luz de las velas. Pero de todos los presentes, Emily sólo veía a Teddy y a Ilse. Los demás eran títeres.

Estaban sentados juntos, frente a ella. Teddy impecable y bien acicalado, como siempre, con la cabeza de cabellos oscuros muy cerca de los cabellos dorados de Ilse. Ilse, una gloriosa criatura resplandeciente con un vestido de tafetas de un azul turquesa, semejante a una reina con encaje, parecido a la espuma sobre el pecho y ramilletes de flores rosadas y plateadas sobre el hombro. En el momento en que Emily los miraba, Ilse levantó la mirada hacia el rostro de Teddy y le hizo una pregunta, una pregunta íntima, vital, como se dio cuenta Emily por la expresión en el rostro de la muchacha. No recordaba haber visto jamás esa expresión en el rostro de Ilse. Había una especie de claro desafío en él. Teddy la miró y le respondió. Emily supo o sintió que la palabra "amor" era parte de la respuesta. Los dos se miraron un largo rato a los ojos, o al menos a Emily le pareció un largo rato, a Emily, que contemplaba ese intercambio de miradas extasiadas. Pero entonces Ilse se ruborizó y apartó la mirada. ¿Cuándo antes se había ruborizado Ilse? Y Teddy levantó la cabeza y recorrió la mesa con ojos que parecían exultantes y victoriosos.

Emily se abstrajo de ese terrible momento de desilusión y entró en el círculo de luz. Sintió su corazón, tan alegre y liviano un momento antes, frío y muerto. A pesar de las luces y las risas, pareció como si la noche helada viniera a su encuentro. De repente, la vida entera parecía espantosa. Para ella fue una cena de hierbas amargas y no logró retener nada de lo que le dijo Gus Rankin. Ni una vez miró a Teddy, que parecía de un espléndido buen humor y no dejaba de bromear con Ilse, y estuvo fría e indiferente durante toda la comida. Gus Rankin contó sus mejores historias, pero a ella, como a la Reina Victoria de la bendita memoria, no le hicieron gracia. La señora Chidlaw se sintió ofendida y arrepentida de haber enviado a buscar su auto para una invitada tan temperamental. Probablemente estaba enojada porque la habían sentado junto a Gus Rankin, invitado a último momento para cubrir la ausencia de Perry Miller. Y con cara de duquesa ofendida. Pero igual había que ser amable con ella. De lo contrario, era capaz de ponerlo a uno como personaje en uno de sus libros. ¡No nos olvidemos de cuando escribió una crítica de nuestra obra de teatro! En realidad, la pobre Emily agradecía a los dioses del cielo que la hubieran ubicado junto a Gus Rankin, que ni quería ni esperaba que los demás hablaran.

El baile fue espantoso para Emily. Se sentía como un fantasma moviéndose entre juerguistas que nada tenían que ver con ella. Bailó sólo una vez con Teddy, y Teddy, al darse cuenta de que era sólo su delgada forma verde plateada lo que sostenía entre sus brazos, mientras que su alma se había retirado a una ciudadela lejana e inexpugnable, no volvió a invitarla.

Teddy bailó varios bailes más con Ilse y luego se quedó sentado mucho rato con ella en el jardín. Se notó y comentó su dedicación a ella. Millicent Chidlaw le preguntó a Emily si los rumores de que Ilse Burnley y Frederick Kent estaban comprometidos eran verdad.

-Él siempre estuvo loco por ella, ¿no es cierto? -inquirió Millicent.

Emily dijo, con voz fría e impertinente, que eso creía. ¿Millicent estaba observándola, para ver si se delataba?

Claro que Teddy estaba enamorado de Ilse. ¿Por qué extrañarse? Ilse era tan hermosa. ¿Qué oportunidad podía tener su propio encanto lunar, de oscuridad y plata, contra esa belleza de oro y marfil? A ella Teddy la quería como a una vieja amiga y compinche. Eso era todo. Otra vez se había portado como una tonta. Siempre engañándose a sí misma. Aquella mañana en Blair Water, cuando casi estuvo a punto de

dárselo a entender a Teddy... tal vez Teddy se había dado cuenta... pensarlo era intolerable. ¿Alguna vez aprendería a tener juicio? Ah, sí, esta noche lo había aprendido. Basta de tonterías. Qué prudente, digna e irreprochable sería de ahora en adelante.

¿No había un viejo proverbio, feísimo y vulgar, sobre cerrar la puerta del establo después de que habían robado el caballo?

Pero, ¿cómo haría para sobrevivir el resto de la noche?

CAPÍTULO 15

I

Recién llegada a casa luego de una interminable semana de visita en la casa del tío Oliver, donde se casaba un primo, Emily se enteró en el correo de que Teddy Kent se había ido.

-Se fue casi sin aviso -le dijo la señora Crosby-. Recibió un telegrama donde le ofrecían el vicerrectorado en el Colegio de Arte de Montreal y tuvo que viajar de inmediato a tomar posesión del cargo. ¿No es espléndido? Cómo ha progresado, ¿verdad? Realmente, es maravilloso. Blair Water tendría que estar muy orgulloso de él, ¿no es cierto? ¿No es una pena que su madre sea tan rara?

Por fortuna, la señora Crosby no se daba tiempo para esperar respuestas a sus preguntas. Emily supo que se había puesto pálida y se odió. Apretó con fuerza sus cartas y se apresuró a salir del correo. Pasó junto a varias personas camino a su casa, pero ni cuenta se dio. Como consecuencia, su fama de orgullosa creció peligrosamente. Pero, cuando llegó a Luna Nueva, la tía Laura le entregó una carta.

-Te la dejó Teddy. Vino anoche a despedirse.

La orgullosa señorita Starr por poco estalla en sollozos histéricos allí mismo. ¡Una Murray histérica! Nunca se había sabido de semejante cosa... ni se sabría nunca. Emily apretó los dientes, tomó la carta en silencio y se fue a su habitación. El hielo que le rodeaba el corazón se estaba derritiendo a toda velocidad. Ah, ¿por qué había estado tan fría y digna con Teddy durante toda la semana posterior al baile de la señora Chidlaw? Pero no se le había ocurrido que él pudiera tener que irse tan rápido. Y ahora...

Abrió la carta. En ella no había nada más que un recorte de un ridículo poema escrito por Perry y publicado en un diario de Charlottetown, un diario que no se recibía en Luna Nueva. Ella y Teddy se habían reído del poema -Ilse estaba demasiado furiosa como para reírse- y Teddy le había prometido conseguirle un ejemplar.

Bueno, se lo había conseguido.

II

Emily estaba sentada allí, mirando sin ver la noche suave, negra, aterciopelada, con su mercado de duendes de árboles sacudidos por el viento, cuando entró Ilse, que también había estado de paseo en Charlottetown.

-Así que Teddy se fue. Veo que tú también recibiste una carta suya.

¡También!

-Sí -dijo Emily, preguntándose si no era una mentira. Luego, desesperada, llegó a la conclusión de que no le importaba si lo era.

-Estaba muy apenado por tener que irse tan rápido, pero tenía que responder en seguida y no podía tomar una decisión sin más datos. Teddy no puede atarse demasiado irrevocablemente a ninguna persona, por tentador que le parezca. Y, a su edad, ser vicerrector de ese colegio es un regalo del cielo. Bueno, yo también tendré que irme pronto. Han sido unas hermosas vacaciones, pero... ¿Vas mañana al baile de Derry Pond, Emily?

Emily negó con la cabeza. ¿Qué sentido tenían los bailes ahora que Teddy se había ido?

-¿Sabes? -dijo Ilse, pensativa- Creo que este verano ha sido algo así como un fracaso, a pesar de lo que nos hemos divertido. Creímos que podíamos volver a ser niños, pero no lo hemos logrado. Ha sido una simulación, nada más.

¿Una simulación? ¡Ay, si este dolor en su corazón también fuera sólo una simulación! Y esta vergüenza que quemaba, y esta pena honda y muda. Teddy ni siquiera se había tomado la molestia de escribirle una línea de despedida. Ella sabía, lo había sabido desde el baile en lo de la señora Chidlaw, que él no la amaba, pero por cierto que la amistad tenía sus exigencias. Ni siquiera su amistad significaba algo para él, entonces. Ahora Teddy había vuelto a su vida real y a las cosas que le interesaban. Y le había escrito a Ilse. ¿Había que simular? Bueno, sí, ella simularía con creces. Había ocasiones en las que el orgullo de los Murray era sin duda una ventaja.

-Yo creo que me alegro de que se termine el verano elijo, como al descuido-. Yo tengo que ponerme a trabajar. Es una vergüenza cómo descuidé mi trabajo en estos dos meses.

-Después de todo, es lo único que te interesa, ¿no? -preguntó Ilse, con curiosidad-. A mí mi trabajo me encanta pero no me posee como a ti el tuyo. Yo lo dejaría en un abrir y cerrar de ojos por... bueno, somos como somos. Pero, ¿es bueno de verdad, Emily, querer sólo una cosa en la vida?

-Mucho mejor que querer demasiadas.

-Supongo que sí. Bueno, vas a triunfar si depositas todo en el altar de tu diosa. Ésa es la diferencia entre las dos. Yo estoy hecha de una arcilla más débil. Hay algunas cosas que no quiero abandonar, cosas que no voy a abandonar. Y, como aconseja el viejo Kelly, si no consigo lo que quiero, bueno, querré lo que pueda conseguir. ¿No es eso tener sentido común?

Deseando poder engañarse con la misma facilidad con que engañaba a los demás, Emily se acercó a la ventana y le dio un beso en la frente a Ilse.

-Ya no somos niñas, y no podemos regresar a la niñez,

Ilse. Somos mujeres, y tenemos que hacer lo mejor que podamos. Yo creo que tú vas a ser feliz. Quiero que lo seas.

Ilse le apretó la mano.

-¡Qué sentido común, miércoles! -dijo, atrevida.

De no haber estado en Luna Nueva probablemente habría usado la palabra sin censuras.

CAPÍTULO 16
I

"17 de nov. de 19...

"Hay dos adjetivos que no se separan nunca cuando se trata de un día de noviembre: `apagado' y `melancólico'. Unieron sus destinos en los albores del idioma y

no me corresponde a mí divorciarlos ahora. En consecuencia, entonces, este día ha sido apagado y melancólico, por dentro y por fuera, material y espiritualmente.

"Ayer no fue tan malo. Hubo un cálido sol otoñal, el gran montón de calabazas del primo Jimmy como un hermoso remanso de color contra los viejos graneros grises y el valle del arroyo que devolvía la suavidad del oro tardío y sin hojas de los enebros. Caminé en medio de la tarde y del extraño encanto de los bosques en noviembre, aún hermosos, y otra vez, al anochecer, a la media luz de un crepúsculo de otoño. El día era benigno y estaba envuelto en una gran quietud gris, reflexiva, una quietud de campos sin vientos y de colina expectante, una quietud atravesada, sin embargo, por muchos hermosos sonidos pequeños y fantasmales que yo alcanzaba a oír si escuchaba con el alma y también con los oídos. Más tarde, hubo una procesión de estrellas y recibí un mensaje de ellas.

"Pero el día de hoy sí fue horrible. Y esta noche la virtud me ha abandonado. Escribí todo el día, pero después del atardecer ya no pude escribir. Me encerré en mi cuarto y me paseé como un animal enjaulado. `Es la medianoche por el reloj del castillo', pero no tiene sentido pensar en dormir. No puedo dormir. La lluvia que golpea contra la ventana me resulta desoladora y los vientos desfilan como ejércitos de muertos. Todas las pequeñas alegrías fantasmales del pasado me acosan... todos los miedos fantasmales del futuro.

"Sigo pensando, como una tonta, en la Casa Desilusionada, esta noche, ahí arriba, en la colina, con el rugido del viento y la lluvia rodeándola. Esto es lo que parece dolerme más esta noche. Otras noches es el hecho de que ni siquiera sé dónde está Dean este invierno, o de que Teddy nunca me escribe, o simplemente el hecho de que hay momentos en los que la soledad inmensa me deja sin fuerzas. En esos momentos vengo a este viejo diario mío en busca de consuelo. Es como hablar con un amigo fiel.

II

"30 de nov. de 19...

"Me florecieron dos crisantemos y una rosa. La rosa es una canción, un sueño y un encantamiento, todo en uno. Los crisantemos también son muy bonitos, pero no se los puede tener muy cerca de la rosa. Vistos solos son hermosas flores resplandecientes, rosadas y amarillas, y alegres, con aire de estar muy contentos de sí mismos. Pero si uno les pone la rosa detrás, entonces el cambio es realmente divertido. Entonces parecen cocineras vulgares y desaliñadas junto a una majestuosa reina blanca. No es culpa de los pobres crisantemos no haber nacido rosas, de modo que, para ser justa con ellos, los dejo a solas y así los disfruto.

"Hoy escribí un cuento bueno. Creo que hasta al señor Carpenter le habría gustado. Fui feliz mientras lo escribía. Pero cuando lo terminé y volví a la realidad...

"Bien, no voy a rezongar. La vida al menos se ha vuelto vivible otra vez. Durante todo el otoño no fue vivible. Sé que la tía Laura creyó que me estaba agarrando la tuberculosis. Yo no. Sería demasiado victoriano. Peleé con las cosas, las conquisté y ahora soy una vez más una mujer cuerda, libre. Aunque en ocasiones aún siento el gusto de mi locura en la boca, y es muy amargo.

"Ay, de veras que estoy bien. Comienzo a ganarme la vida sola y por las noches la tía Elizabeth les lee mis cuentos en voz alta a la tía Laura y al primo Jimmy. Puedo soportar un día como este día. Es el día de mañana al que le temo.

III

"15 de enero 19...

"He salido a pasear por la nieve, a la luz de la luna. El aire se sentía agradablemente helado y la noche era una delicia de noche: un poema de luz gélido y estrellado. Algunas noches son como la miel, algunas como el vino y otras como el ajenjo. Esta noche es como el vino, un vino blanco, una bebida clara, burbujeante, hecha por las hadas, que más bien se le sube a uno a la cabeza. Ardo de esperanzas, de expectativas y de la victoria ganada sobre ciertos príncipes y poderes que anoche, alrededor de las tres de la madrugada, se apoderaron de mí.

"Acabo de apartar la cortina de la ventana para mirar hacia afuera. El jardín está blanco y quieto bajo la luna, ébano de sombra y plata de nieve helada. Sobre él está toda la tracería donde se yerguen los árboles sin hojas en una apariencia de muerte y de pena. Pero sólo en apariencia. La sangre vital está en sus corazones y ya despertará hasta que ellos se vistan con los vestidos nupciales de jóvenes hojas verdes y brotes rosados. Y allá, donde yace en lo más hondo la mayor acumulación de nieve, por la mañana, los Dorados levantarán sus trompetas.

"Y mucho más allá de nuestro jardín, campos y campos yacen blancos y solitarios a la luz de la luna. ¿Solitarios? No tenía intención de escribir esa palabra. Se me escapó. Yo no estoy sola, tengo mi trabajo, mis libros y la esperanza de la primavera, y sé que esta existencia tranquila y sencilla es mucho mejor y más feliz que la vida agitada que llevé el verano pasado.

"Lo creía antes de ponerlo por escrito. Pero ahora no lo creo. No es cierto. ¡Esto es parálisis!

"Ay, sí, sí que me siento sola, con la soledad de quien no puede compartir sus pensamientos. ¿Para qué negarlo? Cuando llegué venía victoriosa... pero ahora mi estandarte ha vuelto a caer por tierra.

IV

"20 de feb. de 19...

"Algo le ha ocurrido al amargo temperamento de febrero. Qué mes tan imprevisible. En las últimas semanas el tiempo ha vivido, sin la menor duda, siguiendo las tradiciones de los Murray.

"Hay una fuerte tormenta de nieve y el viento persigue espectros atormentados por sobre las colinas. Sé que más allá de los árboles el lago de Blair Water está triste, negro en un desierto de blancura. Pero la gran noche oscura y ventosa ahí afuera hace que mi acogedor cuartito y su fuego crepitante sean más acogedores aún, y me siento

Librodot

mucho más reconciliada con el mundo que aquella hermosa noche de enero. Esta noche no es tan... tan insultante.

"Hoy, en la Glassford's Magazine, había un cuento ilustrado por Teddy. Vi mi propio rostro mirándome en la heroína. Siempre me provoca una sensación muy extraña. Y hoy me enojó, además. Mi rostro no tiene derecho a significar nada para él si yo no significo nada para él.

"Pero, a pesar de eso, recorté su foto, que estaba en la columna de colaboradores, la enmarqué y la puse sobre mi escritorio. No tenía ninguna foto de Teddy. Y esta noche la saqué del marco, la tiré sobre las brasas del hogar y observé cómo se arrugaba. Justo antes de que el fuego la prendiera, la agitó algo así como un estremecimiento y me pareció como si Teddy me hiciera un guiño, un guiño travieso y despectivo, como si me dijera:

`Tú crees que me has olvidado, pero, si hubiera sido así, no me habrías quemado. Eres mía, siempre serás mía, y yo no te quiero'.

"Si de pronto apareciera un hada buena y me ofreciera cumplirme un deseo, le pediría que Teddy Kent viniera y silbara una y otra vez en el bosque de John el Altivo. Y yo no iría, no me movería ni un milímetro.

"No puedo soportar esto. Tengo que apartarlo de mi vida.

CAPÍTULO 17
I

La familia Murray en realidad pasó unos momentos horribles en el verano siguiente al cumpleaños número veintidós de Emily. Ni Ilse ni Teddy fueron a casa ese verano. Ilse andaba de gira por el oeste y Teddy se fue a una alejada región del norte con un grupo para hacer ilustraciones para una serie. Pero Emily tuvo tantos pretendientes que los chismosos de Blair Water estaban en un aprieto tan grande como el ciempiés que no sabía qué pié venía detrás de cuál. Tantos pretendientes y ni uno solo que la familia pudiera aprobar.

Había un tal Jack Bannister, buen mozo y elegante, el Don Juan de Derry Pond: "un sinvergüenza pintoresco", como lo catalogó el doctor Burnley. Cierto que Jack no se dejaba amilanar por ningún código moral. Pero, ¿quién sabía qué efecto podían tener su lengua de oro y sus lindas facciones sobre la temperamental Emily? Los Murray se preocuparon durante tres semanas, cuando se vio que, después de todo, Emily parecía tener algo de sentido común. Jack Bannister desapareció de escena.

-Emily no tendría ni que haberle dirigido la palabra -dijo, indignado, el tío Oliver-. Dicen que tiene un diario íntimo donde anota todos sus romances y lo que las muchachas le dicen.

-No te preocupes. No va a escribir lo que yo le dije -dijo

Emily, cuando la tía Laura se lo contó, preocupada.

Harold Conway fue otro motivo de inquietud. Nativo de Shrewsbury, en la treintena, parecido a un poeta venido a menos. Con abundantes cabellos castaños y ondulados y brillantes ojos castaños. Y que se mantenía a duras penas.

Emily fue con él a un concierto y a ver una obra de teatro y las tías de Luna Nueva pasaron algunas noches en vela. Pero cuando los rumores de Blair Water lo sustituyeron por Rod Dunbar, las cosas empeoraron. Los Dunbar no eran "nada" cuando se hablaba de religión. La madre de Rod sí era presbiteriana, pero el padre era metodista, el hermano bautista y tenía una hermana en la Ciencia Cristiana. La otra hermana era teosófica, lo que era peor que todo el resto, porque ellos no tenían la menor

idea de lo que eso significaba. En medio de toda esa mezcla, ¿qué era Rod? Por cierto, no un buen partido para una sobrina ortodoxa de la Luna Nueva.

-Su tío abuelo era un maniático religioso -dijo el tío Wallace, sombrío-. Lo tuvieron durante dieciséis años encadenado en su dormitorio. ¿Qué le pasa a esa muchacha? ¿Es tonta o está endiablada?

Pero los Dunbar eran, al menos, una familia respetable, ¿qué decir, por el contrario, de Larry Dix -uno de los "conocidos Dix de Priest Pond"- cuyo padre una vez había pastoreado sus vacas en el cementerio y cuyo tío era más que sospechoso de haber arrojado, por venganza, un gato muerto dentro del pozo de agua de un vecino? Cierto que a Larry le estaba yendo muy bien como dentista y era un muchacho tan serio y solemne y no se podía decir absolutamente nada de él, siempre que uno pudiera digerir el hecho de que era un Dix. De todos modos, la tía Elizabeth sintió un gran alivio cuando Emily lo dejó librado a su suerte.

-Qué pretencioso -dijo la tía Laura, refiriéndose al hecho de que un Dix aspirase a una Murray.

-No fue por pretencioso que lo rechacé -dijo Emily-.

Fue por cómo me cortejaba. Hacía que algo que tendría que ser hermoso pareciera horrible.

-Supongo que no lo quisiste porque no se declaró de una manera romántica -dijo la tía Elizabeth, despectiva.

-No. Creo que la verdadera razón fue que estoy segura de que es la clase de hombre capaz de regalarle una aspiradora a su esposa para Navidad -afirmó Emily.

-No se toma nada en serio -dijo la tía Elizabeth, desolada.

-Yo creo que está embrujada -dijo el tío Wallace-. No ha tenido un solo pretendiente decente en todo el verano. Es tan temperamental que los muchachos decentes le tienen miedo.

-Se está haciendo de una horrible reputación por sus coqueteos -se quejó la tía Ruth-. No me extraña que nadie que valga la pena no quiera tener nada que ver con ella.

-Siempre con algún romance fantástico entre manos -agregó el tío Wallace. La familia sintió que, con inusitada agudeza, el tío Wallace había dado con la palabra justa. Los "romances" de Emily nunca habían sido todo lo decorosos y convencionales que debían ser los romances de los Murray. Eran ciertamente fantásticos.

II

Pero Emily siempre bendijo a sus estrellas porque nadie de la familia, excepto la tía Elizabeth, se enteró jamás del más fantástico de todos. De haberse enterado, sí que la habrían considerado temperamental.

Todo sucedió de una manera sencilla y tonta. El director del The Argus, de Charlottetown, un diario con pretensiones de literatura elevada, había elegido, de un viejo periódico estadounidense, cierta historia sin derechos de autor, compuesta de varios capítulos, Una boda real, escrita por un autor desconocido, un tal Mark Greaves, para ser reimpreso en la edición especial del The Argus dedicada a "fomentar" las aspiraciones de la Isla Príncipe Eduardo como balneario de verano. El personal del diario era reducido y, en los ratos libres a lo largo de un mes, los linotipistas habían compuesto toda la edición especial, a excepción del último capítulo de Una boda real. El capítulo había desaparecido y no podían encontrarlo. El director estaba furioso, pero eso no contribuía a solucionar las cosas. A esa hora, no podía encontrar otra historia que encajara perfectamente en el espacio, ni, aunque la encontrara, tendría tiempo de armarla. La edición especial debía entrar en imprenta en una hora. ¿Qué hacer?

En ese momento entraba Emily. Era muy amiga del señor Wilson y siempre que estaba en la ciudad iba a verlo.

-Eres una enviada del cielo -dijo el señor Wilson-. ¿Me harías un favor? -Le arrojó los capítulos rotos y sucios de Una boda real. -Por lo que más quieras, pónte a trabajar y escríbeme un capítulo final para esa historia. Tienes media hora. En media hora más los linotipistas pueden armarlo. Y todo saldrá a tiempo.

Emily le echó una hojeada a la historia. Hasta donde vio, no había señas de qué quería "Mark Greaves" para el desenlace.

-¿No tiene idea de cómo terminaba? -preguntó.

-No, no la leí nunca -gruñó el señor Wilson-. La elegí por el largo.

-Bueno, haré lo que pueda, aunque no estoy acostumbrada a escribir con tanta ligereza de reyes y reinas -dijo Emily-. Este Mark Greaves, quienquiera que sea, parece muy a sus anchas entre la nobleza.

En la media hora que le asignaron, Emily produjo un capítulo final bastante respetable con una solución realmente ingeniosa para el misterio. El señor Wilson se lo arrancó de las manos con un suspiro de alivio, se lo dio a un armador y despidió a Emily con reverencias de reconocimiento.

-Me pregunto si alguno de los lectores se dará cuenta de dónde está la costura de unión -pensó Emily, divertida-. Y me pregunto si Mark Greaves se enterará alguna vez, y qué va a pensar.

No parecía para nada probable que ella llegara a enterarse y apartó el tema de la cabeza. Por eso, cuando una tarde, dos semanas después, el primo Jimmy hizo pasar a un desconocido a la salita donde Emily arreglaba rosas en el florero de cristal de roca con la base rubí -una reliquia heredada en La Luna Nueva-, Emily no lo relacionó con Una boda real, aunque sí tuvo la clara impresión de que el visitante era un hombre excesivamente airado.

El primo Jimmy se retiró discretamente y la tía Laura, que había entrado a dejar una fuente de cristal llena de mermelada de frutilla sobre la mesa, para que se enfriara, también se retiró, preguntándose quién podía ser el extraño visitante de Emily. Emily también se lo preguntaba. Se quedó de pie junto a la mesa; una muchacha delgada, llena de gracia, con su vestido verde claro, brillando como una estrella en el anticuado aposento oscuro.

-¿No quiere tomar asiento? -preguntó, con toda la fría cortesía de Luna Nueva. Pero el recién llegado no se movió.

Se limitó a quedarse de pie ante ella, mirándola. Y Emily volvió a sentir que, si bien este hombre había estado muy furioso al entrar, ya no lo estaba.

Tenía que haber nacido, por supuesto, porque estaba allí, pero era increíble, pensó ella, que este hombre alguna vez pudiera haber sido un bebé. Vestía ropa audaz y llevaba un monóculo, "atornillado" en uno de los ojos, ojos que se parecían de manera absurda a pasas de uvas negras con unas cejas negras que formaban triángulos rectos sobre ellos. Tenía una melena de cabellos negros que le caía sobre los hombros, un mentón tremendamente largo y una cara blanca como el mármol blanco. En una foto, pensó Emily, habría parecido bastante buen mozo y romántico. Pero aquí, en la salita de Luna Nueva, se veía sencillamente raro.

-Criatura lírica -dijo él, mirándola.

Emily se preguntó si no sería un loco escapado del manicomio.

-No comete el crimen de la fealdad -continuó él, con fervor-. Este es un momento maravilloso. Pena que debamos estropearlo hablando. Ojos de un gris casi púrpura, salpicados de oro. Ojos que he buscado durante toda mi vida. Ojos dulces, en los cuales me ahogué, siglos ha.

¿Quién es usted? -preguntó Emily, cortante, convencida ya de que el hombre estaba loco de remate. Él se llevó la mano al corazón e hizo una reverencia.

-Mark Greaves... Mark D. Greaves... Mark Delage Greaves.

¡Mark Greaves! Emily pensó vagamente que tenía que conocer ese nombre. Le resultaba extrañamente conocido.

-¡Es posible que no reconozca mi nombre! Ésta es la fama. Pero incluso en este remoto rincón del mundo, habría querido suponer que...

Ah -exclamó Emily, cuando de pronto se le hizo la luz-. Ahora... sí, lo recuerdo. Usted escribió Una boda real.

-La historia que usted asesinó tan despiadadamente, sí.

-Ay, lo lamento tanto -lo interrumpió Emily-. Claro que a usted le parecerá imperdonable. Fue así: resulta que...

Él la interrumpió con un gesto de una mano muy larga y muy blanca.

-No importa. No importa. Ahora no me interesa en lo más mínimo. Admito que estaba enojado cuando entré aquí. Estoy alojado en el Derry Pond Hotel, en Las Dunas -ah, qué nombre... poesía, misterio, romanticismo- y esta mañana vi la edición especial de The Argus. Me enojé, ¿no estaba en mi derecho?, pero sentí más pena que ira. Mi historia había sido bárbaramente mutilada. Un final feliz. Horrible. Mi final era desdichado y artístico. Un final feliz no puede jamás ser artístico. Me encaminé de prisa a las oficinas del The Argus. Exhibí mi enojo, descubrí a la persona responsable. Vine aquí a denunciar y a recriminar. Permanezco a venerar.

Emily sencillamente no supo qué decir. Las tradiciones de Luna Nueva no tenían antecedentes para esto.

-No me entiende. Está intrigada, y su asombro le queda bien. Vuelvo a decirlo: es un momento magnífico. Venir poseído por la furia, y contemplar la divinidad. Darse cuenta, como yo, apenas la vi, de que ha sido hecha para mí y sólo para mí.

Emily deseó que entrara alguien. Esto se estaba convirtiendo en una pesadilla.

-Es absurdo hablar de esa manera -dijo, concisa-. Somos desconocidos...

-No somos desconocidos -la interrumpió él-. Nos hemos amado en otra vida, por supuesto, y nuestro amor fue algo violento, esplendoroso, un amor de eternidad. La reconocí apenas entré. No bien se haya recuperado de su dulce sorpresa usted también se dará cuenta. ¿Cuándo puede casarse conmigo?

Que un hombre le pida a una que se case con él a los cinco minutos de haberla conocido es una experiencia más estimulante que placentera. Emily se enojó.

-Por favor, no diga tonterías -dijo, cortante-. No voy a casarme con usted.

-¿Que no va a casarse conmigo? Jamás me le declaré a ninguna mujer. Yo soy el famoso Mark Greaves. Soy rico. Tengo el encanto y el romanticismo de mi madre francesa y el sentido común de mi padre escocés. Con mi parte francesa siento y recibo su belleza y su misterio. Con mi parte escocesa me inclino ante su reserva y su dignidad. Usted es ideal, adorable. Me han amado muchas mujeres, pero yo no las he amado a ellas. Cuando entré en esta habitación era un hombre libre. Salgo de ella cautivo. ¡Encantador cautiverio! ¡Adorable captora! Me arrodillo en espíritu ante usted.

Emily sintió terror de que se arrodillara en carne ante ella. El hombre parecía capaz de hacerlo. Y si llegaba a entrar la tía Elizabeth...

-Por favor, retírese -dijo, desesperada-. Estoy... estoy muy ocupada y no puedo seguir hablando con usted. Lamento lo de la novela, si me permite que le explique...

-Le he dicho que eso no interesa. Aunque debe aprender a no escribir jamás finales felices, jamás. Le enseñaré. Le enseñaré la belleza y el arte de la pena y de lo no alcanzado. ¡Ah, qué alumna será! ¡Qué bendición enseñarle a una alumna como usted! Le beso la mano.

Dio un paso adelante como para tomarle la mano. Emily dio un paso atrás, alarmada.

-Usted está loco -exclamó.

-¿Le parezco loco? -preguntó el señor Greaves. -Así es -replicó Emily, franca y cruelmente.

-Tal vez lo parezca... tal vez lo parezca. Loco, embriagado con el vino de la rosa. Todos los enamorados están locos. ¡Divina locura! ¡Ay, hermosos labios no besados!

Emily retomó la compostura. Esta entrevista absurda debía terminar. Ya estaba muy enojada.

-Señor Greaves -dijo, y fue tal el poder de la mirada Murray que el señor Greaves se dio cuenta de que ella hablaba muy en serio-, no voy a escuchar más tonterías. Ya que no quiere que le explique lo que sucedió con su novela, quiero desearle muy buenas tardes.

El señor Greaves la miró muy grave por un instante. Luego dijo, solemne:

-¿Un beso? ¿O un puntapié? ¿Qué elige?

¿Hablaba metafóricamente? Fuera como fuese...

-Un puntapié -dijo Emily, desdeñosa.

De pronto, el señor Greaves tomó el florero de cristal de roca y lo arrojó violentamente contra la estufa.

Emily lanzó un grito, en parte de verdadero terror y en parte de pena. El querido florero de la tía Elizabeth.

-Eso fue apenas una reacción defensiva -dijo el señor Greaves, mirándola fijo-. Tenía que hacer eso o matarla a usted. ¡Doncella de hielo! ¡Helada vestal! ¡Fría como las nieves del norte! Adiós.

No golpeó la puerta al salir. Simplemente la cerró con gesto suave de cosa definitiva, para que Emily pudiera darse cuenta de lo que había perdido. Cuando ella vio que realmente él había salido al jardín y caminaba indignado por el sendero como si fuera aplastando algo con los pies, Emily se permitió el alivio de un largo suspiro, el primero que osaba permitirse desde la aparición del hombre.

-Supongo -dijo, bastante histérica- que tendría que dar gracias porque no me tiró con la fuente llena de mermelada de frutilla.

Entró la tía Elizabeth.

-¡Emily, el florero de cristal! ¡El florero de tu abuela Murray! ¡Lo rompiste!

-No, en realidad no, tiíta querida. Fue el señor Greaves, el señor Mark Greaves. Lo arrojó contra la estufa.

-¡Que lo arrojó contra la estufa! -La tía Elizabeth estaba azorada-. ¿Y por qué lo arrojó contra la estufa?

-Porque no quise casarme con él -dijo Emily.

-¡Casarte con él! ¿Lo conocías?

-Nunca lo había visto.

La tía Elizabeth recogió los fragmentos del florero de cristal y salió sin una palabra. Había... tenía que haber... algo que no funcionaba bien con una muchacha a la que un hombre le propone matrimonio en el primer encuentro. Un hombre que luego arroja floreros que han sido parte de una herencia contra indefensas estufas.

III

Pero fue el asunto del príncipe japonés lo que de verdad le dio a los Murray un mal verano.

La prima segunda Louise Murray, que había vivido veinte años en el Japón, llegó a Derry Pond de visita trayendo con ella a un joven príncipe japonés, hijo de un amigo de su esposo, convertido al catolicismo gracias a los esfuerzos de ella, que deseaba ver algo del Canadá. El mero hecho de su llegada provocó una tremenda conmoción en la familia y en la comunidad. Pero ésta no fue nada comparada con la conmoción cuando se dieron cuenta de que, evidente e inequívocamente, el príncipe se había enamorado perdidamente de Emily Byrd Starr de Luna Nueva.

A Emily le gustaba, le parecía interesante, le tenía pena por sus asombradas reacciones ante la atmósfera presbiteriana de Derry Pond y Blair Water. Era natural que un príncipe japonés, por convertido que estuviera, no pudiera sentirse exactamente a sus anchas. Por eso, hablaba mucho con él, que manejaba un excelente inglés, y caminaba con él en el jardín cuando salía la luna, y casi todos los atardeceres se veía ese rostro inescrutable, de ojos rasgados y los cabellos negros peinados muy tirantes hacia atrás y suaves como el satén en la sala de Luna Nueva.

Pero fue sólo cuando le regaló a Emily un sapito hermosamente tallado en ágata musgosa que los Murray se alarmaron. La prima Louise fue la primera. Llorosa. Ella sabía lo que significaba ese sapo. Los sapos de ágata eran herencia en la familia del príncipe. No se regalaban si no era como obsequios de matrimonio y compromiso. ¿Emily estaba comprometida... con él? La tía Ruth, con ese aire permanente de estar convencida de que todos se habían vuelto locos, fue a Luna Nueva e hizo una escena. Emily se enojó tanto, que se negó a responder ninguna de sus preguntas. Para empezar, estaba un poco irritada porque durante todo el verano su familia la había fastidiado con pretendientes que ella no había elegido y que no corrían el menor peligro de ser tomados en serio.

-Hay algunas cosas que sería mejor que no supieras -le dijo, con impertinencia, a la tía Ruth.

Y los apenados Murray llegaron a la desesperante conclusión de que ella había decidido convertirse en una princesa japonesa. Y, si así era, bueno, ellos bien sabían lo que sucedía cuando Emily tomaba una decisión. Era algo inevitable, como una orden divina, pero era siempre algo malo. Su Alteza Real no tenía, a los ojos de los Murray, un halo especial. Antes que ella, ningún Murray había soñado con casarse con un extranjero, y mucho menos un japonés. Pero, claro, ella era temperamental.

-Siempre con algún individuo deshonroso tras los talones --dijo la tía Ruth-. Pero esto supera todo lo que yo temía. Un pagano, un...

-Ay, no, pagano no, Ruth -gimió la tía Laura-. Está convertido, la prima Louise dice que está segura de que es sincero. Pero...

-¡Te digo que es un pagano! -repitió la tía Ruth-. La prima Louise nunca pudo convertir a nadie. Ni ella misma es de confiar. Y su marido, un modernista, nada menos. ¡No me digas nada! ¡Un pagano amarillo! ¡Ese hombre con sus sapos de ágata!

-Parece que la atraen los hombres raros -dijo la tía Elizabeth, pensando en el florero de cristal de roca.

El tío Wallace dijo que era ridículo. Andrew dijo que al menos Emily podría haber elegido a un hombre blanco. La prima Louise, que sentía que la familia le echaba a ella la culpa de todo, aducía entre lágrimas que el príncipe tenía unos modales maravillosos, que sólo había que conocerlo.

-Pensar que podría haber sido la esposa del Reverendo James Wallace -dijo la tía Elizabeth.

Vivieron cinco semanas así, hasta que el príncipe se volvió al Japón. La familia lo había mandado llamar, según dijo la prima Louise: le habían arreglado un matrimonio con una princesa de una antigua familia samurai. Él había obedecido, por

supuesto, pero dejó el sapo de ágata en poder de Emily, y nadie supo nunca lo que él le dijo a ella una noche, a la salida de la luna, en el jardín. Emily se veía algo pálida, rara y como lejana cuando entró, pero les sonrió a sus tías y a la prima Louise con una sonrisa traviesa.

-Así que, después de todo, no voy a ser una princesa japonesa -dijo, secándose unas lágrimas imaginarias.

-Emily, me parece que estuviste coqueteando con ese pobre muchacho -le reprochó la prima Louise-. Lo has hecho muy desdichado.

-No estuve coqueteando. Nuestras conversaciones eran sobre literatura e historia, casi exclusivamente. No volverá a pensar en mí.

-Yo sé la cara que puso cuando leyó esa carta -replicó la prima Louise-. Y sé cuál es el significado de los sapos de ágata.

Luna Nueva exhaló un suspiro de alivio y volvió a instalarse, agradecida, en la rutina cotidiana. Los viejos ojos tiernos de la tía Laura perdieron su mirada de preocupación, pero la tía Elizabeth pensaba con tristeza en el Reverendo James Wallace. Había sido un verano dificilísimo. Blair Water murmuraba que Emily Starr había quedado "decepcionada", pero predecía que, con el correr de los años, se sentiría agradecida del desarrollo de los acontecimientos. No se puede confiar en los extranjeros. Probablemente ni siquiera fuera príncipe.

CAPÍTULO 18
I

Un día, en la última semana de octubre, el primo Jimmy comenzó a arar el campo de la colina, Emily encontró el legendario diamante perdido de los Murray' y la tía Elizabeth se cayó de la escalera del sótano y se quebró una pierna.

En medio del cálido ámbar de la tarde, Emily estaba de pie en la escalera de piedra del frente de Luna Nueva, mirando a su alrededor, con ojos ávidos, el suave encanto del año que se desvanecía. Casi todos los árboles habían perdido las hojas, pero un pequeño abedul, aún ataviado de oro, se asomaba entre los jóvenes abetos rojos -como un abedul Danaë a la sombra de éstos- y los álamos de Lombardía del sendero parecían una hilera de grandes velas doradas. Más allá estaba el campo de la colina, agostado y envuelto en tres cintas de rojo brillante: los "lomos" arados por el primo Jimmy. Emily había pasado todo el día escribiendo y estaba cansada. Bajó al jardín, a la casita de verano con sus enredaderas, y se puso a merodear por ella, decidiendo dónde plantar los nuevos bulbos de tulipanes. Aquí, en esta tierra rica y húmeda donde el primo Jimmy había sacado, hacía poco, los antiguos escalones rotos. A la primavera siguiente habría una mesa de banquetes cargada de imponentes cálices. El tacón de Emily se hundió en la tierra húmeda y salió con barro adherido. La muchacha se acercó al banco de piedra y se limpió el barro con un palito. Algo cayó sobre el pasto y refulgió como una gota de rocío. Emily lo levantó con un grito de sorpresa. Allí, en su mano, estaba el Diamante Perdido, perdido hacía más de sesenta años, cuando la tatara-tía abuela Miriam Murray había ido a la casita de verano.

Encontrar el Diamante Perdido había sido uno de sus sueños de la infancia; ella, Ilse y Teddy lo habían buscado mil veces. Pero hacía tiempo que no pensaba en él. Y aquí estaba: tan brillante, tan hermoso como siempre. Estaría oculto en una ranura de los viejos escalones y cayó a la tierra cuando los sacaron.

Fue toda una conmoción en Luna Nueva. Pocos días después, los Murray mantuvieron un cónclave alrededor de la cama de la tía Elizabeth para decidir qué hacer con él. El primo Jimmy afirmaba con absoluta convicción que el que encontraba algo tenía que quedarse con él. Edward y Miriam Murray hacía mucho que habían muerto. No habían dejado descendientes. El diamante pertenecía, por derecho, a Emily.

-Todos somos herederos -dijo el tío Wallace, con tono de leguleyo-. Tengo entendido que hace sesenta años costó mil dólares. Es una piedra hermosa. Lo justo es venderla y darle a Emily la parte de su madre.

-Las joyas de la familia no se venden -dijo la tía Elizabeth, con firmeza.

Ésta parecía ser, en el fondo, la opinión general. Hasta el tío Wallace admitió la primacía de noblesse oblige. Al final, todos estuvieron de acuerdo en que el diamante debía pertenecer a Emily.

-Puede hacerlo engarzar en un medallón, para llevarlo al cuello --dijo la tía Laura.

-Iba a ser un anillo -dijo la tía Ruth, sólo por el placer de estar en desacuerdo-. Y, además, no podría usarlo hasta que no se case. Un diamante de semejante tamaño es de muy mal gusto en una muchacha.

-¡Ah, que se case! -exclamó la tía Addie con una risita desagradable. Deslizaba así su opinión de que si Emily esperaba a casarse para usar el anillo era posible que jamás se lo pusiera. La tía Addie jamás perdonó a Emily por haber rechazado a Andrew. Y aquí estaba, a los veintitrés años -bueno, casi- sin un pretendiente apropiado a la vista.

-El Diamante Perdido te traerá suerte, Emily -dijo el primo Jimmy-. Me alegro de que te lo hayan dejado. Te corresponde. Pero de vez en cuando me vas a dejar agarrarlo, ¿verdad, Emily? Sólo agarrarlo y mirarlo. Cuando miro algo así me... me encuentro a mí mismo. Entonces no me siento el tonto Jimmy Murray, sino lo que podría haber sido si no me hubieran empujado dentro de un pozo. No le digas nada a Elizabeth, Emily, pero déjame tenerlo y mirarlo de vez en cuando.

"El diamante es mi piedra preferida, después de todo", le escribió Emily a llse, esa noche. "Pero me gustan todas las piedras preciosas, excepto la turquesa. A las turquesas las detesto; son vacías, insípidas, no tienen alma. El lustre de la perla, el resplandor del rubí, la ternura del zafiro, el violeta derretido de la amatista, el brillo de luna del aguamarina, la leche y el fuego del ópalo... todas me encantan.

"¿Y las esmeraldas?", preguntó Ilse a vuelta de correo, con algo de maldad, pensó Emily, sin saber que un corresponsal de Ilse de Shrewsbury le escribía de vez en cuando chismes infundados sobre las visitas de Perry Miller a Luna Nueva. Es cierto que Perry iba a Luna Nueva a veces. Pero había desistido de pedirle a Emily que se casara con él y parecía totalmente concentrado en su profesión. Ya se lo consideraba un hombre en ascenso y se decía que agudos políticos esperaban que fuera un poco mayor para "lanzarlo" como candidato para la Cámara de la Provincia.

"¿Quién sabe? Todavía puedes llegar a ser `miladi`, escribió Ilse. "Algún día Perry será Sir Perry."

Lo cual, pensó Emily, era todavía más desagradable que el comentario sobre las esmeraldas.

II

Al principio, no pareció que el Diamante Perdido le trajera suerte a nadie en Luna Nueva. La noche misma de su hallazgo, la tía Elizabeth se rompió una pierna. Envuelta en su chal y con la cofia puesta, lista para ir a visitar a un vecino enfermo -las

cofias hacía tiempo que habían pasado de moda, incluso para las señoras de edad, pero la tía Elizabeth seguía usándolas- había querido bajar al sótano a buscar un frasco de mermelada de grosellas para el enfermo cuando tropezó y cayó. Cuando fueron a levantarla se dieron cuenta de que se había quebrado la pierna y por primera vez en su vida la tía Elizabeth se vio enfrentada al hecho de tener que pasar semanas en cama.

Claro que Luna Nueva siguió funcionando sin ella, aunque ella creía que era imposible. Pero el problema de entretenerla era más difícil que administrar Luna Nueva. La tía Elizabeth estaba irritada y molesta por su inactividad forzada: no podía leer mucho, no le gustaba que le leyeran, estaba segura de que estaban haciendo todo mal, estaba segura de que quedaría coja e inútil para el resto de sus días, estaba segura de que el doctor Burnley era un viejo tonto, estaba segura de que Laura nunca podría almacenar las manzanas como corresponde, estaba segura de que el muchacho contratado engañaría al primo Jimmy.

-¿Quieres escuchar el cuento que terminé hoy, tía

Elizabeth? -preguntó Emily una noche-. Tal vez te entretenga.

-¿Hay tonterías románticas? -preguntó la tía Elizabeth, no muy gentil.

-No, para nada. Es comedia pura.

-Bueno, está bien. Me va a hacer pasar el tiempo.

Emily le leyó el cuento. La tía Elizabeth no hizo el menor comentario. Pero a la tarde siguiente preguntó, vacilante: -¿No tienes más... como el cuento que me leíste anoche? -No.

-Ajá. Si tuvieras, no estaría mal escucharlo. Me hizo pensar en otra cosa que no era... yo misma. Los personajes me parecieron reales. Supongo que por eso me gustaría saber qué fue de ellos -concluyó la tía Elizabeth, como pidiendo disculpas por su debilidad.

-Te escribiré otro cuento con los mismos personajes -prometió Emily.

Cuando le leyó ese segundo cuento, la tía Elizabeth comentó que no estaría mal leer un tercero.

-Esos Applegath son divertidos -dijo-. He conocido a muchos como ellos. Y ese muchachito, Jerry Stowe. ¿Qué pasará con él cuando crezca, pobrecito?

III

La idea se le ocurrió esa noche, cuando estaba sentada sin hacer nada junto a la ventana mirando, algo melancólica, los prados fríos y las colinas grises sobre los cuales soplaba un viento solitario. Oía las hojas secas contra el muro del jardín. Unos grandes copos blancos comenzaban a caer.

Había recibido una carta de Ilse ese día. La pintura de Teddy La muchacha sonriente, exhibida en Montreal y que había causado una tremenda sensación, había sido aceptada por el Salón de París.

"Acabo de llegar de la costa a tiempo para verla en el día de la exposición", escribía Ilse. "Y eres tú, Emily, eres tú. No es más que aquel viejo dibujo que te hizo hace años, completado y glorificado, aquel con el que se quedó tu tía Nancy y a ti te puso tan furiosa, ¿recuerdas? Allí estabas, sonriendo desde la tela de Teddy. Los críticos hablaron mucho de los colores, de la técnica, de la `sensación' y toda su jerga. Pero uno dijo `La sonrisa en el rostro de esa muchacha será tan famosa como la de la Mona Lisa'. Yo he visto esa sonrisa en tu rostro cientos de veces, Emily, en especial cuando veías esa cosa invisible que llamabas el destello. Teddy captó el espíritu de esa sonrisa, que no es burlona, desafiante, como la de la Mona Lisa, sino una sonrisa que parece insinuar un secreto delicioso, maravilloso, que contarías si quisieras, un susurro eterno, un

secreto que haría feliz a todo el mundo si se te pudiera inducir a contarlo. Es un truco, supongo, tú tampoco conoces ese secreto. Pero la sonrisa sugiere que sí y lo sugiere de una manera deliciosa. Sí, tu Teddy tiene talento; esa sonrisa lo prueba. ¿Cómo se siente una, Emily, cuando se da cuenta de que es la musa inspiradora de un genio? Yo daría años de vida por semejante cumplido.

Emily no sabía qué se sentía. Pero sí experimentó una especie de ira sutil hacia Teddy. ¿Qué derecho tenía él, que despreciaba su amor y era indiferente a su amistad, a pintar su rostro, su alma, su visión secreta, y colgarla para que el mundo la viera? Cierto que, de pequeños, él le había dicho que lo haría, y ella había accedido. Pero todo había cambiado desde entonces. Todo.

Bueno, con respecto al cuento sobre el cual la tía Elizabeth tenía tal complejo de Oliver Twist. ¿Y si escribía otro? se le ocurrió de pronto. ¿Y si lo agrandaba, hasta hacer un libro? No como El vendedor de sueños, claro. Aquella antigua gloria no podía ya volver. Pero Emily tuvo la imagen patente del nuevo libro, como un todo, un libro ingenioso, un arroyuelo chispeante de comedia humana. Corrió hacia la tía Elizabeth.

-Tiíta, ¿te gustaría que te escribiera un libro entero con los personajes de los cuentos? Sólo para ti; un capítulo por día.

La tía Elizabeth ocultó cuidadosamente el hecho de que le interesaba.

-Ah, puedes hacerlo si quieres. No estaría mal escuchar más sobre ellos. Pero, cuidado, no pongas a ningún vecino en tu libro.

Emily no puso a ninguno de sus vecinos en el libro; no tuvo necesidad. Le aparecían en la cabeza personajes a granel, exigiendo un lugar donde habitar y un nombre. Reían, rezongaban, lloraban, bailaban, y hasta a veces se enamoraban. La tía Elizabeth toleró esto último, suponiendo que uno no puede escribir una novela sin un poco de romanticismo. Emily le leía un capítulo todas las noches y la tía Laura y el primo Jimmy tenían permiso para escucharlo junto a la tía Elizabeth. El primo Jimmy quedaba extasiado. Estaba seguro de que era la historia más maravillosa que jamás se había escrito.

-Cuando te escucho, me siento joven otra vez -decía.

-A veces me dan ganas de reír y a veces de llorar -confesó la tía Laura-. No puedo dormir preguntándome qué les pasará a los Applegath en el próximo capítulo.

-Podría ser peor -admitió la tía Elizabeth-. Pero me gustaría que suprimieras lo que dijiste de los repasadores de cocina grasientos de Gloria Applegath. La señora Charlie Frost, de Derry Pond, pensará que es una alusión a ella. Los repasadores de ella siempre están grasientos.

-En todos lados puede saltar una liebre -dijo el primo Jimmy-. Gloria es divertida en un libro, pero sería espantoso vivir con ella. Está demasiado ocupada salvando el mundo. Alguien tendría que decirle que leyera la Biblia.

-A mí, sin embargo, no me gusta Cissy Applegath -dijo la tía Laura, como disculpándose-. Tiene una manera de hablar tan altanera.

-Una cabeza hueca -dijo la tía Elizabeth.

-Al que yo no puedo tolerar es a Jesse Applegath -dijo el primo Jimmy, enfático-. ¡Un hombre capaz de darle una patada a un gato para desahogarse! Iría hasta el fin del mundo para darle una buena bofetada en esa cara de demonio. Pero -agregó, lleno de esperanza- tal vez no tarde mucho en morirse.

-O en reformarse -sugirió la tía Laura, piadosa.

-No, no, que no se reforme -dijo el primo Jimmy, ansioso-. Mátalo, si es necesario, pero no lo reformes. Lo que sí me gustaría es que le cambiaras el color de los ojos a Peg Applegath. No me gustan los ojos verdes, no me gustaron nunca.

-Pero no puedo. Tiene ojos verdes -protestó Emily.

-Bueno, entonces, las patillas de Abragam Applegath -rogó el primo Jimmy-. Abraham me cae bien. Es un hombre simpático. ¿No se puede hacer nada con esas patillas, Emily?

-No -dijo Emily, con firmeza-, no se puede.

¿Cómo no entendían? Abraham tenía patillas, quería tener patillas, estaba decidido a tener patillas. Ella no podía hacer nada al respecto.

-Sería hora de recordar que esas personas no tienen una existencia real -replicó la tía Elizabeth.

Pero una vez -y Emily lo consideraba su mayor triunfo la tía Elizabeth rió. Le dio tanta vergüenza que durante el resto de la lectura no osó ni siquiera sonreír.

-Elizabeth cree que a Dios no le gusta oírnos reír -le susurró el primo Jimmy a Laura, tapándose la boca con la mano. Si Elizabeth no hubiera estado tendida en su lecho con una pierna rota, Laura habría sonreído. Pero sonreír, en esas circunstancias, parecía aprovecharse injustamente de su hermana.

El primo Jimmy bajó sacudiendo la cabeza y murmurando: -¿Cómo hace? ¡Cómo hace! Yo escribo poesía, pero... esto. ¡Esos personajes están vivos!

Uno de ellos estaba, en opinión de la tía Elizabeth, demasiado vivo.

-Ese Nicholas Applegath se parece demasiado al viejo Douglas-Courcy, de Shrewsbury -dijo-. Te dije que no pusieras a ningún conocido.

-Yo no he visto a Douglas Courcy en mi vida.

-Es idéntico. Hasta Jimmy se dio cuenta. Tienes que suprimirlo, Emily.

Pero Emily se negó, obstinadamente, a "suprimirlo". El viejo Nicholas era uno de los mejores personajes del libro. A esta altura de los acontecimientos, ella estaba muy absorta en el libro. Escribirlo no había sido nunca el rito extasiado de creación de El vendedor de sueños, pero era fascinante. Mientras lo escribía, se olvidaba de todo lo angustioso o molesto. Terminó el último capítulo el mismo día en que le quitaron el entablillado de la pierna a la tía Elizabeth y la llevaron abajo.

-Bueno, tu historia me ayudó -admitió la tía-. Pero me alegro de estar donde puedo volver a controlar las cosas. ¿Qué vas a hacer con el libro? ¿Qué título le vas a poner?

-La moral de la rosa

-No me parece un buen título. Yo no entiendo lo que quiere decir. Nadie va a entender.

-No importa. Ése es el nombre del libro. La tía Elizabeth suspiró.

-No sé de dónde sacas tu testarudez, Emily, en serio que no. Nunca aceptas un consejo. Y sé que después de la publicación del libro los Courcy no volverán a dirigirnos la palabra.

-El libro no tiene la menor posibilidad de que lo publiquen -dijo Emily, sombría-. Me lo enviarán de vuelta, "maldecido con tibios halagos".

La tía Elizabeth nunca había oído esta expresión antes y pensó que Emily la había inventado y que estaba siendo profana.

-Emily --dijo con firmeza-, no quiero volver a oír esa expresión de tus labios. He sospechado, con buena base, que Ese Burnley hablaba de esa manera, y a ella no debemos juzgarla según nuestros patrones. Pero los Murray de Luna Nueva no hablan así.

-Era sólo una cita, tía Elizabeth -dijo Emily, cansada.

Estaba cansada, un poco cansada de todo. Era Navidad y un invierno largo y monótono se presentaba ante ella, un invierno vacío, sin incentivo. Parecía que nada valía la pena, ni siquiera encontrar editor para La moral de la rosa.

IV

Sin embargo, lo pasó concienzudamente a máquina y lo envió. Se lo mandaron de regreso. Volvió a enviarlo, tres veces. Regresó siempre. Volvió a pasarlo a máquina -las hojas ya estaban arrugadas- y volvió a mandarlo. A intervalos, durante todo ese invierno y el verano siguiente, siguió mandándolo, trabajando empeñosa sobre una lista de editores posibles. No sé cuántas veces volvió a pasarlo a máquina. Llegó a ser una especie de broma... una broma amarga.

Lo peor era que los habitantes de Luna Nueva estaban al tanto de todos esos rechazos y su compasión e indignación eran difíciles de tolerar. El primo Jimmy se enojaba tanto con cada rechazo de esta obra de arte, que después de cada rechazo no podía comer por un día entero y Emily dejó de contarle cuando enviaba el libro. En un momento pensó enviárselo a la señorita Royal y pedirle si podía usar alguna influencia. Pero el orgullo de los Murray no aguantaba la idea. Por fin, en el otoño, cuando volvió del último editor de la lista, Emily ni siquiera abrió el paquete. Lo arrojó con gesto despectivo en un compartimiento de su escritorio.

"Con el corazón demasiado enfermo
como para seguir guerreando con el fracaso".

-Éste es el fin, y el fin de todos mis sueños. Lo usaré como papel borrador. Y ahora me dedicaré a una tibia existencia, escribiendo para ganarme la vida.

Los editores de revistas eran más inteligentes que los editores de libros, como dijo el primo Jimmy, parecían tener más sentido común. Mientras el libro buscaba en vano su oportunidad, la clientela de revistas aumentaba día a día. Emily pasaba largas horas ante el escritorio y, a su manera, disfrutaba de su trabajo. Pero por detrás de todo esto estaba la conciencia del fracaso. No podría llegar más alto en el Sendero Alpino. La gloriosa ciudad de la realización que se hallaba en la cima no era para ella. ¡Escribir para ganarse la vida! Eso era todo. Ganar dinero de una manera que a la tía Elizabeth le parecía vergonzosamente fácil.

La señorita Royal le escribió con franqueza diciéndole que estaba decayendo.

"Te estás metiendo en un surco, Emily", le advirtió. "Un surco que te da satisfacciones. La admiración de la tía Laura y del primo Jimmy es mala para ti. Tú tendrías que estar aquí, donde te mantendríamos en vilo."

¿Qué hubiera pasado si hubiera ido a Nueva York con la señorita Royal cuando tuvo la oportunidad seis años atrás? ¿No habría conseguido que le publicaran el libro? ¿No era la fatal estampilla de la Isla del Príncipe Eduardo que lo condenaba, la estampilla de una pequeña provincia alejada de la mano de Dios de donde no podía salir nada valioso?

¡Podía ser! Tal vez la señorita Royal había tenido razón. Pero, ¿qué importaba?

Nadie fue a Blair Water ese verano. Es decir... Teddy Kent no fue. Ilse estaba otra vez en Europa. Dean Priest, al parecer, se había radicado permanentemente en la costa del Pacífico. La vida en Luna Nueva seguía sin cambios. Excepto que la tía Elizabeth cojeaba un poco y que al primo Jimmy los cabellos se le volvieron blancos, de pronto, uno diría que de la noche a la mañana. De vez en cuando, Emily tenía una fugaz

visión, terrible, de que el primo Jimmy se estaba poniendo viejo. Todos se estaban poniendo viejos. La tía Elizabeth tenía casi setenta años. Y cuando ella muriera, Luna Nueva pasaría a Andrew. Ya pasaba que, en ocasiones, Andrew se daba aires de propietario cuando iba de visita a Luna Nueva. Claro que él jamás viviría allí, por supuesto. Pero había que mantener la propiedad en buen estado para cuando quisiera venderla.

-Sería hora de cortar esos viejos álamos de Lombardía -le dijo Andrew un día al tío Oliver-. Están feísimos en las copas. Los álamos de Lombardía están tan pasados de moda. Y ese campo con los abetos jóvenes, hay que limpiarlo y ararlo.

-Habría que sacar ese viejo huerto -dijo el tío Oliver-. Es más una selva que un huerto. De todos modos, los árboles están ya muy viejos. Habría que cortarlos todos. Jimmy y Elizabeth son demasiado anticuados. No le sacan a este lugar ni la mitad del dinero que podría dar.

Emily, que escuchó la conversación, apretó los puños. Veía profanada a Luna Nueva: cortados sus viejos árboles amados, destruido el campo de abetos donde crecían frutillas silvestres, destruida la ensoñadora belleza del viejo huerto, cambiados los vallecitos y las lomas que guardaban todas las alegrías de su pasado, todo cambiado. Era insoportable.

—Si te hubieras casado con Andrew, Luna Nueva sería tuya -dijo la tía Elizabeth, amarga, cuando encontró a Emily llorando por lo que había escuchado.

-Pero los cambios se habrían hecho igual -dijo Emily-. Andrew no me hubiera escuchado. Cree que el esposo es el jefe de la esposa.

-Estás por cumplir veinticuatro años -dijo la tía Elizabeth. ¿A propósito de qué?

CAPÍTULO 19

I

"1 de octubre de 19...

"Esta tarde me senté junto a la ventana. Por momentos escribía mi serie y por momentos miraba un par de pequeños arces, muy graciosos, que están al pie del jardín. Estuvieron toda la tarde murmurándose secretos. Se inclinaban uno hacia el otro y hablaban muy seriamente un momento; luego se enderezaban y se miraban, elevando los brazos en un cómico gesto de horror y asombro ante las revelaciones mutuas. Me pregunto qué escándalo se está cocinando en la Tierra de los Árboles.

II

"10 de octubre de 19...

"Esta noche fue hermosa. Fui a la colina y caminé hasta que el crepúsculo se convirtió en plena noche de otoño con la bendición de una quietud llena de estrellas. Estaba sola, pero no me sentía sola. Fui una reina en los salones de la fantasía. Mantuve una serie de conversaciones con compañeros imaginarios y pensé tantos epigramas que me sorprendí agradablemente de mí misma.

Librodot

III

"28 de octubre de 19...

"Esta noche salí en una de mis largas caminatas. En un mundo extraño, púrpura, en sombras, con grandes nubes frías que se amontonaban en un cielo amarillo, con colinas que meditaban en un silencio de bosques abandonados, con un mar que tropezaba contra una costa rocosa. Todo el paisaje parecía

"Como aquellos que esperan
Hasta que el juicio hable el sino del destino "Me hizo sentir... terriblemente sola. "¡Qué cambiante soy!

"¿`Voluble', como dice la tía Elizabeth? ¿'Temperamental', como dice Andrew?

IV

"5 de nov. de 19...

"¡Qué malhumorado ha estado el mundo! Anteayer no carecía de hermosura, como una vieja dama digna adecuadamente ataviada en castaños y armiño. Ayer intentó mostrarse juvenil, dándose todos los aires y las gracias de la primavera, con chalinas de neblinas azules. Y qué arrugada y fea, una vieja arpía, era, toda harapos y arrugas. Entonces se puso de mal humor con su propia fealdad y ha rezongado durante todo el día y toda la noche. Desperté en la madrugada y oí el viento rugiendo entre los árboles y sus lágrimas de ira y de rencor golpeando contra mi ventana.

V

“23 de nov. de 19...

"Éste es el segundo día de una lluvia otoñal pesada e incesante. En realidad, ha llovido casi todos los días este noviembre. Hoy no hubo correo. El mundo exterior es algo desolado, con árboles mojados, chorreantes, y campos empapados. Y la humedad y las sombras se me han metido en el alma y en el espíritu despojándome de toda vida y energía.

"No podía leer, comer, dormir, escribir ni hacer nada si no era obligándome a hacerlo, pero incluso así sentía que trataba de hacer esas cosas con las manos o la cabeza de otra persona y que no funcionaba muy bien con ellas. Me siento opaca, nada atractiva y nada encantadora: hasta me aburro de mí misma.

"¡Me voy a llenar de moho con esta existencia!

"¡Ya está! Me siento mejor con esta pequeña explosión de descontento. Me ha sacado algo de adentro. Sé que en la vida de todo el mundo hay días de depresión y

desaliento, cuando parece que todas las cosas de la vida pierden su sabor. El día más soleado tiene nubes; pero uno no debe olvidar que el sol esta ahí, siempre.

"¡Qué fácil filosofar en el papel!

"(Pregunta: Si uno está afuera bajo una lluvia fría, ¿sirve de algo recordar que el sol sigue estando ahí?)

"¡Bueno, gracias a Dios que no hay dos días exactamente iguales!

VI

"Esta tarde hubo un atardecer tormentoso, inquieto, detrás de las pálidas colinas descoloridas, que brilló airado a través de los álamos de Lombardía y las oscuras ramas de los abetos en el bosque de John el Altivo, sacudidos súbita y penosamente de un lado a otro por las caprichosas ráfagas de viento. r Me senté junto a la ventana a mirar. El jardín estaba oscuro y apenas alcanzaba a ver las hojas muertas arremolinadas, bailando de manera extraña sobre los senderos sin flores. Las pobres hojas muertas, todavía no muertas del todo, en apariencia. Había aún suficiente vida inquieta en ellas para hacerlas movedizas y desdichadas. Aún escuchaban cada llamado del viento, que ya no pensaba en ellas si no sólo para jugar a su antojo, interrumpiendo su reposo. Sentí pena por las hojas que veía en el crepúsculo apagado y sobrenatural, y me enojé -con una petulancia que casi me hizo reír- con el viento que no las dejaba en paz. ¿Por qué ellas -y yo- debíamos sentimos humilladas por estos hálitos pasajeros de deseo por una vida que pasaba de largo?

"No he tenido noticias ni siquiera de Ilse desde hace tiempo. Ella también me ha olvidado.

VII

"10 de enero de 19...

"Esta tarde, cuando volvía a casa del correo, con tres aceptaciones, me regodeé en la belleza invernal que me rodeaba. Todo estaba tan quieto y tranquilo; el sol bajo arrojaba un color tan pálido, tan puro, color rosa y heliotropo sobre la nieve, y la inmensa luna plateada que espiaba por encima de la Montaña Deliciosa era tan buena amiga mía.

"¡Cuánta diferencia han hecho estas tres aceptaciones!

VIII

"20 de enero de 19...

"Ahora las noches son tan lóbregas y hay tan pocas horas de luz, por otra parte gris y sin sol. Trabajo y pienso todo el día y, cuando llega la noche, temprano, la lobreguez se asienta en mi alma. No puedo describir lo que siento. Es feo, peor que un dolor real. Hasta donde puedo expresarlo en palabras, siento un gran cansancio, un cansancio terrible, no del cuerpo o del cerebro sino de los sentimientos, unido a un

acuciante miedo al futuro, cualquier futuro, incluso feliz, no, más que nada a un futuro feliz, porque en ese extraño estado de ánimo me parece que ser feliz exigiría más esfuerzo, más vitalidad de la que yo puedo llegar a poseer. La forma fantástica que asume mi miedo es que sería demasiado trabajoso ser feliz, tanto que me pediría demasiada energía.

"Quiero ser honesta, en este diario, ya que no en otro lado. Sé bien lo que me sucede. Esta tarde me puse a hurgar en mi viejo baúl de la buhardilla y encontré un paquete con las cartas que me escribió Teddy el primer año que pasó en Montreal. Fui tan tonta que me senté a leerlas.

"Fue una locura. Ahora pago las consecuencias. Esas cartas tienen un tremendo poder de resurrección. Me siento rodeada de amargas fantasías y de fantasmas no convocados: las pequeñas alegrías espectrales del pasado.

IX

"5 de febrero de 19...

"La vida no me parece lo mismo que antes. Algo se ha ido. No soy desdichada. Pero la vida me parece algo negativo. La disfruto en términos generales y paso muchos momentos hermosos. Tengo éxito, al menos cierta clase de éxito, y creciente, y una aguda comprensión de todo lo que el mundo y el tiempo pueden ofrecer de agradable e interesante. Pero por debajo de todo está el acuciante sentido de vacío.

"Todo esto es porque `estoy hundida hasta la rodilla en la nieve del invierno' y no puedo salir a pasear. Que llegue la época del deshielo y que pueda salir al bálsamo de los abetos, la paz de los lugares blancos y la `fuerza de las colinas' -¡qué hermosa es esa vieja frase de la Biblia!- y volveré a sentirme entera.

X

"Sencillamente, anoche no pude soportar más el florero lleno de yuyos teñidos que tengo en la repisa del hogar. ¡Qué me importa que hiciera treinta años que estaba allí! Los saqué, abrí la ventana y los arrojé hacia afuera. Esto me alivió y dormí como una criatura. Pero esta mañana el primo Jimmy los había recogido y me los dio en secreto con una suave advertencia de que no vuelva a permitir que `se vuelen' otra vez. Elizabeth se espantaría.

"Volví a ponerlos en el florero. Uno no puede escapar a su destino.

XI

"22 de febrero de 19...

"Hoy hubo un atardecer neblinoso, color crema y luego la luz de la luna. Qué luna. La noche es tal que podría quedarme dormida y soñar felices sueños de jardines, canciones y amistad, sintiendo todo el tiempo, en medio del sueño, el esplendor y el brillo de ese mundo de luna, tan blanco, afuera, mientras se oye una música suave y lejana a través de los pensamientos y las palabras que de ella nacen.

"Salí a dar un paseo solitario por ese feérico mundo esplendoroso. Crucé el huerto donde las sombras negras de los árboles caían sobre la nieve; subí a la colina de un blanco resplandeciente, con las estrellas por encima; me agazapé en bosques de abetos oscuros en su misterio y seguí más allá, por pasadizos de árboles donde la noche se escondía de la luz de la luna; paseé por un campo de ensueño de ébano y marfil. Tenía una cita con una amiga de viejos tiempos: la Señora Viento. Y cada aliento era un poema y cada pensamiento un éxtasis y, al regresar, mi alma estaba limpia, blanca, lavada en el gran baño de cristal de la noche.

"Pero la tía Elizabeth dijo que la gente me iba a creer loca si llegaba a verme vagabundeando sola a esa hora de la noche. Y la tía Laura me hizo beber una infusión de grosellas por si había tomado frío. Sólo el primo Jimmy me comprendió en parte.

"`Saliste para escaparte. Yo lo sé', susurró.

`Mi alma ha pastoreado con las estrellas En las praderas del espacio', susurré, a modo de respuesta.

XII

"26 de febrero de 19...

"Últimamente, Jasper Frost ha estado viniendo desde Shrewsbury. No creo que siga viniendo, después de nuestra conversación de anoche. Me dijo que me amaba con un amor `que va a durar toda la eternidad'. Pero yo consideré que una eternidad con Jasper seria un poco demasiado larga. La tía Elizabeth se va a sentir decepcionada, pobrecita. A ella Jasper le cae bien y los Frost son `una buena familia'. A mí también me cae bien, pero es demasiado formal y acartonado.

`¿Quieres un novio desaseado?', preguntó la tía Elizabeth. "Eso me cerró la boca. Porque no, no me gustaría. "` Ha de haber un término medio', protesté.

"Una muchacha no debe ser demasiado pretenciosa cuando... estoy segura de que la tía Elizabeth iba a decir `pisa los veinticuatro'. Pero cambió a `no es *enteramente* perfecta ella misma'.

"Cómo me gustaría que el señor Carpenter viviera para `oír' los subrayados de la tía Elizabeth. Matan.

XIII

"1 de marzo de 19...

"Una maravillosa música nocturna llega a mi ventana desde el bosque de John el Altivo. No, *ya no es* el bosque de John el Altivo.

"¡El bosque de Emily Byrd Starr!

"Lo compré hoy, con lo que gané con mi última serie. Y es mío... mío... mío. Todas las cosas hermosas que hay en él son mías: los paisajes iluminados por la luna, la gracia del olmo inmenso contra el fondo de la luz de las estrellas, los pequeños valles en sombras, las flores y los helechos, su primavera cristalina, la música del viento más dulce que la de un viejo violín Cremona. Ya nadie puede cortarlo ni profanarlo de ninguna manera.

"Soy tan feliz. El viento es mi camarada y la estrella de la tarde mi amiga.

XIV

"23 de marzo de 19...

"¿Hay un sonido en el mundo más triste y extraño que el alarido del viento entre los tejados y por entre las ventanas en una noche de tormenta? Parece como si todos los angustiosos llantos de hermosas mujeres infelices que murieron y fueron olvidadas hace siglos se repitieran en el gemido del viento, esta noche. Todas mis propias penas del pasado hallan su voz en él como si gimieran, rogando que se les permita volver a entrar en el alma que las arrojó de sí. Hay sonidos extraños en ese viento nocturno que llama a mi pequeña ventana. Oigo los llantos de viejos dolores, y el gemido de viejos desencantos, y las canciones fantasmales de esperanzas muertas. El viento de la noche es el alma errante del pasado. No tiene participación en el futuro, por eso está triste.

XV

"10 de abril de 19...

"Esta mañana me sentí yo misma como no me sucedía en mucho tiempo. Salí a caminar por la Montaña Deliciosa. Era una mañana suave, quieta, nublada, con un hermoso cielo color perla y olor a primavera en el aire. Cada curva del camino en esa colina era una vieja amiga. Y todo era tan joven. Abril no puede ser viejo. Los abetos jóvenes estaban tan verdes y amigables, con gotitas perladas de humedad que les contorneaban las agujas.

`Eres mía', clamaba el mar del otro lado de Blair Water.

`Somos parte de ella', decían las colinas.

`Es mi hermana', dijo un abeto.

"Mientras miraba todo, vino el destello, mi viejo momento supremo que lamentablemente ha venido tan rara vez en estos últimos meses de tristreza. ¿Lo perderé del todo a medida que pasen los años? ¿No tendré nada mío entonces, sino `la luz del día común'?

"Pero al menos vino esta mañana y sentí mi inmortalidad. Después de todo, la libertad es una cuestión del alma.

`La naturaleza jamás traicionó al corazón que la ha amado'

"Siempre tiene el don de sanarnos si vamos a ella con humildad. Los recuerdos persistentes y los descontentos se desvanecen. De pronto sentí que una antigua alegría me esperaba aún, justo al tomar una curva del camino de la colina.

"Esta noche cantan los sapos. ¿Por qué será que la palabra `sapo' es tan graciosa, tan encantadora, tan absurda y tan bonita?

XVI

Librodot

"15 de mayo de 19...

"Sé que cuando esté muerta, dormiré en paz bajo el pasto durante todo el verano, el otoño y el invierno pero, cuando llegue la primavera, mi corazón se agitará y latirá en mi sueño y clamará esperanzado a todas las voces que llamen a lo largo y ancho del mundo sobre mí. La primavera y la mañana se reían la una de la otra hoy y salí a ellas para formar un trío.

"Hoy me escribió Ilse, una carta breve y urticante en lo que hace a noticias, y habla de venir a casa.

"`Extraño', dice. `¿Los pájaros silvestres siguen cantando en los bosques de Blair Water y siguen llamándose las olas más allá de las dunas? Las quiero. Y, ay, ver la luna levantándose por sobre el puerto como la hemos visto tantas veces cuando éramos niñas. Y quiero verte. Las cartas son tan poco satisfactorias. Hay tantas cosas que quisiera hablar contigo. ¿Sabes que hoy me sentí un poco *vieja*. Fue una sensación muy rara'.

"Ni mencionó el nombre de Teddy. Pero me preguntó: ` ¿Es cierto que Perry Miller se comprometió con la hija del juez Elmsley?'.

"Yo creo que no, pero el rumor sirve para mostrar hasta dónde ha subido Perry.

-No puedo... evitarlo. Ay, perdóname por lo que te dije, pequeña Catorce años. No eras una tonta, eras sabia, tú lo sabías.

-Se trastornó un poco -se dijo el primo Jimmy-. Y no es de extrañarse, después de tantos traspiés. Pero pronto recuperará el juicio.

CAPÍTULO 21
I

Teddy e Ilse volvían a casa por apenas diez días en julio. ¿Por qué, se preguntó Emily, siempre venían juntos? No podía ser una mera coincidencia. Temía la visita y deseaba que pasara pronto. Sería lindo volver a ver a Ilse; por alguna razón, no podía sentirse una extraña con ella. Por mucho que estuviera lejos, apenas regresaba uno encontraba a la Ilse de antes. Pero no quería ver a Teddy. Teddy, que se había olvidado de ella. Que no le había escrito nunca desde la última vez que se fue. Teddy, que ya era famoso como pintor de mujeres hermosas. Tan famoso y tan exitoso que, le escribía Ilse, iba a dejar el trabajo en la revista. Emily sintió una especie de alivio al enterarse. Ya no abriría una revista con temor a encontrarse con su propio rostro -o su alma- mirándola desde alguna ilustración con "Frederick Kent" garabateado al pie, como diciendo "que conste a todos los presentes que esta muchacha es mía". A Emily le molestaban menos los dibujos que se parecían a toda su cara que aquellos en los que sólo los ojos eran suyos. Para poder pintar así sus ojos, Teddy tenía que saber todo lo que había en el alma de ella. Pensarlo siempre la llenaba de furia y de vergüenza, y de una espantosa sensación de impotencia. No iba a decirle a Teddy, no podía decírselo, que dejara de usarla de modelo. Jamás se había rebajado a reconocer ante él que se había percatado del menor parecido a ella en sus ilustraciones, y jamás se rebajaría a hacerlo.

Y ahora que él regresaba a casa, podría estar en casa en cualquier momento. Ay, si ella pudiera irse, con cualquier pretexto, por algunas semanas. La señorita Royal quería que fuera a visitarla a Nueva York. Pero no podía irse si venía Ilse.

Bien... Emily se recompuso. ¡Qué estúpida era! Teddy venía a casa, como buen hijo, a ver a su madre, y sin duda se alegraría de ver a los viejos amigos cuando la presencia real de éstos se los trajera a la memoria. ¿Qué había de difícil en esto? Ella tenía que deshacerse de esta absurda vergüenza. Lo haría.

Estaba sentada ante la ventana abierta. Afuera, la noche parecía una flor oscura, pesada, perfumada. Una noche expectante, una noche de esas en las que suceden cosas. Muy serena. Con apenas los sonidos acallados más hermosos, susurros delicadísimos de los árboles, suspiros ligerísimos del viento, un gemido, a medias oído a medias sentido, del mar.

-¡Ay, belleza! -susurró Emily, con apasionamiento, levantando las manos hacia las estrellas-. ¿Qué habría hecho sin ti todos estos años?

La belleza de la noche, su perfume, su misterio. Tenía el alma plena de esa belleza. En ese preciso momento, no había lugar para nada más. Se inclinó hacia afuera y levantó la cara hacia el cielo enjoyado, una cara absorta, extasiada.

Y entonces lo oyó. Una señal suave, platinada, en el bosque de John el Altivo: dos notas altas y una baja, larga, el viejísimo llamado que en un tiempo la habría hecho salir corriendo entre las sombras hacia los abetos.

Emily siguió sentada, como convertida en piedra, con la cara blanca enmarcada por las hiedras que se arracimaban alrededor de la ventana. El estaba allí, Teddy estaba allí, en el bosque de John el Altivo, esperándola, llamándola como antes. ¡Esperándola!

Estuvo a punto de ponerse de pie de un salto, a punto de bajar corriendo las escaleras hasta donde él la esperaba. Pero...

¿El estaba tratando de averiguar si seguía teniendo su antigua ascendencia sobre ella?

Se había ido dos años atrás sin escribirle una palabra de despedida. ¿Podía el orgullo de los Murray aceptar eso? ¿Podía el orgullo de los Murray salir corriendo a encontrarse con el hombre que la había tenido en tan poca consideración? El orgullo de los Murray no podía. El rostro joven de Emily adquirió, a la luz difusa, las líneas de una empecinada determinación. No iría. Que la llamara todo lo que quisiera. "Silba y hacia ti iré, doncel mío"... ¡cómo no! Ya eso había terminado para Emily Byrd Starr. Que Teddy Kent no creyera que podía irse y volver, como se van los años, y que siempre la encontraría esperando dócilmente su señal señorial.

El llamado se oyó otra vez ... dos veces. Él estaba ahí, tan cerca de ella. En un momento, si quería, podía estar junto a él, con sus manos en las de él, con los ojos de él mirándola, tal vez...

¡Se había ido sin despedirse!

Emily se levantó con gesto lento y encendió la lámpara. Se sentó ante su escritorio, cerca de la ventana, tomó la lapicera y se puso a escribir, o a tratar de escribir. Escribió sin detenerse. Al día siguiente encontró hojas cubiertas con repeticiones sin sentido de viejos poemas aprendidos en la escuela y, mientras escribía, escuchaba. ¿Volvería a llamarla? ¿Una vez más? No. Cuando Emily estuvo segura de que no iba a llamarla otra vez apagó la luz y se tendió en la cama con la cara sobre la almohada. El orgullo estaba satisfecho. Le había demostrado que no la manejaba con un silbidito. Ah, cómo agradecía haber tenido la firmeza de no acudir a su llamado. Y seguramente fue por esa razón que su almohada estaba empapada de lágrimas salvajes.

II

Teddy fue a la noche siguiente, con Ilse, en su auto nuevo. Y hubo un apretón de manos, hubo alegra, hubo risas, ay, cómo se rieron. Ilse se veía radiante con un inmenso sombrero amarillo adornado de rosas rojas. Unos de esos sombreros ridículos que sólo a Ilse le quedaban bien. Qué diferente de la Ilse abandonada y descuidada de antaño. Pero tan encantadora como siempre. Teddy también estuvo encantador, con la mezcla justa de interés y desinterés de un viejo residente que vuelve al lugar de su infancia. Interesado en todo y en todos. ¡Ay, sí, y mucho! Me dijo Ilse que vas a publicar un libro. Estupendo. ¿De qué se trata? Tengo que conseguir un ejemplar. Blair Water casi igual. Delicioso volver a un lugar donde el tiempo parece haberse detenido.

Emily casi creyó haber soñado el silbido en el bosque de John el Altivo.

Pero fue a pasear a Priest Pond con él e Ilse, e hicieron una sensación, porque los autos eran una gran novedad por esos lares. Y se divirtieron mucho, ese día y todos los otros días de la visita. Ilse pensaba quedarse tres semanas, pero resultó que sólo pudo quedarse cinco días. Y Teddy, que parecía ser amo de su propio tiempo, decidió irse también. Y los dos fueron a decirle adiós a Emily y todos fueron a un paseo de despedida bajo la luna y se rieron mucho e Ilse, con un abrazo, afirmó que era igual que los viejos tiempos, con lo cual Teddy estuvo de acuerdo.

-Faltaría Perry -se corrigió él-. Lamento no haberlo visto. Tengo entendido que avanza como un fuego en el bosque.

Perry había ido a la Costa por unos negocios de su firma. Emily alardeó un poco sobre él y sus éxitos. Que Teddy Kent no creyera que él era el único que estaba "llegando".

-¿Tiene mejores modales que antes? -preguntó Ilse.

-Sus modales son suficientemente buenos para nosotros, sencillos habitantes de la Isla Príncipe Eduardo -respondió Emily, con tono desagradable.

-Está bien, admito que nunca lo vi escarbarse los dientes en público -admitió Ilse-. ¿Saben? -agregó, con una furtiva mirada de soslayo a Teddy, que Emily notó de inmediato-. En un tiempo creí que estaba enamorada de Perry Miller.

-¡Afortunado Perry! -dijo Teddy con lo que pareció una mansa sonrisa de entendimiento.

Ilse no le dio un beso de despedida a Emily, sino un apretón de manos, como Teddy. Emily les daba las gracias a sus estrellas, muy en serio esta vez, por no haber acudido cuando Teddy le silbó, si es que le había silbado. Los otros dos se fueron, llenos de alegría, por el camino. Pero cuando, un momento después, Emily se volvió para regresar a Luna Nueva, oyó pisadas rápidas a sus espaldas y se sintió envuelta en un abrazo de seda.

Emily, querida, adiós. Te quiero tanto como siempre, pero todo ha cambiado tanto, ya no podemos volver a encontrar las Islas Encantadas. Me gustaría no haber venido, pero díme que me quieres y que siempre me querrás. No podría soportar que no me quisieras.

-Claro que te querré siempre, Ilse.

Se dieron un beso demorado, casi triste, entre los perfumes delicados, fríos, dulces, de la noche. Ilse caminó por el sendero hasta donde Teddy ronroneaba y resplandecía esperándola -mejor dicho, su auto- y Emily volvió a Luna Nueva donde la esperaban sus dos tías viejas y el primo Jimmy.

-¿Se casarán algún día Ilse y Teddy? -se preguntó la tía Laura.

-Es hora de que Ilse siente cabeza -dijo la tía Elizabeth.

Librodot

-Pobre Ilse -dijo el primo Jimmy, inexplicablemente.

III

Un hermoso día de noviembre, a fines del otoño, Emily volvía a casa desde el correo con una carta de Ilse y un paquete. Temblaba de una emoción y un entusiasmo que fácilmente pasaban por felicidad. Todo el día había sido una extraña e irrazonable delicia de madura luz del sol sobre las colinas secas, de leves brotes en los bosques lejanos y de un suave cielo azul salpicado por el gris de algunas nubecitas, como velos hechos a un lado. Emily se había despertado esa mañana soñando con Teddy, con su querido Teddy, su amigo de antaño, y anduvo todo el día perseguida por la extraña sensación de la cercanía del muchacho. Le parecía oír sus pasos a su lado, sentía como si en cualquier momento pudiera toparse con él al tomar una curva bordeada de abetos en el camino rojo o al bajar a un valle lleno de sol donde los helechos crecían espesos y dorados, como si fuera a encontrarse con su sonrisa, sin un asomo de cambios entre los dos, olvidados los años de exilio y separación. Hacía tiempo que no pensaba mucho en él. Durante el verano y el otoño había estado muy ocupada, estaba trabajando mucho en una nueva historia, las cartas de Ilse habían sido pocas y breves. ¿Por qué esta súbita sensación de la cercanía de él? Cuando recibió la abultada carta de Ilse, estuvo segura de que tenía que haber noticias de Teddy en ella.

Pero era el paquetito el responsable de su entusiasmo. Tenía el logotipo de la Editorial Wareham y Emily sabía lo que tenía que contener: su libro, su La moral de la rosa.

Fue a casa de prisa, por el camino vecinal, el viejo caminito donde erraba el vagabundo y el amante iba al encuentro de su amada, donde el niño salía a buscar la alegría y los hombres cansados regresaban a casa, el camino que al final se unía a la pradera aledaña al lago de Blair Water y al Camino del Ayer.

Una vez en la soledad de arbustos grises del Camino del Ayer, Emily se sentó en una glorieta de helechos marrones y abrió el paquete.

Ahí estaba su libro. Su libro, recién salido de imprenta. Fue un momento maravilloso, emotivo, lleno de orgullo. ¿La cumbre del Sendero Alpino, al fin? Emily levantó los ojos brillantes al azul profundo del cielo de noviembre y vio pico tras pico azul, iluminados por el sol que se erguían más allá. Siempre nuevas cumbres de aspiración. Uno en realidad jamás llegaba a la cima. ¡Pero qué momento cuando se llegaba a una meseta con una vista como ésta! ¡Qué recompensa a los largos años de esfuerzo, de trabajo arduo, de desilusiones, de desaliento!

¡Ay, pero su El vendedor de los sueños, que no había nacido!

IV

Esa tarde, el entusiasmo en Luna Nueva casi igualó al de Emily. El primo Jimmy hizo a un lado, sin ruborizarse, su plan de terminar de arar el campo de la colina, para sentarse en casa y regodearse con el libro. La tía Laura lloró -obvio- y la tía Elizabeth aparentó indiferencia y sólo comentó, con tono de sorpresa, que estaba encuadernado como un libro de verdad. Evidentemente, la tía Elizabeth esperaba tapas de papel. Pero esa tarde cometió algunos errores muy tontos en la colcha de retazos que estaba cosiendo y ni una vez le preguntó a Jimmy por qué no estaba arando. Y cuando hubo visita más tarde, misteriosamente La moral de la rosa estaba sobre la mesa de la sala, aunque había estado sobre el escritorio de Emily cuando la tía Elizabeth vio que el automóvil se acercaba a la casa. La tía Elizabeth no hizo mención al libro y ninguna de las visitas lo vio. Cuando se fueron, la tía Elizabeth dijo, de manera fulminante, que John Angus estaba más tonto que nunca y que, si ella fuera la prima Margaret, no usaría ropa adecuada para personas veinte años menores que ella.

-Una oveja vieja vestida como una corderita -dijo la tía Elizabeth, despectiva.

Si las visitas hubieran hecho lo que se esperaba de ellas con respecto a La moral de la rosa, probablemente la tía Elizabeth habría dicho que John Angus siempre había sido una persona muy jovial y de buen corazón y que era increíble lo bien que se conservaba la prima Margaret.

V

Con todo el entusiasmo, Emily no se había olvidado exactamente de la carta de Ilse, pero quiso esperar a que las cosas se calmaran un poco antes de leerla. Al atardecer, fue a su habitación y se sentó a la luz mortecina. El viento había cambiado al ponerse el sol y la noche estaba fresca. Lo que Jimmy llamaba un "dejo" de nieve había caído inesperadamente y blanqueado el mundo y el jardín marchito y afeado. Pero la nube de tormenta había pasado y el cielo se veía claro y amarillo por encima de las colinas blancas y los abetos oscuros. El extraño perfume que Ese siempre usaba salió de la carta cuando Emily la abrió. A ella nunca le había gustado mucho ese perfume. Pero, claro, su gusto difería del de Ilse en el tema de los perfumes como en tantos otros. A IIse le gustaban los aromas exóticos, orientales, provocativos. Hasta el día de su muerte, Emily nunca podría percibir ese perfume sin ponerse' fría y sentir que se le daba vuelta el estómago.

"Planeé escribirte exactamente mil veces", escribía Ilse, "pero cuando uno gira con rapidez en la rueda de las cosas, parece que no hay tiempo para hacer lo que uno realmente quiere hacer. Todos estos meses he estado tan ocupada, que me he sentido como el gato que se está salvando del perro por centímetros. Si me detengo a tomar aliento, me atrapa".

"Pero esta noche mi espíritu me impulsa a maullar un poco. Tengo algo que contarte. Hoy me llegó tu preciosa carta, de modo que esta noche voy a escribirte, y que el perro me devore si quiere."

"Me alegro de que estés bien y de buen humor. A veces te envidio con ganas, Emily: la tranquilidad, la paz y el tiempo libre que tienes en Luna Nueva, tu concentración y satisfacción inmensas en tu trabajo, el hecho de que tengas un solo objetivo. `Si tu ojo es uno, todo tu cuerpo se verá lleno de luz'. Eso es de la Biblia o de Shakespeare pero, sea de donde sea, es cierto. Recuerdo que una vez me dijiste que envidiabas mis oportunidades de viajar. Emily querida, correr de una parte a otra no es viajar. Si tú fueras como tu tonta Ilse, persiguiendo una docena de ambiciones y proyectos furtivos, no serías tan feliz. Siempre me recuerdas-me lo has recordado

siempre, incluso durante nuestra niñez- el verso de no sé quién, que dice `su alma era como una estrella y vivía alejada`

"Bueno, cuando uno no puede alcanzar lo que de verdad desea, no se puede evitar correr detrás de lo que sea que pueda convertirse en un buen sustituto. Sé que siempre me has considerado una burra porque me interesaba tanto por Perry Miller. Sé que nunca lo entendiste del todo. No podías. En realidad a ti nunca nadie te importó demasiado, ¿verdad, Emily? Por eso me considerabas una idiota. Creo que lo era. Pero en el futuro voy a ser sensata. Me voy a casar con Teddy Kent."

"¡Ya está, lo dije!"

VI

Emily dejó, o soltó, la carta por un momento. No sintió dolor ni sorpresa, no se sienten ninguna de las dos cosas, dicen, cuando una bala atraviesa el corazón. Le pareció que siempre había sabido que esto sucedería, siempre. Al menos, desde la noche de la cena en lo de la señora Chidlaw. Y, sin embargo, ahora que de verdad había sucedido, le pareció que sufría todo lo de la muerte, excepto lo piadoso de morirse. En el espejo oscuro, mortecino, frente a ella vio su propio rostro. ¿Emily la del espejo había tenido alguna vez esa expresión? Pero la habitación era la misma. Después de un momento -más bien años- Emily tomó la carta y siguió leyendo.

"Claro que no estoy enamorada de Teddy. Pero se me ha vuelto una costumbre. No puedo vivir sin él ...y ahora tengo que vivir sin él o casarme con él. Se niega a seguir aceptando mis dudas. Además, va a ser muy famoso. Me gustará ser la esposa de un hombre famoso. También va a estar lleno de billetes verdes. No es que yo sea una mercenaria, Emily. La semana pasada le dije 'no' a un millonario. Y era un tipo agradable, pero con una cara como una morsa bondadosa, si existe algo así. Él se puso a llorar cuando le dije que no iba a casarme con él. Ay, fue espantoso.

"Sí, es más que nada ambición, eso lo admito. Y una especie de extraño cansancio e impaciencia con mi vida como ha sido en los últimos años. Todo me parece como si se hubiera secado. Pero a Teddy lo quiero de verdad, siempre lo he querido. Es agradable, buena compañía y tenemos exactamente el mismo gusto para las bromas. Y nunca me aburre. No soporto a la gente que me aburre. Claro que, para ser hombre, es demasiado buen mozo, siempre será blanco apropiado para las cazadoras de cabezas. Pero, como no lo quiero demasiado, no me torturarán los celos. En las primeras caminatas de la vida, cuando mi pecho era joven, podría haber frito en aceite hirviente a cualquiera-exceptuándote a ti- a quien Perry Miller le pusiera ojos de carnero degollado."

"Hace años que lo pienso y hace semanas que lo sé: esto algún día tenía que suceder. Pero he estado eludiendo a Teddy; le impedía decir las palabras que irían a unirnos de verdad.

No sé si alguna vez hubiera juntado el coraje para permitirle que las dijera, hasta que el destino metió la pata. Una tarde, hace dos semanas, salimos a pasear y se vino una tormenta de esas especialmente furibundas. Fue muy duro emprender la vuelta, no había ni un lugar en ese camino de montaña solitario y desierto donde poder detenerse, la lluvia caía a cántaros, el trueno no dejaba de retumbar y los relámpagos asustaban. Era insoportable y nosotros no lo soportamos. Nos pusimos a maldecir. Hasta que aclaró tan súbitamente como había comenzado y a mí me traicionaron los nervios, ¡imagínate! Ahora tengo nervios. Me puse a llorar como una nenita tonta y aterrorizada. Y Teddy me abrazó y me dijo que tenía que casarme con él, que él iba a cuidarme. Supongo que

dije que sí porque es obvio que está convencido de que estamos comprometidos. Me regaló un cachorrito chow azul y un anillo de zafiro, un zafiro que compró en algún lugar de Europa, una joya histórica por la cual una vez se cometió un asesinato, creo."

"Creo que va a ser lindo que alguien me cuide. A mí nunca nadie me cuidó, tú lo sabes. Papá no me quiso hasta que se enteró de la verdad sobre mi madre (¡qué bruja fuiste!). Y después de eso me adoró y me malenseñó. Pero, en realidad, siguió sin ocuparse en lo más mínimo de mí."

"Vamos a casarnos en junio. Creo que papá se va a poner contento. Para él, Teddy siempre fue un muchacho especial. Además, creo que estaba empezando a asustarse de que yo no enganchara marido. Papá alardea de ser muy radical pero, en el fondo de su corazón, es más victoriano que cualquier victoriano."

"Está de más decir que tú serás mi dama de honor. Ah, Emily querida, cómo desearía poder verte esta noche, hablar contigo, en una de esas conversaciones nuestras de antes, caminar contigo por la Montaña Deliciosa y por el borde del bosque, congelado y lleno de helechos, andar por el viejo jardín junto al mar donde crecen las rojas amapolas, todos nuestros lugares familiares. Desearía, creo que de verdad lo desearía, ser otra vez la salvaje Ilse Burnley de antes, descalza y en harapos. La vida todavía es agradable, no digo que no lo sea. Muy agradable, de a ratos, como el chiste del marido de la rata. Pero, ay, `el primer éxtasis sin una preocupación en el mundo'. Los petirrojos pueden recuperarlo; nosotras, no. Emily, vieja amiga mía, ¿no harías retroceder las agujas del reloj si pudieras?"

VII

Emily leyó la carta tres veces. Luego se sentó un largo rato junto a la ventana, mirando sin ver el descolorido mundo en penumbras que se tendía bajo la terrible burla de un cielo lleno de estrellas. Alrededor de los tejados, el viento estaba plagado de voces fantasmales. Uno u otro fragmento de la carta de Ilse giraban, se retorcían y desaparecían en su cabeza como víboras venenosas, cada una con una picadura mortal.

"El hecho de que tengas un solo objetivo", "en realidad a ti nunca nadie te importó demasiado", "está de más decir que tú serás mi dama de honor", "pero a Teddy lo quiero de verdad", "mis dudas".

¿Podía cualquier mujer tener alguna duda para aceptar a Teddy Kent? Emily oyó una nota de risa amarga. ¿Era algo dentro de ella que reía, o era el espectro de Teddy que la había perseguido durante todo el día, o una antigua esperanza, sofocada pero persistente, que reía antes de morir?

En ese preciso momento probablemente Ilse y Teddy estaban juntos.

"Si hubiera ido... aquella noche... el verano pasado ... cuando me llamó, ¿habrían sido distintas las cosas?" era una pregunta que se formaba una y otra vez, enloquecedoramente.

"Ojalá pudiera odiar a Ilse. Lo haría todo más fácil, pensó, melancólica. Si ella amara a Teddy, creo que podría odiarla. Por alguna razón no es tan espantoso, porque no lo ama. Tendría que ser peor. Es extraño que pueda soportar la idea de que él la ame y que no pueda soportar la idea de que ella lo ame a él.

De pronto, un gran cansancio se apoderó de Emily. Por primera vez en su vida, la muerte le pareció una amiga. Era muy tarde cuando por fin se fue a la cama. Hacia la mañana pudo dormir un poco. Pero se despertó, estúpidamente, al amanecer. ¿Qué era lo que le habían contado?

Lo recordó.

Se levantó y se vistió, como debería levantarse y vestirse todas las mañanas por venir durante años interminables.

-Bien -le dijo en voz alta a la Emily del espejo-, al parecer, he arrojado la copa del vino de la vida al suelo. Y no hay más. De modo que debo sufrir sed. ¿Habría sido diferente si aquella noche en que me llamó, yo hubiera ido? ¡Si pudiera saberlo! -Se imaginó los ojos irónicos y compasivos de Dean.

De pronto rió.

-En pocas palabras, como diría Ilse, ¡qué lío del demonio hice con todo!

CAPÍTULO 22

I

La vida continuó, por supuesto, a pesar de ser tan horrible. La rutina de la existencia no se detiene porque uno se siente desgraciado. Hubo incluso momentos que no fueron tan malos. Emily volvió a medir sus propias fuerzas contra el dolor y volvió a vencer. Con el orgullo de los Murray y la reserva de los Starr sosteniéndola, le escribió a Ilse una carta de buenos deseos que nadie habría podido criticar. ¡ Si fuera eso lo único que tenía que hacer! Si la gente no siguiera hablándole de Ilse y Teddy.

-Él anunció el compromiso en los diarios de Montreal y luego en los de la Isla.

-Sí, están comprometidos y que Dios nos proteja a todos -dijo el doctor Burnley, pero no podía ocultar su satisfacción-. En un tiempo creí que eras tú la que se iba a casar con Teddy -le dijo con jovialidad a Emily, que le sonrió con gracia y dijo algo sobre que lo inesperado siempre sucede.

-La verdad es que la boda será como corresponde -afirmó el doctor-. No sé cuánto tiempo hace que no hay un casamiento en la familia. Yo pensaba que se habían olvidado. Les voy a enseñar cómo se hace. Me dijo Ilse que serás su dama de honor. Quiero que lo supervises todo. No se le puede confiar una boda a un ama de llaves.

-Lo que sea que pueda hacer, por que le significara la muerte. Hasta sería la dama de honor.

De no haber sido por esto que le esperaba, habría podido pasar el invierno más o menos feliz. Pues La moral de la rosa fue un éxito desde el principio. La primera edición se agotó en diez días, tres grandes ediciones en dos semanas, cinco en ocho semanas. Por todos lados se oían rumores exagerados sobre el aspecto pecuniario. Por primera vez el tío Wallace la miró con respeto y la tía Addie deseó en secreto que Andrew no se hubiera consolado tan pronto. La vieja prima Charlotte, de Derry Pond, se enteró de las varias ediciones y opinó que Emily debía de estar muy ocupada si tenía que armar todos esos libros y coserlos. La gente de Shrewsbury estaba furiosa porque creía verse en el libro. Todas las familias creían ser los Applegath.

"Tuviste razón al no venir a Nueva York", le escribió la señorita Royal. "Jamás habrías podido escribir La moral de la rosa aquí. En las calles de la ciudad no crecen rosas silvestres. Y tu historia es como una rosa silvestre, deliciosa, toda dulzura y sorpresa, con pequeñas espinas de ingenio y sátira. Tiene fuerza, delicadeza, comprensión. No es sólo contar cuentos. Tiene magia. Emily Byrd Starr, ¿de dónde sacas esa aguda comprensión de la naturaleza humana, criatura?"

Dean también le escribió: "un buen trabajo creativo, Emily. Tus personajes son naturales, humanos y encantadores. Y me gusta el reluciente espíritu de juventud que irradia de todo el libro".

II

Librodot

-Tenía esperanzas de aprender algo de las críticas, pero son muy contradictorias -dijo Emily-. Lo que para un crítico es el mayor mérito del libro para otro es su peor defecto. Escuchen esto: "La señorita Starr no logra que sus personajes sean convincentes" y "Uno no puede evitar pensar que algunos de sus personajes han sido copiados de la vida real. Son tan absolutamente reales que no pudieron haber sido obra de la imaginación".

-Te dije que la gente reconocería al viejo Douglas Courcy -interrumpió la tía Elizabeth.

-"Un libro muy aburrido", "un libro encantador", "ficción muy común", "en cada página se hace evidente la obra del artista consumado", "un libro de un romanticismo débil y barato", "una cualidad clásica en el libro", "una historia única de un nivel de labor literaria poco común", "una historia tonta, sin valor, sin color y vaga", "algo efímero" y "un libro destinado a vivir". ¿A quién hay que creerle?

-Yo creería sólo en las críticas favorables -dijo la tía Laura.

Emily suspiró.

-Mi tendencia es hacer precisamente lo contrario. No puedo evitar pensar que las desfavorables son las acertadas y que las favorables las escribieron tontos. Ahora bien, en realidad, no me importa mucho lo que digan del libro. Pero cuando critican a mi heroína me siento dolida y furiosa. Me puse roja de rabia cuando leí las críticas a mi querida Peggy. "Una muchacha de una estupidez extraordinaria", "la heroína tiene una conciencia demasiado marcada de su misión".

-Para decir la verdad, a mí me pareció un poquito coqueta -admitió el primo Jimmy.

-"Una heroína ligera y dulce", "la heroína es una aburrida", "delicada, pero demasiado".

-Te dije que no tenía que tener ojos verdes -se quejó el primo Jimmy-. Una heroína tiene que tener siempre ojos azules.

-Ah, pero escuchen esto -exclamó Emily-. "Peggy Applegath es sencillamente irresistible", "Peg es una personalidad notoriamente vital", "una heroína fascinante", "Peg es demasiado encantadora como para no creer en ella cuando estamos bajo su embrujo", "una de las muchachas inmortales en la historia de la literatura". ¿Qué me dices ahora de los ojos verdes, primo Jimmy?

El primo Jimmy sacudió la cabeza. No estaba convencido.

-Aquí hay una crítica para ti -se burló Emily-. "Un problema psicológico con raíces que se extienden hacia profundidades subliminales que le habría dado peso y valor al libro de haber sido consideradas de una manera sincera".

-Conozco el significado de todas esas palabras solas, excepto dos, pero a todas juntas no les encuentro ningún sentido -rezongó el primo Jimmy, con pesar.

-"Por debajo del tono sugerente y del encanto de la atmósfera hay una espléndida firmeza en la delineación de los personajes"

-Eso tampoco lo entendí -confesó el primo Jimmy-, pero suena favorable.

-"Un libro convencional; un lugar común".

-¿Qué quiere decir "convencional"? -preguntó la tía Elizabeth, que no habría preguntado por "transubstanciación" o "agnosticismo".

-"Escrito de una manera hermosa y lleno de un humor chispeante. La señorita Starr es una verdadera artista de la literatura".

-Ah, ese crítico tiene buen sentido -ronroneó el primo Jimmy.

-"La impresión general que deja el libro es de que podría ser mucho peor".

-Ése quiso pasar por ingenioso, creo -dijo la tía Elizabeth, olvidada en apariencia del hecho de que ella había dicho exactamente lo mismo.

-"A este libro le falta espontaneidad. Es empalagoso y melodramático, sensiblero e ingenuo".

-Yo sé que me caí en el pozo -dijo el primo Jimmy, con movedor-. ¿Por eso es que no le encuentro ni pies ni cabeza a eso?

-Aquí hay uno que vas a entender. "La señorita Starr ha de haber inventado el huerto de los Applegath como inventó a su heroína de ojos verdes. No hay huertos en la Isla del Príncipe Eduardo. Los destruyen los fuertes vientos salados que soplan sobre esa estrecha franja arenosa".

-Por favor, Emily, vuelve a leer eso.

-Emily obedeció. El primo Jimmy se rascó la cabeza y luego la sacudió.

-¿Y a esos los dejan andar sueltos?

-"La historia es encantadora y está contada de una manera encantadora. Los personajes han sido descriptos con habilidad y el diálogo se ha manejado con inteligencia, los pasajes descriptivos son sorprendentemente efectivos. El humor tranquilo es una delicia".

-Espero que ésa no te haga vanidosa, Emily -le advirtió la tía Elizabeth.

-En ese caso, acá hay un antídoto. "Esta historia débil, pretenciosa y sentimental -si se le puede llamar historia está llena de banalidades y trivialidades. Un conglomerado de episodios inconexos y fragmentos de conversaciones mezclados con largos períodos de reflexión y auto-examen".

-Me pregunto si la persona que escribió eso sabía el significado de las palabras -dijo la tía Laura.

-"La escena de esta historia se desarrolla en la Isla Príncipe Eduardo, una porción de tierra separada de la tierra firme junto a las costas de Terranova".

-¿Los yanquis jamás estudian geografía? -bufó el primo Jimmy.

-"Una historia que no va a corromper a sus lectores".

-Ése es un verdadero cumplido -dijo la tía Elizabeth. El Primo Jimmy pareció dudar. Sonaba bien pero... claro que el libro de la querida Emily no podía corromper a nadie, pero...

-"Hacer la crítica de un libro de este tipo es como intentar examinar el ala de una mariposa o arrancarle los pétalos a una rosa para descubrir el secreto de su fragancia".

-Demasiado rimbombante -juzgó la tía Elizabeth.

-"Sentimentalismo almibarado que evidentemente la autora confunde con imaginación poética".

-Cómo me gustaría romperle la crisma a ése -dijo el primo Jimmy, acalorado.

-"Una lectura inofensiva y fácil".

-No sé por qué, pero eso no me gusta mucho -comentó la tía Laura.

-"Esta historia le hará surgir una sonrisa en los labios, pero también en el corazón".

-Bueno, eso es hablar claro. Eso lo puedo entender -dijo el primo Jimmy.

-"Lo empezamos, pero nos fue imposible terminar este libro aburrido e insípido"

-Lo que yo diría -dijo el primo Jimmy, indignado- es que cuanto más leo La moral de la rosa más me gusta. Ayer me puse a leerlo por cuarta vez y era tan interesante que casi me olvido de la cena.

Emily sonrió. Era mejor haber ganado un lugar con los moradores de Luna Nueva que con el mundo. Qué importaba lo que dijera cualquier crítico cuando la tía Elizabeth comentó, con aire de dar el juicio final:

-Bueno, yo nunca habría creído que un montón de mentiras pudiera sonar tanto a verdad, como ese libro.

CAPÍTULO 23
1

Volviendo a casa de una visita tardía, una noche de enero, Emily decidió tomar el camino vecinal que bordeaba el Tansy Patch. Había sido un invierno casi sin nieve y el suelo bajo sus pies se sentía desnudo y duro. Parecía la única criatura viviente en medio de la noche y caminaba despacio, saboreando el delicado embrujo fantasmal y extraño de los prados sin flores y los bosques silenciosos y de la luna, que se abría paso súbitamente por entre las nubes negras, sobre el llano de abetos puntiagudos. Intentaba, con mayor o menor éxito, no pensar en la carta que había recibido ese día de Ilse, una de esas cartas alegres e incoherentes de Ilse en la que sólo un hecho resaltaba. Se había fijado la fecha de la boda: el quince de junio.

"Quiero que para la boda te hagas un vestido de gasa azul azucena sobre tafetas color marfil, querida. ¡Te quedaría hermoso con tus sedosos cabellos negros!

"Mi traje de novia va a ser de terciopelo color marfil y la vieja tía abuela Edith, la que vive en Escocia, me va a mandar su velo de tul recamado y la tía abuela Theresa, de la misma histórica tierra, me manda una cola de un encaje de plata oriental que el marido le trajo de Constantinopla. Lo cubriré con tul. ¿No voy a estar deslumbrante? Creo que las buenas viejecitas ni sabían de mi existencia hasta que papá les escribió de mis `inminentes nupcias'. Papá está mucho más entusiasmado que yo con todo esto.

"Teddy y yo pasaremos la luna de miel en viejas posadas y lugares poco concurridos de Europa, lugares adonde a nadie se le ocurre ir, Vallambroso y nombres por el estilo. Ese verso de Milton siempre me ha intrigado: `espeso como las hojas del otoño que cubren los arroyos en Vallambroso'. Cuando uno lo saca de su horrible contexto es una imagen deliciosa.

"Iré a casa en mayo para los últimos preparativos y Teddy irá el primero de junio a pasar un tiempo con su madre. ¿Cómo se lo tomó ella, Emily? ¿Tienes idea? A Teddy no puedo sonsacarle nada, de modo que supongo que ella no está contenta. Siempre me odió, lo sé. Pero, claro, parecía odiar a todo el mundo, a ti en especial. No seré muy afortunada con la suegra que me toca. Siempre tendré la desagradable sensación de que en secreto va a maldecirme. Pero Teddy compensa lo de ella. Es un encanto. Yo no tenía idea de que podía ser tan encantador y cada día lo quiero más. En serio. Cuando lo miro y me doy cuenta de lo buen mozo y encantador que es, no entiendo por qué no estoy perdidamente enamorada de él. Pero es mucho más cómodo no estarlo. Si lo estuviera, me moriría cada vez que peleamos. Nos peleamos todo el tiempo, tú me conoces. Siempre nos pelearemos. Estropeamos todos los momentos maravillosos con una pelea. Pero la vida no va a ser aburrida."

Emily se estremeció. Su propia vida, en esos precisos momentos, le parecía oscura y despojada. Ay, qué bueno sería todo cuando pasara la boda, esa boda donde

ella debía haber sido la novia, sí, debía haberlo sido, pero sería la dama de honor, y que la gente terminara de hablar del tema. "¡Azul azucena sobre tafetas color marfil!" Tela de arpillera y cenizas, mejor.

II

-Emily. Emily Starr.

Emily casi pegó un salto. No había visto a la señora Kent en esa oscuridad hasta que estuvieron casi cara a cara en el caminito vecinal que llevaba a Tansy Patch. Estaba de pie, allí, con la cabeza descubierta, a pesar del frío de la noche, y le tendía una mano.

-Emily, quiero hablar contigo. Te vi pasar por aquí a la caída del sol y desde entonces he estado esperando que regresaras. Ven a casa.

Emily habría preferido negarse. Sin embargo, se volvió y subió en silencio el camino empinado y cubierto de raíces, mientras que la señora Kent iba ligera adelante, como una hojita muerta impulsada por el viento. Atravesaron el viejo jardín escabroso, donde no nacía otra cosa que hierba lombriguera, y entraron en la casita, tan desordenada como siempre. La gente decía que Teddy Kent podría arreglarle un poco la casa a su madre si estaba haciendo tanto dinero como se decía. Pero Emily sabía que la señora Kent no se lo permitiría, no querría que se cambiara nada.

Miró a su alrededor con curiosidad. Hacía muchos años que no venía, desde los lejanos días en los que ella, Ilse y Teddy habían sido niños. Parecía que nada había cambiado. Como antaño, la casa parecía con miedo de las risas. Daba la sensación de que alguien siempre rezaba en ella. Tenía una atmósfera de plegaria. Y el viejo sauce del oeste seguía golpeando contra la ventana con fantasmagóricos dedos. Sobre la repisa del hogar había una fotografía reciente de Teddy, una buena. Parecía a punto de hablar, de decir algo triunfante, exultante.

"Emily, encontré el oro del arco iris. La fama...y el amor."

Emily le dio la espalda y se sentó. La señora Kent se sentó enfrente. Era una figura descolorida y arrugada, con esa larga cicatriz que le atravesaba con su palidez la boca de rictus amargo y la cara arrugada, esa cara que tuvo que haber sido muy bonita en un tiempo. Miraba a Emily intensa e interrogativamente pero, según Emily vio en seguida, el antiguo odio abrasador le había desaparecido de los ojos, ojos cansados que en un tiempo debieron de ser jóvenes, ávidos e iluminados por la risa. Se inclinó hacia adelante y le tocó el brazo a Emily con sus delgados dedos, parecidos a garras.

-Sabes que Teddy va a casarse con Ilse Burnley -dijo.

-Sí.

-¿Qué sientes?

Emily se agitó, impaciente.

-¿Qué interesan mis sentimientos, señora Kent? Teddy ama a Ilse. Ella es hermosa, brillante, cálida. Estoy segura de que van a ser muy felices.

-Tú aún lo amas?

Emily se preguntó por qué no sentía resentimiento. Pero la señora Kent no habría de ser juzgada con parámetros comunes. Y he aquí una buena oportunidad para

Librodot

salvar su prestigio con una mentirita, unas pocas palabras llenas de indiferencia. "Ya no, señora Kent. Ay, sé que en un tiempo pensé que lo amaba, pero, lamentablemente, imaginar ese tipo de cosas es mi debilidad. He descubierto que no me interesa en lo más mínimo."

¿Por qué no podía decirlo? Bien, no podía, eso era todo. Nunca podría, con ninguna palabra, negar su amor por Teddy. Era tanto una parte de sí misma, que tenía un derecho divino a la verdad. ¿Y no había, también, un alivio secreto en sentir que había al menos una persona con la que podía ser ella misma, ante quien no debía simular ni ocultar nada?

-No creo que tenga derecho a hacerme esa pregunta, señora Kent. Pero... sí.

La señora Kent rió en silencio.

-Yo antes te odiaba. Ya no te odio. Ahora somos una, tú y yo. Las dos lo amamos. Y él se ha olvidado de nosotras, no le importamos nada, se ha ido con ella.

-A usted la quiere, señora Kent. Siempre la quiso. Supongo que entenderá que hay más de un tipo de amor. Y espero que no odie a Ilse, porque Teddy la ama.

-No, no la odio. Es más hermosa que tú, pero no tiene ningún misterio. Jamás lo poseerá por completo como tú lo habrías poseído. Es muy diferente. Pero quiero saber algo, ¿eres desdichada por esto?

-No. Sólo por breves momentos, a veces. En general estoy demasiado abocada a mi trabajo como para ponerme a pensar mórbidamente en lo que no puede pertenecerme.

La señora Kent la escuchó con avidez.

-Sí, sí, exacto. Lo pensé. Los Murray son tan sensatos. Algún día... algún día... te alegrarás de que las cosas hayan sido así, te alegrarás de que Teddy no te haya querido. ¿No te parece?

-Tal vez.

-Ah, estoy segura. Es muchísimo mejor para ti. Ah, no sabes el sufrimiento, la miseria de la que te salvas. Es una locura amar demasiado. Dios es celoso. Si te casaras con Teddy, él te destrozaría el corazón, siempre lo hacen. Es mejor... con el tiempo te darás cuenta de que es mejor.

Tap...tap...tap golpeaba el viejo sauce.

-Tenemos que seguir hablando de esto, señora Kent?

-¿Recuerdas aquella noche cuando los encontré a Teddy y a ti en el cementerio? -preguntó la señora Kent, al parecer sorda a la pregunta de Emily.

-Sí. -Emily se descubrió recordando todo muy vívidamente: aquella noche extraña y maravillosa cuando Teddy la salvó del loco Morrison y le dijo cosas tan dulces e inolvidables.

-¡Ay, cómo te odié aquella noche! -exclamó la señora Kent-. Pero no tendría que haberte dicho esas cosas. Toda la vida he dicho cosas que no debía. Una vez dije algo terrible, algo muy terrible. El eco de lo que dije no dejará de resonarme jamás en los oídos. ¿Recuerdas lo que tú me dijiste a mí? Por eso permití que Teddy se apartara de mí. Fue por lo que tú dijiste. Y si él no se hubiera ido, no lo habrías perdido. ¿Lamentas haber hablado de aquella manera?

-No. Si cualquier cosa que haya dicho ayudó a allanarle el camino, me alegro... me alegro.

-¿Lo harías otra vez?

-Lo haría.

-¿Y no odias a Ilse? Tiene lo que tú querías. Tienes que odiarla.

-No la odio. Quiero a Ilse tanto como siempre. No me ha quitado nada que hubiera sido mío alguna vez.

-No lo entiendo... no lo entiendo -susurró casi la señora Kent-. Mi amor no es así. Quizá sea por eso que siempre me ha hecho tan desgraciada. No, ya no te odio. Pero cómo te odié. Sabía que Teddy te quería más que a mí. ¿Ustedes no hablaban de mí, no me criticaban?

-Nunca.

-Yo creía que sí. Todo el mundo siempre lo ha hecho, siempre.

De pronto, la señora Kent pegó con fuerza una mano con la otra.

-¿Por qué no me dijiste que ya no lo amabas? ¿Por qué no me lo dijiste, aunque fuera mentira? Eso era lo que yo quería oír. Podría haberte creído. Los Murray no mienten nunca.

-Ah, ¿qué importa? --exclamó la atormentada Emily-. Ahora mi amor no significa nada para él. Él le pertenece a Ilse. Ya no tiene por qué sentir celos de mí, señora Kent.

-No estoy celosa, no estoy celosa, no es eso. -La señora Kent la miró de una manera muy rara. -Ay, si me animara, pero no... no, es demasiado tarde. Ahora no serviría de nada. Creo que no sé lo que estoy diciendo. Sólo que... Emily, ¿vendrás a verme a veces? Esto es muy solo, muy solo, mucho peor ahora que él le pertenece a Ilse. El miércoles pasado... no, el jueves, salió una foto de él. Hay tan pocas cosas que animen los días aquí. La puse ahí, pero es peor. En esa foto está pensando en ella, ¿no se le nota en los ojos que está pensando en la mujer que ama? Ahora no le importo nada. No le importo nada a nadie.

-Si vengo a verla no debe hablar de él, de ninguno de los dos -dijo Emily, compasiva.

-No hablaré. No, no hablaré. Aunque eso no evitará que pensemos, ¿no? Tú te sentarás ahí, hablaremos del tiempo y pensaremos en él. ¡Qué divertido! Pero, cuando por fin lo hayas olvidado, cuando de verdad ya no te importe, me lo dirás, ¿verdad?

Emily asintió y se puso de pie para irse. No podía soportar más.

-Si puedo ayudarla en algo, señora Kent.

-Quiero descansar... descansar dijo la señora Kent, riendo como una loca-. ¿Puedes conseguirme eso? ¿No sabes que soy un fantasma, Emily? Morí hace años. Camino en las tinieblas.

Cuando la puerta se cerraba a sus espaldas, Emily oyó que la señora Kent se echaba a llorar desconsoladamente. Con un suspiro de alivio se volvió a los frescos espacios abiertos del viento y de la noche, las sombras y la luna helada. Ah, aquí se podía respirar.

CAPÍTULO 24
I

Ilse -una Ilse alegre y risueña- vino en mayo. Tal vez demasiado alegre y risueña, pensó Emily. Ilse siempre había sido una persona alegre e irresponsable, pero no tan incesantemente como ahora. Al parecer, nunca estaba seria. Bromeaba con todo, hasta con su matrimonio. La tía Elizabeth y la tía Laura estaban sorprendidas de ella. Una muchacha que pronto ha de asumir las responsabilidades de la vida de casada debería ser más reflexiva y sobria. Ilse le dijo a Emily que esos eran chillidos de la era victoriana. Parloteaba sin parar cuando estaba con Emily, pero nunca hablaba con ella, a pesar del deseo expresado en sus cartas de revivir las antiguas conversaciones. Tal vez no fuera totalmente culpable. A pesar de su determinación de ser exactamente la misma de antes, Emily no podía evitar una cierta contención y reserva, surgida de su secreto

dolor y su empecinada decisión de ocultarlo. Ilse sentía la contención, aunque no sospechaba para nada la causa. Emily, naturalmente, comenzaba a asemejarse a las mujeres de Luna Nueva, eso era todo, por vivir sola con esos queridos antediluvianos.

-Cuando Teddy y yo volvamos y nos instalemos en Montreal, tienes que pasar los inviernos con nosotros, querida. Luna Nueva es un lugar precioso en el verano, pero en invierno debes de sentirte enterrada viva.

Emily no prometió nada. No se imaginaba de invitada en la casa de Teddy. Todas las noches se repetía que no sería capaz de soportar otro día. Pero, cuando llegaba el día siguiente, podía seguir viviendo. Incluso era posible hablar con Ilse con toda calma del vestido y de los detalles. El vestido azul azucena se hizo realidad y Emily se lo probó dos noches antes de la llegada de Teddy. Ahora faltaban apenas dos semanas para la boda.

-Eres un sueño con ese vestido, Emily -dijo Ilse, estirándose sobre la cama de Emily con la gracia y el abandono de un gato, con el zafiro de Teddy que le ocultaba como una mancha oscura el dedo-. Vas a hacer que mi esplendor de terciopelo y encaje se vea vulgar y exagerado. ¿Te dije que Teddy trae a Lorne Halsey para que sea su padrino? Estoy fascinada... el gran Halsey. Su madre estuvo tan enferma que pensó que no podría venir. Pero la oportuna señora se recuperó y Halsey vendrá. Su nuevo libro es todo un éxito. En Montreal todo el mundo se estaba volviendo loco con el libro; y él es una persona interesantísima y de lo más impredecible. ¿No sería maravilloso que ustedes dos se enamoraran, Emily?

-No me busques marido, Ilse -dijo Emily con una débil sonrisa, mientras se quitaba el vestido azul azucena-. Siento en los huesos que llegaré a ser una vieja solterona, lo que es muy diferente a que a una no le quede otro remedio que ser una vieja solterona.

-Aunque, para decir la verdad, parece un mascarón de proa--dijo Ilse, meditativa-. De no haber sido por eso, creo que me hubiera casado yo con él. Estoy casi segura de que habría podido, de quererlo. Pero su manera de cortejarme era preguntarme mi opinión sobre las cosas. Era agradable. Pero tuve el presentimiento de que, si nos casábamos, dejaría de pedirme la opinión. Eso no sería agradable. Además, nadie puede saber jamás lo que piensa de verdad. Puede parecer que te está adorando y, en realidad, piensa en las patas de gallo que tienes alrededor de los ojos. A propósito, ¿Teddy no es hermoso?

-Siempre fue un bonito muchacho.

-"Un bonito muchacho" -se burló Ilse-. Emily Starr, si algún día te casas, espero que tu esposo te encadene en una casilla de perro. En cualquier momento te voy a empezar a decir tía Emily. Caramba, no hay nadie en Montreal que pueda compararse con él. En realidad, lo que me gusta de él es su belleza física, no él. A veces me aburre, en serio. Aunque estaba segura de que no sería así. Antes de comprometemos no me aburría nunca. Tengo la premonición de que un día voy a tirarle con la tetera por la cabeza. ¿No es una lástima que no se puedan tener dos maridos? Uno para mirarlo y uno para hablar con él. Pero Teddy y yo vamos a ser una hermosa pareja, ¿no, querida? Él tan moreno y yo tan rubia. Siempre deseé haber sido "una dama oscura", como tú, pero cuando se lo dije a Teddy, se rió y me recitó esos viejos versos

"Sí los dichos de los bardos mal no recuerdo, las sirenas tienen los cabellos color del cuervo. Pero sobre la tierra, desde el alba de las artes, Rubios se ha pintado siempre a los ángeles."

Eso es lo más cerca que ha estado Teddy de llamarme ángel a mí. Por suerte.

Porque al final de cuentas, Emily, yo preferiría -¿estás segura de que la puerta está cerrada, para que la tía Laura no me oiga y caiga muerta?- preferiría *por lejos* ser una sirena y no un ángel. ¿Y tú?

-Revisemos ahora las invitaciones, a ver si no nos olvidamos de nadie -fue la respuesta de Emily a esta catarata de palabras.

--¿No es horrible pertenecer a una familia como la nuestra?-dijo llse, quisquillosa-. Hay una cantidad tan grande de dinosaurios que hay que invitar. Espero llegar algún día a donde no haya parientes. Tengo ganas de que termine todo este asunto del demonio. ¿Estás segura de que invitaste a Perry, verdad?

-Sí.

-¿Vendrá? Espero que sí. ¡Qué idiota era cuando creía estar tan enamorada de él! Tenía esperanzas de... tantas cosas, a pesar de saber que estaba loco por ti. Pero perdí las esperanzas después de la cena en lo de la señora Chidlaw. ¿Te acuerdas, Emily?

Sí, de esa cena Emily se acordaba.

-Hasta ese momento siempre guardaba alguna esperancita, de que algún día, cuando se diera cuenta de que tú no ibas a darle el sí, yo pudiera ganar su corazón despechado... ¿no era así la frase victoriana? Pensé que iba a ir a lo de los Chidlaw, sabía que lo habían invitado. Le pregunté a Teddy si Perry iba. Teddy me miró fijo a los ojos, con una mirada llena de significado, y me dijo: "Perry no vendrá. Está trabajando en el caso que tiene mañana. La meta de Perry es la ambición. No tiene tiempo para el amor".

"Me di cuenta de que intentaba advertirme, y supe que no tenía sentido seguir esperando... la nada. De modo que renuncié para siempre. Bueno, las cosas resultaron bien. ¿No es espléndido que las cosas hayan salido tan bien? Uno casi se siente inclinado a creer en una Providencia que todo lo rige. ¿No es buenísimo echarle la culpa de todo a Dios?

Emily casi ni oía a Ilse, mientras colgaba mecánicamente su vestido azul en el armario y se ponía un vestidito verde. De manera que era eso lo que Teddy le había dicho a Ilse aquella noche hacía años, cuando ella supo que él había pronunciado la palabra "amor". Y ella había estado tan fría con él a raíz de eso. Bueno, no importaba. Sin duda, él había advertido a Ilse porque quería que su amiga dejara de pensar en Perry y pensara en él. Emily sintió alivio cuando Ilse por fin se fue a su casa. La charla trivial y permanente de Ilse la ponía nerviosa, aunque le daba vergüenza admitirlo. Pero claro, tenía los nervios de punta con esta tortura constante. Dos semanas mas todavía y después, gracias a Dios, la paz, por fin.

II

Fue a Tansy Patch al atardecer, a devolverle a la señora Kent un libro que le había prestado la noche anterior. Debía ir antes de que Teddy llegara a casa. Había ido varias veces a Tansy Patch desde aquella primera noche y entre ella y la señora Kent había surgido una especie de amistad. Se prestaban libros y hablaban de cualquier cosa menos de lo único que más les importaba a las dos. El libro que Emily iba a devolverle era un viejo ejemplar de La granja en Sudáfrica. Emily había dicho que quería leerlo, la señora Kent había ido arriba y había vuelto con él: su rostro blanco parecía un poco más blanco y la cicatriz resaltaba roja, atravesándolo, como siempre que estaba muy emocionada.

-Aquí está el libro que quieres -le dijo-. Lo tenía arriba, en una caja.

Emily terminó de leer el libro antes de irse a dormir. Ahora no estaba durmiendo bien y las noches eran largas. El libro tenía olor a moho y encierro; evidentemente la

caja de la que habló la señora Kent hacía tiempo que no se abría. Y en él Emily encontró una delgada carta, sin estampillas, dirigida a la señora de David Kent.

Lo curioso de la carta era que, al parecer, estaba cerrada. Bien, a menudo las cartas vuelven a pegarse solas si se las deja apretadas, como ésta, y si no se les rompió la solapa cuando se las abrió. Seguramente no importaba mucho. Pero se lo mencionaría a la señora Kent cuando le devolviera el libro.

-¿Sabía que había una carta en el libro, señora Kent?

-Una carta. ¿Dijiste una carta?

-Sí. Dirigida a usted.

Emily le tendió la carta a la señora Kent, que se puso pálida al ver la letra.

-¿La encontraste... en ese libro? -susurró-. Ese libro, que hace más de veinte años que no se abre... ¿Sabes... sabes quién escribió esta carta? Mi... mi esposo la escribió, y yo no la había leído, nunca supe que existía.

Emily se sintió en presencia de una tragedia, tal vez de la tortura secreta de la vida de la señora Kent.

-Me voy, para que pueda leerla tranquila -dijo, con suavidad. Salió y dejó a la señora Kent de pie, en el sombrío cuartito, sosteniendo la carta como si fuera una víbora.

III

-Te mandé buscar porque hay algo que debo decirte -dijo la señora Kent.

Estaba sentada, una criatura pequeña y erguida, en un sillón junto a la ventana, a la luz despiadada de un frío atardecer. Era junio, pero hacía frío. El cielo era duro y otoñal. Emily se había estremecido cuando venía por el camino vecinal y deseaba estar en su casa. Pero la nota de la señora Kent era urgente, casi perentoria. ¡Para qué la querría! No podía tener nada que ver con Teddy, seguro. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer que la señora Kent la mandara buscar de esta manera?

Apenas vio a la señora Kent, percibió un curioso cambio en ella, algo difícil de definir. Se la veía tan frágil, tan lastimera como siempre. Parecía haber incluso una luz desafiante en sus ojos. Pero, por primera vez desde que la conoció, Emily no sintió que estaba en presencia de una mujer desdichada. Había paz aquí, una paz extraña, dolorida, ausente durante mucho tiempo. El alma atormentada había dejado, al fin, el potro de tormento.

-He estado muerta y en el infierno, pero ahora he vuelto a vivir -dijo la señora Kent-. Tú fuiste la causante, al encontrar esa carta. Por eso hay algo que debo contarte. Me vas a odiar. Y ahora voy a lamentarlo. Pero tengo que contártelo.

Emily sintió, de pronto, que no quería escuchar lo que fuera que la señora Kent quería decirle. Tenía, debía tener, algo que ver con Teddy. Y ella ahora no quería oír nada... nada sobre Teddy...Teddy, que dentro de dos semanas sería el esposo de Ilse.

-¿No le parece que tal vez sería mejor... no decir nada?

-Tengo que contártelo. He hecho algo malo y debo confesarlo. No puedo deshacer lo hecho, supongo que ya es demasiado tarde, pero debo contarlo. Aunque hay otras cosas que debo contar primero. Cosas de las que no he hablado, cosas que me han torturado hasta hacerme gritar por las noches de tanta angustia. Ay, jamás me perdonarás, pero creo que me tendrás un poquito de pena.

-Yo siempre le he tenido pena, señora Kent.

-Creo que sí, cierto, creo que sí. Pero tú no podías saberlo todo. Emily, yo no era así cuando era joven. Era... como las demás personas. Y era muy bonita, sí que era

bonita. Cuando David Kent vino e hizo que me enamorara de él, yo era bonita. Y él me amó... entonces... y siempre. Lo dice en esta carta.

La sacó de la pechera del vestido y le dio un beso casi salvaje.

-No puedo mostrártela, Emily. Sólo mis ojos la verán. Pero te diré lo que contiene. Ay, no puedes saber, no puedes entender cuánto lo amé, Emily. Tú crees que amas a Teddy. Pero no lo amas... no puedes amarlo como yo amé a su padre.

Emily opinaba diferente sobre este punto, pero no lo dijo.

-Nos casamos y me llevó a Malton, donde vivía su familia. Al principio éramos tan felices... demasiado felices. Te dije que Dios es celoso. A su familia yo no le gusté, desde el principio. Pensaban que David se había casado con alguien inferior a él, que yo no lo merecía. Siempre trataban de interponerse entre nosotros. Yo lo sabía, sabía qué perseguían. La madre me odiaba. Nunca me decía Aileen, sino "tú" o "la esposa de David". Yo la odiaba porque se lo pasaba vigilándome... nunca decía nada, nunca hacía nada. Sólo me vigilaba. Nunca fui uno de ellos. No les entendía las bromas. Ellos siempre estaban riéndose de algo y la mitad de las veces yo pensaba que se reían de mí. Le escribían cartas a David y ni me mencionaban. Algunos eran de una cortesía helada conmigo y algunos se burlaban de mí. Una vez, una de sus hermanas me mandó un libro por compromiso. Algo siempre me lastimaba y yo no podía devolver los golpes, no podía lastimar eso que estaba lastimándome. David se puso de parte de ellos; tenía secretos con ellos que no compartía conmigo. Pero, a pesar de todo, yo era feliz. Hasta que se me cayó la lámpara, se me prendió fuego el vestido y me quemé la cara. Después de eso, no pude creer que David siguiera amándome. Me veía tan fea. Se me resintieron los nervios y no podía evitar pelear con él por cualquier tontería. Pero él era paciente. Me perdonaba una y otra vez. Pero yo tenía tanto miedo de que no me quisiera con mi cicatriz. Sabía que iba a tener un hijo, pero dilataba más y más el momento de decírselo. Tenía miedo de que lo quisiera a él más que a mí. Y entonces... entonces hice algo espantoso. Odio tener que contártelo. David tenía un perro... lo quería tanto que yo lo odiaba. Lo... lo envenené. No sé qué se apoderó de mí. Yo no había sido así, no antes de la quemadura. Tal vez fuera el niño que se acercaba.

La señora Kent se interrumpió y cambió de pronto de una mujer estremecida por sentimientos no velados a ser una recatada victoriana.

-No debería hablar de estas cosas con una muchacha joven -dijo, preocupada.

-Hace años que sé que los niños no vienen en el maletín negro del doctor Burnley -le aseguró Emily, muy seria. -Bien -la señora Kent sufrió otra transformación, volviendo a la apasionada Aileen Kent-, David averiguó lo que yo había hecho. ¡Ay, ay, su cara! Tuvimos una discusión espantosa. Fue justo antes de que él se fuera a Winnipeg en un viaje de negocios. Yo... estaba tan furiosa por lo que él me había dicho, que le grité... le grité que ojalá no volviera a verle la cara. No volví a verlo. Dios me tomó la palabra. Murió de neumonía en Winnipeg. No me enteré de que estaba enfermo hasta que llegó la noticia de su muerte. Y la enfermera era una muchacha que en un tiempo le había interesado y que seguía enamorada de él. Ella lo cuidó y lo atendió mientras yo estaba en casa, odiándolo. Eso es lo que creí que nunca podría perdonarle a Dios. Ella envolvió sus cosas y las mandó a casa, y entre ellas estaba el libro. Seguramente él lo había comprado en Winnipeg. Nunca lo abrí, no podía soportar tocarlo. Habrá escrito esa carta cuando se sintió cerca de la muerte y la puso en el libro para que yo la encontrara, y tal vez murió sin poder decirle a ella que la carta estaba allí. O tal vez ella lo sabía y no quiso decírmelo. Y ha estado ahí durante todos estos años, Emily, todos estos años en los que yo creí que David había muerto enojado conmigo, sin perdonarme. He soñado con él noche tras noche, siempre apartando la cara para no mirarme. Ay, veintisiete años así, Emily, veintisiete años. Imagínatelo. ¡Si habré pagado

por ello! Anoche abrí y leí su carta, Emily, unas pocas líneas garabateadas a lápiz... su pobre manito apenas podía sostenerlo. Me llama Querida Mujercita y me dice que lo perdone, yo perdonarlo a él, por ser tan brusco y enojarse tanto ese último día, y me perdona por lo que yo hice, y dice que no tengo que preocuparme ni por eso ni por lo que le dije de que no quería volver a verle la cara, él sabía que yo no hablaba en serio, que por fin él entendía todo mejor, que siempre me había querido mucho, que siempre me querría y... y algo más... que no puedo contarle a nadie, algo demasiado querido, demasiado hermoso. Ay, Emily, ¿te das cuenta de lo que significa para mí saber que no murió enojado conmigo, que murió amándome y pensando en mí? Pero entonces yo no lo sabía. Creo... que nunca estuve del todo en mis cabales desde entonces. Sé que toda su familia me creyó loca. Cuando nació Teddy vine aquí, lejos de todos ellos. Para que no pudieran quitármelo. No quise ni un centavo de ellos. Tenía el seguro de David, podíamos vivir de eso. Teddy era todo lo que yo tenía, y viniste tú, y yo sabía que me lo quitarías. Sabía que él te amaba, que siempre te amó. Sí, te amó. Cuando se fue yo le contaba por carta todos tus romances. Y hace dos años... cuando tuvo que irse tan repentinamente a Montreal, ¿recuerdas? y tú no estabas, él no pudo ir a despedirse. Pero te escribió una carta.

Emily exhaló un grito ahogado, negándolo.

-Sí, te escribió. Vi la carta sobre su mesa cuando se fue. La abrí y la leí. Quemé la carta, Emily, pero puedo contarte lo que decía. ¡Jamás podría olvidarlo! Te escribió que iba a decirte cuánto te amaba antes de irse y que, si lo querías aunque fuera un poquito, que le escribieras y se lo dijeras. Pero, si no era así, que no le escribieras. Ay, cómo te odié. Quemé la carta, puse en el sobre unos poemas que estaban junto con la carta y lo cerré. Y él lo mandó por correo sin enterarse de nada. Nunca lo lamenté, nunca, ni siquiera cuando me escribió contándome que se casaba con Ilse. Pero anoche, cuando me trajiste esa última carta, y el perdón, y la paz, ay, sentí que había hecho algo horrible. Te he arruinado la vida... y tal vez la de Teddy. ¿Podrás perdonarme alguna vez, Emily?

IV

Entre todo el remolino de emociones provocadas por el relato de la señora Kent, Emily tuvo clara conciencia de sólo una cosa. La amargura, la humillación, la vergüenza, la habían abandonado. Teddy la había amado. La dulzura de esta revelación borró, por el momento al menos, todo otro sentimiento. La ira y el resentimiento no pudieron hallar lugar en su alma. Se sintió una persona nueva. Y hubo sinceridad en su corazón y su tono cuando dijo, despacio:

-La perdono... la perdono. Entiendo.

De pronto, la señora Kent se restregó las manos.

-Emily, ¿es demasiado tarde? ¿Es demasiado tarde? Todavía no se han casado. Yo sé que él no la ama a ella como te amó a ti. Si se lo dijeras, si se lo dijera yo...

-No, no -exclamó Emily, categórica-. Es demasiado tarde. Él no debe saberlo nunca, usted no debe decírselo nunca. Ahora él ama a Ilse. De eso estoy segura, y contarle esto no le hará ningún bien, pero sí mucho mal. Prométame, querida señora Kent, si cree que me debe algo, prométame que no se lo dirá nunca.

-Pero tú... serás desdichada...

-No seré desdichada, ya no. Usted no sabe hasta qué punto esto ha cambiado las cosas. Ya no hay más angustia. Voy a vivir una vida feliz, ocupada, útil, y en ella no habrá lugar para lamentar viejos sueños. Ahora la herida cicatrizará.

-Fue... fue horrible lo que hice -susurró la señora Kent . Al fin... me doy cuenta.

-Creo que sí. Pero ahora no pienso en eso. Sólo pienso en que he recuperado mi respeto por mí misma.

-El orgullo de los Murray -murmuró la señora Kent, mirándola-. Después de todo, Emily Starr, creo que el orgullo es para ti una pasión más fuerte que el amor.

-Puede ser -dijo Emily, sonriendo.

V

Estaba en tal tumulto de sentimientos al llegar a su casa, que hizo algo de lo que siempre se avergonzó. Perry Miller la esperaba en el jardín de Luna Nueva. Ella no lo había visto por bastante tiempo y en cualquier otro momento se habría alegrado de verlo. La amistad de Perry, ahora que él había abandonado por fin toda esperanza de algo más, era una parte muy agradable de su vida. En los últimos años él había madurado: era todo un hombre, con mucho sentido del humor y mucho menos pedante. Incluso había adquirido ciertas reglas de etiqueta social fundamentales y había aprendido a que no le sobraran las manos y los pies. Estaba demasiado ocupado como para ir seguido a Luna Nueva, pero Emily siempre disfrutaba de sus visitas cuando venía, excepto esa noche. Quería estar sola, pensar, clasificar sus emociones, regodearse con su autoestima recién restablecida. Pasearse entre las sedosas damas-amapolas del jardín y al mismo tiempo hablar con Perry era algo casi imposible. Estaba impaciente por deshacerse de él. Y Perry no lo percibía para nada. Hacía mucho que no la veía y había muchas cosas de qué hablar, de la boda de Ilse en especial. Siguió haciendo pregunta tras pregunta hasta que Emily no supo qué decía. Perry estaba algo molesto por el hecho de que no le habían pedido a él que fuera padrino. Él consideraba que tenía derecho, siendo un viejo amigo de ambos.

-Nunca pensé que Teddy me iba a despreciar de esa manera -gruñó-. Seguro que se siente demasiado grande como para tener de padrino a un oriundo de Stovepipe Town.

Entonces, Emily hizo lo que luego no se perdonó. Antes de darse cuenta de lo que decía y en medio de su furiosa impaciencia con Perry por arrojar semejantes calumnias sobre Teddy, las palabras surgieron de ella involuntariamente.

-¡No seas imbécil! Teddy no tuvo nada que ver. ¿Te parece que Ilse podría haberte querido como padrino de su boda, cuando durante años no deseó otra cosa que fueras su novio?

Apenas terminó de hablar, quedó atónita, enferma de vergüenza y remordimiento. ¿Qué había hecho? Había traicionado una amistad, violado una confidencia... era algo vergonzoso, imperdonable. ¿Podía ella, Emily Byrd Starr, de Luna Nueva, haber hecho esto?

Perry estaba de pie junto al reloj de sol mirándola, alelado.

-Emily, no estás hablando en serio. Ilse nunca pensó en mí de esa manera, ¿verdad?

Emily se dio cuenta de que era imposible desdecir lo dicho y de que el lío que había hecho no se arreglaría con patrañas.

-Sí... en un tiempo. Claro que hace mucho ya que se le pasó.

-¡En mí! Pero, Emily, si siempre parecía despreciarme, siempre me rezongaba por esto o por lo otro, yo nunca podía complacerla, tú tienes que acordarte.

-Ah, sí que me acuerdo -dijo Emily; hastiada-. Tenía un concepto tan alto de ti que se ponía furiosa cuando hacías cosas por debajo de ese concepto. Si no te hubiera querido, ¿te parece que le habría importado que hablaras mal o que destrozaras las

Librodot

reglas de la etiqueta? Jamás tendría que haberte dicho esto, Perry. Me avergonzaré de esto mientras viva. No debes hacer que ella sospeche jamás que lo sabes.

-Claro que no. De todas maneras, ya hace mucho que me olvidó.

-Ah, sí. Pero te darás cuenta de por qué no sería especialmente agradable para ella tenerte de padrino en su boda. No me gustó que creyeras que Teddy es un esnob. Y ahora, no te molestes, Perry, por favor, pero, ¿no te iras? Estoy muy cansada y tengo tantas cosas que hacer en los próximos quince días.

-Tendrías que estar en la cama, eso es obvio -accedió Perry-. Soy un animal, haciéndote quedar levantada hasta tan tarde. Pero cuando vengo aquí me parece volver a los viejos tiempos y no quiero irme. ¡Qué niños éramos! Y ahora Ilse y Teddy se casan. Vamos envejeciendo.

-En cualquier momento, tú también serás un juicioso caballero casado, Perry -dijo Emily, tratando de sonreír-. He escuchado cosas.

-¡Ni se te ocurra! He desistido de la idea para siempre.

No porque siga esperándote a ti, especialmente, sólo que, después de ti, nadie tiene encanto. Lo he intentado. Estoy condenado a morir soltero. Dicen que es una muerte fácil. Pero tengo algunas ambiciones agarradas por la cola y no me quejo de la vida. Adiós, querida. Nos vemos en la boda. Es por la tarde, ¿no?

-Sí. -A Emily le llamó la atención poder hablar de la boda con tanta calma-. A las tres... luego una comida y se van en coche a Shrewsbury a tomar el barco de la noche. Perry, Perry, ojalá no te hubiera contado eso de Ilse. Fue una mezquindad de mi parte, una mezquindad, como decíamos en la escuela, nunca me creí capaz de hacer algo semejante.

-Bueno, no te preocupes por eso. Estoy contento como perro con dos colas al pensar que en algún momento fui tan importante para Ilse. ¿No me crees capaz de tener el buen juicio de darme cuenta de que es un gran cumplido? ¿Y no piensas que sé lo buenas que fueron las dos conmigo y cuánto les debo por haberme permitido ser amigo de ustedes? Nunca me hice ilusiones con Stovepipe Town o con las diferencias reales entre nosotros. No era tan tonto como para no comprender eso. He trepado algo y tengo intenciones de trepar más alto, pero tú e Ilse nacieron más alto. Y nunca me hicieron sentir la diferencia, como otras chicas. Jamás olvidaré las indirectas de Rhoda Stuart. Así que no creas que sería tan canalla de ir a pavonearme ahora, porque acabo de descubrir que en un tiempo le gusté un poquito a Ilse... ni de permitir que alguna vez ella se entere de que lo sé. Esa parte de Stovepipe Town la he dejado atrás, aunque todavía tenga que pensar qué tenedor uso primero. Emily, ¿recuerdas la noche cuando la tía Ruth me sorprendió besándote?'

-Si lo recordaré...

-La única vez que te besé -dijo Perry, sin sentimentalismo-. Y no fue nada del otro mundo, ¿no? ¡Cuando recuerdo a la anciana parada en camisón, con la vela en la mano!

Perry se fue riendo y Emily se fue a su habitación.

-Emily la del espejo -dijo, casi con alegría-, otra vez puedo mirarte a los ojos. Ya no tengo vergüenza. Él me amó en un tiempo.

Permaneció allí, sonriendo un rato. Luego, la sonrisa se desvaneció.

-¡Ay, si hubiera recibido esa carta! -susurró, lastimeramente.

Capítulo 25
I

Sólo dos semanas hasta la boda. Emily descubrió 1o largas que pueden ser dos semanas, a pesar de que cada momento de vigilia estaba lleno de cosas para hacer, domésticas y sociales. En todas partes se hablaba mucho del acontecimiento. Emily apretó los dientes y siguió adelante. Ilse estaba aquí, allí y en todas partes. No hacía nada, pero hablaba mucho.

-Tan tranquila como una pulga -gruñía el doctor Burnley.

-Ilse es una muchacha tan inquieta -se quejaba la tía Elizabeth-. Parece tener miedo de que la gente no sepa que está viva si se queda sentada, quieta un momento.

-Tengo cuarenta y nueve remedios para los mareos en el mar -dijo Ilse-. Si llega la tía Kate Mitchell tendré cincuenta. ¿No es encantador tener parientes que se preocupan por una, Emily?

Estaban solas en la habitación de Ilse. Era la noche en que se esperaba la llegada de Teddy. Ilse se había probado media docena de vestidos diferentes y los había tirado a todos a un lado con desdén.

-Emily, ¿Qué me pongo? Decide por mí.

-Yo, no. Además, ¿qué diferencia va a hacer lo que te pongas?

-Cierto, muy cierto. Teddy jamás se fija en lo que tengo puesto. A mí me gusta que los hombres se fijen y digan algo.

Me gusta que un hombre me prefiera vestida de seda que de, zaraza.

Emily miró por la ventana a un jardín enmarañado, donde la luz de la luna era un inmóvil mar de plata que suavemente sostenía sobre el pecho una flota de amapolas.

-Quise decir que Teddy… no va a pensar en tu vestido, sino en ti .

-Emily, ¿por qué insistes en hablar como si creyeras que Teddy y yo estamos locamente enamorados el uno del otro? ¿Es tu complejo victoriano?

-¡Por lo que más quieras, no hables más de lo victoriano! -exclamó Emily, con una violencia desacostumbrada, nada Murray-. Me tiene harta. Cualquier emoción sencilla, natural, ay, y dices que es victoriana. Hoy todo el mundo parece empeñado en despreciar cualquier cosa victoriana. ¿Saben de lo que hablan? Pues a mí me gustan las cosas decentes y sensatas, si eso es victoriano...

-Emily, Emily, ¿tú crees que a la tía Elizabeth le parecería decente o sensato estar locamente enamorado?

Las dos muchachas se rieron y así se aflojó la súbita tensión.

-¿No te vas, no, Emily?

-Claro que sí. ¿Te parece que me voy a quedar a jugar al tercero en discordia a esta hora?

-Ya estás otra vez. ¿Y a ti te parece que yo quiero encerrarme toda una tarde con un Teddy para mí sola? Nos pelearemos cada dos o tres minutos por cualquier cosa. Claro que las peleas son divinas. Animan la vida. Yo necesito una por semana. Tú bien sabes que disfruto mucho de una buena pelea. ¿Recuerdas cómo peleábamos tú y yo? Últimamente no eres muy buena para eso. Y Teddy tampoco se entrega con toda el alma. Perry sí, él sí sabía pelear. Piensa en las maravillosas trifulcas que habríamos tenido Perry y yo. Nuestras discusiones habrían sido de maravilla. Nada mezquino ni a medias tintas. ¡Y cómo nos habríamos amado entre una y otra!

¡Ay, ay, ay!

-¿Todavía sigues pensando en Perry Miller? -preguntó Emily, enojada.

-No, criatura. Pero tampoco estoy loca por Teddy. Después de todo, el nuestro es un amor de segunda mano de ambas partes, tú lo sabes. Sopa fría recalentada. No te preocupes. Seré una buena esposa para él. Lo mantendré mucho mejor en camino así, que si lo creyera poco menos que un ángel. No sirve pensar que un hombre es perfecto

porque, naturalmente, él está convencido de que lo es y, cuando encuentra a alguien que está de acuerdo con él, tiende a descansar sobre sus laureles. Me irrita bastante que todo el mundo piense que tengo tanta suerte de haber "pescado" a Teddy para marido. Viene la tía Ida Mitchell: "Te conseguiste un marido perfecto, Ilse"; viene Bridget Mooney, de lavar pisos en Stovepipe Town: "Caramba, señorita, qué hombre se lleva". "Hermanas por debajo de la piel", como te darás cuenta. Teddy es un buen hombre, en especial desde que se dio cuenta de que no es el único hombre del mundo. En algún lugar aprendió buen juicio. Me gustaría saber qué mujer se lo enseñó. Ah, hubo alguien. Me contó algo del asunto, no mucho, pero sí suficiente. Ella lo despreciaba todo el tiempo y luego, después de haberle hecho creer que se interesaba en él, lo desairó sin más ni más. Ni siquiera le contestó la carta en la que él le decía que la amaba. Odio a esa muchacha, Emily, ¿no es extraño?

-No la odies -dijo Emily, con voz cansina-. Tal vez no sabía lo que estaba haciendo.

-La odio por haber tratado así a Teddy. Aunque le hizo mucho bien. ¿Por qué la odio, Emily? Emplea tu renombrada habilidad en análisis psicológico y explícame este misterio.

-La odias porque... para utilizar cierta cruda expresión que hemos escuchado a menudo... estás tomando lo que ella dejó.

-¡Eres un demonio! Supongo que sí. ¡Qué feas resultan algunas cosas cuando uno investiga un poco! Yo me vanagloriaba de que era un odio noble porque ella lo había hecho sufrir a Teddy. Después de todo, los victorianos tuvieron razón en tapar tantas cosas. Las cosas feas tienen que ser escondidas. Ahora véte a tu casa si tienes que irte, que yo trataré de parecer alguien a punto de recibir una bendición.

II

Con Teddy vino Lorne Halsey, el gran Halsey, que a Emily le gustó mucho, a pesar de su fealdad. Un individuo de aspecto cómico con ojos vitales y burlones que parecía mirarlo todo en general y la boda de Frederick Kent en particular como una gran broma. Por alguna razón esa actitud hizo las cosas un poco más fáciles para Emily. Ella estuvo muy brillante y alegre en los atardeceres que pasaron juntos. Le tenía pánico al silencio en presencia de Teddy. "Nunca estés en silencio con la persona que amas y de la cual desconfías", le había dicho una vez el señor Carpenter. "El silencio traiciona".

Teddy era muy amable, pero su mirada siempre omitía a Emily. Una vez, cuando iban todos caminando por el viejo parque crecido y bordeado de sauces de la propiedad de los Burnley, a Ilse se le ocurrió la feliz idea de elegir una estrella favorita.

-La mía es Sirio. ¿La tuya, Lorne?

-Antares, de Escorpión, la estrella roja del sur -dijo Halsey.

-Bellatrix, de Orion -se apresuró a decir Emily. Nunca antes había pensado en Bellatrix, pero no osó vacilar ni un segundo delante de Teddy.

-Yo no tengo una estrella favorita, pero hay una sola que odio. Vega de la Lira -dijo Teddy en voz queda. Su voz sonó cargada de significado, lo cual al instante puso incómodo a todos los demás aunque ni Halsey ni Ilse supieron por qué.

No se dijo nada más de las estrellas. Pero Emily se quedó mirándolas hasta que desapareció la última, al alba.

III

Tres noches antes de la boda, todo el mundo se escandalizó en Blair Water y en Derry Pond porque habían visto a Ilse Burnley paseando con Perry Miller en su nuevo auto liviano a una hora poco apropiada. Cuando Emily se lo reprochó, Ilse lo admitió con frialdad.

-Claro que fui. Había pasado una velada tan aburrida con Teddy. Empezamos bien, con una discusión sobre mi chow azul. Teddy dijo que lo quería más al perro que a él. Le dije que por supuesto. Se puso furioso, aunque no me creyó. Teddy está convencido de que me muero por él, razonamiento típico en un hombre.

`Un perro que en su vida corrió a un gato`, dijo, despectivo.

-Entonces nos enfurruñamos por el resto de la tarde. A las once se fue a su casa sin darme un beso. Yo decidí hacer algo tonto y hermoso por última vez, así que me eché a caminar con intención de dar una preciosa caminata por las dunas. Perry apareció en su auto, cambié de idea y me fui a dar un paseo con él a la luz de la luna. Todavía no estoy casada. No me mires así. Nos quedamos sólo hasta la una y además nos portamos muy bien, muy decentemente. Sólo que en un momento me pregunté... qué pasaría si de pronto yo dijera "Perry, querido, tú eres el único hombre que me ha importado en la vida. ¿Por qué no nos casamos?" Me pregunto si cuando tenga ochenta años no me arrepentiré de no haberlo dicho.

-Me dijiste que lo de Perry se te había pasado.

-Pero, ¿me creíste? Emily, gracias a Dios que no eres una Burnley.

Emily reflexionó con amargura que no era mucho mejor ser una Murray. De no haber sido por su orgullo Murray, habría ido a Teddy la noche en que él la llamó, y mañana ella sería la novia, y no Ilse.

Mañana. Era mañana, el mañana en el que tendría que estar cerca de Teddy y escuchar cuando él jurara devoción eterna a otra mujer. Todo estaba preparado. La comida de la boda había conformado hasta al doctor Burnley, quien había decretado que tenía que ser "un buen banquete de bodas, como los de antes, nada de esas cosas modernas de ahora. Tal vez la novia y el novio no quieran comer mucho, pero el resto de nosotros seguimos teniendo estómago. Y ésta es la primera boda en años. En un aspecto, al menos, nos estábamos pareciendo demasiado al cielo: ni nos casábamos ni dábamos en casamiento. Quiero multiplicarme. Y dile a Laura que, por lo que más quiera, no llore en la boda".

De manera que las tías Elizabeth y Laura se ocuparon de que, por primera vez en veinte años, la casa de los Burnley tuviera una limpieza a fondo, de pies a cabeza. El doctor Burnley le dio las gracias a Dios imperativamente, porque sólo tenía que pasar una vez por esto, pero nadie le prestó la menor atención. Elizabeth y Laura se mandaron hacer vestidos nuevos de satén. Hacía tanto tiempo que no tenían ninguna excusa para hacerse vestidos nuevos de satén.

La tía Elizabeth hizo las tortas de boda y se ocupó de los pollos y los jamones. Laura hizo cremas, gelatinas y ensaladas, y Emily las llevó a lo de los Burnley, preguntándose por momentos si no iba a despertar antes de... antes de...

-Me alegraré cuanto termine todo este alboroto -gruñó el primo Jimmy-. Emily se está matando de trabajo... ¡mírenle los ojos!

IV

-Quédate conmigo esta noche, Emily -rogó Ilse-. Juro que no te mataré hablando y que no voy a llorar tampoco.

Aunque reconozco que si esta noche pudiera consumirme como una vela, sería feliz. Jean Askew fue la dama de honor de Milly Hyslop y pasó la noche antes de la boda con ella, y las dos lloraron durante toda la noche. Imagínate semejante orgía de lágrimas. Milly lloraba porque se casaba y supongo que Jean habrá llorado porque no se casaba. Gracias al cielo, Emily, que tú y yo nunca fuimos lloronas. Somos más propensas a pelear que a llorar, ¿no? ¿Vendrá mañana la señora Kent? No lo creo. Teddy dice que ella ni habla de la boda. Aunque dice que parece extrañamente cambiada, más suave, más tranquila, más como otras mujeres. Emily, ¿te das cuenta de que mañana a esta hora seré Ilse Kent?

Sí, Emily se daba cuenta.

No dijeron más. Pero dos horas más tarde, cuando Emily, en su vigilia, supuso que la inmóvil Ilse estaba profundamente dormida, ésta de pronto se incorporó en la cama y le agarró la mano a Emily en la oscuridad.

-Emily, si una pudiera quedarse dormida soltera y despertarse casada... qué lindo sería.

V

Era el amanecer... el amanecer del día de la boda de Ilse. Ésta dormía cuando Emily se levantó de la cama y se acercó a la ventana. El alba. Un grupo de pinos oscuros en un trance de calma, junto al lago de Blair Water. El aire trémulo con música mágica, el viento aventando las dunas, danzarinas olas de ámbar en el puerto, el encendido cielo del este, el faro del puerto blanco como una perla contra el cielo etéreo, más allá todo el campo azul del mar con sus brotes de espuma y detrás del fulgor dorado que bañaba la colina de Tansy Patch, Teddy... despierto... esperando... recibiendo el día que le daría el deseo de su corazón. El alma de Emily estaba vacía de todo deseo, esperanza o añoranza, excepto que terminara ese día.

"Es un consuelo", pensó, "que algo sea irrevocable".

-Emily... Emily.

Emily se apartó de la ventana.

-Es un día precioso, Ilse. El sol brillará sobre ustedes. Ilse... ¿qué te pasa? ¡Ilse... estás llorando!

-No puedo... evitarlo -gimió Ilse-. Parece que, al final de cuentas, es justo e inevitable. Que Milly me disculpe. Pero... tengo tanto miedo. Es una sensación horrible. ¿Te parece que serviría de algo si me tiro al piso y me pongo a gritar?

-¿A qué le tienes miedo? -preguntó Emily, algo impaciente.

-Ay -Ilse saltó de la cama, desafiante-... tengo miedo de sacarle la lengua al ministro. ¿A qué, si no?

VI

¡Qué mañana! A Emily siempre le pareció el recuerdo de una pesadilla. Los invitados de la familia llegaron temprano. Emily los fue recibiendo hasta que sintió que se le había congelado la sonrisa en la cara. Había una cantidad interminable de regalos para desenvolver y ordenar. Antes de vestirse, Ilse bajó a verlos, indiferente.

-¿Quién mandó ese juego de té? -preguntó.

-Perry -dijo Emily. Lo había ayudado a elegirlo. Un juego delicadísimo con un bonito diseño antiguo de rosas. Una tarjeta con la escritura personalísima de Perry en tinta negra: "Para Ilse, con los mejores deseos de su viejo amigo Perry".

Deliberadamente Ilse tomó las piezas una por una y las hizo pedazos contra el piso antes de que la atónita Emily pudiera impedírselo.

-¡Ilse ! ¿Te volviste loca?

-¡Sí! ¡Qué delicia! Barre los pedazos, Emily. Esto fue tan bueno como gritar tirada en el suelo. Mejor. Ahora puedo seguir adelante con todo.

Emily se deshizo de los pedazos justo a tiempo. La señora Clarinda Mitchell llegaba ondulándose con su traje de muselina celeste y una chalina color cereza. Era una afable prima política, sonriente y de buen corazón. Todo le interesaba. ¿Quién le regaló esto? ¿Quién le mandó esto otro?

-Va a ser una novia tan preciosa -parloteaba la señora Clarinda-. Y Teddy Kent es un muchacho tan encantador. De verdad que es un matrimonio ideal, ¿no le parece? ¡De esos que uno lee en las revistas! Las bodas como ésta me encantan. Agradezco a las estrellas no haber perdido el interés en las cosas de los jóvenes cuando perdí la juventud. Todavía me quedan muchos sentimientos, y no me da vergüenza mostrarlos. ¿De verdad las medias del traje de novia de Ilse le costaron catorce dólares?

La tía Isabella Hyslop, Mitchell de soltera, estaba taciturna. Se había ofendido porque habían puesto su costoso regalo de copas para helado en cristal tallado junto al ridículo juego de anticuadas carpetitas en crochet de la prima Annabel. Era propensa a ver el lado pesimista de las cosas.

-Espero que todo salga bien. Pero tengo la incómoda sensación de que va a haber problemas, una especie de presentimiento, por así decirlo. ¿Usted cree en las señales? Un inmenso gato negro se nos cruzó por delante cuando veníamos por el valle. Y justo en ese árbol, cuando doblamos en el camino, había un pedazo de un viejo cartel de las elecciones que decía "Ruina Azul" en letras negras de casi diez centímetros de alto saltando a la vista.

-Eso podía significar mala suerte para usted, pero difícilmente para Ilse.

La tía Isabella sacudió la cabeza. Se negaba a que la consolaran.

-Dicen que el traje de novia es algo como no se vio igual en la Isla del Príncipe Eduardo. ¿A usted le parece conveniente tanta extravagancia, señorita Starr?

-Lo más caro fue el obsequio de las viejas tías abuelas de Ilse de Escocia, señora Mitchell. Y, en la mayoría de los casos, uno se casa una sola vez en la vida.

A lo cual Emily recordó que la tía Isabella se había casado tres veces y se preguntó si la magia de gatos negros no tenía algo de cierto, después de todo.

La tía Isabella se alejó fríamente y se la oyó decir más tarde que "esa muchacha Starr está realmente insoportable desde que le publicaron un libro. Se cree con derecho a insultar a cualquiera".

Antes de tener tiempo de agradecerle a las hadas por su libertad, Emily cayó en las garras de más parientes Mitchell. A esta tía no le gustaba el regalo de otra tía: un par de ornamentados floreros de cristal de Bohemia.

-Bessie Jane nunca tuvo mucho juicio. Qué elección tonta. Es seguro que los niños van a desenganchar esos prismas y perderlos.

-¿Qué niños?

-Los niños que van a tener, por supuesto.

-La señorita Starr va a poner eso en un libro, Matilda -le advirtió su marido, riendo. Luego volvió a reír y le susurró a Emily:

-¿Por qué no es usted la novia hoy? ¿Cómo hizo Ilse para desplazarla, eh?

VII

Emily dio gracias cuando la llamaron desde arriba para ayudar a llse a vestirse. Aunque ni siquiera ahí las tías y primas dejaban de desfilar diciendo cosas que la distraían.

-Emily, ¿recuerdas el día de nuestro primer verano juntas, cuando peleamos por el honor de hacer el papel de la novia en uno de nuestros juegos teatrales? Bueno, me siento como si estuviera haciendo el papel de la novia. Esto no es real.

Emily también sentía que no era real. Pero pronto, muy pronto ya, todo habría acabado y podría quedar felizmente sola. Y, vestida, Ilse era una novia tan hermosa que justificaba todo el alboroto de la boda. ¡Cómo la amaría Teddy!

-¿No parece una reina? -susurró la tía Laura, con amor.

Emily, que se había puesto su vestido color azul azucena, le dio un beso a la mejilla virginal y ruborizada bajo el velo nupcial recamado de perlas.

-Ilse, querida, no me desahucies por victoriana, pero quiero decirte que espero que seas feliz "por siempre jamás".

Ilse le apretó la mano, pero rió con una risa demasiado alta.

-Espero que cuando la tía Laura dice que parezco una reina no esté pensando en la Reina Victoria -susurró-. Tengo la terrible sospecha de que la tía Janie Milburn está rezando por mí. La expresión la traicionó cuando vino a darme un beso. Siempre me puso furiosa sospechar que la gente reza por mí. Emily, hazme un último favor. Saca a todo el mundo de esta habitación, a todo el mundo. Quiero estar sola, absolutamente sola, unos minutos.

De alguna manera, Emily lo consiguió. Las tías y primas volaron escaleras abajo. El doctor Burnley esperaba impaciente en el vestíbulo.

-¿No tendrían que estar listas? Teddy y Halsey están esperando la señal para bajar a la sala.

-Ilse quiere quedarse unos minutos sola. Ay, tía Ida, me alegro tanto de que haya podido llegar -le dijo a una señora obesa que subía las escaleras jadeando-. Teníamos miedo de que hubiera pasado algo que le impidiera venir.

-Pasó -jadeó la tía Ida, que en realidad era tía segunda. A pesar de estar sin aliento, la tía Ida estaba contenta. Siempre adoraba ser la primera en contar las noticia, en especial las malas-. Y el doctor no venía, así que tuve que tomar un taxi. Ese pobrecito Perry Miller, ¿lo conoce, no? Un muchacho tan joven y tan inteligente, murió en un choque hace una hora.

Emily ahogó un grito y dirigió una mirada desesperada hacia la puerta de Ilse. Estaba apenas entreabierta. El doctor Burnley decía:

-¡Perry Miller muerto! ¡Dios santo, qué espantoso!

-Bueno, casi muerto. Para ahora sí ha de estar muerto, estaba inconsciente cuando lo sacaron del auto. Lo llevaron al hospital de Charlottetown y mandaron buscar a Bill, que salió a las disparadas, por supuesto. Es una suerte que Ilse no se case con un médico. ¿Tengo tiempo de quitarme estas cosas antes de la ceremonia?

Emily hizo a un lado su angustia por Perry, acompañó a la tía Ida al cuarto de huéspedes y volvió al doctor Burnley.

-Que Ilse no se entere -le advirtió, innecesariamente-. Le estropearía la boda... ella y Perry eran muy amigos. ¿No seria mejor que se apresurara un poco? Ya es tarde.

Sintiéndose más que nunca inmersa en una pesadilla, Emily recorrió el vestíbulo y golpeó a la puerta de Ese. No hubo respuesta. Abrió la puerta. Sobre el piso, en un montoncito desolado, estaban el velo nupcial y el valiosísimo ramo de orquídeas que le había costado a Teddy más de lo que cualquier novia Murray o Burnley había pagado nunca por todo su ajuar, pero Ilse no aparecía por ningún lado. Había una ventana abierta, la que daba a la puerta de la cocina.

-¿Qué pasa? -preguntó el doctor Bumley, impaciente, acercándose a Emily-. ¿Dónde está Ilse?

-Se... fue -dijo Emily, como una tonta.

-¿Adónde se fue?

-A ver a Perry Miller. -Emily lo sabía perfectamente. Ilse había oído lo que contó la tía Ida y...

-¡Mierda! -dijo el doctor Burnley.

VIII

En pocos momentos, la casa fue el escenario de consternados y azorados invitados a la boda que no paraban de hablar y de hacer preguntas. El doctor Burnley perdió la cabeza, perdió la compostura y recorrió todo su repertorio de imprecaciones, sin preocuparse por la presencia de damas.

Hasta la tía Elizabeth estaba paralizada. No había antecedentes para tomar como referencia. Claro que Juliet Murray se había escapado para casarse. Pero se había casado. Nunca ninguna novia de la familia había hecho algo así. Sólo Emily conservaba un cierto grado de pensamiento y acción racionales. Ella averiguó de boca del joven Rob Mitchell cómo se había ido Ilse. Él estaba estacionando su auto en el establo cuando ella...

-La vi saltar de esa ventana con la cola del traje de novia echada sobre un hombro. Se deslizó por el techo y saltó al suelo, como un gato, corrió hasta el camino, se metió en el auto de Ken Mitchell y salió disparada como si la persiguiera el diablo. Pensé que se había vuelto loca.

-Y así fue, en cierto sentido. Rob, ve a buscarla. Espera, haré que el doctor Burnley te acompañe. Yo tengo que quedarme aquí a ocuparme de esto. Ay, ve lo más rápido que puedas. Son apenas veinte kilómetros hasta Charlottetown. Puedes ir y volver en una hora. Tienes que traerla... les diré a los invitados que esperen...

-No vas a poder salvar este lío, Emily -profetizó Rob.

IX

Pasó una hora. Pero el doctor Burnley y Rob regresaron solos. Ilse no quería venir, así de sencillo. Perry Miller no había muerto, ni siquiera estaba seriamente herido, pero Ilse no quería venir. Le dijo a su padre que iba a casarse con Perry Miller y con nadie más.

El doctor fue el centro de un grupito de mujeres desoladas y llorosas en el vestíbulo de arriba. La tía Elizabeth, la tía Laura, la tía Ruth, Emily.

-Supongo que si su madre viviera, esto no habría sucedido -dijo el doctor, aturdido-. Nunca creí que le interesara Miller. Qué lástima que nadie le torció el pescuezo a tiempo a Ida Mitchell. Ah, sí, llora, llora -le dijo, feroz, a la pobre tía Laura-. ¿De qué te va a servir moquear? ¡Qué lío de mierda! Alguien_ tiene que decírselo a Kent, supongo que me corresponde a mí. Y esos tontos aturullados a los que hay que dar de comer. La mitad vino para eso. Emily, tú pareces la única persona con una pizca de sentido común en el mundo. Ocúpate de todo, sé buena.

Emily no era de temperamento histérico, pero por segunda vez en su vida sintió que lo único que podía hacer era pegar un alarido lo más largo y alto que pudiera. Las cosas habían llegado a un punto en el que sólo gritar despejaría el aire. Sin embargo,

hizo ubicar a los invitados en las mesas. La conmoción se calmó un poco cuando vieron que no se iban a quedar sin nada. Pero el banquete de la boda no fue precisamente un éxito.

Hasta los que tenían hambre tuvieron la incómoda sensación de que no era apropiado comer con ganas en esas circunstancias. Nadie lo disfrutó, excepto el viejo tío Tom Mitchell, que francamente iba a las bodas por las vituallas y a quien no le interesaba si había ceremonia o no. Las novias iban y venían, pero una buena comida era otra historia. De modo que se dedicó a comer, deteniéndose de vez en cuando para sacudir la cabeza con gesto solemne y preguntar: "¿Adónde van a llegar las mujeres?".

La prima Isabella quería hablar de sus presentimientos, pero nadie la escuchaba. La mayoría de los invitados temía hablar, por temor a decir algo impropio. El tío Oliver reflexionó que había visto muchos banquetes de velorios más alegres. Las camareras estaban nerviosas y agitadas y cometieron ridículos errores. La señora Derwent, la joven, bonita esposa del nuevo ministro, parecía a punto de llorar, no, a decir verdad, tenía los ojos llenos de lágrimas. Tal vez había hecho planes con la propina que recibiría su marido por la boda. Tal vez su pérdida significara que se quedaba sin sombrero nuevo. Emily, que la miró al pasar una gelatina, tuvo ganas de echarse a reír, un deseo tan histérico como su deseo de gritar. Pero ninguno de los dos deseos se vio en su cara fría y blanca. La gente de Shrewsbury dijo que se la había visto tan desdeñosa e indiferente como siempre. ¿Había algo que la conmoviera a esta muchacha?

Y por debajo de todo, ella tenía aguda conciencia de sólo una pregunta: "¿Dónde estaba Teddy? ¿Qué sentía, qué pensaba, qué hacía?". Odiaba a Ilse por haberlo lastimado así, por haberlo avergonzado. No veía cómo podían seguir las cosas después de esto. Era uno de esos hechos que tienen que detener el tiempo.

X

-¡Qué día! -sollozó la tía Laura mientras volvían caminando a casa, a la luz del ocaso-. ¡Qué vergüenza! ¡Qué escándalo!

-Allan Burnley es el único culpable -dijo la tía Elizabeth-. Le ha permitido a Ilse hacer cualquier cosa que se le ha ocurrido durante toda su vida. Nunca se le enseñó el menor control de sí misma. Toda la vida hizo lo que se le ocurrió, cada vez que se encaprichó con algo. No tiene el menor sentido de la responsabilidad.

-Pero si amaba a Perry Miller -adujo Laura.

-¿Entonces por qué se comprometió en matrimonio con Teddy Kent? ¿Y por qué le hizo esto? No, Ilse no tiene excusa. ¡Qué una Burnley encuentre esposo en Stovepipe Town!

-Alguien tendrá que ocuparse de devolver los regalos -gimió Laura-. Cerré con llave la puerta de la habitación donde quedaron. Uno nunca sabe... en estos momentos...

Emily se encontró, al fin, a solas en su dormitorio, demasiado atontada, conmovida y agotada para sentir demasiado. Una pelota inmensa, redonda y rayada se desperezó sobre su cama y abrió las mandíbulas rosadas.

-Flor -dijo Emily, en voz queda-, tú eres lo único en el mundo que no falla.

Pasó una muy mala noche, en vela, y cayó en un breve sopor cerca del alba. Cuando despertó, la esperaba un nuevo mundo que había que acomodar. Y estaba demasiado cansada para tener ganas de acomodarlo.

CAPÍTULO 26

I

Librodot

Aparentemente, Ilse no esperaba que nadie la excusara de nada cuando, dos días después, entró sin previo aviso en la habitación de Emily. Se la veía sonrosada, audaz, triunfadora.

Emily la miró.

-Bueno, supongo que pasó el terremoto. ¿Qué quedó en pie?

-¡Ilse! ¡Cómo pudiste!

Ilse sacó una libreta de la cartera y simuló consultarla.

-Escribí una lista de las cosas que me dirías. Ésa era la primera. Ya la dijiste. La siguiente es: "¿No te avergüenzas de ti misma?". No, tú sabes que no -agregó Ilse, con descaro.

-Ya sé que no. Por eso no te lo pregunto.

-No me da vergüenza y no me arrepiento. Sólo lamento un poquito no lamentarlo. Y soy desvergonzadamente feliz. Pero supongo que eché a perder la fiesta. Seguro que las viejas chismosas están pasando el mejor momento de sus vidas. Por primera vez tienen tema para rato.

-¿Cómo piensas que se siente Teddy? -preguntó Emily, severa.

-¿Se estará sintiendo peor de lo que se sintió Dean? Hay un antiguo refrán sobre el que esté libre de culpa. Emily se puso roja.

-Yo sé... que le hice daño a Dean pero... yo no...

-¡Que no lo dejaste plantado en el altar! Cierto. Pero yo no pensé en Teddy cuando oí decir a la tía Ida que Perry se había muerto. Me volví loca. Mi única obsesión era ver a Perry una vez antes de que muriera. Y cuando llegué me enteré de que, como dijo Mark Twain, los informes de su muerte habían sido muy exagerados. Ni siquiera estaba malherido. Estaba sentado en la cama, con la cara toda machucada y vendada, hecho una pinturita. ¿Quieres que te cuente lo que sucedió, Emily?

Ilse se dejó caer al suelo, a los pies de Emily, y miró el rostro de su amiga con mirada suplicante.

-Querida, ¿qué sentido tiene censurar algo que estaba predestinado? Eso no va a cambiar nada. Vi a la tía Laura sentada en la sala cuando subí. Parecía una cosa que alguien se dejó olvidada. Pero tú tienes una veta en ti que no es Murray. Tú tendrías que entenderme. No desperdicies tu compasión en Teddy. Él no me ama, eso siempre lo he sabido. Es sólo su orgullo que sufrirá. Toma, dále este zafiro de mi parte, por favor. -Ilse vio algo en la cara de Emily que no le gustó. -Puede ir a hacerle juego a la esmeralda de Dean.

-Teddy salió hacia Montreal al día siguiente de... de...

-De la boda que no fue -terminó llse-. ¿Lo viste, Emily?

-No.

-Bueno, si se va a cazar animales salvajes al África durante un tiempo se le va a pasar con mucha rapidez. Emily, voy a casarme con Perry, el año que viene. Está todo arreglado. Le eché los brazos al cuello y lo besé apenas lo vi. Me solté la cola del vestido que quedó espléndidamente extendida sobre el suelo. Sé que la enfermera me creyó recién salida del manicomio privado del doctor Percy. Pero la eché de la habitación. Le dije a Perry que lo amaba y que nunca, nunca me casaría con Teddy Kent, pasara lo que pasase, y entonces él me preguntó si me casaría con él, o yo le dije que se casara conmigo, o ninguno de los dos dijo nada, se dio por sentado. De verdad no me acuerdo cómo fue, y no me importa. Emily, si yo estuviera muerta y viniera Perry y me mirara, yo resucitaría. Yo sé, por supuesto, que siempre ha estado detrás de ti, pero va a amarme como nunca te amó a ti. Fuimos hechos el uno para el otro.-Perry nunca estuvo realmente enamorado de mí -dijo Emily-. Yo le caía espléndidamente bien, eso

era todo. No sabía la diferencia... en esa época. -Emily miró el rostro radiante de Ilse y todo su antiguo cariño por esta amiga perversa, adorable, se le amontonó en los ojos y en los labios. -Querida mía, espero que seas feliz... siempre.

-¡Qué deliciosamente victoriano suena eso! -dijo Ilse, contenta-. Ah, ahora estoy tranquila, Emily. Hace semanas que tengo miedo de que, si me quedo quieta un instante, me van a dar ganas de salir disparada. Y no me importa que la tía Janie esté rezando por mí. Es más, creo que deseo que así sea.

-¿Qué dice tu padre?

-Ay, papá. -Ilse se encogió de hombros. -Sigue en las garras de su mal genio ancestral. No me habla. Pero ya se le pasará. En realidad, tiene tanta culpa como yo por lo que hice. Tú sabes bien que en mi vida le he preguntado a alguien si podía hacer algo. Lo hacía. Papá nunca me prohibió nada. Al principio porque me odiaba y, después, porque quería compensar el haberme odiado.

-Creo que a veces tendrás que preguntarle a Perry si puedes hacer algunas cosas.

-Eso no me va a molestar. Te sorprenderás de ver lo buena esposa que seré. Ahora me voy de inmediato, de vuelta al trabajo. Y dentro de un año la gente se habrá olvidado de todo y Perry y yo nos casaremos discretamente, en algún lado. Nada de velos recamados, colas orientales ni bodas familiares para mí. ¡Señor, cómo me escapé! Diez minutos más tarde y estaría casada con Teddy. Piensa en el escándalo que habría habido cuando llegara la tía Ida. Porque yo habría ido igual, lo sabes muy bien.

II

Ese verano fue difícil para Emily. La angustia de su sufrimiento le había llenado la vida y, ahora que ésta ya no existía, se daba cuenta del vacío. Además, ir a cualquier lado implicaba un martirio. Todo el mundo hablaba de la boda, preguntaba, sugería, conjeturaba. Pero, al fin, los chismes y las habladurías sobre las hazañas de Ilse se agotaron y la gente encontró otra cosa de qué hablar. Dejaron sola a Emily con sus pensamientos.

¿Sola? Ay, justamente. El amor y la amistad idos para siempre. No le quedaba más que la ambición. Emily se dispuso a trabajar con toda el alma. La vida volvía a seguir su antiguo curso. Año tras año, las estaciones pasaban frente a su puerta. Valles salpicados de violetas en la primavera, las páginas en flor del verano, los abetos juglares del otoño, los fuegos pálidos de la Vía Láctea en las noches de invierno, los suaves cielos de lunas nuevas de abril, la traviesa belleza de los oscuros álamos contra la luna temprana, las honduras del mar que llamaban a las profundidades del viento, las solitarias hojas amarillas que caían en los atardeceres de octubre, la luz de la luna entretejida en el huerto. Ah, todavía había belleza en la vida, siempre la habría. Una belleza inmortal, indestructible más allá de las manchas y la niebla de la pasión mortal. Emily vivió algunas gloriosas horas de inspiración y realizaciones. Pero la mera belleza que en un tiempo le había dado satisfacción a su alma no podía ya satisfacerla por completo. Luna Nueva no había cambiado, no había sufrido los cambios que ocurrían en otras partes. La señora Kent se había ido a vivir con Teddy. La vieja Tansy Patch se vendió a un hombre de Halifax que la quería como casa de verano. Perry fue, a Montreal un otoño y volvió con Ilse. Vivían felices en Charlottetown, donde Emily a menudo los visitaba, eludiendo con astucia las trampas matrimoniales que Ilse siempre le tendía. La familia ya había dado por hecho que Emily no se casaría.

-Otra solterona en Luna Nueva-como dijo el tío Wallace, tan encantador.

-Y pensar en todos los hombres que pudo haber elegido -dijo la tía Elizabeth, con amargura-. Mi Wallace, Aylmer Vincent, Andrew...

-Pero... si no los amaba -balbuceó la tía Laura.

-Laura, no tienes por qué ser indecente.

El viejo Kelly, que seguía viajando -"y seguiría hasta que empiece el juicio final", decía Ilse- ya había renunciado a bromear con Emily sobre el casamiento, aunque a veces hacía apenadas alusiones crípticas a "ungüento de sapo". Ya no le dirigía sus significativos movimientos de cabeza o guiños, sino que siempre le preguntaba, muy serio, en qué libro trabajaba, y se iba sacudiendo su puntiaguda barba gris. "¿En qué estarán pensando los hombres? Arre, caballito, arre."

Algunos hombres seguían pensando en Emily, al parecer. Andrew, ahora un vivaz joven viudo, habría acudido al movimiento de un meñique de Emily, si ésta lo hubiera movido. Graham Mitchell, de Shrewsbury, tenía inequívocas intenciones. Emily no lo quería porque tenía una pequeña sombra en un ojo. Al menos, eso era lo que suponían los Murray. No se les ocurría otra razón para que ella rechazara un partido tan bueno. Los de Shrewsbury afirmaron que él aparecía en la última novela de ella y que ella lo había "animado" sólo "para conseguir material". Un famoso "millonario" de Klondike la persiguió durante todo un invierno, pero desapareció con la misma brevedad en la primavera.

-Desde que le han publicado esos libros, piensa que nadie la merece -decían las personas de Blair Water.

La tía Elizabeth no lamentaba lo del hombre de Klondike: para empezar, no era más que un Butterworth, de Derry Pond, y... ¿quiénes eran los Butterworth? La tía Elizabeth siempre lograba dar la impresión de que los Butterworth no existían. Tal vez supusieran que existían, pero los Murray sabían la verdad. Ahora bien, lo que ella no entendía era por qué Emily no aceptaba a Mooresby, de la firma Mooresby and Parker, de Charlottetown. La explicación de Emily de que el señor Mooresby jamás superaría el hecho de que una vez su foto había aparecido en los diarios como uno de los bebitos que publicitaban la comida Perkins para niños a la tía Elizabeth le parecía insuficiente. Pero la tía Elizabeth admitió, por fin, que no podía entender a los jóvenes.

III

De Teddy, Emily no recibió noticias, salvo uno que otro artículo en los diarios que lo describían como avanzando firmemente en su carrera. Comenzaba a tener fama internacional como retratista. Los viejos días de ilustraciones para revistas habían pasado, y ahora Emily ya no se topaba con su propio rostro, o su propia sonrisa, o sus propios ojos, mirándola desde cualquier página.

Un invierno, la señora Kent falleció. Antes de su muerte le envió una breve nota a Emily, la única vez que Emily recibió algo de ella.

"Me estoy muriendo. Cuando esté muerta, Emily, cuéntale a Teddy lo de la carta. Yo he intentado contárselo, pero no pude. No pude decirle a mi hijo que yo había hecho eso. Díselo por mí."

Emily sonrió con tristeza antes de guardar la carta. Era demasiado tarde para contarle a Teddy. Hacía ya mucho tiempo que él había dejado de amarla. Y ella... ella lo amaría siempre. Y aunque él no lo supiera, seguramente un amor así flotaría alrededor de toda la vida de él como una bendición invisible, no comprendida pero sentida levemente, protegiéndolo del mal y cuidándolo de todo daño.

IV

Ese mismo invierno, se rumoreó que Jim Butterworth, de Derry Pond, había comprado o estaba a punto de comprar la Casa Desilusionada. Se decía que tenía intenciones de desmontarla, reconstruirla y agrandarla y que sin duda, cuando esto sucediera, instalaría allí como dueña y señora a cierta rolliza damisela, muy ahorrativa, de Derry Pond, conocida como "Mabel la de Geordie Bridge". Emily sintió una gran angustia al enterarse. Esa tarde, un frío atardecer de primavera, salió y recorrió el umbroso sendero lleno de vegetación que cruzaba el bosque de abetos y llegó a la puerta del frente de la casita como un fantasma inquieto. No podía ser cierto que Dean la hubiera vendido. La casa le pertenecía a la colina. No podía imaginarse la colina sin ella.

Una vez, Emily le había pedido a la tía Laura que se ocupara de sacar de la casa todas sus pertenencias, todo excepto la bola que mira. No soportaba verla. Seguiría colgada allí, reflejando la sala, en su semipenumbra plateada, a la luz difusa que entraba por entre las celosías de las persianas, como era cuando ella y Dean se habían separado. Se decía que Dean no había sacado nada de la casa. Todo lo que había llevado seguía allí.

La casita estaría muy fría. Hacía tanto tiempo que había habido un fuego en ella. Qué abandonada, qué solitaria, qué dolorida se la veía. No había luces en las ventanas, el pasto crecía invadiendo los senderos, los yuyos se arracimaban alrededor de las puertas que hacía mucho que nadie abría.

Emily estiró los brazos como si quisiera abrazar la casa. Flor se restregó contra sus tobillos y ronroneó, pedigüeño. No le gustaban estos paseos con frío y humedad, el hogar de Luna Nueva era mucho mejor para un gatito ya no tan joven. Emily levantó en brazos a su viejo gato y lo apoyó sobre el portón desvencijado.

-Flor -dijo-, hay un viejo hogar en esa casa, con las cenizas de un fuego muerto, un hogar donde debería haber gatitos calentándose y niños soñando. Pero eso no sucederá ya nunca, Flor, porque a Mabel Geordie no le gustan las estufas a leña -son sucias e incómodas, para ella-, un calentador de Quebec es mucho más caliente y más económico. ¿No desearías... ¡claro que sí!... Flor, que tú y yo hubiéramos sido mas sensatos, más abiertos a las inmensas ventajas de los calentadores de Quebec?

CAPÍTULO 27
I

Llegó clara y súbitamente por el aire en un atardecer de junio. Una llamada tan vieja... dos notas altas y una larga, suave, más baja. Emily Starr, que soñaba junto a su ventana, la oyó y se levantó, pálida de pronto. ¡Seguramente seguía soñando! Teddy Kent estaba a miles de kilómetros de distancia, en el oriente, o al menos eso había leído ella en un artículo de un diario de Montreal. Sí, lo había soñado, se lo había imaginado.

Volvió a oírlo. Y Emily supo que Teddy estaba allí, esperándola en el bosque de John el Altivo, llamándola a través de los años. Ella bajó despacio, salió, cruzó el jardín. Claro que Teddy estaba allí, bajo los abetos. Parecía la cosa más natural del mundo que fuera allí a esperarla, a ese jardín viejo como el mundo donde los tres álamos de Lombardía montaban guardia. No faltaba nada para cubrir los años intermedios. No había ninguna brecha entre ellos. Él le tendió las manos y la atrajo hacia sí, sin un saludo convencional. Y habló como si no hubieran pasado años, como si no hubiera recuerdos, entre ellos.

-No me digas que no puedes amarme, puedes, tienes que amarme, Emily... -los ojos de él se encontraron por un momento con el brillo de claro de luna de los ojos de ella -tú me amas.

II

-Es horrible pensar que son las cosas pequeñas las que provocan los malentendidos entre las personas decía Emily unos minutos... o unas horas... más tarde.

-Toda mi vida he intentado decirte que te amo -dijo Teddy-. ¿Te acuerdas de aquella noche, hace muchísimo tiempo, en el Camino del Mañana, después de que dejamos el secundario? Justo cuando yo iba a juntar coraje para preguntarte si me esperarías, tú dijiste que el aire de la noche te hacía daño y entraste. Me pareció una excusa para deshacerte de mí; yo sabía que a ti el aire de la noche te importaba un comino. Eso me disuadió durante años. Cuando me enteré de tu relación con Aylmer Vincent -mamá me contó que estabas comprometida- fue un duro golpe. Por primera vez se me ocurrió que en realidad no me pertenecías, después de todo. Y ese invierno en el que estuviste enferma, casi me vuelvo loco. Lejos, en Francia, sin poder verte. Y todos me escribían contándome que Dean Priest estaba siempre contigo y que probablemente se casaran si te curabas. Después llegó la noticia de que sí te casabas con él. No quiero hablar de eso. Pero cuando tú... tú... me salvaste de ir al encuentro de mi muerte en el Flavian, supe que sí me pertenecías, de una vez y para siempre, lo supieras o no lo supieras. Entonces volví a intentarlo aquella mañana junto al lago de Blair Water, y tú volviste a rechazarme sin piedad. Apartaste la mano de la mía como si fuera una víbora. Y nunca me contestaste mi carta, Emily, ¿por qué? Me dijiste que siempre me habías querido...

-Nunca recibí esa carta.

-¿Que nunca la recibiste? Pero si yo la puse en el correo...

-Sí, lo sé. Tengo algo que contarte, ella me dijo que te lo contara. -Le contó todo en pocas palabras.

-¿Mi madre hizo eso?

-No la juzgues con dureza, Teddy. Tú sabes que ella no era como las demás mujeres. Su pelea con tu padre, ¿te enteraste?

-Sí, me lo contó todo cuando vino a vivir conmigo en Montreal. Pero esto... Emily...

-Olvidémoslo y perdonemos. Se sentía tan dejada de lado y tan infeliz que no sabía lo que hacía. Y yo... yo fui demasiado orgullosa para acudir cuando me llamaste la última vez. Quise ir, pero pensé que tú sólo te estabas divirtiendo.

-Fue entonces que perdí toda esperanza. Me había engañado demasiadas veces. Te vi junto a la ventana, resplandeciendo, me pareció, con un resplandor helado, como una fría estrella lejana, supe que me habías oído, era la primera vez que no contestabas nuestro viejo llamado. Parecía que no quedaba nada por hacer, más que olvidarte, si podía. Nunca lo logré, pero pensé que sí, excepto cuando miraba a Vega de la Lira. Y me sentía solo. Ilse fue una buena compañera. Además, creo que pensé que con ella podría hablar de ti, mantener un rinconcito en tu vida como el esposo de alguien a quien

tú querías. Sabía que Ilse no me quería demasiado, que yo no era más que el premio consuelo. Pero pensé que los dos nos llevaríamos bien y que nos ayudaríamos a mantener alejada la temible soledad del mundo. Y entonces -Teddy rió para sus adentros-, cuando ella me dejó `ante el altar' según la fórmula de Bertha M. Clau, me puse furioso. Me había hecho quedar como un soberano tonto, a mí, que creía que comenzaba a ser alguien en el mundo... ¡Ay, cómo odié a las mujeres por un tiempo! Me sentí muy herido. Había llegado a querer bien a Ilse, en cierto sentido, en realidad la amé.

-En cierto sentido. -Emily no sintió los más mínimos celos.

III

-Yo no sé si yo me quedaría con las sobras de Ilse -comentó la tía Elizabeth.

Emily le dirigió a la tía Elizabeth una de sus antiguas miradas.

-Las sobras de Ilse. Si Teddy siempre me ha pertenecido a mí, igual que yo a él... En alma, cuerpo y corazón -dijo

Emily.

La tía Elizabeth se estremeció. Tal vez fuera bueno sentir estas cosas, pero era indecente decirlas.

-Siempre solapada -fue el comentario de la tía Ruth.

-Será mejor que se case en seguida, antes de que vuelva a cambiar de idea -dijo la tía Addie.

-Supongo que cuando él le dé un beso no se va a limpiar la cara -dijo el tío Wallace.

Sin embargo, en términos generales, la familia estaba contenta. Muy contenta. Después de todas las preocupaciones por los romances de Emily, verla respetablemente "asentada" con un "muchacho" conocido que, hasta donde ellos sabían al menos, no tenía malas costumbres ni antecedentes vergonzosos. Y a quien le iba muy bien en el negocio de la pintura. Ellos no iban a decirlo con esas palabras, pero el viejo Kelly lo dijo por ellos.

-Ah, esto sí me gusta -dijo el viejo Kelly, aprobando.

IV

Dean escribió poco antes de la discreta boda en Luna Nueva. Una carta abultada con un adjunto: el título de posesión de La Casa Desilusionada y todo lo que ésta contenía.

-Quiero que la aceptes, Estrella, como mi regalo de boda. Esa casa no debe volver a desilusionarse. Quiero que por fin viva. Tú y Teddy pueden usarla como casa de veraneo. Y algún día iré a visitarlos. De vez en cuando reclamaré mi antiguo rinconcito en tu casa de la amistad.

-Qué... encantador... de parte de Dean. Y me alegro tanto de que ya no se sienta herido.

Emily estaba de pie, en el lugar en el que el Camino del Mañana se abría al valle de Blair Water. A sus espaldas oía los ansiosos pasos de Teddy que se acercaba a ella. Al frente, sobre la colina oscura y contra el ocaso, estaba la querida casita gris que ya no se sentiría desilusionada.